

M^A ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS

LA DIPUTADA

¿HASTA QUÉ PUNTO SOMOS CAPACES DE SACRIFICARNOS
POR NUESTROS IDEALES?

Índice

[Portada](#)
[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Conclusión y agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



A mi hijo Luis, a quien quiero tanto como admiro.

1

Las mujeres son la mayor reserva de talento sin explotar en el mundo.

HILLARY CLINTON

Aquella masa nubosa, densa e infinita, parecía haberse colado por alguna suerte de rendija dentro de su cabeza. Tanto daba que mirase por la ventanilla del avión como que cerrase los ojos, su visión era la misma, niebla, humo, confusión..., caos.

Por primera vez en su vida se sentía sin recursos. Si la campaña de desprestigio a la que estaba siendo sometida desde hacía semanas hubiera estado focalizada sobre ella en exclusiva, otro gallo estaría cantando en aquel momento. Pero la ruindad de sus adversarios había escogido a su marido como chivo expiatorio, manchando su honorabilidad como profesional y como persona. Los autores del escarnio de sobra sabían que la herida infligida sería más lacerante. Tal vez había cometido pecado de ingenuidad, pero nunca pensó que los acosadores cumplirían sus amenazas y, mucho menos, que la orden se consumaría con aquel exceso de celo por parte de los medios de comunicación, brazos ejecutores implacables al servicio del poder y del dinero. Tenía que sobreponerse, pero la prensa no le daba tregua. Cada día un nuevo capítulo del culebrón. Informaciones falsas, tendenciosas, malintencionadas, infundios y calumnias que habían conseguido hacer mella en su probada entereza. La integridad de Roberto, su marido, en entredicho y salpicada de escándalo la firma de abogados a la que pertenecía desde hacía más de quince años. «Difama, que algo queda», dice el proverbio y, en una España donde la corrupción y la deshonestidad se habían convertido en el pan nuestro de cada día, el juicio paralelo de algunos medios sin escrúpulos se revelaba tan destructivo como la bomba atómica. Instalados en el contrasentido, lo que tocaba, paradójicamente, era demostrar la inocencia.

Pero el partido político en el que militaba la diputada se manifestaba partidario de dejar pasar la tormenta sin actuar. De ningún modo parecía aconsejable iniciar una guerra estéril que desviara la atención de la ciudadanía en tan trascendental momento. Al enemigo ni agua, y una respuesta mal calculada podía acabar beneficiando a los liberales, el partido en el poder, que pese a haber obtenido de nuevo los mejores resultados electorales, el rompecabezas de

alianzas y coaliciones le iba a dejar finalmente sin opciones de gobierno. El momento era histórico y la encrucijada de difícil solución. El calendario avanzaba inexorable hacia el final de un plazo que, de consumirse sin acuerdos, llevaría aparejada la celebración de nuevas elecciones generales. Eran semanas decisivas para materializar unos pactos que despejaran el camino hacia la formación de gobierno, además de evitar que un Ejecutivo en funciones firmase en solitario acuerdos internacionales de importancia capital para el futuro de Europa.

Macarena Barrios se hallaba bloqueada. Y si alguien era inmune al bloqueo, esa era ella. Sus compañeros de partido lo destacaban siempre como una de sus virtudes, y la invocaban, si la situación se encasquillaba, como el último de los recursos: «Si Maca no es capaz de desbloquear el tema, estamos jodidos». Era una negociadora hábil y convincente. La política y las relaciones internacionales parecían formar parte de su ADN. Por ello, durante un tiempo, acarició la opción de dedicarse a la diplomacia. Había nacido para ello. En ese terreno se movía como pez en el agua. Hasta que conoció a Roberto y se casó con él. Entonces comprendió que lo de dar tumbos por el mundo no conjugaba bien con el proyecto de familia tradicional que de mutuo acuerdo habían diseñado. Asimismo, Roberto había hecho hincapié en la necesidad de establecer unas normas básicas de convivencia, para que la vida familiar no se resintiera. En eso siempre había sido muy estricto.

Él estaba muy afectado. Todo aquello era maquiavélico. El consejo de administración del bufete le había llamado a capítulo para pedirle explicaciones. Algo completamente inusual. La sospecha planeaba sobre él y sobre la firma, que nunca antes se había visto mezclada en ninguna clase de escándalo. Ahora, el nombre del despacho aparecía en todos los medios de comunicación y, desde hacía días, una tormenta de informaciones, cuando menos poco rigurosas, se trasladaban con insidia a la opinión pública como dardos emponzoñados. Nada más cierto que Záltara & Sartorius se había llevado el gato al agua en el asunto de la refinanciación de la deuda municipal del consistorio madrileño, pero la firma había cumplido en todo momento con las especificaciones requeridas para hacerse con la operación. Según las informaciones citadas, la esposa del abogado, la flamante diputada Macarena Barrios, podría haber incurrido en un delito de tráfico de influencias durante el proceso de adjudicación, al solicitar trato de favor a sus correligionarios en el ayuntamiento de la capital, recién aterrizados en la corporación local.

Ni Macarena ni Roberto habían pegado ojo en toda la noche. Y ahora, después de que la azafata recorriera los pasillos empujando el carrito de la prensa con su fotografía bien visible en todas las portadas, de nuevo había perdido la esperanza

de dar una cabezada durante el vuelo. Podía adivinar, sin dificultad, el contenido de los cuchicheos entre los miembros de la tripulación y percibía, con cierta incomodidad, la mirada inquisitiva de los pasajeros más cercanos. No pensaba leer nada de toda aquella basura. Necesitaba mantener la cabeza despejada para afrontar las decisivas reuniones en las que participaría a lo largo de las siguientes veinticuatro horas.

Jorge Espinosa, diputado liberal y compañero de comisión de Macarena, que viajaba junto a ella, intentó tranquilizarla, consciente de la delicada encrucijada a la que se enfrentaba.

—¿Sabes lo que creo, Maca? —se adelantó Espinosa, iniciando la conversación—. Pues que todo esto es una campaña perversa para desacreditaros a ti y a tu partido. La valoración política de los moderados en las encuestas es francamente buena y os adjudican una cuota de identificación con los electores nada despreciable. Sois los únicos que habéis salido reforzados después de las elecciones de diciembre.

—Muy bien, Jorge. ¿Y qué me quieres decir? ¿Que nuestra aparente ventaja es condición suficiente para cargarnos el *fair play* y pasar a la estrategia del *Juego de tronos* en que se ha convertido la política española? Y la prensa colaborando en la difusión de calumnias...

—Aquí se cita a Continental Press como origen de la noticia —dijo el diputado Espinosa, pasando con rapidez las páginas del periódico que acababa de coger—. No me suena de nada.

—Porque es una agencia de medio pelo, aunque necesariamente ha de contar con un reportero encargado del tema con órdenes muy explícitas sobre la línea editorial a seguir —aclaró la diputada—. Te advierto una cosa, Jorge. En cuanto regrese a Madrid, me pondré manos a la obra para desenmascarar a los autores y no pararé hasta que averigüe quién está detrás de esta sucia operación. Esto es entre mis enemigos y yo.

—Pues te deseo suerte —exclamó Jorge con poco convencimiento.

No podía evitarlo. Macarena Barrios se sentía vilipendiada por los otros y abandonada por los suyos, cuando la experiencia había demostrado tantas veces que estas campañas de intoxicación acaban por sembrar desconfianza, extendiendo sus negativas consecuencias a toda la organización. A pesar de ello, ¿nadie iba a romper una lanza en su favor? ¿De verdad que su partido permitiría impasible aquella vil maniobra? Ni siquiera su secretario general parecía reaccionar. El día anterior, con la cabeza claramente en otra cosa, Fernando Carretero se limitó a abrazarla con fuerza, mientras le susurraba al oído: «Aguanta, Maca».

Efectivamente, todos parecían estar demasiado ocupados intentando resolver

la cuadratura de un círculo que les permitiera formar parte del futuro Gobierno y rentabilizar el apoyo de una ciudadanía que, harta del bipartidismo y sus vicios de gestión, había depositado su confianza en opciones alternativas. Savia fresca para tiempos nuevos. Pero, a pesar del hito histórico que la representación parlamentaria obtenida por su partido suponía, a nadie se le escapaba la complejidad del puzle político surgido de las urnas.

De repente, una oleada de calor ascendió como un tsunami por su columna vertebral hasta empaparle el cuero cabelludo, y una sensación de agobio acabó por oprimirle el pecho. Nunca había sufrido fobia a volar, pero los aviones le producían una desagradable sensación claustrofóbica, que propiciaba un imperioso deseo de llegar a destino desde el mismo momento del despegue. Para colmo, las turbulencias aumentaron en intensidad y su cerebro, por una inexplicable empatía, comenzó a traquetear igualmente en el interior del cráneo.

—Jorge, déjame salir. Necesito ir al baño.

—No puedes, Maca. ¿Es que no ves que aún está encendida la señal luminosa del cinturón de seguridad? ¿Quieres calmarte, por favor? —exclamó el aludido, alarmado por la palidez de su compañera—. Si te digo la verdad, he repasado la prensa de cabo a rabo y opino que todo esto es un sinsentido. Créeme. En unos días habrá pasado el temporal y no descartes que, a la larga, hasta acabe beneficiándoos a ti y a tu partido.

Poco a poco Macarena iba recuperando el control.

—Eso díselo a Roberto..., ya verás qué risa le da. Esta mañana, tan solo en el rato del desayuno, ya había recibido más de veinte WhatsApp con fotos de las portadas de los diarios acompañadas de una cuidada selección de comentarios machistas.

—No me jodas. Panda de trogloditas...

—Sí. Una delicia. Al final, se ha quedado en casa. No se sentía con fuerzas para afrontar otra jornada de risitas y chismorreos. No sé, parece como si se hubiera dado por vencido, y él nunca se achanta ante los ataques ni los abusos —explicó Macarena con los ojos húmedos—. Me siento fatal, Jorge. Y, encima, he dejado a Carlos con fiebre alta y diarrea. ¡Pobre hijo mío! Pilla todos los virus que flotan en el espacio aéreo del colegio.

—Pero si tú siempre dices que es muy fuerte... —añadió Jorge sorprendido.

—Y lo es, pero en sentido emocional. Siempre estuvo en desventaja física con su hermano gemelo. Nació más pequeño y con poco peso y precisó incubadora durante tres semanas largas. Esa inferioridad con respecto a Lucas continúa patente, a pesar de haber cumplido cinco años. Es flacucho y enfermizo y siempre está por debajo del percentil propio de su edad, pero en agudeza y fuerza de voluntad le da cien vueltas a su hermano. Siempre lo pasó peor y está

tan acostumbrado al autocontrol y al sufrimiento que su resignación y su madurez no corresponden a los pocos años que tiene. Le explicas las cosas y el niño se conforma y se porta como un héroe. Sin embargo, cuando es Lucas el que se pone enfermo, prepárate, porque arderá Troya.

—¿Y no crees que Carlos se parece a ti?

—Eso dice su padre. Es duro y aguerrido como el pedernal. En cuanto aterricemos en Bruselas, llamaré a casa a ver cómo sigue —dijo la diputada, bajando la mirada hacia su móvil.

—Ya verás qué pronto se recupera. Los niños siempre nos sorprenden...

—No sabes cómo te agradezco que me escuches, Jorge. Estoy sometida a mucha presión y me alivia desahogarme.

—Lo comprendo.

—Y volviendo al tema. ¿Tú no crees que a la dirección de mi partido este folletín le viene que ni hecho a medida en un momento tan crucial? Ya sé que no debería comentar contigo nada de esto, al fin y al cabo, soy tu oposición, pero intuyo que puedo confiar en ti.

—Se agradece la franqueza.

—Y, encima, fíjate cómo es la gente... Algunos compañeros no se han cortado un pelo en vaticinar que, dadas las circunstancias, mi matrimonio sufrirá daños irreparables después de esto. ¡Animando, sabes...!

Haciendo gala de su flema británica por parte de madre, Jorge Espinosa se mostraba paciente y comprensivo. Delgado y enjuto, su rostro de rasgos becquerianos irradiaba sosiego, y Macarena lo sentía cercano como nunca.

—Ni caso. Pero si lo que pretendes es trasladarme tus sospechas acerca de conspiraciones y contubernios, en eso no puedo darte la razón. Tú sabías que esto podía pasar. Te lo advirtieron, pero te empeñaste en protagonizar tus particulares *Juegos del hambre* y ahí tienes el resultado. Si quieres un consejo, en política lo mejor es aprender cuanto antes a nadar y guardar la ropa.

—Imagino que te estás refiriendo a mi defensa a ultranza de la posición que, a juicio de los moderados, Europa debe adoptar respecto del tema de los refugiados.

—Exacto. Te has creado muchos enemigos.

—Y, según tú, ¿qué se supone que tenía que haber hecho? ¿Ceder a las pretensiones del sector más reaccionario y carca de la comisión? Yo soy la presidenta y me limité a ejercer mi voto particular, pero si hubiera llegado el caso, habría utilizado igualmente el de calidad, del que también dispongo, como muy bien sabes. Cualquier estrategia permitida por la ley, con tal de minar los apoyos a unos acuerdos que, como mínimo, calificaría de inmorales y torticeros. Esta es la violación más flagrante del espíritu de solidaridad con el que nació la

Unión Europea desde el comienzo de su andadura. Si Robert Schuman levantara la cabeza...

—Aprended de nosotros. Abstención. —Y Jorge Espinosa hizo señas a su compañera para que bajara el tono de voz, que comenzaba a manifestarse demasiado elevado.

—Eso. Neutrales, como los suizos.

—Y supongo que eres consciente de que el sector más proturco del Parlamento Europeo hará lo posible para que tú y los eurodiputados que rechazáis el acuerdo intervengáis lo menos posible en el pleno y en el seno de la comisión.

—Eso ya lo veremos... Además, votar, hay que votar en cualquier caso. Y, al final, la suma es lo que cuenta.

La conversación le ayudaba a superar el cansancio infinito que le producía la lucha contra los elementos en la que su vida se había convertido durante las últimas semanas. Mientras hablaba, se autopersuadía de que, más pronto que tarde, recuperaría la fortaleza perdida momentáneamente.

—Supongo que no podré convencerte...

—No tengo nada que perder ni nada que ocultar, Jorge. Estoy dispuesta a llegar hasta el final. No he sido yo la que ha empezado esta guerra. Que nadie lo olvide: solo he perdido la primera batalla, pero la contienda será larga.

Finalmente, un mar infinito de nubes algodonosas quedaba por debajo de la aeronave y un cielo raso azul aciano se extendía sin confín divisible, mientras la mente de Macarena, por idéntico procedimiento mimético, también se empezaba a despejar.

... Había regresado la luchadora que llevaba dentro.

2

La prueba para saber si puedes hacer un trabajo o no no debería depender de la organización de tus cromosomas.

BELLA ABZUG

El aeropuerto de Zaventem era un hervidero de gente que transitaba de un extremo a otro de las terminales en dirección a las puertas de embarque o, ya en el exterior, hacia los transportes públicos y las paradas de taxis que se encargarían de trasladar a aquella multitud al centro de la ciudad.

Aunque en Bruselas nunca faltan los turistas, no es difícil intuir que la mayoría de los viajeros que desembarcan en lunes y a hora temprana pertenecen al gremio de funcionarios que prestan servicio en las instituciones comunitarias o son parlamentarios y altos representantes de los países miembros convocados a plenos, reuniones, comités o cualquiera otra clase de cumbres o encuentros.

Macarena Barrios y Jorge Espinosa, aunque no militaban en el mismo partido, defendían planteamientos que apenas diferían en lo esencial y su relación personal, a pesar de ser adversarios, era muy fluida. Ambos pertenecían a la Comisión de Empleo y Seguridad Social y a la Comisión Mixta para la Unión Europea de la Cámara Baja, circunstancia que les llevaba a Bruselas con relativa frecuencia. Para Macarena era su primera legislatura, pero Jorge ya había ocupado su escaño durante los cuatro últimos años. Como representantes del Parlamento español, habían sido convocados para participar en las reuniones de la Eurocámara, cuyos comités y delegaciones trabajaban contrarreloj en la elaboración de los acuerdos Unión Europea-Turquía en materia de refugiados.

Una vez acomodados en su taxi, los parlamentarios españoles se incorporaron al denso tráfico de la ciudad, rumbo al barrio europeo de Bruselas. Ya en el hotel, dispondrían de una hora aproximadamente antes de salir hacia el edificio Paul-Henri Spaak, para unirse al resto de la representación española. Debido a su cercanía, podrían trasladarse caminando hasta la Eurocámara sin problemas, con la sola excepción de que los amenazadores nubarrones que ocultaban el cielo belga decidieran descargar antes de tiempo.

Macarena se quitó la ropa y aprovechó para asearse un poco y recomponer maquillaje y peinado. Aún tenía tiempo de llamar a casa para preguntar por el niño. Además, se había propuesto hacer cuanto estuviera en su mano para que

Roberto percibiera su respaldo en aquellos momentos complicados. Se lo debía. Durante las últimas semanas, la mirada y la actitud de su marido la hacían sentir culpable.

El teléfono sonó tres veces antes de que Mariana, la muchacha de servicio, descolgara. Su llegada a España, procedente de Rumanía, había coincidido con el nacimiento de los gemelos, a los que había cuidado prácticamente desde el principio. Los niños la adoraban y ella se sentía muy integrada en la familia.

—Hola, Mariana. Soy yo. ¿Cómo está Carlos? ¿Regular? O sea, que aún tiene fiebre. A ver si la medicina le hace efecto. Bien, sí, he tenido buen viaje. Gracias, Mariana. Páseme a mi marido, por favor... Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

—Pues no muy bien, la verdad. El niño sigue muy caliente y no hay manera de que ceda la fiebre. Estaba pensando en meterlo en la bañera un rato.

—Buena idea. Sobre todo, Rober, que no deje de tomar suero a pequeños sorbitos, no se vaya a deshidratar. ¿Y qué hace mi chiquitín? Ahora me lo pasas.

—Pues está recostado en el sofá con unos cuentos y unos coches y su inseparable osito Freddy, con quien mantiene conversaciones a dos bandas. Es la leche el tío... Hace los dos papeles y cambia de voz. Me asombra este crío —explicó Roberto a la madre sin perder de vista al pequeño—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien..., normal. La comisión está convocada a las doce, así que en veinte minutos saldremos hacia el Parlamento. ¿Y tú cómo estás?

—Intentando encajar todo esto, pero me está costando, Maca. No sé cómo no lo viste venir. Tal vez te falten experiencia y mala leche, y no me parece nada inteligente ese empeño tuyo en arriesgarte a la exposición mediática sin clara compensación, cuando podías vivir con la tranquilidad que proporciona el anonimato. Te mueves en un mundo de tiburones, cariño, y no entiendo tu obcecación en hacer de cebo. Bueno, te paso al niño.

Macarena se quedó callada. Roberto tenía razón, pero le dolían su desabrida franqueza y la ausencia de paños calientes. Ella también lo estaba pasando mal y, encima, se sentía tan culpable...

—Hola, cariño. ¿Cómo está mi príncipe?

—Mami, ¿cuándo vas a venir?

—Mañana, cielo. En cuanto duermas y luego te despiertes, mamá estará en casa. Te lo prometo. Y el fin de semana iremos adonde Lucas y tú queráis para celebrar mi cumpleaños.

—¿Al parque Warner?

—Muy bien. Pues al parque Warner.

—¿Y cuántos años vas a tener, mami?

—Muchos, cariño, treinta y nueve.

—¡Ah..., sí que son muchos...!

—Intenta comer un poquito y duerme la siesta, chiquitín. Luego te llamo otra vez. ¿Ok?

—Vale, mami. Freddy también te quiere dar un beso.

Más animada después de la conversación con su pequeño, Macarena se enfundó en un traje de chaqueta y pantalón en tonos tabaco y se calzó unos elegantes botines del mismo color. Su espesa melena castaña con reflejos cobrizos y sus ojos color miel completaban una imagen femenina y seductora. Quizá más que en cualquier otro momento de su vida, la diputada se sentía satisfecha con su propia apariencia. Aún joven, pero madura, serena y atractiva, rezumaba profesionalidad y buen gusto por todos sus poros y parecía envuelta en un halo de equilibrio entre la belleza y la respetabilidad.

La sesión de la mañana comenzó con puntualidad británica. Tensa y áspera desde el principio, se fue complicando a medida que avanzaban las horas. Una enorme brecha se había abierto en el seno de la Unión, como consecuencia de las dos maneras radicalmente opuestas de afrontar el problema de los refugiados. Frente a la adhesión casi sin fisuras que otorgaron al pacto previo los jefes de Estado y de Gobierno la semana anterior, la situación parecía haber dado un giro radical. La hostilidad llegó a su punto álgido cuando el ministro sueco del Interior, a modo de dardo envenenado contra el bloque del Este, muy proclive a la libre circulación pero renuente a acoger demandantes de asilo, lanzó una dura propuesta:

—En mi opinión, todos los países que así se posicionan deberían abandonar Schengen lo antes posible.

El volumen de los murmullos, cada vez más vehementes, apenas permitía escuchar las intervenciones y la presidenta de la comisión se las veía y se las deseaba para imponer orden y conseguir que los parlamentarios guardasen silencio.

Macarena Barrios, en un ejercicio de autocrítica sin paliativos, agotó su turno de palabra cuestionando seriamente la postura de avestruz que Europa adoptaba, pasándole a Turquía aquella patata caliente.

—No se avanza con críticas, señora Barrios, sino con resultados concretos — exclamó con virulencia el ministro de Asuntos Exteriores alemán.

—Disculpe que discrepe, pero los aquí presentes sabemos muy bien que la insolidaridad de su Gobierno responde únicamente a la proximidad de una convocatoria electoral, teniendo en cuenta que la gestión de los refugiados puede pasarle a su partido una elevada factura. Es mejor declararse partidario de las devoluciones en caliente para mostrar una imagen de firmeza, ¿no es así, señor ministro? —Macarena no se arredraba ante las acometidas de sus oponentes.

Por su parte, la reacción del ministro luxemburgués no se hizo esperar.

—Señor ministro, todos sabemos que los turcos están muy alejados de los valores y principios de Europa. Coincido con la diputada española en que es preciso verificar el posible tratado en el plano legal, diplomático y político, pero, por encima del derecho internacional, de la legislación comunitaria y de toda la jurisprudencia mundial habida y por haber, está el lado humano.

Macarena, inclinando levemente la cabeza, dirigió al representante de Luxemburgo una mirada de camaradería y sincero agradecimiento.

—Me pregunto, tras dos horas de agrio debate, si verdaderamente tenemos aún respeto por nosotros mismos y por nuestros valores —dejó en el aire la ministra austriaca su interrogante como hierática sentencia.

Tras las intervenciones del ministro griego y el comisario europeo de Inmigración, la presidenta de la comisión decidió hacer un receso para el almuerzo. Un *catering* poco elaborado, pero apetecible, les esperaba en una de las salas contiguas.

Guillermo Weilburg, ministro luxemburgués de Justicia e Interior, besando la mano de la diputada con ceremonia, levantó su copa para brindar por el éxito de las negociaciones y por la consecución de un tratado capaz de armonizar el espíritu solidario de la Europa comunitaria y la seguridad que requieren sus fronteras en momentos de amenaza terrorista internacional como los que vive el mundo del siglo XXI.

—Me uno a sus deseos, señor ministro, y permítame que le agradezca de nuevo su intervención en mi favor durante la sesión de la mañana —respondió Macarena algo turbada.

Por su parte, el ministro del Interior español se apresuró a felicitar a Macarena por su intervención, a pesar de que la posición del Gobierno, más próxima a la alemana, discrepaba en algunos puntos que, para ella y su partido, se revelaban irrenunciables. Junto a él, un hombre de cierta edad, elegante y atractivo, la observaba con cierto ensimismamiento.

—Señora Barrios, permítame presentarle a nuestro embajador en Ankara, señor Rimbau y Cossío, que, como imaginará, sigue muy de cerca los trabajos de la comisión.

—Es un placer, señora diputada —dijo el veterano diplomático, estrechando con firmeza la mano de Macarena, mientras seguía mirándola fijamente—. Si tuviéramos la oportunidad de conversar con calma... Estaría realmente interesado en escuchar con más detalle los planteamientos que ha expuesto usted aquí hoy.

—También lo sería para mí conocer de primera mano las opiniones de nuestra cancillería respecto de la postura del Gobierno de Ankara.

—Señora Barrios, pues entonces permítame que le tome la palabra. Sería un honor que aceptara cenar conmigo esta noche.

Macarena, sorprendida y halagada, titubeó unos segundos antes de responder.

—Es usted muy amable, señor embajador, pero me temo que las sesiones acabarán tarde y, ya sabe usted que, en Bruselas, los restaurantes echan el cierre temprano.

—No hay problema. Conozco un *bistró* delicioso cerca de la Grand Place que sirve cenas hasta la medianoche. Le aseguro que después de esta maratón, agradecerá un rato de esparcimiento.

La diputada se debatió entre la negativa como respuesta políticamente correcta y una repentina curiosidad por aquel hombre. Ante la insistencia del diplomático, Macarena accedió finalmente.

—De acuerdo entonces, señor Rimbau. Acepto encantada.

—Fuera de aquí, seré Alejandro. Por favor, nada de ceremonias.

—Está bien, Alejandro. Será un placer.

La velada resultó magnífica y el diplomático, un hombre inteligente y exquisito, poseedor de un envidiable sentido del humor. Pasearon por las calles céntricas de la metrópoli europea y contemplaron la Grand Place iluminada por una luna creciente, casi llena, que reinaba con rotundidad, tras desvanecerse el celaje diurno, en un firmamento tímidamente estrellado. La charla, fluida e intensa, no hizo más que corroborar la preocupación compartida en lo referente al problema de los refugiados y su gestión, a juicio de ambos, incorrecta por parte de las instituciones comunitarias.

El embajador Rimbau se despidió de Macarena en la misma puerta de su hotel, deseándole un feliz descanso, mientras sostenía entre las suyas las manos de ella, en un gesto un tanto anticuado, pero cálido y elegante. Fue entonces cuando la diputada se percató de que, tras las reuniones del comité, durante las cuales los teléfonos móviles permanecen en silencio, había olvidado conectarlo de nuevo. Su propio receptor le informó de lo avanzado de la hora, así que optó por enviar un escueto mensaje a Roberto interesándose por el estado de Carlos, y esperar con ansiedad una respuesta, sin demasiadas esperanzas de que esta se produjera. Habían pasado más de veinte minutos, cuando el estridente sonido del teléfono la sobresaltó en el silencio de la habitación. Estaba claro que su marido no deseaba esperar para mantener aquella conversación.

—Hola, Rober. Siento mucho no haber llamado antes, pero acabamos de terminar —explicó Macarena, sorprendida por la naturalidad de su propia mentira—. ¿Cómo está el niño?

—No me creo ni por un momento que no hayas podido ausentarte de la sala, ni siquiera cinco minutos, para saber cómo está tu hijo. ¿De verdad quieres

saberlo?

—Por supuesto. Pero ¿se puede saber qué demonios te pasa?

—De acuerdo —contestó Roberto secamente—. Pues te lo voy a explicar. Metí al niño en la bañera, y ni por esas le bajaba la temperatura. De repente, le dio como un espasmo y se desmayó. Me asusté muchísimo. Pensé en meningitis, encefalitis y no sé cuántas enfermedades más. Mariana se quedó con Lucas y yo envolví a Carlos en una manta y me lo llevé a urgencias. Estaba acojonado, Maca. No sé ni cómo pude conducir hasta allí. Iba como ciego.

A medida que escuchaba el relato, Macarena se sentía desfallecer y, ante el temor de perder el equilibrio, optó por sentarse en el borde de la cama. Un par de lágrimas como garbanzos rodaron por su rostro hasta mojarle la blusa.

—Pero ¿el niño está bien? Por favor, dime cómo está...

Roberto, que no parecía escucharla, continuó con la exposición:

—Según entré en urgencias con el niño convulsionando en mis brazos, se lo entregué a la primera persona que se cruzó delante de mí con una bata verde. Yo solo quería que lo atendiera alguien que supiera qué hacer, porque la situación me sobrepasaba. —La voz de Roberto se quebró por un momento—. Llegué a pensar que mi hijo se moría y yo no podía salvarle. Nunca me había sentido tan impotente.

—Rober, por el amor de Dios, contéstame. ¿Dónde está el niño ahora? —gritó Macarena sin poder dominar la histeria.

—Está en casa. Ya pasó. Ha sido un ataque de eclampsia, provocada por una fuerte infección de orina. Según me dijeron los médicos, no es demasiado raro en niños. En el hospital le han bajado la fiebre y ha estado cinco horas en observación. Ahora duerme, pero yo no me atrevo ni a cerrar los ojos.

La preocupación y la culpa atenazaron la garganta de Macarena que rompió a llorar sin control.

—El niño no dejaba de llamarte —añadió Roberto más calmado—. Necesitaba a su madre, Maca... Y yo... yo también te necesité.

Aquella noche se grabó para siempre en la memoria de ambos padres y los remordimientos no dejaron a Macarena descansar; ni siquiera pensar. Una y otra vez se repetía a sí misma que aquellos sucesos son habituales cuando se tienen hijos, a la par que otras tantas se imponía, en un acto de contrición destructivo, el calificativo de «mala madre», siguiendo una liturgia recurrente y mortificante, que no la abandonaría hasta que regresara a casa y pidiera perdón. Su despreocupación era injustificable y venía a confirmar la dejación de responsabilidades a la que Roberto aludía tantas veces. Estaba convencida de que el sentimiento de culpa no desaparecería hasta ser absuelta.

El alba la encontró en un duermevela devastador. En su rostro, las huellas de

la angustia en forma de oscuras bolsas y surcos profundos, difíciles de ocultar con el simple maquillaje. La cabeza le estallaba y su vitalidad parecía haberse consumido.

¿Y si se trataba de un aviso? ¿Y si no había calculado bien el coste personal y familiar de sus aspiraciones, por muy legítimas que estas fueran? ¿Y si su egocentrismo, como los árboles, no le permitía ver el bosque? La carrera de su marido en juego y sus hijos desatendidos parecían razones de peso suficientes como para reflexionar sobre la espiral en la que había entrado su vida.

Pero aquel no era el día. Ella era una profesional y estaba allí para sumar su grano de arena a la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos, de los desheredados de la Tierra, de aquellos a los que la vida no les da nunca una oportunidad.

... Y estaba dispuesta a cumplir su misión.

3

La igualdad entre los hombres y las mujeres será alcanzada cuando una mujer con la cabeza hueca pueda llegar tan lejos como un hombre con la misma característica.

ESTELLA R. RAMEY

Macarena Barrios aterrizó en política sin demasiada reflexión. La decisión se fundamentó más bien en su dilatada insatisfacción respecto de la tediosa y burocrática tarea que realizaba en la empresa constructora para la que había comenzado a trabajar al poco de instalarse en Madrid. Eso y su creciente necesidad de ser útil a la sociedad española, que parecía inmersa en una oscura etapa histórica de empobrecimiento y decadencia. De tal manera que, cuando el tren del servicio público se detuvo en su puerta, no se lo pensó dos veces, entregándose con pasión a la nueva tarea, a pesar de las reticencias de su marido, que no acababa de ver las ventajas familiares de la nueva ocupación de su mujer.

Macarena nació en Sevilla, en el seno de una familia de clase media trabajadora. La pequeña y la única de los tres hermanos que había ido a la universidad. Sus padres, Florentino y Carmen, regentaban La Sentencia, uno de los establecimientos de restauración más antiguos y populares de la capital hispalense. Sus hermanos mayores, Curro y Reyes, siempre habían trabajado en el negocio familiar y no acababan de comprender las ínfulas irracionales de su hermana por salvar el mundo.

Desde niña, Macarena fue una estudiante sobresaliente. Tras finalizar el instituto, con el apoyo de sus padres y una beca de la Junta de Andalucía, se trasladó a Madrid para cursar derecho en la Universidad CEU San Pablo. Durante su etapa estudiantil, vivió con su tía Visitación, hermana de su padre, en el popular barrio de Chamberí. Aquella mujer se convirtió en madre, amiga y consejera durante los años de atolondrada juventud, en los que Macarena fue adquiriendo gradualmente, a través del tiempo y el aprendizaje, la madurez y el compromiso personal con una sociedad en transformación. Se graduó con premio extraordinario fin de carrera e inmediatamente después, becada por la Fundación Fulbright, realizó los estudios de postgrado en relaciones internacionales, en la Universidad de Pennsylvania. Allí fue donde conoció al brillante abogado Roberto Galván, un joven tradicional y algo paternalista, pero

con la mente clara y los pies en la tierra. Y se enamoró de él perdidamente. A partir de aquel momento, se convertiría en su compañero y en el padre de sus hijos.

Consecuencia de todo ello, su planeado regreso a Sevilla, después del ciclo norteamericano, perdió todo sentido, porque la etapa laboral de ambos juristas debía comenzar necesariamente en Madrid, en la capital política, económica y administrativa del país; la olla donde se cuecen todas las salsas.

Con la ayuda de la familia de Roberto, gallegos con posibles, alquilaron un espacioso apartamento en la zona de Cuzco, siendo él el primero en incorporarse a una prestigiosa firma de abogados donde arrancaría su carrera profesional como experto mercantilista. Seis meses después, Macarena se unió al equipo de recursos humanos de una de las empresas constructoras más potentes del país, aunque pronto la tarea se convirtió en rutinaria, carente de toda motivación para una mujer inquieta como ella.

Tras dos años de convivencia y laboralmente asentados, la pareja decidió oficializar su relación y se dieron el «sí quiero» ante la imagen de María Santísima de la Esperanza Macarena, su Virgen, de la que había tomado el nombre. Fue una boda muy emotiva, con los sentimientos a flor de piel, especialmente para la novia y su familia, con los que se volcó todo el barrio de San Gil, que no dejó de cantarles y vitorearles al más puro estilo sevillano.

Macarena quería ser una madre joven, pero los intentos del matrimonio por tener descendencia no dieron resultados positivos hasta algún tiempo después. Aquella fue una etapa difícil para ella y la maternidad acabó por convertirse en el eje monotemático de su vida. No pensaba en otra cosa y atosigaba a su marido con una profusa información sobre tratamientos de fertilidad y técnicas de reproducción asistida, materias sobre las que se había convertido en toda una experta. A pesar de las advertencias, en las que coincidían todos los ginecólogos y especialistas que visitó durante su peregrinaje procreativo, fue incapaz de evitar la obsesión. Su dedicación al trabajo se resintió a todas luces y perdió el interés por la vida social que hasta entonces el matrimonio practicaba con asiduidad. A medio camino entre la preocupación y la contrariedad, Roberto siempre terminaba derrochando paciencia y comprensión hacia su mujer, a la que parecía amar profundamente y con la que compartía el empeño, a pesar de las adversas circunstancias.

Un día, durante los actos de inauguración de un nuevo puente sobre la M-30, de cuya construcción su empresa había sido la adjudicataria, Macarena coincidió con un buen número de altos funcionarios del Ministerio de Fomento y de la Administración autonómica y local de Madrid, invitados al evento. Muchas caras conocidas de su paso por el CEU, pero también, del máster en Pennsylvania. Un

apretado abrazo la fundió con Fernando Carretero, también andaluz, concretamente malagueño del Rincón de la Victoria, con quien en su día mantuvo una estrecha relación. Jóvenes e idealistas, ambos compartían el amor a su tierra y una visión social de España, que pasaba por la imperiosa necesidad de cambios profundos que mejorasen la vida de los menos favorecidos. Roberto les tachaba de románticos incorregibles.

Tras su regreso a España y, como sucede tantas veces, a pesar de los sinceros propósitos de amistad eterna, la vida fue distanciando a los dos compañeros hasta perderse la pista. Fue un reencuentro entrañable y, aunque no hubo tiempo para confidencias, se intercambiaron teléfonos y direcciones, con el fin de no volverse a perder de vista.

Después de una semana de esperanzadoras sospechas, esa misma noche, Macarena confirmó su deseado embarazo, que quedó asociado para siempre con la entrada de nuevo en su vida de Fernando Carretero, a quien, más pronto que tarde, se uniría en un destino común aún por dibujar. Poco tiempo después, ya nacidos los gemelos, Carretero saltaría a la política encabezando un proyecto político asociativo que difería en sus estatutos y estructuras de los partidos tradicionales. Sus planteamientos se situaban en el centro ideológico y pintaba novedoso y atractivo para una ciudadanía hastiada de los mismos perros, idénticos collares y mensajes de cambio que nunca cambiaban nada. Por otra parte, Macarena consideraba agotada su etapa laboral en la constructora, así que, atendiendo a la ilusionante oferta del nuevo líder, se incorporó rápidamente a las filas de la incipiente formación. Pronto se hizo un hueco en la ejecutiva del partido e imprescindible para el propio Carretero, que, poco después, sería elegido por unanimidad secretario general en el primer congreso de la organización.

Otras formaciones de distinta orientación, como los reformadores, nacieron también al rebufo de la frustración y el desencanto de una sociedad que había visto aumentar el paro hasta cifras jamás alcanzadas, perder poder adquisitivo en todos sus estamentos, esfumarse el estado del bienestar conquistado con tanto esfuerzo, desvanecerse buena parte de los derechos laborales y sociales de sus ciudadanos, triplicarse el número de pobres y retroceder en pocos años lo conseguido en décadas, mientras se iban al traste las esperanzas de todo un pueblo, que abominaba de su clase política. No había tiempo que perder. Urgía darse a conocer y conectar con un electorado difícil de entusiasmar, teniendo en cuenta su actitud descreída y abstencionista. En el horizonte inmediato, una ingente labor de difusión de mensajes, programas y reivindicaciones se revelaba imprescindible como requisito previo a una convocatoria electoral general que se aproximaba con la inexorabilidad del tiempo.

En tan solo veinte meses, los moderados afrontaron su primera prueba de fuego, en unas elecciones municipales en las que no fue posible su presencia en la totalidad de las demarcaciones. No hubo tiempo. Pero, aun así, el éxito fue rotundo y la representación conseguida superó las expectativas más optimistas. No había duda. El nuevo partido conectaba con la gente, pero los sondeos de opinión, con vistas a las elecciones generales en ciernes, reflejaban el mayor número de indecisos de la historia de la democracia. Ese sería el principal caballo de batalla.

Y Macarena se involucró en la tarea sin fisuras, como si le fuera la vida en ello. Durante las semanas previas a la decisiva cita electoral, se ocupó de la organización y la estrategia de comunicación, asumiendo personalmente la logística de la campaña y supliendo con entusiasmo la experiencia que le faltaba. En tiempo récord, los sondeos la colocaron en el *ranking* de los políticos mejor valorados del panorama nacional.

Cualquier profesional de la política sabe que la elaboración de las listas electorales, fuente inagotable de roces y conflictos entre egos de gran tamaño, nunca es tarea fácil. Pero cuando le llegó el turno a la candidatura moderada por Madrid, el segundo puesto, por detrás de su secretario general, quedó en suspenso durante algunos días, a la espera de que Macarena Barrios tomara una decisión que tendría, sin duda, una clara incidencia en su vida y en la de su familia.

—Imaginarás que a Roberto no le hace ninguna gracia el asunto —explicó Macarena a su jefe de filas ante su insistencia—. Ayer me acusó de dejarme abducir por una locura quijotesca.

—Supongo que con eso ya contabas cuando te lanzaste a esta aventura —le advirtió Fernando Carretero en un intento de desmontar los razonamientos de su compañera—. Aún no conozco a ningún hombre que dé saltos de alegría y descorche el champán cuando su esposa le comunica su decisión en firme de dedicarse a la política.

—¡Y no me digas que no es una injusticia con mayúsculas! Si ya es difícil para una mujer ocupar puestos de relevancia en una sociedad machista, aún le queda otra barrera por derribar, porque todo el tinglado sigue estando montado bajo una premisa errónea que asegura que la faceta profesional de una mujer solo se desarrollará plenamente a costa de su vida personal y familiar —observó Macarena, airada, soltando las carpetas que portaba bajo el brazo, golpeando la mesa con estrépito.

—Ya. Pero ahora no puedes tirar por la borda tanto trabajo e ilusión, Macarena. Además, estarías arruinando una labor de equipo. Todo el mundo cuenta con tu candidatura y lo contrario no se entendería. Lo ves, hasta la prensa

lo da por hecho, e incluso se baraja tu nombre para alguna responsabilidad de mayor nivel en la Cámara —dijo Carretero sacudiendo el periódico con energía—. ¡Y qué cojones! Yo te necesito. Ahora no puedes dejarme en la estacada.

—No seas niño, Fernando. Voy a seguir aquí, trabajando desde la trinchera. Te prometo que seguiré siendo tu mano derecha, la izquierda, las dos... si así me lo pides.

—Tú sabes que eso no es lo que habíamos planeado. ¿O es que te faltan arrestos para cumplir cuando llega la hora de la verdad? Tienes carisma, transmites credibilidad. Demuéstrales a tu marido, a tu familia, a tus enemigos y a todo el que albergue la más mínima duda, que tu compromiso no era un fiasco, que tus ideales siguen intactos, que tus declaraciones responden a una auténtica ambición por luchar contra la corrupción y la injusticia y mejorar la vida de los peor tratados por la crisis.

Macarena bajó la mirada. Tenía la sensación de que, hiciera lo que hiciera, decepcionaría a alguien. Pero lo peor es que estaba traicionándose a sí misma. La vida le había puesto en aquel camino para que lo recorriera, no para que echara a correr en sentido contrario. Aquel chorro era consecuencia directa de la frustración de un hombre, con quien también había adquirido un compromiso personal. Con él y con un sueño. La consumían las dudas, y el miedo a no hacer lo correcto se había convertido en un permanente agujero en el estómago. De repente, recordó las palabras que tantas veces escuchó de labios de su tía Visitación, cuando era poco más que una adolescente: «Jamás dejes de perseguir tus sueños, Maca; porque si renunciamos a nuestros sueños, no nos quedará nada».

De repente, lo vio claro. Tomaría las riendas de su vida y asumiría sus compromisos. En primer lugar, con ella misma. Estaba segura de que, a la larga, el respeto de su marido y de sus hijos sería su recompensa más preciada.

Macarena se levantó y, por sorpresa, abrazó fraternalmente a su secretario general. Con serena determinación, le habló mirándole a los ojos.

—De acuerdo. Acepto. Ya tienes a tu número dos.

... Después los cerró e inspiró profundamente.

4

Cualquier mujer que entienda los problemas de llevar una casa está muy cerca de entender los de llevar un país.

MARGARET THATCHER

Cada mañana, Macarena Barrios enfilaba la A-6, dirección Madrid, en su Audi Q7, azul tinta, desde su chalé en el municipio de Pozuelo de Alarcón. Hacía el viaje con sus hijos y los tres compartían esa hora temprana en la que las madres asaetean a sus pequeños con mensajes, órdenes y recomendaciones, teniendo en cuenta que lo más probable es que no vuelvan a verlos hasta última hora del día.

—No olvidéis los cuadernos y las fichas. ¿Me has oído, Lucas? Que tienes la cabeza de un chorlito. —Mientras hablaba, Macarena miraba alternativamente a la carretera y a sus hijos por el espejo retrovisor—. Y si hacéis los deberes prontito, le digo a Mariana que os ponga una peli.

—¿Qué es un chorlito, mami? —preguntó Carlos entre risillas.

—Pues un pájaro que no es muy listo, porque en vez de hacer sus nidos en la copa de los árboles, los hace en el suelo y así le roban los huevos.

—¡Lucas es un pajarraco tonto...! ¡Lucas es un...! ¡Mamáaaaa! Lucas me ha dado un pellizco fuerte, muy fuerte —chilló Carlos, dispuesto a devolverle el golpe.

—Por favor, Lucas, para, y tú, Carlos, si te metes con tu hermano, tienes todas las papeletas para llevarte un mamporro. Bueno, campeones, a prepararse que ya casi hemos llegado. Coged las cazadoras y las mochilas. Carlos, deja a Freddy en el coche. Sabes que no puedes llevarlo a clase.

—Jo... Así nunca aprenderá los números.

—Ya se los enseñarás tú en casa. Vamos, chicos.

Macarena atravesó el patio del colegio con sus niños cogidos de la mano, hasta la entrada del pabellón de primaria. Nunca abandonaba el centro hasta que desaparecían de su vista. Le gustaba observarlos a esa hora en que aún mantenían el uniforme y los zapatos limpios, y su olor a colonia infantil era claramente perceptible cuando los despedía con un beso.

Ya había iniciado la retirada, cuando oyó que la llamaban por su nombre. Era Eva, la profesora de Lucas.

—Disculpe, señora Barrios.

—Por favor, llámeme Macarena.

—Verá usted. Al verla, se me ha ocurrido aprovechar la coincidencia para hablarle de Lucas.

—¿Qué ocurre con Lucas? ¿Es que tiene algún problema?

—No, no. No se asuste. Es que como este es el primer curso en que los gemelos están separados, quería que intercambiásemos impresiones e informarle de algunos detalles que he observado —explicó la profesora para tranquilizar a la madre.

—Pues parecen haberlo asumido con deportividad. Hablan de sus amigos, de sus «seños» y, de momento, no ha surgido ningún conflicto que no existiera antes de la separación —dijo Macarena, esforzándose por recordar alguna circunstancia significativa—. Ya sabe, me refiero a la típica rivalidad por captar mi atención o jugar con su padre, y poco más. Desde el principio, se les explicaron los motivos y no han dado muestras de tener problemas al respecto.

—Mejor así. Aunque encuentro a Lucas un tanto desorientado. Lo he comentado con Virginia, la tutora de Carlos, y ella asegura que el niño se ha integrado con total normalidad y no habla de su hermano, salvo que le pregunten. Se comporta con la independencia propia de los críos que, teniendo hermanos mayores o más pequeños, dan por hecho que van a otras clases y estudian otras cosas.

—¿Intenta decirme que Lucas no tiene la misma actitud?

—Así es. Y se esfuerza para que no se le note, pero echa de menos a su hermano y lo pasa mal. —Siendo patente la preocupación en el rostro de la madre, la profesora intentó suavizar el tono—: Bueno, de momento vamos a vigilar al niño. Lo más probable es que sea un problema pasajero, pero yo prefiero ponerlo en su conocimiento.

—Claro, claro. Pero ¿podría ser usted un poco más concreta?

—Verá. Lucas parece perdido, le cuesta mantener la atención y no se relaciona con sus compañeros. Cuando nos sentamos en las mesitas redondas, no permite que nadie ocupe el lugar de su derecha. Es el sitio de Carlos, según dice. Entonces, le explico que su hermano está en la clase de la «seño» Virginia y resto importancia al hecho de que lo haya olvidado. El problema es que al día siguiente el niño repite la escena. En el patio no se acerca a ningún grupo si no está su hermano, y en el comedor hemos tenido que sentarlos juntos, porque Lucas se negaba a comer.

—¡Dios mío! No tenía ni idea. Soy consciente de la dependencia de Lucas respecto de su hermano, porque Carlos es psicológicamente más fuerte, pero no imaginaba que la cosa llegara tan lejos.

—Macarena, Lucas sufre y su evolución no está siendo la correcta, pero

tampoco vamos a hacer un mundo basándonos exclusivamente en estos síntomas. Ya sabe cómo son los niños: igual que enferman, sanan, y lo mismo que tropiezan, se levantan. Es una cuestión de madurez. Nos mantendremos alerta y, si las circunstancias lo aconsejaran, consultaríamos al equipo de psicólogos del centro. —Tres enérgicos timbrazos anunciaron el comienzo de las clases—. No se preocupe. La mantendré informada.

—De acuerdo. Y muchas gracias, Eva. Le aseguro que estaré muy pendiente de los comportamientos de ambos. ¡Pobre hijo mío! ¿Cómo no me di cuenta?

—No se culpe. Es difícil, a veces, detectar ciertas conductas. A la larga, los educadores pasamos más horas con los niños que los padres y tenemos mucha más experiencia. Por otro lado, hablamos de medios distintos, y los niños se desenvuelven de manera diferente. En este caso, ambos en casa están siempre juntos, por lo tanto, Lucas se siente arropado y en terreno conocido —añadió la profesora a modo de justificación.

—Bueno. Debe usted atender a sus obligaciones. De nuevo, le agradezco enormemente su interés —dijo Macarena, apoyando su mano en el antebrazo de la docente.

—Es mi trabajo. Y, de verdad, no se preocupe demasiado. Ya le digo que puede tratarse de algo pasajero.

Macarena subió al coche sumida en sus pensamientos: «Que no me preocupe, dice; ¿cómo no me voy a preocupar?». Hablaría con Roberto por la noche para que él también estuviera al tanto. A ver si lo encontraba un poco más receptivo, porque desde el susto de Carlos, la noche de Bruselas, la comunicación entre ambos había quedado prácticamente reducida a monosílabos. Afortunadamente, el niño se recuperó enseguida y eso era lo importante. ¿Y si hablaba también con Mariana? Más que nada por si ella había notado algo fuera de lo normal. Era una mujer espabilada y adoraba a los críos.

Aparcó en la plaza que había alquilado recientemente en un garaje de la calle Atocha, cercano al colegio de los niños. Para llegar a las Cortes, lo más rápido era acortar atravesando las vías más estrechas y pintorescas de la zona de Huertas, pero Macarena prefería salir, a la altura de CaixaForum Madrid, al paseo del Prado y recorrer sin prisa la vieja alameda, que un día marcó el límite del casco antiguo de la ciudad. Después, al llegar a la plaza de la Lealtad, ascendía por la carrera de San Jerónimo, para entrar en la Cámara Baja por el lateral del Congreso, en la calle Floridablanca, permanentemente cerrada al tráfico.

Mientras caminaba, Macarena no podía dejar de pensar en la excepcionalidad de la situación en la que se hallaba el poder legislativo del país, porque, aunque hacía semanas que los diputados electos se habían acreditado formalmente para

recoger sus actas parlamentarias, todo el procedimiento de constitución de las Cámaras estaba contaminado del mismo espíritu de intransigencia patrioter que suponía el desencuentro permanente de unas formaciones políticas antagónicas que no retrocedían un solo paso en aras del consenso, ni para tomar impulso. Unido a ello, una compleja aritmética parlamentaria hacía prácticamente imposible la indispensable suma de fuerzas que sacara adelante siquiera los temas básicos de organización y logística. Tan solo el nombramiento del presidente del Congreso había contado con un consenso más o menos fácil y rápido. Lo demás, desde el reparto de las bancadas hasta la formación de los grupos parlamentarios, pasando por la polémica sobre la necesidad o no de unas normas sobre vestimenta, decoro y protocolo de sus señorías, estaba siendo misión imposible. Y qué decir del ritmo y el tono de las conversaciones entre los equipos negociadores encargados de alcanzar unos pactos, tan imprescindibles como urgentes, que dieran luz verde a un Gobierno estable y alejaran el fantasma de nuevas elecciones.

Desde luego, los periodistas no podían quejarse de vacío de noticias. La situación política del país se había convertido en una novela por entregas. Por tal motivo, y aunque la actividad legislativa se encontraba empantanada *sine die*, los pasillos y dependencias del Congreso eran un hervidero de actividad. La bancada reformista constituía un mosaico de gentes variopintas y transgresoras en la apariencia y la indumentaria, a modo de acto de rebeldía que se justificaba en la empatía con su propio electorado. Mochilas, zapatillas, camisetas y sudaderas, rastas y coletas habían pasado a formar parte del *look* masculino de una parte del cuerpo legislativo nacional, si bien sus colegas femeninas no parecían llamar tanto la atención. Atrás quedaban los tiempos en los que los líderes políticos, tanto de izquierdas como de derechas, cuando representaban al pueblo, visitaban al estilista y vestían impecables con traje y corbata.

Macarena fue saludando a cuantos colegas encontró en su recorrido, mientras se dirigía a su grupo parlamentario. Como los moderados habían conseguido una nutrida representación, les había correspondido una sala espaciosa y bien iluminada, que contaba, además, con un par de despachos para mantener reuniones de mayor confidencialidad. El personal administrativo no paraba de atender teléfonos y trabajar en los equipos informáticos que parecían echar humo.

—Buenos días, Maca.

—Hola, Julia. Buenos días a todos.

—Fernando te espera en la sala pequeña. ¿Quieres un café... o, a lo mejor, prefieres una tila?

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Pasa. Fernando te lo explicará. —Y Julia, la pelirroja y eficiente secretaria del grupo parlamentario, se adelantó para abrirle la puerta.

Carretero hablaba por teléfono mientras paseaba por la estancia con grandes zancadas. Cuando Macarena entró, le señaló el iPad que se hallaba sobre la mesa y continuó hablando.

Al borde del desvanecimiento, Macarena tuvo que sentarse, tras fijar los ojos en la pantalla. Allí estaba ella. Fotografiada saliendo del palacio de Cibeles, con gabardina, paraguas y gafas de sol, una lluviosa tarde que el diario fechaba varios meses antes, bajo un titular con letras equis, equis, ele: «La diputada moderada, Macarena Barrios, visitó el ayuntamiento madrileño días antes de la adjudicación del contrato de refinanciación de la deuda municipal».

Aquello empezaba a pasar de castaño oscuro. ¿Quién estaba detrás de semejante acoso? ¿Y por qué ella? ¿Cuál era el objetivo? Como simple diputada, por muy bien valorada que estuviera, no tenía suficiente peso como para que, a consecuencia de este tipo de ataques, su partido sufriera verdaderos daños en su línea de flotación. No. Tenía que tratarse de algo personal.

«Piensa, Macarena. Esto no es solo un duelo político, aquí hay algo más. Está claro que alguien quiere hacerte daño y, desde luego, lo está consiguiendo, así que nada de querellas ni procedimientos judiciales que no lleven a ninguna parte. Tú también sabes jugar sucio y vas a desenmascarar a los responsables, aunque sea lo último que hagas en tu vida pública».

—¡... Como que me llamo Macarena Barrios Cazorla!

La igualdad es una necesidad del alma humana. La misma cantidad de respeto y de atención se debe a todo ser humano, porque el respeto no tiene grados.

SIMONE WEIL

El coche oficial estaba a punto de llegar. Nuria Peñalba sacudió enérgicamente su negra melena, todavía húmeda, se aplicó un ligero toque de *gloss* en los labios y remató la liturgia con un par de pulverizaciones de perfume a cada lado del cuello. Un último vistazo de confirmación en el espejo le devolvió una imagen fresca y elegante, acorde con su cometido como asesora del presidente del Gobierno. La más joven del equipo. Hacía tres años que trabajaba en su gabinete y tenía la sensación de haber dado, en ese tiempo, un paso de gigante. Parecía que hubieran pasado siglos desde su etapa como consejera en el Gobierno de las islas Baleares, a poco de terminar su licenciatura en derecho y ciencias políticas. Fue una de esas carambolas de la vida, pero la experiencia acabó por inocularle en la sangre el gusanillo de la política.

Desde que llegó a Madrid, su vida había experimentado un giro de ciento ochenta grados. A sus treinta y cuatro años, tenía un trabajo apasionante y una hijita que la reconciliaba con el mundo. Nunca le traumatizó ser madre soltera y, afortunadamente, contaba con sus padres, que vivían en la calle Andrés Mellado, paralela a la suya, y cuidaban de la pequeña como de un auténtico tesoro.

De puntillas, recorrió el pasillo y entró en el salón, para no despertar a Lucía que, dormida como un tronco en el cochecito, no paraba de succionar ruidosamente el chupete.

Tres golpes de nudillos sonaron en la puerta y Nuria descorrió el cerrojo sin apenas hacer ruido.

—Anda, papá, ¿cómo es que vienes tú? ¿Y mamá? ¿No le pasará nada, verdad? —disparó la joven su batería de preguntas con sincera preocupación.

—No, cariño. Tu madre está bien, solo que tiene un fuerte catarro y no quiere contagiar a nadie. Y la mañana está muy fría.

—¡Qué me vas a contar! Me he pasado la noche levantada, porque Lucía lloraba y se quejaba de la tripa. Los cólicos la torturan. Esta mañana tenía tanto frío y tanto sueño que me he dado una ducha con el agua hirviendo y no te digo más, un rato después mi piel aún echaba humo.

—Vaya. Pues, mírala ahora. Duerme como una bendita —dijo el abuelo, destapando a la niña ligeramente para contemplarla—. ¡Qué barbaridad! Es idéntica a ti cuando eras un bebé. Y crece por días. Fíjate que solo tiene ocho meses y, a la que nos descuidemos, el carrito se le habrá quedado pequeño.

—Es que nosotros somos grandes y su padre también.

—¿Has vuelto a saber de él, hija?

—No. Ni falta que me hace. Bueno, tenemos que irnos. Espera, papá, que compruebo. Bolso, llaves, móvil... Ok. Está todo. Salgamos. —Y Nuria cerró la puerta con tres vueltas de llave—. El presidente recibe temprano a Fernando Carretero y no quiero llegar con la hora justa. Anoche aún quedaban por repasar algunas cuestiones antes de la reunión.

—Pues a ver si de una buena vez consiguen desbloquear esta situación, que ya se alarga demasiado. Hija, díselo al presidente. La gente está cansada de este sainete.

—Él ya lo sabe, papá. Pero los pactos únicamente se alcanzan si quieren todas las partes. Con que solo quiera una, nada se adelanta.

—Por descontado. Todo el mundo ha de ceder. Entonces, ¿tú opinas que habrá elecciones otra vez? —concluyó el padre.

—Es difícil el pronóstico en este momento. Pero tal vez estamos más cerca que nunca de esa opción, porque las negociaciones están enquistadas y el tiempo se acaba. De eso no hay duda —sentenció Nuria, echando un último vistazo a su hija—. Ahí está el coche. Venga, papá. Buen día. Luego os llamo.

Nuria Peñalba saludó al conductor y subió al vehículo por la puerta trasera. Ya situada, pensó, de manera mecánica, que debía hacer algo con aquella falda, porque cuando se sentaba le quedaba demasiado corta y, alguna vez, había notado al presidente incómodo con este tipo de cosas. Desde Argüelles, no tardarían ni diez minutos en llegar al complejo. La lentitud de la A-6, congestionada como siempre en ambos sentidos, permitía contemplar a lo lejos, como una postal, la sierra del Guadarrama cubierta de nieve. Con razón hacía tanto frío.

Las primeras verjas de acceso a la Presidencia del Gobierno se abrían muy temprano, teniendo en cuenta que, a partir de las siete de la mañana, comienza la actividad en esa miniciudad que es el complejo de la Moncloa. Un ejército de jardineros y personal de servicio se reincorpora a su trabajo de buena mañana y los funcionarios más madrugadores, una vez superados los controles de acceso, se distribuyen por los trece edificios que componen el espacio presidencial. Las segundas verjas solo se abren para facilitar la entrada y la salida del presidente y su familia, los días de Consejo de Ministros y cuando se reciben visitas oficiales de mandatarios extranjeros o con motivo de la celebración de cumbres

internacionales.

El coche de Nuria atravesó el control lateral, previa identificación de la pasajera, y se encaminó directamente al palacio de la Moncloa. El presidente estaba a punto de bajar a su despacho y algunos colaboradores lo esperaban en la antesala, mientras fijaban la estrategia a seguir, revisando la prensa y los últimos análisis de situación. Se trataba de los habituales «maitines», aunque en esta ocasión el asunto del día se centraba en exclusiva en la reunión que el presidente en funciones estaba a punto de mantener con el líder de los moderados, socio clave para alcanzar un posible acuerdo que desbloquease la formación del nuevo Gobierno.

Aún era temprano y en el edificio reinaba un discreto silencio. Las mujeres del servicio se apresuraban en terminar de limpiar las alfombras y retirar el inapreciable polvo de cuadros y jarrones, bargueños y butacas, piezas del mobiliario histórico perteneciente al Patrimonio Nacional.

—Buenos días, presidente —saludaron casi al unísono todos los presentes.

—Buen día a todos —respondió este, tomando asiento en el lugar que habitualmente ocupaba en torno a aquella mesa redonda de reluciente madera de nogal. Los demás hicieron lo propio.

El presidente era un hombre cauto, a juicio de algunos, demasiado, que no daba puntada sin hilo ni dejaba resquicio a la improvisación. Parsimonioso y reflexivo, en el seno de su partido le acusaban de dejar pudrir las crisis sin actuar, para hacerlo finalmente a destiempo. Sus colaboradores más cercanos le calificaban de tímido y austero emocional, nada amigo de las exhibiciones de sentimientos ni pasiones.

El camarero entró enseguida con la bandeja de los cafés y despachó el servicio en menos de cinco minutos.

Tras media hora de debate y una vez fijadas las posturas, el presidente parecía más relajado e incluso prudentemente optimista. Aún faltaban veinte minutos para la llegada del líder moderado, momento perfecto para ultimar los detalles formales. En primer lugar, el presidente insistió en su deseo de recibir a Carretero junto a la entrada del recinto, donde este abandonaría el coche para recorrer juntos el paseo de los plátanos hasta la escalinata del palacio. Nuria sería la encargada de comunicar tal circunstancia al *staff* del partido moderado y a la Secretaría de Estado de Comunicación para que lo trasladara a los representantes de la prensa encargados de la información del encuentro.

—¿Se sabe quién acompañará a Carretero? —preguntó uno de los asistentes.

—Sí. Su segunda, la diputada Macarena Barrios —respondió Nuria, mientras consultaba los faxes que se esparcían sobre la mesa.

Todo estaba dispuesto y, por fin, llegó el momento. Fernando Carretero bajó

del coche, atlético y sonriente. Estrechó la mano del presidente en funciones, cuyo optimismo parecía más forzado, permaneciendo ambos dirigentes enlazados unos segundos mientras se disparaban docenas de flashes. Inmediatamente, iniciaron el recorrido de los cincuenta metros que les separaban de la escalinata del palacio, ambos distendidos, en una estudiada pose destinada a transmitir cercanía y buen rollo.

A cinco metros por detrás, la diputada moderada y la asesora del presidente hacían idéntico recorrido en animada conversación, mientras un vaho espeso salía de sus bocas como si fuera humo. La puesta en escena era perfecta para que la nube de fotógrafos que se apostaba a ambos lados del bulevar no perdiera detalle a inmortalizar.

Durante el recorrido, Macarena se fijó en un periodista que no parecía tan interesado en retratar a los protagonistas del día como en captar su imagen y la de Nuria Peñalba, que se mostraba incluso azorada por la inapropiada exposición.

Ya estaban dentro. Unas cuantas fotos más y las puertas se cerrarían tras los dos líderes, que endurecían gradualmente el gesto a la vez que tomaban conciencia de la responsabilidad del encuentro.

Con el fin de relajar el ambiente, la asesora, haciendo las veces de anfitriona, se ofreció para mostrarle a Macarena las estancias más emblemáticas del palacio, teniendo en cuenta que para la diputada era su primera visita.

—Y esta es la primitiva sala del Consejo de Ministros. Durante los años de la Transición se celebraron aquí, hasta que se construyó, bien entrada la presidencia de Felipe González, el nuevo edificio que habrás visto a tu derecha mientras caminábamos por el paseo.

—Cierto. El que se ve en televisión —añadió Macarena, realmente interesada.

—Exacto. Actualmente esta estancia se utiliza como comedor y solo cuando la ocasión tiene un matiz personal o familiar. Nunca oficial.

—Y este es el famoso reloj de los pájaros, ¿no es así?

—Así es —confirmó Nuria—. Funciona como lámpara y reloj. Una pieza única y muy valiosa. Representa el cosmos y el coro de pájaros que se distribuye alrededor baila y trina coincidiendo con las horas. Dicen que el presidente Suárez mandó parar los cánticos durante las reuniones del consejo, porque distraían a los ministros e interferían en los debates.

—Realmente curioso.

El móvil de Nuria avisó de la entrada de un mensaje. La asesora pidió disculpas y se retiró para abrirlo con cierta intimidad. En la pantalla, el rostro del periodista en quien Macarena se había fijado minutos antes. El identificativo rezaba Víctor Cañizares y el mensaje decía: «Cada día estás más guapa. Dime

que nos veremos esta noche o me suicidaré». Nuria sonrió y guardó el teléfono sin contestar.

Ambas mujeres continuaron su itinerario y Nuria, sus explicaciones. Aunque apenas se utilizaba, visitaron el despacho oficial del presidente, que contiene la famosa mesa que Isabel II regaló al general Narváez. Bajaron a las cocinas y a la popular «bodeguilla», refugio del matrimonio González durante su etapa presidencial. Y terminaron su recorrido en el salón de columnas, cuyos ventanales permiten contemplar una vista magnífica de la parte trasera y más privada de los jardines de la Moncloa.

—Según reza en los archivos, este salón es el antiguo patio del palacio, porticado y cubierto. La obra se acometió con motivo de la visita de Richard Nixon, en 1970, con el fin de dotar al edificio de más espacio para albergar grandes séquitos. Bueno, y esto es todo —dijo la asesora, terminando su descripción.

—Pues te lo agradezco mucho, Nuria. Ha sido interesantísimo. Eres muy amable. Y si un día te quedas sin trabajo, demostrado está que puedes ganarte la vida como guía de turismo —bromeó Macarena.

Las dos mujeres rieron abiertamente.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado. ¡Quién sabe! Algún día podrías ser tú la que ocupara estos despachos.

—Entonces, seré yo la que te invite a visitarlos de nuevo.

—Mientras esperamos, y si me disculpas, voy a llamar a mis padres. Cuidan de mi hija mientras trabajo.

—¿Tienes una hija?

—Sí. Lucía. Tiene ocho meses. Soy madre soltera. Si no fuera por ellos, me sería imposible mantener un trabajo que requiere tanta dedicación.

—Te entiendo muy bien. Yo tengo gemelos de cinco años, que son la alegría de mi vida, pero he de hacer verdaderos malabares para llegar a todo. Y los maridos, ya sabes, en la práctica no son tan comprensivos y progresistas como afirman sus teorías.

—Mira, esta es Lucía. —Y la pantalla mostraba a una niña morena como su madre, que enseñaba dos solitarios diente-cillos en una amplia sonrisa.

—¡Es un bombón! Y te dará más alegrías que la política —dijo Macarena en tono jocoso, señalando la puerta por donde habían desaparecido los dos dirigentes—. Mis gemelos.

—Qué guapos y qué cara de listos tienen. ¡Son idénticos!

—Lo son. Aunque su parecido físico es inversamente proporcional a lo dispares que son. No hay dos niños más distintos.

El teléfono de Nuria comenzó a sonar con moderado volumen.

—Permíteme un minuto, Macarena. Enseguida estoy contigo.

—Claro, claro. No tengas problema y atiende tus llamadas.

Macarena, entretanto, se encaminó hacia una mesa donde había bebidas de diferentes tipos. Abrió una pequeña botella de agua mineral y vertió el contenido en una copa de cristal tallado. No había dado más que un par de sorbos, cuando la puerta del despacho se abrió, señal inequívoca del final de la reunión. El escaso tiempo transcurrido no parecía un buen augurio y el gesto circunspecto de ambos interlocutores corroboró esa primera impresión. La despedida fue tan fría como apresurada.

Fernando Carretero dijo adiós atropelladamente a los asesores del presidente, que parecieron no reaccionar, y se encaminó hacia la puerta con paso firme. Macarena apenas tuvo tiempo de agradecimientos ni despedidas y siguió a su jefe en la espantada tan rápido como pudo.

Ya en el coche, Carretero dio instrucciones por teléfono a sus colaboradores para celebrar una reunión de inmediato y convocar una rueda de prensa para las cinco de la tarde en sede parlamentaria.

—No tengo que preguntar cómo ha ido —dijo Macarena casi con un hilo de voz.

—Ese hombre es un obstáculo para el futuro de su partido y de España. No entiendo cómo sus barones no le obligan a dimitir. Se están cavando su propia tumba, empeñados en no acometer la necesaria regeneración.

—Pues si con nosotros, que somos los más próximos, no se entiende, será imposible un mínimo acercamiento respecto a los demás —añadió Macarena a modo de conclusión.

El vehículo se detuvo durante unos segundos mientras la verja se abría lentamente, y Macarena volvió a encontrarse con la mirada intrigante del periodista del paseo de los plátanos, que se encontraba de pie, junto al coche. ¿Quién era el enigmático reportero? Tenía que averiguarlo. No se lo pensó dos veces. Levantó su teléfono y disparó...

... Había cazado al cazador.

6

Si alguien cree estar limitado por su género, raza u origen, se volverá aún más limitado.

CARLY FIORINA

Caras largas y decepción generalizada configuraban el ambiente que se respiraba en el grupo parlamentario. Fernando Carretero había conseguido dominar el calentón, a lo largo del viaje, gracias a los razonamientos de Macarena que, lejos de dejarse dominar por las pasiones, analizaba la situación desde el puro pragmatismo y, además, adoptaba el papel de Pepito Grillo cuando su jefe se salía del tiesto. Con todo, la intolerancia y la obstinación de sus interlocutores exasperaban al líder de los moderados más que cualquier otra actitud. Antes que el inmovilismo, prefería mil veces un debate enconado, de esos en los que se desmenuzan los documentos párrafo a párrafo, línea a línea, y se discute hasta dónde poner la coma. ¿Para qué le emplazó el presidente entonces a mantener conversaciones con vistas a alcanzar un posible pacto de gobierno si no pensaba moverse ni un centímetro en esa actitud suya de perpetuo don Tancredo? ¿O es que su prepotencia le había llevado a imaginar que pactaría con su oponente sin condiciones? ¿De verdad que no había nadie consciente de la verdadera dimensión de lo que estaba en juego? Le costaba creerlo.

—Tienes que verlo así, Fernando. No puedes derribar las murallas de Jericó tú solo. Y si, finalmente, se convocaran elecciones otra vez, pues mala suerte. Las encuestas nos adjudican mejores resultados de los que ya tenemos. Y, encima, seríamos los únicos que pasaríamos la reválida con nota. La gente no es boba y valora la honestidad y el esfuerzo de quienes no están por el trapicheo de ministerios y poltronas, sino que lo que realmente les importa son los problemas de la gente —dijo Macarena ahora con vehemencia.

Carretero se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Ella, por su parte, se dejó caer en el asiento con energía, en un intento de alejar cualquier síntoma de frustración. Los demás hicieron lo propio. Había que pensar en el siguiente paso, o no. ¿Y si esperaban sin más a que les vinieran a buscar? Algo así como la damisela que, cómodamente sentada en el baile, dice sí o no a sus pretendientes, según su atractivo, su dominio de la danza o la gracia que empleen para convencerla de que debe bailar.

Bien pensado, ellos no necesitaban pactar con nadie, más bien eran los

partidos mayoritarios los que precisaban pactar con ellos. Perseguían los votos que invistieran a sus candidatos y sus escaños pasaban por ser los más codiciados.

—Pero el país no puede permitirse este parón. Nuestra economía se resiente y el hartazgo de los españoles es mayúsculo. ¿Cómo vamos a recuperar la confianza de los ciudadanos si ni siquiera somos capaces de consensuar las líneas básicas de la regeneración democrática que España necesita más que comer? —Carretero golpeó la mesa con su dedo índice para reforzar sus argumentos.

—Sabemos que es frustrante, pero es lo que hay —concluyó otro de los presentes.

—Siempre aborrecí la inacción. Me niego a caer en el mismo pecado que critico en los demás —continuó Carretero con sus argumentos.

—Tengo la impresión de que no vas a estar «inactivo» mucho tiempo. Las agencias ya han difundido la noticia del fracaso de la entrevista con el presidente en funciones. Ya verás los novios que te van a salir en los próximos días —aventuró otro de los miembros de la directiva del partido.

—Pues creo que ya está aquí el primero. Al teléfono, el secretario general de los socialistas. Insiste en hablar contigo cuanto antes —anunció Julia, blandiendo el auricular en el aire.

—Dile que estoy reunido y que le llamo luego. Tampoco vamos a bailar el tango si lo que de verdad nos gusta es bailar el vals —bromeó Carretero mucho más relajado.

Terminada la reunión y fijados los criterios para la rueda de prensa, los presentes comenzaron a abandonar la sala camino del almuerzo, cuando Julia, discretamente, abordó a Macarena para transmitirle un recado personal.

—Llamó hace un par de horas. Preguntó por ti. Le dije que estabas en Moncloa con Fernando. Me dejó este número y me insistió mucho en que no olvidara darte el mensaje.

La diputada tomó el papel que Julia le tendía. Inexplicablemente sintió un repentino vacío en el estómago y un ligero sofoco le caldeó mejillas y orejas. Julia captó los síntomas y apoyó con afecto su mano en el hombro de la diputada.

—Gracias, Julia. Alejandro es nuestro embajador en Ankara. Tiene que ver con los acuerdos sobre refugiados que abordamos en Bruselas. Tal vez necesite algún documento... —Macarena hablaba sin mirar de frente a su interlocutora.

—Tranquila, Maca. No tienes que explicarme nada —dijo la secretaria, dirigiéndose hacia su mesa de trabajo.

En el papel solo aparecía el nombre completo del embajador, escrito

apresuradamente, y un teléfono móvil. ¡Mierda! ¿Qué hora sería en Ankara? ¡Pues qué hora iba a ser! Ni que Turquía estuviera en las antípodas.

Desde su encuentro en Bruselas, el recuerdo del diplomático le asaltaba constantemente, pero Macarena se resistía a etiquetar sus sentimientos. Ahora, el nerviosismo y el pulso acelerado confirmaban unas sospechas que absurdamente se negaba a considerar.

—Adelantaos. He de hacer un par de llamadas. Voy enseguida —se justificó Macarena ante sus compañeros, con los que se encontraría en el restaurante.

Salió a la M-30, que así se llama coloquialmente el pasillo semicircular interior que rodea por completo el hemiciclo, y del que parten varias puertas que permiten el acceso a las bancadas de la Cámara. Se dio de narices con el retrato de Cánovas del Castillo, pero aquel tramo parecía la auténtica vía de circunvalación madrileña en hora punta. Continuó en su avance, pasando por delante de Alonso Martínez, Serrano y Sagasta. Imposible. Para encontrar un poco de intimidad, no le quedó más remedio que salir a la calle. Tecleó el número tres veces, antes de hacerlo correctamente. Le temblaban ligeramente los dedos. Cuando solo le faltaba pulsar la tecla verde que iniciaba la marcación, abortó la llamada. «Tranquilízate —pensó—. No hay razón para estar nerviosa». Lo mejor era escribir un mensaje y esperar. ¿Y si no era buen momento? No quería ser inoportuna y, menos aún, encontrarse en la embarazosa situación de verse despachada atropelladamente con una disculpa. Adiós magia.

Por fin, escribió su mensaje y, sin dejar de mirar la pantalla, comenzó a caminar despacio hacia el restaurante donde la esperaban sus compañeros. El doble *check* negro apareció inmediatamente junto al texto y la hora. Llegar, había llegado. Ahora solo faltaba que lo leyera. Unos segundos más y las dos palomitas azules saltaron a la pantalla. El corazón le dio un vuelco. Se paró en seco cuando el móvil comenzó a reproducir *Imagine*, de John Lennon.

—Hola, Alejandro. ¡Qué sorpresa!

—Ya imagino. Verás, es que me alojo en el Palace y como estoy tan cerca del Congreso, se me ha ocurrido llamarte para ver cómo tienes el día.

Momentáneamente noqueada, la boca de Macarena se secó más deprisa que un manantial en el desierto, convirtiendo sus siguientes frases en un balbuceo ininteligible.

—¡Ah! Bueno... Mmm... O sea... que ¿dices que estás en Madrid?

—Sí, sí. Dentro de cinco minutos tengo una reunión con el ministro de Asuntos Exteriores y después almorzaré con la directora de la Oficina de Información Diplomática. Es compañera de promoción. Regreso a Ankara mañana.

—Ya... Verás. Tengo una rueda de prensa a las cinco y después nos

volveremos a reunir en el grupo parlamentario. Ya sabes cómo están aquí las cosas...

—Lo sé. ¿Y cenar? —aventuró el diplomático.

—Es que no he avisado en casa... Bueno, intentaré arreglarlo. Podemos cenar temprano, a ver si consigo llegar para acostar a los niños. Ya sabes que tengo dos gemelos muy pequeños.

—Perfecto. Te propongo cenar en el mismo hotel. Así, apenas tendrás que desplazarte.

—De acuerdo. Nos vemos allí a las ocho y media.

—No imaginas lo feliz que me haces, Macarena.

—¡Qué cosas dices! Hasta luego.

La diputada colgó lentamente sin que se le borrara la sonrisa del rostro y, poco a poco, comenzó a caminar sin dejar de sentir levemente su corazón en las sienes.

Cuando llegó al restaurante, los demás ya estaban tomando el segundo plato, así que, entre lo que le incomodaba que la tuvieran que esperar y que se le había cerrado el pico de la impresión, optó por tomar una de sus *ensaladas de mil colores*, como las llamaba Roberto. Más tarde le telefonearía para decirle que se iba a retrasar.

Mientras apuraban los cafés, Macarena recordó la foto del periodista misterioso y preguntó a los presentes por si alguien pudiera darle razón. A nadie le sonaba de nada.

—Será algún *freelance* sin filiación. Venden sus fotos y reportajes por las redacciones y, a veces, les encargan ciertos trabajos... digamos poco ortodoxos. Esos que rozan la mala praxis. Son mercenarios de la noticia —concluyó Carretero—. ¿Por qué? ¿Qué pasa, Maca?

—Bueno, es que esta mañana en Moncloa, me pareció que este tipo ponía mucho interés en fotografiarme. Quiero decir que no disparaba su cámara para captaros a ti y al presidente, que hubiera sido lo lógico, sino que su objetivo se focalizaba descaradamente en mí y en Nuria Peñalba. No sé, algo no me cuadra.

—Tampoco te obsesiones... —apuntó Carretero, intentando desviar la atención.

—Joder, Fernando, que no me estoy volviendo paranoica. A las pruebas me remito. Mira las últimas portadas de la semana pasada. En todas aparecía la misma foto acusadora. Y, encima, trucada. ¿En qué cabeza cabe que llevara puestas unas enormes gafas de sol cuando estaba diluviando? He intentado recordar dónde me hicieron esa foto, pero no caigo.

—Vamos a ver, Macarena. Pero ¿eras tú o no eras tú? —disparó la pregunta directamente otro de los diputados presentes.

—¡Vaya! Habló el listo... ¿Qué pasa, que no me crees? Pues claro que soy yo, pero mi imagen está sacada de otro contexto y colocada en la escalinata del ayuntamiento. Photoshop, colega, ¿te suena?

—Tranquilízate, Maca. Nadie te está acusando de nada.

—Pues no me gustan ni las preguntas ni el tonito, ¿estamos?

—De acuerdo. Tengamos la fiesta en paz. Te pedimos disculpas. Así, a bote pronto, se me ocurre que podías preguntar a Julia. Se conoce a toda la fauna periodística que tiene acceso al Congreso. A lo mejor lo ha visto alguna vez o puede redirigirte en tus pesquisas —dijo Carretero para cerrar el tema, haciendo una seña al camarero para que les trajera la cuenta.

—Vale. Gracias —masculló entre dientes la diputada visiblemente irritada.

Estaba más que harta de que, cada vez que sacaba el tema, los demás se comportaran como si, por el simple hecho de escucharla, hicieran un alarde de infinita paciencia. No percibía atisbo de solidaridad sincera y se sentía muy incómoda ante aquellas demostraciones de condescendencia con su causa, como si solo fuera suya. La frivolidad con la que sus compañeros trataban un tema tan grave como la impunidad de los medios de comunicación para mancillar la decencia y la respetabilidad de las personas, la hería profundamente. Como, encima, el problema no parecía afectar al partido ni a las encuestas, no estaba imputada ni siquiera investigada, de momento, nada de mover ficha. Aunque el tema podía ser objeto de querrela criminal, y así se lo había confirmado Roberto, ni el bufete de su marido ni la ejecutiva del partido eran partidarios de iniciar ningún tipo de procedimiento judicial. Una vez superado el shock inicial, los abogados les aconsejaron «meter la cabeza debajo del agua hasta que pase la ola». Pero ella no estaba dispuesta a bucear por más tiempo o acabaría ahogándose. Daría con la clave sí o sí.

Fernando Carretero poseía un físico arrollador y daba muy bien en televisión. Recién cumplidos los cuarenta y dos, sabía sacarse mucho partido. Elegante y distinguido, sus impecables trajes y sus corbatas de firma formaban parte de su puesta en escena. Aunque escaso, conservaba un cabello sin canas, que peinaba con gomina hacia atrás, como una de sus personales señas de identidad.

La rueda de prensa funcionó muy bien. El líder moderado se mostró tajante con las actitudes inmovilistas, resaltando el talante conciliador como bandera de su partido e instrumento imprescindible para alcanzar cualquier tipo de acuerdo. De otro modo, el horizonte de los pactos se alejaría y las elecciones se echarían encima. Concluyó asegurando que su puerta permanecería siempre abierta para quienes practicaran la altura de miras y la generosidad de planteamientos, mecanismos que posibilitarían el gobierno de cambio y progreso que la ciudadanía había demandado a través de las urnas.

Mientras su jefe de filas hablaba, Macarena no dejaba de buscar entre los miembros de la prensa a su reportero sin identificar. No le sería fácil permanecer oculto, porque era alto y corpulento y llevaba unas gafas de pasta color ámbar realmente singulares. ¡Bingo! ¡Ahí estaba! Detrás de una barrera de trípodes y agazapado tras una gran cámara de televisión. No le perdería de vista y, en cuanto acabase la comparecencia, iría a por su presa como una pantera. Y, ¿qué demonios iba a decirle? ¿Acaso era un delito que le hubiera sacado algunas fotografías? Eso no demostraba nada. O ¿qué tal si le acusaba abiertamente de ser el responsable de la campaña de acoso y derribo a la que estaba siendo sometida? Mira que si el interfecto, descubierto y acorralado, confesaba su delito y le pedía disculpas. ¡Qué absurdo! Ese no era el camino. Tenía que idear otra estrategia. Pero ¿cuál?

... ¿Y si le pedía consejo a Alejandro? Aunque su conocimiento era reciente, tenía la sensación de que podía confiar en él. Al fin y al cabo, los diplomáticos trabajan en estrecha relación con los servicios secretos y saben de estas cosas. ¿O no?

Los animales existen por sus propias razones. No fueron creados para los humanos, del mismo modo que los negros no fueron hechos para los blancos ni las mujeres para los hombres.

ALICE WALKER

Salvo coyunturas de orden familiar y pocas excepciones más, un simple café entre un hombre y una mujer sigue encerrando connotaciones equívocas en pleno siglo XXI, incluidas las citas profesionales. En cualquier caso, tópicos aparte, Macarena se sentía innegablemente atraída por Alejandro Rimbau, y viceversa no digamos. Son cosas de la física y la química que igualan al ser humano con el reino animal. El olor, la voz, el tacto, la piel, la mirada son algunas de las señales, «ingrávidas y sutiles», que intervienen en la atracción sexual que experimentan determinadas personas entre sí. Son involuntarias, como los reflejos, y no es posible su manipulación. Lo que es, es, y lo que no es, no es, y no se puede forzar, graduar al gusto, aumentar o disminuir. Así de fantásticas e inexplicables son las relaciones amorosas entre los seres humanos. Todo un misterio de la creación.

Antes de salir del Congreso, Macarena habló con los niños para explicarles que cenarían con Mariana y con su padre, porque ella tenía mucho trabajo. Carlos, enfurruñado, le hizo prometer que les leería *El lago de los monstruos*, que tanto les gustaba, también a Freddy, si, cuando llegara a casa, aún estaban despiertos. Intentaría dedicarles la tarde al día siguiente. ¿No era esto una forma de acallar su propia conciencia? Puede, aunque cualquier madre en su situación lo entendería a la primera. Por su parte, Roberto tampoco se lo puso fácil y apeló a la necesidad de que pasara más tiempo en casa, dados los desajustes de integración que sufría Lucas en la nueva etapa escolar. El padre estaba convencido de que la raíz del problema no era la separación de los gemelos, sino la «alarmante» dejación de funciones de Macarena como madre. Tocada y casi hundida...

Entró en el hotel Palace, atravesó el vestíbulo y la recepción. Subió la escalinata y, desde la primera antesala que distribuye a los clientes y visitantes hacia los salones, la cafetería o los comercios de las prestigiosas firmas que se acreditan en el establecimiento, divisó a Alejandro claramente. Estaba sentado

en la rotonda, junto a un rioja, con la butaca ligeramente ladeada y las piernas cruzadas. Llevaba puestas unas gafas típicas de presbicia y manipulaba su móvil con soltura. Macarena se acercó despacio mientras contemplaba con detenimiento su físico poderoso y bien conservado, a sus cincuenta y muchos años. Su estatura, por encima del metro ochenta y cinco, y su pelo entrecano, peinado hacia atrás, le convertían en la imagen misma de la distinción. Tenía unas manos sugestivas, elegantes y cuidadas, que estrechaban con calidez. Pero su sonrisa era, sin duda, su atractivo a destacar. Franca y natural, decía mucho de un hombre que se había hecho a sí mismo y a quien la vida le había propinado algún que otro golpe. Por ponerle un pero, sus desfasados trajes cruzados y el pañuelo que sobresalía del bolsillo de la chaqueta le daban un toque demodé. Teniendo en cuenta su periplo diplomático por el mundo, tampoco era de extrañar que la moda no fuera precisamente una de sus prioridades.

Macarena intentó animarse y disfrutar de la velada, alejando de su mente ese sentimiento de culpabilidad que desde niña la atormentaba si no alcanzaba la perfección en todo lo que hacía. ¿Por qué se autocastigaba si no había cometido delito alguno? ¿O es que acaso a sus hijos les faltaba cariño, desvelo, recursos y todo cuanto un niño puede esperar de sus padres? Por supuesto que no. Sus hijos eran felices y sus trastornos infantiles no tenían más trascendencia que la correspondiente a una edad en la que los niños comienzan a experimentar su propia reafirmación. Pero Roberto la conocía muy bien y era un maestro en meter el dedo en la llaga, sin ni siquiera dedicar un minuto a la autocrítica que, por otra parte, tampoco hubiera estado de más, entonando el *mea culpa* por la escasa implicación.

—Te noto preocupada, Maca. Espero no ser el responsable de ese ceño ligeramente fruncido, que me priva de contemplar una de las sonrisas más hermosas con las que me he topado en la vida.

—Eres un adulator —dijo Macarena, sonriendo entonces abiertamente.

—Así me gusta. Ahora en serio, ¿qué te ocurre? Si puedo serte útil...

—Perdóname, Alejandro. No es nada y es todo.

—Ok. Ya entiendo. Que no abarcas, ¿es eso?

—Algo así. Probablemente estemos atravesando una de las etapas más difíciles desde la Transición, no solo en España, sino también en Europa. Para colmo, sufro persecución mediática y, al parecer, mis niños acusan perniciosamente mi falta. Y Roberto...

—Ya. Critica, pero no aporta soluciones, ¿a que acierto?

—Sí que aporta. Pero echando balones fuera. Él nunca quiso que me dedicara a la política y, desde luego, en sus planes no entraba tener una esposa diputada.

—Me hago una idea. Siempre he pensado que las mujeres lo tenéis

tremendamente difícil. Supongo que habrá momentos en los que ni tú misma seas capaz de habilitar una fórmula que te proporcione equilibrio entre ambas facetas de tu vida. Y, desde luego, ante la familia y, sobre todo, los hijos, los sueños profesionales llevan todas las de perder... siempre.

—Yo no lo habría explicado mejor.

—Tal vez no sea el más adecuado para dar consejos, pero creo que no debes precipitarte. Esta etapa de incertidumbre política pasará pronto y estoy seguro de que la campaña de desprestigio también. Dos frentes ahora abiertos se habrán cerrado y, entonces, te sentirás liberada de una buena cuota de presión.

—Seguro que tienes razón. Bueno, ¿qué te parece si pasamos al comedor? Estoy hambrienta.

—Estupendo. Veo que las pesadumbres no te quitan el apetito —dijo el diplomático complacido.

—Está bien, confesaré —dijo Macarena, poniendo melodramáticamente la mano derecha sobre el pecho—. Apenas almorcé. Quería reservarme para la cena. ¿Quién puede resistirse al chef del hotel Palace y en una compañía fuera de carta?

Ambos rieron y Alejandro Rimbau se apresuró a separar la butaca de Macarena para facilitarle la salida.

La cena discurrió por vericuetos más personales, obviando, casi desde el principio, los grandes temas profesionales. La franqueza y la atracción mutua favorecieron las confidencias. Aunque sin entrar en profundidades, el diplomático explicó a Macarena que su camino en el mundo de las relaciones internacionales estuvo casi trazado desde su nacimiento. Hijo y sobrino de diplomáticos, su familia atesoraba un auténtico pedigrí que se remontaba a varias generaciones atrás. Había nacido en Barcelona en el seno de una familia perteneciente a la burguesía nacionalista catalana, aunque en sus tiempos juveniles hizo más de un guiño a la izquierda radical, con el consiguiente disgusto de sus padres, que decidieron trasladarlo a la Universidad de Navarra y, después, a Madrid, para ingresar en la Escuela Diplomática.

Macarena le escuchaba embelesada. Ella, que había buceado en internet previamente, conocía la biografía de Alejandro. Poseedor de un currículum brillante, había recorrido durante los últimos veinticinco años los destinos clave para España, en una etapa de nuestra historia en la que hubo que construir, desde los cimientos, una política exterior y unas relaciones internacionales hasta entonces prácticamente inexistentes como consecuencia de la dictadura franquista. Su peso específico le había colocado en dos ocasiones en la candidatura para ocupar la cartera de Asuntos Exteriores con distintos Gobiernos socialistas, ofrecimiento que Rimbau siempre declinó.

Macarena también sabía que el embajador había estado casado con una afamada pintora de origen ucraniano, a quien conoció durante su misión en la Federación Rusa. Lamentablemente, su esposa se mató en un accidente de tráfico hacía ya doce años, tragedia de la que al diplomático le costó mucho recuperarse. Alguna que otra relación fugaz se le había conocido después, sin indicios de tratarse de nada sólido. Alejandro le enseñó la fotografía de sus hijas, dos jóvenes bellísimas que estudiaban en Estados Unidos, como hubiera querido su madre.

Como si adivinara lo que la diputada se estaba cuestionando en aquel momento, Alejandro le aseguró que, en la actualidad, estaba entregado en cuerpo y alma a la actividad diplomática.

Hacía rato que Macarena había dejado de mirar compulsivamente su reloj y, por fin, consideró que había llegado el momento de comentar con Alejandro la historia del sibilino reportero y sus sospechas acerca de la relación del citado individuo con la campaña de acoso a la que los medios la tenían sometida.

Alejandro parecía perplejo y, aunque por nada del mundo quería que se sintiera ninguneada, no parecía que las pruebas que Macarena esgrimía con tanta vehemencia tuvieran la más mínima entidad como para rastrear a aquel hombre.

—A ver cómo te lo explico. Querida Maca, tienes que entender que no tendría sentido poner en marcha unos servicios de inteligencia internacional para investigar a un simple reportero español cuyo único delito ha sido hacerte fotos. Es como matar mosquitos a cañonazos.

—Ya veo. Tú tampoco me crees —dedujo Macarena teatralmente ofendida.

—Pues claro que te creo, mujer, pero no veo que ese sea el camino. Yo también sigo la prensa española y he leído las patrañas que se difunden sobre ti y sobre una supuesta relación turbia con el ayuntamiento, sin el más mínimo rigor ni prueba circunstancial que sostenga la acusación. Desde luego, todo ello resulta muy extraño.

—Vale. Entonces, dime qué hago —dijo Macarena, rendida por fin a la evidencia.

—Pues, como en las películas policíacas, lo primero que haremos será identificar el móvil. A ver. ¿Quién puede estar detrás de esta campaña de hostigamiento? ¿A quién beneficia tu descrédito? ¿Qué fin se espera conseguir? ¿Tienes enemigos? ¿Podría tratarse de una *vendetta*?

—Pues, a bote pronto, no sé ni qué contestar. Estoy tan descolocada —dijo Macarena, realmente sorprendida ante la estrategia de Alejandro y sus certeras interrogantes.

—Para empezar, no puedes demostrar que «tu» periodista tenga relación con las imputaciones de los medios. Quién te dice que no es más que un admirador y

por eso te hace fotos.

—¡Anda ya, Alejandro! No lo estarás diciendo en serio.

—¡Y yo qué sé! Hay tanta gente rara por el mundo. —Y Alejandro dio un sorbo al café antes de seguir—. Yo me olvidaría del fotógrafo y centraría mis esfuerzos en averiguar a quién pertenece la mano negra que ordena y dirige una operación orquestada para desgastar a Macarena Barrios, sin consecuencias aparentes para el partido al que pertenece.

—¿Y eso cómo se hace?

—Empezaremos por la agencia de noticias. Déjame que haga un par de llamadas y te digo algo. Tú, mientras, repasa con lupa lo publicado, las fotos y las crónicas. Tal vez encuentres algún detalle que hayas pasado por alto. No sé, algo que no cuadre, una imagen que te chirríe, fechas en las que no estuvieras donde dicen que estabas, personas con las que se te relaciona que no conozcas de nada, en fin, no sé... Cualquier cosa que pueda darnos una pista.

—Entiendo. Ahora que lo mencionas... La última foto publicada, por fuerza, tiene que estar trucada. Es imposible que me fotografiaran en la escalinata del ayuntamiento, entre otras cosas, porque ni siquiera conozco el edificio. Pero no soy capaz de saber de dónde han sacado la imagen. Por más que intento hacer memoria, no consigo identificarla y tampoco recuerdo haber visto esa fotografía publicada en ningún sitio. Le daré otra vuelta a ver qué se me ocurre.

—Muy bien. Estamos en contacto y nos vamos contando. Pero prométeme que, averigües lo que averigües, no harás nada sin decírmelo antes —le advirtió el diplomático con gesto grave.

—Te lo prometo. No sé cómo darte las gracias, Alejandro. La verdad es que me he visto muy sola con todo este asunto. Mi marido me hace responsable, porque lo soy en cierta manera, y el partido no quiere levantar polvaredas innecesarias, teniendo en cuenta que el asunto no incide negativamente en los sondeos. Quietos, parados. A ver si el remedio va a resultar peor que la enfermedad. —Macarena, algo turbada, bajó la mirada antes de pronunciar las siguientes palabras—: Al menos tú me has escuchado.

—Siempre te escucharé. Puedes considerarme una gran oreja amiga. Y nunca más quiero oírte decir que eres la responsable. Tú no tienes ninguna culpa en este feo asunto. Macarena, eres la víctima, y nadie tiene ningún derecho a tergiversar las cosas —apuntó el diplomático en clara alusión al marido de la diputada, sin querer citarle expresamente.

—Bueno, debemos irnos. Es tarde y mis niños estarán dormidos desde hace rato. Mañana tendré que sortear sus chantajes y venganzas por no haberles contado el cuento que les prometí.

—¡Vaya! Lamento haberles robado a su madre, pero aunque esté mal decirlo,

no pienso sentirme culpable. Ellos te tienen siempre y yo solo un par de horas.
—Alejandro miró a los ojos de Macarena intentando transmitir sentimientos para los que se quedaban muy cortas aquellas medidas palabras.

—Tampoco yo me arrepiento. Ha sido una velada inolvidable —respondió ella con cierta emoción.

—Cógete de mi brazo. Te acompañaré hasta el coche. Aunque la noche está fría, nos sentará bien el paseo.

Eran más de las once. Los pocos transeúntes y el escaso tráfico en dirección a Atocha contrastaban con la actividad diurna que caracteriza a esta zona de la ciudad, monumental y museística, atracción indiscutible para el ingente turismo que visita la capital de España durante todo el año. En aquella hora tardía, la gran metrópoli se mostraba ralentizada, suspendida, mantenidas a duras penas sus constantes vitales, mientras un hombre y una mujer recorrían, bajo los árboles desnudos de invierno, el hermoso paseo que les conduciría sin remedio a una inevitable despedida. Conscientes ambos de la inminencia del final, caminaban en silencio contagiados de una cierta melancolía.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —lanzó el diplomático la pregunta al aire a sabiendas de la imposibilidad de ser contestada.

—No hagas preguntas para las que no hay respuesta, Alejandro —añadió Macarena, soltándose de su brazo.

—Tienes razón.

—No hagamos esto más difícil —dijo Macarena, apartando la mirada.

—¿Puedo besarte? —preguntó él, presa de un impulso.

—No creo que sea buena idea —contestó ella turbada.

—De nuevo, tienes razón —reconoció finalmente el diplomático.

—Adiós, Alejandro. He de irme.

Macarena arrancó su coche sin atreverse a mirar por el espejo retrovisor. Una mezcla de sentimientos y emociones la embargaba como si hubiera sufrido una súbita inundación interior, una oleada de ternura y atracción, que había puesto en guardia todos sus sentidos en una peligrosa e incontrolable reacción en cadena.

Aparcó delante de la puerta. En la casa reinaba un absoluto silencio. Entró en la habitación de los niños y los besó. Arropó a Carlos, que se volvería a destapar a los pocos minutos, y apagó la luz de Lucas, que aún no se sentía seguro en la oscuridad. Agradeció muy especialmente que Roberto durmiera tan profundamente, porque lo último que hubiera querido escuchar en aquel momento eran críticas y recriminaciones. Se arrebujó bajo el edredón en posición fetal y cerró los ojos, con una media sonrisa pintada en el rostro.

... Y continuó su paseo del brazo de Alejandro Rimbau, hasta que se durmió.

8

Siempre es mejor ser hombre que mujer, porque hasta el hombre más miserable tiene una mujer a la cual mandar.

ISABEL ALLENDE

Nuria esperaba, con la cena preparada y la mesa puesta, la llegada de Víctor. Le había asegurado que estaría allí en treinta minutos, pero ya había pasado más de una hora.

La verdad es que la vida que llevaba era un sinsentido, sobre todo, teniendo en cuenta que era la madre de un bebé de pocos meses. Siempre corriendo o siempre esperando. Sus días no tenían término medio. Todo lo hacía acelerada, para luego tener que desperdiciar el tiempo sobrante en esperas interminables. Todo el mundo que se dedica a la política sabe que es una actividad esencialmente anárquica e irregular, sometida a las reglas caprichosas de una actualidad imprevisible. Las agendas de los miembros de un Gobierno se elaboran con meses de antelación, para luego ser modificadas casi a diario y, en ocasiones, más de una vez al día. Versiones y más versiones de donde dije digo, ahora digo Diego, que demandan un ingente trabajo burocrático y de comunicación que vuelve locos a administrativos y secretarías, cuyo alarde permanente de responsabilidad y eficacia no es asunto menor.

Desde el principio, Nuria tuvo muy claro que, mientras se dedicara a la política, no sería la dueña de su tiempo, como nadie lo era del propio. Solo existía certeza categórica respecto de la manera en que comenzaba el día, y el desconocimiento absoluto acerca de cuándo, dónde y con quién se terminaría, parecía formar parte del juego. Y esa incertidumbre era asumida por todos como una imposición que entraba en el sueldo. Traducido, los gajes del oficio de toda la vida.

Por fin. Víctor la llamó a través del móvil para que abriera el portal y evitar así despertar a Lucía, que dormía plácidamente en su cuna en la habitación de su madre. Nuria entreabrió la puerta del piso y se escondió detrás. Víctor echó una rápida ojeada y, al no encontrarla, pensó que estaría con la niña. Dejó con cuidado la enorme bolsa que contenía su equipo fotográfico sobre la mesa del recibidor y, cuando se disponía a adentrarse en la casa, Nuria le asaltó por detrás y le rodeó por la cintura. Tras unos segundos de fingida sorpresa, Víctor se dio la

vuelta y la besó en la boca, en la frente, en el cuello, con ansia, sin dejarla hablar.

—Vic... Víctor, escucha, por f..., escúchame.

—Calla, no hables —respondió él, mientras introducía con habilidad sus manos por debajo del jersey, acariciando la espalda y los pechos de la joven.

—Luego, Vic. La cena... Tenemos que cen... ¿Es que no tienes hambre? —Y Nuria luchaba, entre risas y sin mucho convencimiento, por zafarse de los brazos inmovilizadores de su impulsivo amante.

—Claro que tengo hambre, pero de ti. —Rugió el periodista imitando a un león, para que Nuria riera aún más.

—¡Estás loco, Víctor!

—Loco por ti. Cariño, llevo todo el día pensando en este momento. Creí que no llegaría nunca —suspiró el fotógrafo, cogiendo en brazos a la joven para llevarla al dormitorio.

Víctor y Nuria se amaban profundamente y, aunque él se manifestaba partidario de vivir juntos cuanto antes, ella no acababa de dar el paso. Sentía agradecimiento y un gran respeto hacia sus padres, a los que estaba segura causaría un profundo disgusto con una decisión precipitada.

—Escucha, mi amor..., yo también quiero..., pero la cena... —Mientras hablaba, Nuria tampoco podía dejar de besarle.

—¿Y qué pasa porque alteremos el orden de los factores?

Víctor depositó a la muchacha en la cama y se sacó la camisa por la cabeza totalmente abrochada. Sin dejar de besarla, la desnudó contemplando con acuciante deseo cada centímetro de aquel cuerpo joven y grácil, por el que sentía auténtica codicia. Antes de caer en la fase de abandono lujurioso a la que, estaba cantado, llegarían en breve, Nuria procedió a apartar la cuna con exquisito tiento hasta sacarla al pasillo. Inspeccionó a la pequeña que, vencida por el sueño después de un relajante baño y una copiosa papilla, no daba muestras de que existiese circunstancia alguna que pudiera hacerla despertar hasta primera hora de la mañana. Pero Nuria no se sentía cómoda y, aunque todo parecía bajo control, le era difícil relajarse. A veces, los juegos eróticos y la liturgia carnal acababan siendo igual de apremiantes que sus jornadas laborales. Y, como si las energías negativas que vagan por el universo se hubiesen aliado contra ellos haciendo que se esfumara definitivamente la escasa libido que aún flotaba en el ambiente, Lucía comenzó a quejarse y a lloriquear entre sueños.

—No vayas. Igual está soñando y se acaba callando —dijo Víctor, mientras se afanaba en consumir la penetración.

—Se le ha perdido el chupete y si no se lo pongo, lo que sucederá es que se despertará del todo, llorará y habrá que calmarla. Y, lo más probable, es que ya no se vuelva a dormir —explicó Nuria, apartando a Víctor de encima para

incorporarse.

—Deja, iré yo —concluyó el periodista, que se puso en pie de un salto.

—Y mécela un poco hasta que veas que está de nuevo en desconexión —añadió Nuria, tapándose con la sábana.

Cada vez que Víctor dejaba de mover la cuna y se aproximaba de nuevo a la cama, Lucía volvía a gemir y a entreabrir los ojos, en un duermevela poco concluyente. Hasta tres veces repitió el joven la paciente maniobra que, evidentemente, acabó con cualquier rastro de instinto básico.

—Lo siento, cariño —dijo Nuria volviendo a vestirse—. En compensación nos aguarda una bucólica cena campestre, sin salir de casa: tortilla y filetes empanados.

—¿Quién hizo la tortilla?

—Mi madre.

—Entonces, de primera. Me llevaré lo que sobre para desayunar mañana.

—Menudo chollo tienes tú conmigo —bromeó Nuria, golpeando a Víctor con la servilleta.

—Menudo chollo tienes tú con tu madre —corroboró él.

—Tienes razón. Y creo que no aprecio en lo que vale la ayuda de mis padres. Además, últimamente noto que mi madre ha dado un serio bajón. Ya no es la mujer incansable que podía con todo, nunca se ponía enferma y siempre estaba de buen humor. Había pensado, a ver qué te parece, regalarles un fin de semana en algún sitio bonito. París o Roma. Se lo merecen los dos.

—Me parece perfecto. Espera un poco a que pase este jodido frío y les das una sorpresa.

—Hecho. Te quiero.

Tras dar buena cuenta de la cena, Víctor se recostó en el sofá, mientras Nuria recogía los platos.

—Creo que voy a irme ya. Si continúo en el sillón, no habrá quien me arranque. ¡Anda, qué cabeza! Ya me había olvidado. Te he traído las fotografías que tomé el otro día en Moncloa. Estás maravillosa y la diputada Barrios también da francamente bien. —Víctor extrajo de su macuto un sobre de gran tamaño color marrón.

—A ver... ¡Oh, Víctor, qué bonitas! Desde luego, tienes un don para captar a la gente. No solo fotografías su imagen, sino que aprehendes su alma. Son preciosas. Le regalaré a mi madre esta en que estoy de pie en la puerta del palacio. Sé que le hará ilusión.

—A mí también me gusta mucho. Escucha, estas son solo para ti. Las de la agencia son más oficiales. Las que interesan a la prensa son las que protagonizan los dos mandamases y ya se publicaron al día siguiente del encuentro. Estas no

le sirven a nadie.

—Ok. Y qué guapa está también Macarena Barrios. ¿Sabes? Me cayó fenomenal. Me pareció una mujer inteligente, sensata y muy trabajadora. No me pegan nada todos esos bulos que circulan sobre ella.

—Bueno, nunca se sabe. Torres más altas cayeron. Individuos de conducta intachable y misa diaria, que apelaban en los mítines a la honradez y la decencia de los servidores públicos y por los que sus compañeros ponían la mano en el fuego. Muchos acabaron en Soto del Real. Los conocemos todos.

—Ya, Vic. Pero, no sé..., sus ojos no mentían. Hablamos de los hijos, no sé si sabes que tiene dos gemelos muy graciosos, y de lo difícil que es atender correctamente a la familia cuando se tiene una profesión tan absorbente como la suya, bueno..., la nuestra.

—¡Qué cándida eres, Nuria! De sobra sabes que hasta los terroristas pueden parecer buenas personas y que este mundo es una jungla repleta de depredadores, que no dudarían en acabar con cualquiera que pudiera perjudicar sus intereses, por muy honesto que fuera y por mucho que no lo mereciera. La justicia y la verdad no son precisamente las señas de identidad de las sociedades del siglo XXI.

—Me asustas cuando hablas así, Víctor. Es como si el planeta hubiera retrocedido a la Edad Media y estuviéramos a punto de matarnos los unos a los otros, si así lo deciden los señores feudales. Vivimos en países civilizados, en democracias consolidadas, con un Estado de derecho que funciona, con sus lagunas, pero funciona. Me niego a creer que la gente honrada tiene más que perder que los indecentes y desaprensivos. Cierto es que hay muchas cosas que cambiar, pero en ese empeño estamos todos.

—¡Ah, sí! ¿Y quién las va a cambiar, tu jefe, el de Macarena Barrios? Desde dentro no es posible. No se pueden cambiar unas estructuras enfermas y viciadas formando parte de ellas. Todo está montado para caer en la trampa y, si no, fíjate en los nuevos representantes del pueblo. Tanto reprobar y condenar los métodos bipartidistas, el sistema bicameral, la escasa democracia interna de los partidos y hasta la monarquía parlamentaria, y ahora parecen nuevos hámsteres dando vueltas en la vieja noria de siempre. En fin...

—Bueno, pues tendremos que seguir luchando. No creo, ni mucho menos, que arrojar la toalla sea la solución.

—Yo no he dicho eso. Tú sabes que yo no soy de los que se rinden. Pero solo hay un camino...

—Sí. La revolución. Ya lo sé. Me lo has dicho muchas veces.

—Es tarde, Nuria. Debo irme. Guarda las fotos. Son solo para tu uso personal.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Por cierto, estaba pensando que, si te apetece, algún día de la Semana Santa podríamos comer en Chinchón, o en Segovia, o donde tú quieras, y le hago algunas fotografías a Lucía en el campo —propuso Víctor, dando a la idea una desproporcionada importancia.

—Genial. Me parece perfecto. A ver si el tiempo acompaña un poco.

Tras abandonar la casa, Víctor Cañizares cruzó Gaztambide y se encaminó hasta la esquina con Fernando el Católico, donde tenía la moto aparcada. Guardó el equipo en la *top case* de la motocicleta y se ajustó el casco mientras se sentaba a horcajadas en su nueva Ducati Multistrada. Arrancó como el rayo y recorrió las principales arterias de la Ciudad Universitaria, subió por Reina Victoria hasta la glorieta de Cuatro Caminos, para entrar inmediatamente en la calle del doctor Santero, donde vivía de alquiler en un estudio diminuto.

Como cada noche, revisó las cámaras, limpió los objetivos y dejó listo el equipo para el día siguiente. Después encendió el ordenador y escribió dos correos. Uno, a su hermano Javier, adjuntándole por WeTransfer unas fotografías y unos vídeos que había tomado en el Coto de Doñana, durante un fin de semana familiar y navideño del presidente en funciones. Probablemente, el último. El otro, dirigido al Rey de Diamantes, decía lo siguiente: «Envío partitura e ilustraciones. Presa abatida de nuevo, sin complicaciones. Espero instrucciones siguiente paso». Firmado: As de Corazones.

... A pesar de sus radicalizadas teorías, no podía evitar un cierto resquemor en la conciencia al pensar en Macarena Barrios, su víctima.

9

—¿No se siente menoscabada siendo la única mujer entre todos los hombres del gabinete?

—No lo sé. Nunca intenté ser un hombre.

GOLDA MEIR

La crisis conyugal empezaba a tomar cuerpo. Nunca antes habían estado tan distanciados. Macarena y Roberto se evitaban en casa, y los fines de semana las actividades de los niños servían de excusa para no hacer planes juntos. Uno les llevaba, otro les traía. Uno acompañaba a Carlos, el otro a Lucas. La comunicación entre ambos se limitaba a los asuntos domésticos y logísticos y, si las agendas de los dos entraban en conflicto, era Macarena la que buscaba la solución. Lo que fuera, con tal de evitar roces y reproches que tanta mella hacían en su ánimo, que no pasaba, precisamente, por su mejor momento.

Por otra parte, la coyuntura política demandaba máxima concentración para llevar a buen puerto una negociación que cada día se ponía más cuesta arriba. El país entero estaba pendiente de sus representantes y de su escasa capacidad de acuerdo para consensuar un Gobierno estable. Por su parte, Europa aguardaba al acecho una solución para lanzar toda su artillería y reclamar a España el pago de la deuda, así como nuevos ajustes que resolvieran los desequilibrios estructurales que en su día desencadenaron la crisis del euro y cuyas secuelas aún arrastraban la mitad de los miembros de la Unión Europea.

Había pasado un mes desde su encuentro en Madrid con Alejandro Rimbau y, aunque Macarena pensaba en él con mucha frecuencia, se había resignado a la imposibilidad de mantener una relación de amistad fluida, dada la distancia que les separaba y, sobre todo, su complicada situación personal. Durante ese tiempo, tan solo se habían cruzado algún que otro mensaje e intercambiado algunas fotografías. El embajador había hecho averiguaciones sobre la agencia de la que parecían proceder las informaciones que relacionaban a Macarena con el ayuntamiento madrileño, aunque aún no disponía de todos los datos como para decidir qué hacer después. Así se lo había comunicado a la diputada, que esperaba paciente sin mover ficha, tal y como le había prometido a su «socio». Por otro lado, la campaña había aflojado y hacía semanas que los medios parecían haberse olvidado de ella.

Macarena llegó al Congreso como cada día, después de dejar a sus hijos en el

colegio y, mientras cumplía con los controles de seguridad, tropezó con Alicia Virumbrales, diputada liberal y uno de los puntales de su partido. Con muchos años de profesión a las espaldas, y perteneciente a una generación de mujeres que no lo tuvo nada fácil, había ocupado puestos de enorme responsabilidad a lo largo de su dilatada carrera. Pioneras como ella abrieron camino a otras mujeres en el arte de hacer política, actividad, por otra parte, históricamente masculina. Sus amigos la respetaban y sus enemigos la temían. Aunque su fama de mujer correosa y manipuladora la precedía, tenía un asombroso predicamento entre la ciudadanía y muchos de sus votantes la consideraban más capaz y mejor candidata que su propio jefe de filas para dirigir el partido y hasta un eventual Gobierno.

—Buenos días, diputada Barrios —saludó Alicia Virumbrales con voz cantarina.

—Buenos días, señoría —respondió Macarena.

—¿Tiene usted mucha prisa o puedo invitarla a un café? Hace tiempo que deseaba mantener una conversación con la seguridad de que también será de su interés, pero con este pan y circo, ha sido poco menos que imposible.

—Pues, no sé, disculpe mi sorpresa...

—¡Oh, no, querida! Si está imaginando que me mueven oscuras intenciones o que pretendo plantearle algún tipo de maniobra bajo cuerda, pierda cuidado. No van por ahí los tiros. Me refería a una conversación de mujer a mujer. Digo yo que, aunque nuestras lealtades tengan distintos destinatarios, nuestra condición femenina nos unifica en las alegrías y en las penas, como el matrimonio, en el atropello y en la solidaridad de clase. Y yo, mi querida amiga, quiero solidarizarme con usted.

—¡Vaya! Ha conseguido despertar mi curiosidad. Acepto ese café con mucho gusto.

Las dos mujeres se dirigieron juntas hacia la cafetería de la Cámara, seguidas por una corte de miradas de estupor que hacían girar cabezas en modo niña de *El exorcista*. Pidieron sus cafés y se sentaron en una mesa apartada al fondo del establecimiento. Después de un rato, la políticamente incorrecta pareja había perdido interés para los presentes, que se afanaban en desayunar entre un auténtico maremágnum de conversaciones y timbres telefónicos.

—Para empezar, fuera formalidades. Llámame Alicia y punto.

—De acuerdo, Alicia.

—Verás. Aunque la lógica básica dicte que, siendo adversarias políticas, yo debería alegrarme de los problemas y escándalos que le surjan en el camino a tu partido y a sus miembros, todo sea dicho de paso, cuantos más mejor, pues finalmente no es así. Y es que, a pesar del sambenito de bruja despiadada que

llevo cosido a la chepa desde hace años, no me causa la menor satisfacción lo que están haciendo contigo, sean quienes quiera que sean los que han decidido ir a por ti. Soy perro viejo, compañera, y esta sinfonía desafinada ya la he oído antes —expuso la diputada liberal mientras removía el azucarillo.

—¿A qué te refieres? Explícate mejor. ¿Es que sabes algo que yo no sé? —la interrogó Macarena.

—Tengo veinte años más que tú; por lo tanto, cuando sucedió lo que voy a contarte, tú debías de estar poco más que en el colegio.

—¡Vaya! Cuéntame...

—Yo también fui objeto de una campaña implacable de acoso y derribo a poco de empezar en esto. Acababa de hacerme cargo de la portavocía del grupo liberal de la Comunidad de Madrid, mi primer cargo relevante, cuando se destapó una caja de los truenos que llevaba años esperando para detonar. Y te diré que los responsables de la felonía no pertenecían, ni de lejos, al ruedo político. Se ensañaron con mi familia porque, entre otras cosas, poseíamos un título nobiliario que legalmente nos correspondía en la línea de sucesión. Aprovechando la coyuntura, me acusaron de complicidad en una maniobra de evasión fiscal y blanqueo de capitales llevada a cabo supuestamente por mis hermanos. Mi pobre madre, viuda, sufrió un infarto que casi se la lleva al otro barrio. La fiscalía ordenó el registro de nuestros domicilios, nos inmovilizaron las cuentas y detuvieron a mi hermano mayor, acusándolo de ser el *capo* de la organización. ¿Te imaginas? Como si fuéramos la banda del Jaro. En fin, para no aburrirte con los detalles, después de dos años de auténtica persecución, conseguí identificar la fuente de la que manaba tanto veneno. Primos y parientes de la rama paterna, que se consideraron damnificados por el reparto de la herencia de mis abuelos, aprovecharon la oportunidad para vengarse de toda la familia a través de mi cargo, para airear trapos sucios y calumnias incendiarias. Fueron capaces hasta de pagar a detectives y comprar a algunos medios. Nunca entenderé cómo se puede llegar a hacer algo así.

—Perdona por lo que voy a decirte, Alicia, pero la historia suena a topicazo de la España profunda.

—Profundo fue el tormento que tuvimos que soportar. Ya sabes, citaciones, denuncias, acoso mediático, capítulo a capítulo de un serial que puso en jaque a toda la familia y, como daño colateral, aireó intimidades que a nadie concernían. Al final, la causa se desestimó por falta de pruebas.

—Mmm..., entonces, ¿me estás sugiriendo algún paralelismo con la campaña que tengo el dudoso honor de protagonizar? —le interrogó Macarena.

—Lo que insinuó es que intentes valorar la posibilidad de que el origen de la campaña no esté donde tú te piensas.

—¿Quieres decir que mire hacia otra parte porque a lo mejor estoy buscando en el sitio equivocado? —dedujo Macarena, sorprendida de sus propias palabras.

—Eres lista. Para empezar, toda esa basura no se puede demostrar, por eso no ha pasado de llenar algunas páginas de determinados periódicos. No te han imputado, ni siquiera se ha abierto una investigación, y tu partido no ha sufrido ni un rasguño en intención de voto. ¿Por qué no mueves el periscopio y amplías horizontes?

—Te agradezco el consejo, Alicia, aunque no se me ocurre hacia dónde dirigir mis sospechas.

—Pues donde menos te lo esperes. Piensa en tu pasado. Tal vez tengas alguna factura pendiente de pagar y ahora quieran cobrártela con intereses.

—Está bien. Pensaré en ello. No sé cómo darte las gracias, Alicia, de verdad. Te aseguro que aprecio tu gesto en lo que vale y espero que tomemos muchos más cafés en el futuro.

—Pues..., a este paso, tal vez asistamos al periodo de sesiones más corto de la historia parlamentaria. Incluso puede que, en unos meses, nuestros escaños los ocupen otros traseros —afirmó la diputada liberal, dando por terminada la conversación con la sorna ácida que la caracterizaba.

Las dos parlamentarias se despidieron en los pasillos y Macarena se dirigió hacia la oficina de su grupo. Como siempre, los despachos eran un auténtico hervidero. Pasó por el casillero donde se distribuían la correspondencia y la paquetería y recogió algunas cartas a su nombre, además de un sobre marrón tamaño folio con membrete y sellos de la Presidencia del Gobierno.

Se sentó tranquilamente y fue abriendo todas las cartas, despachando sobre la marcha las que no precisaban respuesta ni gestión alguna. Por último, rasgó con cuidado el sobre presidencial, que contenía una docena de fotografías tomadas durante su visita con Carretero a Moncloa. La tarjeta que las acompañaba pertenecía a Nuria Peñalba y decía: «Tengo mucho gusto en hacerte llegar estas magníficas fotos como recuerdo personal de tu paso por Moncloa y de nuestro encuentro, que desearía no fuera el último. Espero sean de tu agrado. Con afecto, Nuria».

Las examinó una a una. Efectivamente, las fotos eran muy buenas. En algunas aparecía con Nuria, en otras ella sola y, en un par más, bajando del coche con Carretero y, de espaldas, siguiendo los pasos de los dos líderes. Buscó el nombre del fotógrafo, que suele aparecer impreso en una de las esquinas o en el envés de la foto con sello tintado. Nada. Ni la más mínima referencia. Si las fotos las hubiera tomado el fotógrafo oficial de la Presidencia, estarían identificadas; es más, figuraría incluso una serie de códigos imprescindibles para pedir nuevas copias. ¡Qué extraño! ¿Quién había tomado aquellas fotografías? ¿Un anónimo?

¿Su fotógrafo fantasma? De ser así, ¿qué hacían en poder de Nuria? ¿Por qué el envío se había hecho extraoficialmente? Confundida, las guardó en su bolso y se dirigió hacia la mesa de Julia.

—Oye, Julia, perdona que te interrumpa. ¿Conoces a este hombre? —Y Macarena le mostró la imagen del periodista en la pantalla del móvil.

—¿Tú también te has fijado? ¿A que está buenísimo?

—Verás, Julia, perdona, pero no van por ahí los tiros —dijo Macarena un tanto seca.

—Lo siento, Maca —se disculpó la secretaria, incómoda por la metedura de pata—. Se llama Víctor Cañizares. Es un *freelance* acreditado bajo el paraguas de una agencia de noticias. Ya sabes, luego venden el material a los medios. Hace poco que viene por aquí. ¿La foto se la has hecho tú?

—Sí. Pero en Moncloa, cuando fui con Fernando.

—O sea, que el «guaperas» se mueve bien en las alturas.

—Eso parece...

—Perdona, Maca, ¿pasa algo? —preguntó Julia con tardía preocupación.

—No, no. Nada. Me has sido de gran utilidad.

—Vaya, pues me alegro. Si necesitas algo más... —se ofreció la secretaria.

—Ahora que lo dices. ¿Ha llegado ya el reportaje fotográfico de la visita de Fernando a la Presidencia del Gobierno que suele enviar Protocolo de Moncloa en días posteriores?

—No. Aún no. ¿Te aviso cuando llegue? —dijo Julia, tomando nota en una libreta.

—Te lo agradecería, Julia. Es que quiero comprobar una cosa.

—Ok. ¿Algo más?

—¿Podrías conseguirme el teléfono de Nuria Peñalba? Ya sabes, la asesora del presidente en funciones. No es urgente, Julia, cuando tengas un momento.

—Claro. Enseguida te lo localizo.

—Muchas gracias.

Así que Víctor Cañizares. Por fin, aquel rostro tenía nombre y, aunque no era capaz de calibrar hasta qué punto el descubrimiento suponía un avance en sus pesquisas, estaba segura de que aquel hombre era una pieza clave. Luego estaba el asunto de las fotos de Nuria. Tampoco entendía de dónde procedían aquellas imágenes y cómo habían ido a parar a sus manos. La llamaría para darle las gracias y, con mucho tacto, intentaría sonsacarle información, porque desde luego el asunto tampoco estaba ni medio claro. De momento no podía hacer nada más, salvo hablar con Alejandro y ponerle al día de las nuevas averiguaciones.

... Y, de paso, escuchar su voz, que tanto echaba de menos.

Hasta que no tengamos igualdad en la educación, no tendremos una sociedad igualitaria.

SONIA SOTOMAYOR

Aunque la actividad legislativa se había declarado desierta, debido a la falta de un Ejecutivo que generase proyectos y proposiciones de ley, no ocurría lo mismo con la parlamentaria, en plena vorágine de reuniones y entrevistas que no llevaban a ninguna parte. Meses de contactos que tan solo habían servido para dar pábulo a la prensa y minar las expectativas de unos ciudadanos que no podían creer que sus representantes, incapaces de llegar a un consenso, les condujeran sin remedio a nuevos comicios. Por su parte, los medios de comunicación recogían cada día las impresiones de los negociadores y confeccionaban los titulares en función de quién fuera el destinatario del micrófono. Si preguntaban a los reformadores, estos argumentaban su autoexclusión, debido a la imposibilidad de suscribir una política económica que se declaraba netamente continuista con las reformas emprendidas por el Gobierno liberal, responsable directo del nivel de desempleo y empobrecimiento presentes. Sin embargo, si le pedían opinión al presidente en funciones, este afirmaba que el contenido del citado pacto suponía una enmienda a la totalidad de su mandato. ¡Para gustos se hicieron los colores!

Y luego estaba el mercadeo de cargos y ministerios a los que algunos ya habían puesto nombre y apellidos, vendiendo la piel antes de haber cazado al oso, en un bochornoso ejercicio de vanidad imprudente. Y para que a la salsa no le faltara aderezo, los ciudadanos soportaban estoicamente la tortura diaria del escándalo y la corrupción, que parecían campar a sus anchas, como en otros tiempos de infausto recuerdo.

Macarena Barrios, como el resto de los mediadores, llevaba a sus espaldas maratonianas jornadas de negociación, en un intento *in extremis* de llegar a un acuerdo que evitara la segunda votación. A escasos días de expirar el plazo, todos parecían haberse rendido a la evidencia de que otra ronda electoral era ya inevitable. Incluso el rey, convencido igualmente del fracaso negociador, había transmitido a los partidos algunas recomendaciones de cara a la campaña electoral en ciernes.

Cansada y desmotivada por la inutilidad del esfuerzo, Macarena llegó a casa

con muchas ganas de ver a sus hijos y ninguna de discutir con Roberto. Dio las buenas noches, dejó el bolso y las llaves en la entrada y se quitó los zapatos mientras se encaminaba hacia la habitación de los niños. Aún estaban despiertos, y aunque la alegría de verla se reflejaba en sus rostros, Lucas se empeñaba en aparentar enfado, negando un beso a su madre como castigo, y Carlos le ponía a Freddy una voz chillona, como si fuera un ventrílocuo, para regañarla por llegar tarde.

—Vale. Lo siento. Hijos, ya os he explicado que estos días son un poco especiales, porque tengo mucho trabajo, pero enseguida volveremos a hacer los deberes y a cenar juntos. Prometido.

En aquel momento, Roberto, que había escuchado la conversación apoyado en el quicial de la puerta, no fue capaz de frenar su envenenada intervención.

—No les mientas. Si hay elecciones, tendrás que participar en la campaña. Otra vez los mítines, los actos electorales y el recorrido por los pueblos de la sierra. ¿A que no me equivoco? —soltó él en tono hiriente.

—La campaña será muy *light*. Poco presupuesto y evitar cansar a los ciudadanos —añadió Macarena, sumisa, para no encender más los ánimos.

—Ya. ¿Y a quién te crees que engañas, Maca? —Roberto lanzó la pregunta sin esperar una respuesta que de antemano nunca creería.

Aunque sin capacidad para dimensionar la gravedad de las palabras, los niños eran conscientes de la tensión que envolvía el diálogo entre sus padres. Mudos y muy quietos, miraban ahora a uno, luego al otro, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Está bien, Rober. Déjame un par de minutos que termine con los chicos y hablaremos. Supongo que es lo que teníamos que haber hecho hace semanas.

El corazón de Macarena latía desbocado y la irritación le subía la tensión. La postura victimista e intransigente de Roberto le parecía, cuanto menos, injusta. Siempre había pensado que, cuando un hombre tiene éxito y su vida profesional avanza, su pareja siempre está a su lado, animándole, apoyándole y haciéndole la vida más fácil para que él se centre en su responsabilidad. Pero si se intercambian los papeles y es la mujer la triunfadora, lo habitual es que su vida familiar y de pareja se resienta más pronto que tarde, en una escala que puede ir desde el distanciamiento temporal hasta la ruptura definitiva.

Macarena tranquilizó a los niños, que enseguida recuperaron su zarabanda habitual, ilusionados como estaban con la visita que harían al día siguiente a una granja-escuela. La madre salió de la habitación dejando entreabierta la puerta y una tenue luz encendida, y se dirigió al dormitorio. Roberto miraba, sin ver, la televisión, metido en la cama, con el mando en una mano y el móvil en la otra.

—¿Qué te ocurre, Rober? ¿Estás cabreado conmigo o con el mundo en

general? Porque, sinceramente, no puedo entender que me lo estés poniendo tan difícil. Si no recuerdo mal, todo esto lo hablamos antes de que yo tomara la decisión de dedicarme a la política, probablemente, una de las más importantes de mi vida. Y tú estuviste de acuerdo.

—Y si yo tampoco recuerdo mal, la decisión más importante de tu vida fue ser madre. ¿O es que te has olvidado ya del tiempo que pasaste absolutamente obsesionada con el tema, volviéndome loco a mí y a todo el que estaba a tu alrededor? Parecías una chiflada.

—¿Ah, sí? ¿A ti también te lo parecía?

—Lo único que yo sé es que tus hijos, en la misma medida que los deseaste, ahora parecen haberse convertido en una carga. Es como si te estorbaran.

—No seas ruin. Eso es un golpe bajo. Mis hijos son sagrados.

—Y yo, ¿también te estorbo?

—Pues si he de serte sincera, cuando te empeñas en hacerme daño, me gustaría que desaparecieras —dijo Macarena con la voz rota.

—Tú también me haces daño, Maca. De hecho, he padecido las consecuencias de tu irresponsabilidad en primera persona. No olvides que me he convertido en el daño colateral de este caprichito tuyo de jugar a la política. Casi me cuesta el puesto en el bufete. Pero eso no es importante para ti, ¿verdad?

—De sobra sabes que he sufrido por ello más que por mí misma. No tienes ningún derecho a acusarme de caprichosa. Yo me tomo esto muy en serio y, por supuesto, mi vida familiar también. Es más, te diré algo que me hubiera gustado no tener que decirte jamás. Si algún día tú y yo nos alejamos y nuestro matrimonio fracasa, nunca, escúchame bien, nunca, intentes echarle la culpa en exclusiva a mi profesión, porque no hay argumento más mezquino para un hombre que, encima, intenta pasar por progresista. Darías risa...

Roberto apagó con furia el televisor y se quitó las gafas también con brusquedad. Macarena, que le conocía bien, observaba las sobresalientes venas de su cuello y de sus manos, inequívoca señal de cólera, muy típico en su marido cuando no se salía con la suya. Él la miró con dureza, sin aflojar ni un ápice su intransigente postura, antes de hablar.

—No pensaba decirte nada, porque aún no había tomado una decisión, pero llegados a este punto, creo que lo mejor que puedo hacer es aceptar la oferta. Como sabes, el bufete ha adquirido uno de los despachos más importantes de Latinoamérica y me han propuesto dirigir la operación de fusión. Tendría que viajar a Argentina dentro de un par de semanas y permanecer, en principio, alrededor de tres meses en Buenos Aires. Si todo fuera bien, en el futuro haría lo mismo con Brasil y Colombia. Es una gran oportunidad...

—Pues, adelante. No tienes nada que pensar. Di que sí y súbete al tren. Lo

mismo ya no vuelve a pasar. Y no te preocupes por mí y por los niños, que ya nos las arreglaremos. De eso, no tengas la menor duda —dijo Macarena, recogiendo sus cosas de la mesilla, el libro, sus pastillas...

—No pienses que es una venganza, Maca...

—Yo ya no pienso nada. Y ahora me voy a dormir a la habitación de invitados. Esta noche no sería capaz de compartir la cama contigo... Y tampoco es una venganza, Rober.

Y salió de la habitación sigilosamente, cerrando tras de sí una puerta que desde aquella noche se volvió más infranqueable que el muro de Berlín en tiempos de la guerra fría. Durmió profundamente, sin alteraciones ni espasmos. Como un bebé. Sin temor a la crisis, a la represalia, al juicio egoísta de quien debiera demostrar generosidad y derrochar comprensión y orgullo hacia la persona con quien comparte la vida. Sin remordimientos ni culpabilidades, sin rastro de arrepentimiento ni necesidad de penitencia. Liberada y renovada. ¡Hay que ver lo bien que sienta vomitar lo que uno lleva tiempo acumulando!

En contra de lo que cabía pensar, Macarena se levantó descansada, inundada por una suerte de paz interior. Y de ese estado zen pasó al optimismo y, de ahí, a una euforia desproporcionada que ella misma se propuso ir controlando a lo largo del día, justificándose en la normalidad de su reacción después de haber dado un paso tan importante en la relación con su marido.

No paró de hacer aspavientos y tonterías para que los niños se rieran, mientras se despedían antes de iniciar la excursión. Les había comprado chuches y chocolatinas para que las compartieran con sus compañeros y cuando el autobús arrancó, se sintió feliz y razonablemente complacida con su vida. No tenía nada de lo que avergonzarse y se hizo el firme propósito de no sentirse, nunca más, la pecadora a la que su marido tenía el deber de redimir. ¡Eso se había terminado!

El sol se abría paso, a golpes de audacia incandescente, a través de aquel brumoso y contaminado cielo madrileño. Otros nubarrones, mucho más reacios a disolverse, seguían planeando sobre el centro neurálgico de la vida política de un país que se hallaba atrapado por su propio pasado, en una de las encrucijadas más difíciles de resolver de su historia reciente.

... De repente, un divertido y afectuoso mensaje de Alejandro Rimbau la hizo suspirar.

La búsqueda de la libertad humana nunca podrá ser completa sin libertad para las mujeres.

BETTY FORD

Hacía tan solo unos días que Roberto se había marchado a Argentina y los niños ya le echaban de menos. La Semana Santa y las vacaciones escolares estaban cerca, y Macarena Barrios andaba considerando seriamente la posibilidad de llevar a sus hijos a Sevilla para pasar con su familia la semana completa. Roberto odiaba las cofradías, las procesiones y los nazarenos, pero para Carlos y Lucas supondría todo un descubrimiento y disfrutarían mucho con sus tíos y su prima, a los que no veían desde hacía casi un año. Aunque para el negocio familiar era una época de muchísimo ajeteo, estaba segura de que su madre se mostraría encantada de tener en casa a sus «nietos madrileños», como ella los llamaba, y a los que solo veía de tarde en tarde. No les diría nada ni a los niños ni a la abuela hasta que no estuviera segura de su disponibilidad, no fueran a hacerse ilusiones para nada.

Macarena no lamentaba la marcha de su marido. Es más, se sentía aliviada tras meses de tensión, y fundamentaba la ausencia de nostalgia y pesadumbre en el convencimiento de que aquella separación temporal les vendría bien a los dos. La distancia y el tiempo pondrían las cosas en su sitio y facilitaría la reflexión sobre la importancia de lo que les unía y la trivialidad de lo que les separaba. Sin poder evitarlo, nocivos sentimientos de culpa la embargaban en otros tantos momentos, pero había aprendido a no castigarse por desencadenar una situación de la que ella no era la única culpable.

Llevaba varios días buscando el momento idóneo para llamar a Nuria Peñalba, pero los acontecimientos políticos se sucedían en cascada y no había encontrado el sosiego necesario para hacerlo. Una vez comprobado que el autor de las fotos de Fernando Carretero no coincidía con el de las suyas, decidió coger al toro por los cuernos sin más dilación. Se metió en una de las salitas para reuniones del grupo parlamentario y pidió expresamente que no la interrumpieran. Eran las cuatro de la tarde y, con un poco de suerte, la actividad de Moncloa se hallaría en modo sobremesa. Marcó el número, se identificó y preguntó por la asesora del presidente en funciones. Después de unos segundos de espera, Nuria contestó con un tono optimista y amistoso.

—Hola, Macarena. ¡Qué sorpresa!

—Buenas tardes, Nuria. Encantada de saludarte. ¿Cómo está tu pequeña?

—Hecha una campeona. Es una niña sana y alegre. Crece por días y, si no fuera por lo pequeña que es, te diría que hasta parece entender lo que le digo. ¿Y tus gemelos?

—Pues, ya sabes, hechos unos trastos, pero divertidos y razonablemente estudiosos. Intento que sean formales y responsables, pero están en una edad que, como te puedes figurar, no paran ni un minuto de enredar y dar la lata.

—Ya imagino. Y, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Nuria con inocencia.

—Bueno, básicamente, quería darte las gracias por las fotografías que me enviaste el otro día, deduzco que fuera de protocolo. —Macarena eligió con cuidado las palabras para que dieran en la diana sin traslucir sospecha alguna.

—Sí, te explico... Son obra de un fotógrafo acreditado y buen amigo. Me las regaló porque, aunque no iban a utilizarse en los medios, le pareció que podían ser un bonito recuerdo —explicó Nuria sin asomo de extrañeza—. Cuando las vi, no pude evitar pensar que a ti también te apetecería conservarlas. Espero que te hayan gustado.

—Oh sí, claro. Son muy buenas. Oye, Nuria, ¿y este amigo tuyo solo se dedica a la fotografía oficial o también hace cosas por su cuenta? —Macarena se acercaba poco a poco al objetivo.

—Yo sé que también hace reportajes para revistas especializadas en naturaleza, ecología y ese tipo de cosas, ya sabes. Pero... ¿qué necesitarías exactamente?

—Bueno, verás. Se me había ocurrido hacerles un reportaje sencillo a los niños, ahora que empieza el buen tiempo. Al final, solo les hago fotos con el móvil y me gustaría algo con más calidad, para enviárselas a los abuelos. Mis suegros viven en Galicia y mis padres, en Sevilla, así que ven a los niños menos de lo que les gustaría. Había pensado que podría ser un bonito obsequio. —Macarena sudaba ligeramente.

—No tengo ni idea. Pero, si quieres, puedo preguntárselo.

—O, mejor..., ¿por qué no me das el contacto y hablo yo con él? Aprovecharía para agradecerle las fotos de Moncloa y felicitarle por su magnífico trabajo. Por supuesto, le llamaría de tu parte. —La diputada decidió jugársela definitivamente.

—Verás, es que no sabe que he regalado sus fotos y no sé si le va a hacer mucha gracia —dijo Nuria reculando temerosa.

Macarena se puso de pie con nerviosismo, intuyendo el inminente fracaso de la estrategia... Y no tenía plan B.

—Ah, bueno. Por eso ni te preocupes. Estoy segura de que no le importará si con ello consigue nuevos clientes. Ni qué decir tiene que hablaría muy bien de él en el colegio de los niños y en mi círculo de amigas.

Macarena continuó con la presión, pero Nuria no acababa de estar convencida. Estaba segura de que Víctor se enfadaría si se enteraba de que había regalado sus fotos a una desconocida. Al fin y al cabo, la diputada Barrios y ella solo habían mantenido un breve encuentro oficial. Pero tampoco encontraba la manera de zafarse del compromiso sin quedar mal. Su excesivo recelo podía interpretarse como una muestra de desconfianza, habiendo sido precisamente ella la causante de la situación. Por fin, decidió acceder a la petición de su interlocutora.

—Tienes razón. El fin justifica los medios y no se enfadará si la cosa finalmente le sale rentable —añadió la joven más convencida—. Me consta que no es dinero lo que le sobra precisamente.

—Pues por eso. Y no te preocupes, Nuria, seré muy discreta e insistiré en tu buena intención por encima de cualquier otra consideración.

—De acuerdo. Se llama Víctor Cañizares. Te pondré un correo con sus datos, pero, de todas formas, no le llames hasta dentro de un par de días. Dame tiempo para que le ponga en antecedentes.

—Hecho. Muchas gracias, Nuria. Ha sido un placer volver a hablar contigo y ya sabes dónde estoy para cualquier cosa que puedas necesitar, también en lo personal.

—Igualmente, Macarena. Te deseo buena Semana Santa. Un abrazo y hasta pronto.

«Ya te tengo, Víctor Cañizares. Voy a averiguar quién eres y qué pretendes de mí». Macarena escribió unas líneas en un papel y después recogió su bolso y su carpeta, abandonando la sala con aires de victoria.

—Julia, por favor, ¿podrías ocuparte de enviar unas flores a Nuria Peñalba, con una tarjeta que diga: «Inmensamente agradecida por tu ayuda. Macarena»? Por supuesto, la factura me la pasas a mí.

—Claro, Maca. Sin problemas.

La tarde se presentaba tranquila. Recogería a los niños en el colegio después de sus entrenamientos deportivos y prepararía en casa el informe que debía presentar ante la comisión sobre la marcha de las negociaciones Unión Europea-Turquía respecto del problema de los refugiados y el grado de cumplimiento de las cuotas por parte de los países miembros, que avanzaba a un ritmo exasperantemente lento.

Llegado el momento, Macarena Barrios dio cumplida cuenta, en el Parlamento, de los acuerdos alcanzados, así como de su grado de satisfacción y el de otros colegas comunitarios por el frenazo en la aplicación del «reglamento

de Dublín», que regula el derecho de asilo en el seno de la Unión. A pesar de que fuentes diplomáticas españolas alertaban sobre la ilegalidad de las «devoluciones masivas o en caliente», la Comisión Europea consideraba viables ciertas fórmulas que permitían la devolución de sirios, eritreos, afganos o iraquíes con derecho de asilo a Turquía, siempre y cuando se considerase que allí gozarían de una protección equivalente a la comunitaria... Algo poco menos que utópico.

Por descontado, algunos destacados representantes de países contrarios al cierre de fronteras y a la intervención de Turquía como «tierra de nadie» habían firmado un manifiesto exigiendo la previa declaración de «país seguro» para Turquía como condición *sine qua non* antes de que Grecia procediera a retornar un solo solicitante de asilo. Y para que tal circunstancia se llevara a efecto, el Gobierno turco estaba obligado a acometer ciertas reformas en su legislación interna. El requisito alargaría significativamente el proceso. Traducido: tiempo que se ganaba para la causa.

—Parece usted muy contenta, diputada —exclamó uno de los parlamentarios proturcos de la comisión.

—Satisfecha, diría yo, pero no se confunda, señoría, porque si esos migrantes, cuyo derecho queda reconocido en el acuerdo, están dispuestos a esperar una solución, podrán entrar en Europa en el futuro. Pero si, por el contrario, usan las mafias para llegar a Grecia, serán devueltos a Turquía.

Por el momento, poco más podía hacerse, salvo esperar el siguiente movimiento de Ankara que certificase auténtica voluntad de cumplir su parte.

En cuanto a la situación interna, los reproches y las descalificaciones constituían el lenguaje cotidiano de aquella crispada recta final, protagonizada por unos partidos cuyos representantes no solo se disputaban los escaños del hemiciclo, sino también carteras y sillones ministeriales. Unos a otros se culpabilizaban del fracaso de unos acuerdos que ya sería imposible materializar, dado el estrecho margen de maniobra con que contaban a aquellas alturas de la película.

Así las cosas, Macarena viajaría con sus hijos a Sevilla. Le vendría mejor que bien el cambio de aires y una buena dosis de apoyo y cariño familiar en aquella difícil coyuntura. Alejandro Rimbau no tenía previsto, en principio, abandonar la capital turca y, teniendo en cuenta que en un país musulmán la Pascua cristiana no supone diferencia con el resto de los días, permanecería en su puesto, dada la afluencia masiva de turistas españoles que, aprovechando las vacaciones, se desplazaban a las capitales importantes del país de la Capadocia. Así se lo transmitió a la diputada en una de sus, cada vez más habituales, conversaciones telefónicas.

A Macarena solo le restaba hablar con Víctor Cañizares. Se propuso intentarlo

antes de marchar, aunque había decidido no llamarle por teléfono, sino abordarle en cuanto surgiera la ocasión. Así, cara a cara. De esa forma, no le daría oportunidad de huir ni ocultarse. Pero, si quería tener éxito, la diputada sabía que debía ser prudente. En un golpe de fortuna, la coyuntura se le presentó como un regalo. La jornada previa a las vacaciones parlamentarias, periodistas y fotógrafos se apostaban en la carrera de San Jerónimo y alrededores, con el fin de captar gestos y conversaciones de los diputados que, en general y dadas las circunstancias, se alejaban del palacio de las Cortes con cara de pocos amigos.

Hacía frío, y Víctor Cañizares se protegía con una capucha mientras disparaba su cámara en modo ráfaga, acercando o alejando el *zoom* para no tener que moverse demasiado. En cuanto Macarena lo localizó, continuó caminando agazapada detrás de tres diputados socialistas que bajaban a buen ritmo por la cuesta en animada conversación. Al llegar a su altura, abandonó su cobijo y se plantó delante del joven, que dio un brinco hacia atrás sorprendido.

—Hola, Víctor. Porque tú eres Víctor Cañizares, ¿verdad? Disculpa si no me presento. ¿Para qué? De sobra sabes quién soy.

—¿Qué quiere, señora Barrios? —preguntó el periodista con cierta desazón.

—Eso mismo iba a preguntarte yo. Y, aunque tu trabajo es magnífico, vaya lo cual por adelantado, ¿puedes decirme por qué me haces fotos «en exclusiva»?

—¿De qué me habla? —Víctor contestó a su vez con otra pregunta.

—No disimules. Nuria Peñalba me ha enviado las fotografías que nos hiciste en el palacio de la Moncloa hace unas semanas. ¿Quién te ha mandado fotografiarme?

—¿Que Nuria le ha enviado fotografías mías? ¡Acojonante! —exclamó sin dar crédito.

—Eso es. Y no has contestado a mi pregunta —continuó Macarena, empezando a impacientarse.

—Es mi trabajo. Yo hago fotos a todos y a todo. ¿Qué le hace pensar que sus retratos son especiales o distintos de los demás?

—Escucha, Víctor. Aquí hay algo que no me cuadra y tus argumentos no me convencen ni de lejos. Te lo preguntaré de otra manera. ¿Tienes tú algo que ver con la campaña de injurias a la que me ha sometido la prensa en los últimos meses? Te aseguro que tarde o temprano lo averiguaré. Y como mis sospechas se confirmen, te voy a poner una querrela que se va a llevar por delante tu sueldo de los próximos veinte años.

—¿Imagina que me asusta? No tengo nada que ocultar.

—¿Sabe Nuria a lo que te dedicas? Me ha contado que sois buenos amigos y, teniendo en cuenta el cargo que ocupa en la Presidencia del Gobierno, no creo que la relación con alguien como tú sea muy conveniente.

—Tampoco somos tan amigos... —dijo Víctor para salir del paso.

—Mejor...

—Mire, tengo que marcharme. Me ha hecho usted perder el tiempo y «sus señorías» ya se han largado.

—Pues yo aún estoy aquí. ¿No quieres fotos? Pues aprovecha. ¿Y qué opinas de hacernos un *selfie* como colegas? Luego se lo mandas a los periódicos para que lo publiquen o a quien te pague por perseguirme.

—Déjeme en paz, señora Barrios. Está usted paranoica.

—Te lo advierto por última vez, Cañizares. Si eres responsable en alguna medida de lo ocurrido, te arrepentirás.

El fotógrafo no contestó y desapareció engullido por un nutrido grupo de turistas japoneses que contemplaban el palacio de las Cortes, mientras una muchacha española les explicaba, con desparpajo, los orígenes del edificio.

Más que indignado, Víctor estaba rabioso, colérico. Nuria y su narcisismo le habían dejado con el culo al aire. Sin embargo, tampoco podía explicarle a su novia con pelos y señales por qué era tan importante que la Barrios no le relacionara con los aprietos en los que la prensa la había estado poniendo. ¡Mierda! Había sido una imprudencia regalarle las fotos a Nuria, pero ¿cómo podía imaginar que se desprendería de ellas con tanta facilidad? Y ahora no tenía más remedio que hablarle del encuentro con la diputada, porque al final se acabaría enterando y sería mucho peor. Debía inventar una historia creíble. Cabreado como una mona, arrancó la moto y aceleró a fondo, alejándose a toda velocidad rumbo a la sierra.

... Víctor Cañizares avanzaba, sin saberlo, por un callejón sin salida, ajeno a cuanto estaba a punto de suceder.

12

Las mujeres han vivido todos estos siglos como esposas, con el poder mágico y delicioso de reflejar la figura del hombre al doble de su tamaño natural.

VIRGINIA WOOLF

Como la de Machado, la infancia de Macarena eran los recuerdos de un patio de Sevilla, reminiscencias del cadencioso murmullo del agua de la alberca y evocaciones multicolor de una holgada platea de geranios y malvones.

El imaginario correspondía a la casa de sus abuelos, la residencia familiar por antonomasia, el centro neurálgico de varias generaciones dedicadas a la gastronomía al más puro estilo sevillano, empeñadas en mantener el equilibrio entre tradición y evolución, huyendo, a la par, del «gastrobar» y de la ensaladilla y el servilletero.

En Sevilla, la Semana Santa no es una fiesta, sino un auténtico modo de vida, una transfiguración de los días y las noches, porque el concepto del tiempo se modifica y la geografía urbana se transforma, haciendo trizas el postulado que asegura que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Si a algún visitante se le resisten las entendederas y las entrañas no se le remueven ante este revoltijo de cantos y oraciones, perfume a azahar e incienso, bulla y silencio, risas y lágrimas, actitudes devotas y profanas, expresiones de amor solemne y gestos de provocación, es que no sabe nada de la vida tal y como la conciben los andaluces.

La Sentencia, en la calle Parra, era uno de esos establecimientos cuyos camareros recitan a voz en cuello una letanía de veinticinco tapas, sin titubeos ni tropiezos, dejando al parroquiano atascado en el pincho número tres y sin arrestos suficientes para hacerle repetir la lista. Florentino y Curro, padre e hijo, trabajaban la barra, y Carmen y Reyes, madre e hija, la cocina. Los Barrios siempre trajinaron a pie de obra, ganándose un puesto de honor en el *ranking* hostelero de la calidad. Hermanos y cofrades de la Esperanza Macarena y del Santísimo Cristo de la Sentencia, Florentino le había pasado el testigo a su hijo como costalero de la Virgen, pero seguía recorriendo cada año, con su aparatoso atuendo y sus plumas de *armao*, las calles de la Sevilla cofradiera, escoltando al hijo de Dios sentenciado a muerte.

En la capital del Guadalquivir, los días nublados, por inusuales, tienen

adjudicado un no sé qué de misterio en el acervo popular. Y bajo la tongada amenazadora, los sevillanos preparan pasos y capirotos y afinan sus instrumentos. Al cobijo de la arboleda que antecede al antiguo hospital de las Cinco Llagas, hoy Parlamento de Andalucía, o elevándose al cielo, desde las oquedades de los puentes que cruzan el río, cada año se escuchan los acordes que engalanan el crepúsculo, poniendo en trance a paseantes y curiosos. Es la polifonía solemne y majestuosa que interpretarán las bandas de cornetas y tambores, mientras acompañan a Cristo desde el mismo momento de su entrada en Jerusalén hasta su resurrección.

Macarena, con todos sus sentidos en alerta máxima, percibía ya los aromas familiares, sonidos y evocaciones que las ausencias de su tierra le arrebatában temporalmente, pero que afloraban con rotundidad en el mismo momento en que el tren hacía su entrada en la estación de Santa Justa, dibujándole en el rostro una involuntaria expresión que era mucho más que una sonrisa. Carlos y Lucas, entusiasmados con su viaje en AVE, no paraban de observar cuanto les rodeaba con auténtica curiosidad. Camino de San Gil, la diputada ojeó uno de los boletines informativos que el ayuntamiento editaba para la ocasión y que el taxista había puesto a disposición de sus clientes. Cerró los ojos un instante, en la certeza de que durante unos días volvería a escuchar la voz de quienes nunca la llamaban por su nombre, y aquella cita ancestral, para la que todos los sevillanos están predispuestos, iba a adquirir en aquella ocasión un significado especial que había de involucrar a sus hijos, es decir, a una nueva generación.

Todos les esperaban impacientes y la abuela Carmen, al verlos llegar, no pudo reprimir algunas lágrimas de auténtica emoción. Risas y abrazos se mezclaron con el aroma de las torrijas recién hechas. Lucas y Carlos, achuchados por tíos y abuelos, respondieron con naturalidad a las muestras de afecto de aquellas personas que apenas les eran familiares. Tras el efusivo recibimiento, Macarena recogió las llaves para instalarse, en las habitaciones del segundo piso, del 16 de la calle Feria, las mismas que ocuparon ella y su hermana Reyes cuando eran niñas. El tiempo parecía haberse detenido mientras caminaba por la corrala, con los niños de la mano. Apoyada en la barandilla, se asomó al patio pintado de albero, y caldero las canterías, inoculada de un súbito bienestar al contemplar aquel vergel inalterable, puntuales a su cita el limonero en flor y las espesas enredaderas que bordeaban las arcadas claustrales, las mismas que más tarde se adornarían con mantones y abanicos para festejar la Feria de Abril. Estaba en casa...

El tiempo pasaba muy deprisa en aquel ambiente festivo. Incluso los niños disfrutaban tanto que Macarena apenas tenía que ocuparse de ellos. Andaban todo el día por los patios y en la calle jugando con otros niños, vigilados en todo

momento por vecinos y conocidos. Unos les preparaban la merienda, otros les ofrecían chuches y, por la noche, terminaban tan agotados que a veces se dormían incluso antes de cenar. Se sentían libres y eran felices. El abuelo Florentino les había comprado sus túnicas y capirotos para que participaran en la procesión de la Virgen. Estaban excitadísimos y no perdían detalle durante los ensayos con los músicos y el resto de los cofrades, con el fin de aprenderse bien los pasos, las paradas y la manera en la que debían conducirse según las órdenes del hermano mayor.

Aquellas vacaciones estaban suponiendo un soplo de aire fresco en la encorsetada vida en la que se desenvuelven los niños de ciudad y una inyección de energía para la diputada Macarena Barrios, varada a medio camino entre una coyuntura política adversa y unas circunstancias familiares tormentosas.

Roberto telefoneó nada más comenzar las vacaciones de los niños para conocer los planes de Macarena. En cuanto supo que la familia pasaría la semana entera en Sevilla, no volvió a llamar. Se mostraba despechado por la facilidad con que su mujer se había organizado nueve días seguidos de descanso, cuando normalmente le era difícil conseguir que desconectara siquiera un fin de semana.

Y llegó el Jueves Santo, a pocas horas del clímax de un fervor popular difícil de explicar, y toda Sevilla se preparaba, una vez más, para vivir su *Madrugá*. La pasión de Cristo en todo su dramatismo...

Eran poco más de las doce de la mañana. Los niños jugaban en el patio y Macarena andaba trajinando por la casa. Aunque la abuela Carmen se oponía rotundamente, y teniendo en cuenta que ella desconocía por completo todo lo relacionado con el negocio familiar, colaborar en las tareas domésticas era la única forma en la que podía corresponder a las atenciones y el cariño que su familia le profesaba a raudales. De pronto, sonó su teléfono y la pantalla identificó al interlocutor. Era Alejandro Rimbau.

—Pero bueno, embajador. ¡Qué alegría escucharte!

—El gusto es mío, diputada.

—¿Y se puede saber qué se te ofrece? Ya sabes que estoy de vacaciones, así que nada de trabajo —advirtió Macarena divertida.

—Me preguntaba si podrías ayudarme con esto de la Semana Santa —contestó Rimbau de una manera tan ambigua como estudiada.

—¿De qué manera podría a miles de kilómetros?

—Mujer, yo creo que no deben ser tantos. Verás, acabo de atravesar la plaza de la Virgen de los Reyes y en este momento me encuentro delante de los Reales Alcázares.

—No puedo creerlo, Alejandro. ¿Me estás diciendo que estás en Sevilla? —Macarena sintió que su corazón daba una voltereta con tirabuzón.

—Respuesta correcta. ¿Y qué me dices de la posibilidad de que me expliques de qué va todo esto? Es la primera vez que vengo y ya se sabe que los catalanes, sacándonos de San Jordi y de la butifarra...

—¡Dios mío! Estás loco...

—¿Lo estoy?

—Dijiste que te quedarías en Ankara.

—Es verdad, lo dije, pero todo está controlado. Además, nunca te fíes de lo que diga un diplomático. Ya sabes que somos los paladines del oportunismo, de la puerta de atrás, del trueque y la compraventa... —se excusó en tono jocosos.

—¿Y qué tenemos tú y yo que comprar y vender?

—Si tú me enseñas Sevilla, yo puedo mostrarte... Estambul, por ejemplo — propuso el embajador muy directo—. A mí me parece un acuerdo justo.

—No me pongas en estos compromisos, Alejandro, querido. Mi situación ya es bastante complicada —explicó Macarena con claridad, pero sin aspereza.

—Tienes razón. Perdona. Solo bromeaba. Sabes perfectamente que jamás me aprovecharía de tu mal momento, entre otras cosas, porque lo que obtuviera de ti en esas condiciones no me causaría ningún tipo de satisfacción.

—No sé a qué te refieres. Te recuerdo que tengo una familia que se compone de un marido y dos hijos pequeños. Y no tengo intención de cambiar eso, por ahora.

—Bueno, dejemos esta conversación antes de que se nos vaya de las manos. Yo solo quería saber más sobre la famosa Semana Santa sevillana y qué mejor que ir a la fuente.

—Por cierto, ¿dónde te alojas? —preguntó Macarena, consciente de la dificultad de las fechas—. En estos días no queda una sola habitación libre en toda la ciudad y mucho menos si no se ha reservado con la suficiente antelación.

—Tienes razón. Es complicado, pero el dueño de El Rey Moro es buen amigo del consejero de turismo de la embajada, también sevillano, y me ha hecho un hueco en su hotel. Por cierto, es magnífico y, si no lo conoces, me gustaría invitarte a cenar una de estas noches.

—Lo conozco. Conserva el más puro estilo sevillano. Si no has subido a la azotea, hazlo. Puedes disfrutar del *spa* contemplando la Giralda a la luz de la luna. La experiencia no tiene precio.

—Ya lo creo que lo probaré. ¿Y bien? —Rimbau intentó concretar.

—Bueno, pues no seré yo la que desmonte el tópico de la hospitalidad andaluza. Así que, almorzaremos en el bar de mi familia, La Sentencia, y después verás a mi padre y a mi hermano prepararse para la *Madrugá*. Te aseguro que es una liturgia difícil de olvidar.

—¿Crees realmente que no les molestarán los testigos ajenos en su propia

casa?

—Claro que no. No sabes lo que va a disfrutar mi padre explicándote, sin escatimar pelos y señales, todo lo que tiene que ver con la hermandad. Como imaginarás, ya casi nadie le escucha. Por cierto, mis pequeños también se vestirán de nazarenos por primera vez y yo, aunque no sea la primera, hace mucho tiempo que no luzco mantilla, y así lo haré en esta ocasión, para acompañarlos.

—¡Olé! ¡Qué suerte tengo! Para ser la primera vez y sin proponérmelo, voy a vivir la Semana Santa desde las trincheras, en primera línea, y con todos sus elementos tópicos y típicos. Pero, sin duda, lo que más me apetece es vivirla contigo.

—Pues, entonces, no se hable más. Te espero en La Sentencia dentro de una hora.

Todo transcurrió como mandan los cánones y la tradición, y Alejandro se integró en la familia Barrios sin darse ni cuenta, de manera que a las pocas horas ya se habían relajado los formalismos y el embajador pasó a ser «¡Quillo!» y «¡Mi arma!».

Macarena estaba elegantísima y, tras una ardua negociación, Carlos y Lucas acabaron por claudicar a la idea de portar un cirio como los otros niños de la cofradía. Lógicamente, no era posible debido a su corta edad, y las velas fueron sustituidas por un varal y un pequeño estandarte, con los que involuntariamente golpeaban a todo el que se internaba en su radio de acción.

Agradecida por el ofrecimiento, la diputada declinó la invitación para incorporarse al palco de autoridades, prefiriendo procesionar tras su Virgen y patrona por las calles de su barrio. Balcones y portales engalanados, hombres y mujeres con el fervor en su punto álgido, una noche serena y estrellada y la Esperanza Macarena detenida ante el portal de la casa de los Barrios, tras la orden del capataz: «Ahí queó».

Súbitamente, un joven, miembro de la ilustre banda de música que acompañaba en su recorrido a la imagen de María Santísima, arrancó de su garganta el cante más triste y desgarrado jamás escuchado, un quejido de desesperación ante lo inevitable. Tras insuflar aire en su trompeta durante horas, aún le quedaron fuerzas para elevar al cielo su dolor y su angustia, común a todos los sevillanos. Dos de sus compañeros aguantaban la carga y le servían de apoyo, porque para cantar saetas es preciso sustentarse en algo sólido, tan sólido como la fe y el fervor de los cristianos. El misticismo se hizo tan profundo como el silencio y la emoción y el drama, en forma de lágrimas desbordadas, se adivinaban bajo los capirotos verdes.

De nuevo, el capataz dio la orden: «¡Tos por igual, valientes. Hasta el cielo

con la madre de Dios!». Tras un golpe seco del llamador, el paso se elevó en el aire y, de nuevo, el rítmico arrastrar de las alpargatas de los costaleros haciendo avanzar el paso se identificó con el sonido de la fe de todo un pueblo.

Alejandro, con la piel de gallina y verdaderamente impresionado, no dejaba de mirar embelesado a aquella mujer cuyo rostro, como su nombre, se reflejaba en el de la Virgen y, cada vez que sus ojos, nublados por la fascinación, se encontraban, a los dos se les complicaba la respiración y se les anudaba el estómago...

... Sujetando con fuerza a sus hijos, aturdida y febril, Macarena Barrios tuvo que admitir que, desde su juventud, no había experimentado una oleada de enamoramiento semejante.

La casa de los Barrios se hallaba en el primer tramo de la calle Feria, una de las travesías con más personalidad de Sevilla. Se encuentra situada en el distrito del casco antiguo y nace en el callejón de la Madre María Purísima de la Cruz, para morir en la calle de la Resolana, tras un largo y recto trazado. Se llama así porque la feria o mercadillo de los jueves, que se celebra, en su parte más ancha, desde el siglo XIII, continúa siendo el más antiguo de la ciudad. En sus puestos y paradas se venden, principalmente, antigüedades y objetos de segunda mano.

Desde hacía algo más de una semana, los naranjos mostraban sus tonos blancos y el azahar se erigía en el responsable de esa fragancia característica y universalmente famosa que inunda la capital hispalense en primavera. Pasado ya de largo el mediodía del Viernes Santo, las calles presentaban la tradicional costra de cera multicolor que permanecería incrustada en el asfalto hasta el final de oficios y procesiones, y la mezcla de esencias esparcidas por los incensarios la noche anterior aún sahumaba el aire de exotismo y santidad y se colaba por la ventana entornada del dormitorio de Macarena.

La noche en vela y el emotivo reencuentro con su tierra y sus tradiciones habían convertido aquel sueño a deshora en una suerte de resaca de sentimientos tan inesperados como inquietantes. Sin duda, la determinante presencia de Alejandro añadía un elemento perturbador más al ya de por sí complicado estado de las cosas. Le dolía la cabeza y sentía la boca seca como lengua de loro. Macarena se incorporó con dificultad y echándose una bata por los hombros, se asomó a la habitación de los niños. Aún dormían. ¡Angelitos! No era de extrañar. Demasiadas emociones para un día. Les dejaría descansar un rato más, mientras se duchaba y recogía su cuarto.

Intentó recordar, pero tenía lagunas. Ciertos pasajes de la noche anterior, especialmente los relacionados con Alejandro, parecían borrosos, y ella sabía muy bien cuál era la explicación. Su subconsciente, rígido y fundamentalista, trataba de aislar unos pensamientos considerados pecaminosos para protegerse de la culpa que su propio comportamiento generaba. Se sentía despreciable. ¿Cómo podía pensar en otro hombre cuando su marido estaba lejos? ¿Era aquel arrobamiento susceptible de calificarse como algo serio o, tal vez, el sortilegio

de la *Madrugá* le había jugado una mala pasada? Cerró los ojos y se abandonó a la bondad del agua caliente, pero no podía apartar de su mente la mirada de Alejandro clavada en ella. Un escalofrío le recorrió la espalda y un latigazo de deseo le sacudió el cuerpo. Aquello no podía estar pasando. Estaba perdiendo la cabeza y debía cortar por lo sano la equívoca cuestión antes de que se le fuera de las manos. Pero Alejandro estaba en Sevilla y no se merecía un desplante. Debía representar su papel de perfecta anfitriona e intentar terminar la «Semana» de la manera más «Santa» posible.

Por otro lado, nunca había visto a sus hijos tan felices. Desde luego, las vacaciones les estaban sentando de maravilla y por ellos y su bienestar había rezado a su Virgen con auténtica devoción. Adela, la mujer de su hermano, había organizado una pequeña fiesta para celebrar el tercer cumpleaños de su pequeña, así que Carlos y Lucas ya andaban de nuevo pensando en payasos, piñatas y disfraces. Mientras, Macarena aprovecharía para ir a los oficios y después recogería a Alejandro para cenar juntos.

Antes de marchar, pasaría por La Sentencia para explicarle a su madre el plan y pedirle que echara un vistazo a sus nietos si se retrasaba. Como siempre, madre y hermana trajinaban en la cocina. Macarena las abrazó con fuerza a las dos, como si necesitara sentir las especialmente cerca.

—Hola, madre, hola, Reyes. Imagino que no habréis descansado mucho. Ya sé que estos días son una paliza para vosotros.

—Pero la Semana Santa, cuando viene de cara, hay que aprovecharla, porque deja unos buenos dineros. Luego, en feria, ya se sabe que las casetas se llevan todo el negocio —se resignó la abuela Carmen.

—Solo quería deciros que los niños se han ido a comer con Adela y ya empalmarán con el cumpleaños de la nena. Yo voy a los oficios y luego recogeré a Alejandro para cenar en algún sitio. ¡Qué tontería, ¿no?! En Madrid no voy a misa nunca, pero cuando vengo a Sevilla me lo pide el cuerpo.

—Podéis ir a El Burladero, ya sabes, cerca de la catedral. Aunque no hayáis hecho reserva, di que vas de parte de padre y se sacarán una mesa de la manga en cero coma —sugirió la hermana de Macarena sin dejar de envolver croquetas.

—De acuerdo. Me parece muy buena idea, hermanita —dijo Macarena, haciendo cosquillas a una Reyes indefensa con las manos pringosas de huevo y pan rallado.

—¡*Cusha*, niña! ¿Tú te has vuelto *majarona*? —preguntó Curro sin rodeos nada más entrar en la cocina—. ¿Se puede saber qué berenjenal te traes con el menda ese que se le hace el culo Pepsicola contigo?

—No sé de qué me hablas, Curro. Si te refieres a Alejandro, solo somos colegas.

—Y yo el primo del Fari, no te jode.

—Vale. Yo tengo que irme, que se me va a hacer tarde —dijo Macarena incómoda.

—Anda, tira, *pisha*, que buena prisa llevamos cuando no nos interesa oír.

—Por favor, Curro. No me mortifiques, que yo sola me basto y me sobro. —Y Macarena languideció con dramatismo.

—¿Y vosotras? No pensáis decirle *ná*...

—Bueno, Curro. Deja a tu hermana y ya hablaremos más despacio —medió la madre, intentando calmar los ánimos—. Venga, niña. No te preocupes por los chiquillos. Seguro que acabarán quedándose a dormir con sus tíos y su prima. ¡Con Dios! Pasadlo bien.

—¡... *dita* sea mi estampa! —Curro salió de la cocina rezongando.

—Tu hermano tiene razón, hija. ¿Qué pasa con tu marido y quién es ese hombre que te ronda y tú te dejas rondar? Maca, que te saca una *jartá* de años.

—Lo sé, madre. No pasa nada... de momento. Estoy muy confundida. Las cosas con Rober no van bien y mi marido ha aprovechado una oferta de la empresa para poner tierra de por medio. Me agobia con el trabajo y me echa en cara que no me ocupo de los niños. Todo lo que sucede en casa, según él, es culpa mía, y lo que sucede fuera, casi que también.

—Bueno, pero es que a lo mejor a Roberto no le falta razón. Yo no os entiendo a las mujeres de ahora. Hija, en mi generación muchas hemos trabajado tanto o más que nuestros hombres. Tú bien lo sabes. Pero jamás hemos descuidado a la familia. Ni a los descendientes ni a los ascendientes. Y, por supuesto, el marido merece el mayor de los respetos.

—¿Ah, sí, madre? ¿Y yo y mi trabajo no merecemos el mismo respeto?

—Yo no digo que no, Maca. Soy consciente de todo lo que te has esforzado para llegar adonde estás y tú sabes lo orgullosos que estamos de ti, pero eso de viajar tanto y dejar solos al marido y a los hijos... yo no lo veo bien. Estabas mucho mejor en la constructora. No sé qué se te perdió a ti en la dichosa política.

—Bueno, madre. Es que tú no lo entiendes. No es tan sencillo... —dijo Macarena, besándole la frente—. Ahora debo irme, pero hablaremos con más calma y te prometo que te lo explicaré todo.

—Sobre todo, hija, piensa en los niños. ¡Son tan pequeños!

—En ellos pienso. Estate tranquila. Venga, dame un abrazo. Y tú otro, hermana.

—Te acompaño a la puerta, Maca —dijo Reyes, secándose las manos en el delantal.

Ambas mujeres atravesaron el bar y salieron a la calle, por la que ya bajaban riadas de gente en dirección a las iglesias y capillas para asistir a los oficios.

—Echa un vistazo a los niños, por favor, Reyes, que mañana te voy a regalar el vestido más bonito de todo Sevilla.

—Y *pa* qué. Yo no tengo oportunidades para lucirlo. Tú sí que estás siempre guapa y elegante. Y quiero que sepas que respeto a madre, pero yo te digo que no dejes que ningún macho alfa te corte las alas. Ni marido ni amante ni *ná*. Maca, tú vales mucho y necesitas a tu lado a un hombre que te valore y te merezca. Mírame a mí. Ni siquiera me he casado y nunca abandonaré esta vida de Cenicienta. Pero tú no eres como yo. Tú has estudiado y has trabajado para cumplir tus sueños. Así que vuela libre, vuela alto, Macarena Barrios, por ti y por todas las mujeres que nunca podremos hacerlo.

—Gracias, Reyes. No sabes lo que tu apoyo significa para mí. Puedes asegurar que si no fuera por lo que es, te llevaría conmigo a Madrid una temporada. ¡Te echo tanto de menos! Y ahora debo irme. Me gustaría pasar mañana un rato contigo, las dos solas. A ver cómo engañamos al negrero de padre —dijo Macarena abrazando a su hermana con la ternura y el cariño en su punto álgido.

La diputada bajó por la calle a buen paso, hacia la zona más sinuosa de la travesía, dejando atrás las calles Correduría y Cruz Verde, único tramo, excluyendo el de su casa, cuya anchura permitía el arbolado. El tráfico peatonal rozaba la masa. Unos huían de las bullas y otros intentaban acercarse a los callejones por donde transitarían los pasos del Viernes Santo. Por fin, Macarena llegó a la capilla de Montesión, y tuvo que abrirse paso, casi a codazos, entre la muchedumbre que atestaba el templo hasta la misma portada. Entre oraciones y cánticos, la diputada le pidió al Hijo de Dios crucificado que le iluminara el camino para no errar en sus decisiones, ni en las profesionales ni en las personales. Estaba realmente preocupada por las últimas. Respecto de las primeras, tenía mucho más claro cómo actuar.

Alejandro Rimbau la esperaba en su hotel, en pleno barrio de Santa Cruz. Acomodado en un conjunto de mesa de mármol y sillas de anea, junto a la fuente central del patio rectangular que formaba la corrala de tres pisos, el embajador degustaba un capuchino de aspecto delicioso. La luz crepuscular se revelaba escasa y las lámparas y apliques de la hostería se encendieron nada más hacer Macarena su entrada en el recinto. El lugar tenía un aspecto bellísimo y acogedor y el rumor del agua, junto con la madera en las arcadas y la frondosa vegetación rememoraban los jardines colgantes de fisonomía oriental.

Rimbau se levantó y besó a Macarena en ambas mejillas, ofreciéndole una silla a su lado.

—¿Qué tomarás? —preguntó el diplomático.

—Una tónica con limón. Me reservo para la cena.

—¿Qué tal has descansado? —volvió él a preguntar.

—Bueno, regular, ya sabes. Agotamiento, vigilia, emociones, sentimientos encontrados... Una mezcla explosiva —respondió la diputada, sin atreverse a mirar a su compañero a los ojos.

—Macarena, yo... quiero que sepas...

—No sigas, Alejandro, por favor. No sabes lo que me va a costar decir esto, pero tengo que hacerlo, y cuanto antes mejor. Creo que no deberías haber venido. Entre nosotros hay una corriente eléctrica capaz de encender el Real de la Feria y, sinceramente, yo no me veo en este momento liándome contigo. Y perdona que sea tan franca, Alejandro.

—Tal vez tengas razón y debería haber reflexionado antes de seguir un impulso ciego. Pero lo hecho, hecho está, y solo quería que supieras que estos días en Sevilla han sido toda una experiencia. He quedado maravillado, Macarena, te lo aseguro, y tu familia ha superado con creces todas las expectativas.

—Sí. Los Barrios somos un topicazo auténtico.

—Verás. Cuando te vi con tus hijos, esos críos deliciosos, no pude por menos que imaginar lo maravilloso que sería iniciar un camino nuevo junto a una mujer tan llena de vida como tú. Rejuvenecería no años, sino vidas enteras. Eres hermosa, elegante, culta, compartimos la profesión y creo que formaríamos un buen equipo. Cualquier hombre mataría por una mujer como tú, pero ninguno de los dos está preparado para asumir las consecuencias de un paso en falso.

—No digas eso, Alejandro. Tú eres un hombre libre; yo no —dijo Macarena más relajada al comprobar la sensatez que el diplomático parecía derrochar.

—Te equivocas, querida. Soy tan libre o tan prisionero como puedas serlo tú. Creo que eres la mujer más fascinante y deseable que he conocido en muchísimos años, pero no estoy preparado para el fracaso. Me costó sangre, sudor y lágrimas superar la pérdida de mi esposa, a la que adoraba, y después he tenido algunos, digamos, devaneos, y no quiero seguir vagando por un limbo de idilios abocados al fracaso. Eres la mujer que busco, lo sé con certeza, y no pienso renunciar a ti, pero tampoco voy a hacer nada en contra de tu voluntad.

—Tú también eres muy especial para mí, Alejandro, pero tengo una familia que no merece ser destruida. Me alegra que lo entiendas.

—Pues claro que lo entiendo. Y te aseguro que no va a pasar nada entre nosotros que tú no quieras que pase. Grábatelo en tu hermosa cabeza y relájate, por favor. Se te aprecia tensa de pies a cabeza.

—Está bien. Seremos grandes amigos y colegas en lo profesional. Nos ayudaremos, nos consultaremos y disfrutaremos de auténtica complicidad —concluyó Macarena aliviada, pero con regusto a frustración.

—Por cierto, hablando de complicidades —aprovechó el diplomático para cambiar de tercio—. Hablemos del caso de tu «fotógrafo en serie». Por mi parte, te diré que he hecho averiguaciones y el tipejo, que es muy bueno en su trabajo, todo hay que decirlo, no tiene demasiados escrúpulos a la hora de aceptar encargos, digamos, que rozan la ilegalidad.

—Yo diría más bien la inmoralidad.

—Su agencia lo tiene contratado como *freelance*, pero luego hace todo tipo de trabajitos por su cuenta. Podría decirse que políticamente es un radical, incluso a la izquierda de los reformistas, pero le gusta vivir bien y trabaja por dinero. Es un mercenario de la información, aunque, según parece, mantiene una relación amorosa con una asesora del presidente del Gobierno, es decir, en las antípodas de su filosofía. Un tipo curioso ese Cañizares, pero muy vulnerable. Tiene todos sus flancos sin protección.

—Sí. Ella es Nuria Peñalba. Creo que es una buena chica y no debe saber una palabra de las andanzas de su novio. ¿Y se te ocurre cómo podríamos llegar hasta la cabeza? ¿Investigar quién le ha encargado amargarme la vida?

—Todo a su debido tiempo. No te preocupes. Lo averiguaremos. —Alejandro cogió las manos de Macarena entre las suyas—. ¿Estás bien? Pues entonces, llévame a cenar, que tengo un hambre de lobo.

La cena resultó un éxito. Los de El Burladero se volcaron para que sus visitantes se fueran contentos. Macarena y Alejandro pasearon junto al río, disfrutando de una noche estrellada y una temperatura ideal. La Giralda iluminada, encendida la Torre del Oro y, a lo lejos, el puente de Triana, despojado ya de su minuto de gloria, refulgía en todo su esplendor, orgulloso de haber conducido al Cristo del Cachorro, el Hijo de Dios con rostro gitano, hasta la otra orilla pocas horas antes.

Macarena y Alejandro contemplaron la belleza serena de una ciudad tocada por la gracia divina. El relente húmedo del río enfriaba la piel de Macarena, aunque incapaz de rebajar un solo grado centígrado el anhelo ardiente que ambos sentían en su interior. Los ojos clavados, los rostros muy juntos y las manos entrelazadas fueron suficientes para doblegar la voluntad de ella. Haciendo añicos disciplina y flagelo, se acercó lentamente, saboreando el momento, y besó a Alejandro en los labios con un ansia desconocida y una pasión irrefrenable.

... Ambos se abrazaron y el Guadalquivir, plateado por una luna menguante, se convirtió en el único testigo de aquel amor sin pecado.

¿Cómo vamos a conseguir que el mundo cambie si solo la mitad está invitado a participar en la conversación?

EMMA WATSON

Macarena se despertó sobresaltada cuando sintió que alguien tocaba con los nudillos en la puerta del dormitorio. Pensó en los niños, pero enseguida recordó que, finalmente, se habían quedado a dormir en casa de sus tíos Curro y Adela. Miró el reloj de la mesita de noche y comprobó que el despertador aún no había sonado. Faltaban pocos minutos para las ocho.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Maca, hija, soy yo.

—Pasa, padre. ¿Ocurre algo?

—Pues, la verdad es que sí. Tu madre no para de llorar y ha insistido en que viniera. Así que estoy aquí para enseñarte el periódico y prepararte para otro buen disgusto —explicó el padre con un rictus de vergüenza que era toda una confesión.

Y el bueno de Florentino levantó en alto *El Correo de Andalucía*, cuyo titular rezaba: «La familia Barrios, regentes de La Sentencia, entre los empresarios que pagaron comisiones, con la connivencia de altos cargos de la Consejería de Empleo de la Junta, a cambio de su participación indefinida en la Escuela de Hostelería de Sevilla».

Macarena, atónita, descompuesta, aturdida, miró a su padre con ojos de súplica, esperando una respuesta, un gesto, una señal, en definitiva, que le confirmara que no era verdad lo que acababa de leer. El hombre bajó los ojos y movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo habéis podido?

—Lo siento, Maca. Fue idea de Curro. Ya sabes cómo es tu hermano de *echao palante* y las ideas que tiene. Dijo que nadie se enteraría y que era la única forma de conseguir meter la cabeza en la escuela. Que si no lo hacíamos nosotros, lo harían otros.

—Trae el periódico. —Macarena, encendida, se lo arrancó a su padre de las manos—. ¡Qué bonito! Mira lo que dice más abajo. Me acusan de haber venido a Sevilla para solucionar la papeleta con las mismas artes que en Madrid,

utilizando el tráfico de influencias con mis colegas de la Junta.

—Ya lo he leído.

—Y yo, en la higuera.

—Mira, hija. Ahora lo que tenemos que hacer es pensar en cómo vamos a solucionar esto —dijo el padre, frotándose nerviosamente las manos.

—¿Solucionarlo? Os habéis metido en un buen lío. Y, de paso, me habéis salpicado a mí también, pero puedes asegurar que la única forma de demostrar que estoy fuera es dejando que la fiscalía actúe. Sin más. Que la justicia adopte las medidas que correspondan con los implicados y yo, por mi parte, defenderé, como no podía ser de otra manera, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Lo siento, padre. Ahora que lo solucione mi queridísimo hermano, que es tan listo —soltó Macarena, mostrándose agraviada y engreída.

—Maca. Verás. Hay un par de periodistas en la puerta y alguno más andaba rondando temprano por La Sentencia.

—Pues muy bien. Así podré hacer cuanto antes las primeras declaraciones al respecto —replicó Macarena, echando la ropa hacia atrás enérgicamente para abandonar la cama.

Se metió en el baño cerrando la puerta con un golpe seco y Florentino Barrios salió de la habitación de su hija compungido y preocupado. Él siempre pensó que aquello no saldría bien, pero cuando a Curro se le metía algo en la cabeza, no había quien le apease del burro. Tenía que haber consultado con Macarena antes de hacer nada. Pero había que reconocer que la escuela era una perita en dulce y todo el mundo quería estar en la pomada. Y es que, tratándose de lo público, pues ya se sabe que tiene que ser a base de untar. Siempre había sido así, y en Sevilla no se conocía otra manera de hacer las cosas.

El teléfono de Macarena comenzó a sonar como si no hubiera un mañana. El primero, su jefe, Fernando Carretero, con un mensaje incendiario en el buzón de voz, en contra del vertedero en que se había convertido la Junta y la irresponsabilidad de la familia Barrios. Después, su colega Jorge Espinosa, mucho más ecuánime y solidario, en la seguridad de que Macarena nada sabía de aquella turbia historia. Y, por último, un mensaje de Alejandro, para que se pusiera en contacto con él en cuanto le fuera posible hablar con calma.

El embajador Rimbau descolgó inmediatamente.

—Lo siento, Maca. Imagino que estarás conmocionada.

—No te imaginas el disgusto que tengo. Estas son las cosas que se cargan de un plumazo la labor de años. Otros políticos han pasado por esto ya y, en Andalucía, somos especialistas en cargar con los marrones familiares. Según me ha dicho mi padre, ya hay algunos periodistas esperando en la puerta, y no pienso esconderme. Voy a hacer unas declaraciones que no dejen lugar a dudas

sobre el lado en el que estoy.

—Me gustaría poder ayudarte, pero no se me ocurre cómo.

—Estando conmigo, Alejandro. Te necesito. Te estás volviendo imprescindible para mí.

—Complicidad y apoyo mutuo. ¿No quedamos en que esa sería la fórmula de nuestra relación?

—Sí, pero, de momento, parece que te ha tocado compartir solo miserias y malos rollos. No sé cómo no pones tierra de por medio cuanto antes.

—Si la memoria no me falla, anoche compartimos algo hermoso. Limpio y bello. Macarena, hoy soy el hombre más feliz del planeta. —El diplomático bajó el tono de voz buscando intimidad.

—Gracias, Alejandro. Yo..., verás, también me siento más segura sabiendo que estás cerca.

—De todas formas, sé prudente y piensa bien lo que vas a declarar. Ya sabes que no es bueno hablar en caliente. Todo lo que digas lo utilizarán en tu contra, jamás en tu favor, y luego no podrás desdecirte.

—Lo sé. Pero no puede quedar la más mínima sombra de duda sobre mi posición en cuanto a los tejemanejes de la Junta desde hace décadas, tanto si mi familia está en el ajo como si no.

—En eso estoy de acuerdo. Cuando se apuesta por la transparencia, hay que estar a las duras y a las maduras.

—De todas formas, Alejandro, te agradecería que no aparecieras por mi casa ni por La Sentencia. Los periodistas están al acecho y no quiero que nos vean juntos, ni tener que explicar a nadie quién eres o por qué estás aquí. Nada necesito menos que otro frente abierto.

—Descuida. Haré vida de turista, pero si me necesitas, no dudes en recurrir a mí.

—Gracias, Alejandro. Te llamaré más tarde y nos veremos en algún momento.

—Ya sabes, querida mía, que la ley de Murphy no es un tópico y que los problemas nunca vienen solos. Y estás en racha, diputada.

—Eso parece, pero saldré adelante. En esto también.

—No tengo la menor duda. Un beso y hasta luego.

Macarena respiró hondo y, mientras se preparaba para salir a recoger a los niños, pensó en lo difíciles que se le habían puesto las cosas desde que tomó la decisión de dedicarse a la política. ¿Sería suficiente su verdadera vocación para superar los obstáculos que no dejaban de presentársele en el camino? Porque, en contra de la creencia popular, había quien de verdad sentía la necesidad de dedicar su vida a mejorar la de los menos favorecidos. Su caso era muy claro y, desde luego, le constaba que no era el único.

Vestida con un vaporoso camisero y una chaqueta azul marino, Macarena respiró hondo de nuevo antes de abrir la puerta. Desde el dormitorio de sus padres, había visto al grupito de periodistas que la esperaba al otro lado de la calle. Claramente, se trataba de prensa local, aunque la noticia había llegado a Madrid más rápido que si hubiera viajado en AVE.

En cuanto la diputada hizo su aparición, la rodearon con los micrófonos extendidos, disparando sus preguntas y atropellándose unos a otros. Una cámara de Canal Sur la enfocaba a medio metro de la cara. Macarena, viva imagen de la dignidad en todo momento, contestó a todas las preguntas con estoicismo y serenidad, explicando su estupor al conocer la noticia, lo que había sucedido esa misma mañana, y el convencimiento personal de que, si la fiscalía había actuado de oficio, habría sido porque los indicios de los que disponía así lo aconsejaban. En cuanto a la posible implicación de su familia en la trama fraudulenta, se apresuró a declarar que, aunque desconocía los detalles, su padre le había confirmado su participación personal en la selección irregular de los adjudicatarios de la Escuela de Hostelería de Sevilla. Igualmente añadió que las reincidentes actuaciones de la Junta recordaban al cobro del impuesto revolucionario y se hacía imperiosamente necesaria la eliminación inmediata de esa mala praxis que lastraba a todos los andaluces y hería de muerte a la mismísima democracia. Recalcó, por último, su inquebrantable compromiso de respetar la ley y el Estado de derecho, incluso en los casos en los que, por su naturaleza, podían afectarla como familiar directa. Se despidió secamente de los periodistas y se alejó caminando hacia el domicilio de su hermano, en la calle Conde de Torrejón. Su cuñada Adela se mostraba muy angustiada.

—¡Ay, Macarena! ¿Y ahora qué nos va a pasar? Dime que Curro no irá a la cárcel... Por el amor de Dios, él no ha hecho nada que no hayan hecho muchos otros antes. Si hay que pagar una multa, pues la pagamos, aunque nos tengamos que hipotecar, pero la cárcel, no.

—Cálmate, Adela. Imagino que no llegará la sangre al río. Pero es más que probable que haya juicio y un procedimiento judicial de este tipo es carnaza para la prensa, descrédito para la familia y toda una serie de consecuencias que ahora mismo no es posible pronosticar. —Abrazó a su cuñada, que rompió a llorar amargamente.

—Imagínate qué dirá el claustro de profesores en mi instituto, cuando retomemos las clases la semana que viene —se lamentaba Adela sin consuelo, previendo las consecuencias más inmediatas—. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo se entiende la labor de una docente que ha de educar a unos chicos en la honradez y el respeto a las normas si luego ella misma incumple lo que predica?

—Desde luego, Adela, tu posición tampoco es muy airosa que digamos... En

fin, ahora sécate esas lágrimas y vayamos a ver a los niños. A la larga, son lo más auténtico que tenemos. Estoy deseando coger en brazos a mi sobrinita preciosa.

—De verdad, Maca, que lamento mucho que te veas implicada en este tinglado tan desagradable. No lo mereces. Bastante tienes tú con lo tuyo. Tú sabes que yo te admiro y te aprecio mucho. Y, querámoslo o no, tus hijos y mi hija son familia y la familia, en Andalucía, es sagrada.

—Pues hay que pensar en la familia antes de hacer las cosas... De todas formas, te aseguro que este no es el mayor de mis problemas.

—Ya lo imagino. Además, algo andaba rumiando tu hermano ayer muy encorocado, sobre el embajador ese amigo tuyo. Ya sabes lo fundamentalista que se pone. ¡Pues no dice que es un revienta-matrimonios profesional!

—Mi hermano es un moro y siempre lo fue. ¡A ti te lo voy a contar! Pero más le valdría ser tan recto como predica en asuntos de otro tipo, porque la moral no solo tiene que ver con el sexto mandamiento.

—Mira, ahí lo tienes. Oigo la puerta del patio —dijo Adela un tanto azorada.

Los pasos de Curro se mezclaron con el tintineo de las llaves que balanceaba en la mano.

—Hombre, pero si está aquí mi hermanita la diputada. ¿A qué has venido, a darnos otro mitin como el que has soltado en la televisión? ¿Y se puede saber dónde te has dejado a su excelencia el embajador?

—Ya te vale, Curro. Has metido a padre y a madre en un buen marrón y ni siquiera te arrepientes. Y encima te permites juzgar a los demás. Pues si crees que te van a servir tus chulerías con la jueza, es que no sabes con quién te la estás jugando.

—Tú no tienes ni idea de cómo se hacen las cosas aquí, porque los que nos tenemos que buscar la vida sabemos cómo funciona la administración. Tú pides el cien por cien y ellos te dan lo que te tienen que dar. La Junta colabora con los que colaboran con ella. ¿Estamos?

—Pues a ver ahora quién colabora contigo... Me marcho, que quiero ir un rato con Reyes por la plaza Nueva. ¿Te apetecería venir, Adela?

—Ni hablar. La Adela tiene faena en casa —replicó Curro antes de que su mujer pudiera abrir el pico.

—¿Es que tienes miedo de que le meta en la cabeza ideas revolucionarias? Me preocupas tú, no Adela. Ella tiene la cabeza muy bien amueblada. Lo que no consigo entender es cómo se casó contigo.

—Y yo a veces me pregunto cómo aguanta Roberto la vida que lleva su mujer —escupió Curro con saña.

—Vamos a por los niños y te acompaño a la puerta —dijo la dueña de la casa,

intentando evitar la discusión.

Las dos cuñadas se alejaron hacia el interior de la casa.

—Lo siento mucho, Adela, y te agradezco de corazón el cariño y las atenciones que has tenido con mis hijos. Tenme informada de lo que suceda en el colegio y cuenta conmigo si en algo puedo serte útil. Aunque solo sea para desahogarte.

—Se agradece, Maca.

—Chicos, despedíos de los tíos y de la prima, que mañana salimos temprano para Madrid —dijo la diputada, dando por terminada la visita.

—¡Jooooo! Yo no me quiero ir —protestó Carlos.

—Ni yo —añadió Lucas—. Yo no quiero que se acaben las vacaciones.

—Por primera vez, creo que yo tampoco —concluyó Macarena, sorprendiéndose a sí misma.

Una hora después, las hermanas Barrios paseaban con los niños por los alrededores de la catedral. Entraron en algunos de los comercios de la plaza Nueva y compraron recuerdos y un par de nazarenos de barro pintados con los colores de la cofradía macarena, a los que un artesano personalizó con los nombres de Carlos y Lucas. Los dos iban más contentos que unas pascuas, discutiendo quién se lo contaría primero a su padre y lo orgulloso que aquel se sentiría ante el relato pormenorizado de la procesión en la que habían participado. Macarena y Reyes se miraron sin poder contener la risa, sabedoras de la desafección de Roberto por las tradiciones sevillanas.

Tras pasar juntas toda la tarde, Reyes se llevó a los niños a cenar a La Sentencia para que Macarena y Alejandro pudieran despedirse con cierta intimidad. Después de haberle explicado la crítica situación por la que atravesaba su matrimonio y la aparición de Alejandro en su vida, Reyes se convirtió en cómplice de su hermana pequeña.

—Te espero a la orilla del Guadalquivir, en el mismo lugar donde nos besamos ayer —dijo el embajador Rimbau con cierta emoción.

Nada más encontrarse, se abrazaron y se volvieron a besar una y cien veces. Cumplida su tradición penitente, la noche extendía su manto sobre una ciudad exhausta pero satisfecha, que cerraba su semana grande y se despedía con tristeza de sus visitantes. Las luces del paseo iluminaban el rostro y el cabello rojizo de Macarena, que se sentía cada vez más cerca de aquel hombre que la entendía y la apoyaba.

—Te echaré de menos, Alejandro —confesó Macarena, presa de la melancolía.

—No lo harás, porque estaré cerca —afirmó Alejandro, cogiéndole las manos.

—Cerca, pero lejos.

—Lejos, pero cerca.

—De momento, es lo que toca. Dejemos que las cosas fluyan y ya iremos viendo. Creo que mi marido volverá a casa en un par de semanas, en una visita relámpago para una reunión de trabajo. Supongo que la crisis estallará sin remedio... Ya veremos —dijo la diputada, pasándose la mano por la frente.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. Sé que harás lo correcto —exclamó el diplomático, intentando transmitir fortaleza.

—Buen viaje, querido. Nos veremos muy pronto.

... Un abrazo tembloroso, unos besos desordenados y, como dijo el poeta, en el adiós ya se hallaba la bienvenida.

Yo no deseo que las mujeres tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas.

MARY WOLLSTONECRAFT

Habían elegido el Viernes Santo esperando que fuera una de las jornadas con menos tráfico de toda la semana, pero en Madrid hay gente para todo, para irse y para quedarse, y la carretera hacia Segovia soportaba, desde primera hora de la mañana, más de diez kilómetros de retenciones. Dadas las circunstancias, lo razonable era cambiar de destino. De lo contrario, la capital castellana no sería el lugar tranquilo que buscaban, sino una copia de Madrid, con las mismas incomodidades y aglomeraciones. Por ello, Nuria y Víctor decidieron dirigirse hacia la bella Riaza. El viaje sería algo más largo, pero merecía la pena alejarse.

El día era soleado y, una vez repuestos del camino con un abundante desayuno, decidieron aparcar el coche a las afueras del pueblo e iniciar el recorrido a pie por uno de los senderos que se adentran en la sierra de Ayllón, paraje de gran belleza. La pequeña Lucía, recién terminado su biberón, iba cómodamente instalada en la mochila portabebés que su madre transportaba en modo marsupial, mirando en todas direcciones, como si fuera plenamente consciente de que comenzaba a descubrir el mundo. Desde la ermita de la Virgen de Hontanares, a pocos cientos de metros del pueblo, parte una pista asfaltada ascendente hacia el mirador de Piedrasllanas, que se asoma a la provincia de Segovia desde una altitud de unos mil quinientos metros, cerrando la cuenca del río Riaza.

Durante el recorrido, los jóvenes apenas se cruzaron con un par de senderistas. Como es costumbre entre los aficionados a la montaña, los caminantes se saludaron con cortesía. Víctor disparaba su cámara una y otra vez captando los espontáneos gestos de la pequeña Lucía y la belleza natural de la madre, cuyos ojos se iluminaban contemplando a su hermosa hija. Él tomó en brazos a la pequeña y, enternecida por el afecto que el reportero derrochaba con la niña, fue Nuria quien les fotografió sin prisa, pero sin pausa, durante un buen rato. Para terminar, Víctor puso en marcha el disparador automático que captaría imágenes de los tres juntos y de la enamorada pareja.

En ningún momento los jóvenes fueron conscientes de que estaban siendo vigilados, pero alguien acechaba como lobo hambriento a escasos metros, un

hombre anónimo y extraño empeñado en mimetizarse con el paisaje para vigilar sus pasos y reunir las pruebas de una relación amorosa entre ambos, sin que cupiera respecto a ella ningún género de duda. Días atrás había recogido otras instantáneas a la salida del domicilio de la muchacha, por lo que, terminada aquella jornada, dispondría de material suficiente a fin de cumplir el encargo para el que había sido contratado.

Durante todo el día, Macarena Barrios y las malditas fotos de Moncloa flotaron en el ambiente, pero ninguno de los dos jóvenes había encontrado el momento oportuno para abordar el espinoso tema, que sería, sin duda, motivo de discusión.

Al cabo de una hora, Nuria y Víctor iniciaron el descenso, eligiendo para la ocasión la vertiente que desemboca en el arroyo de San Benito. Los fresnos y acebos dejaban paso a brezos y retamas a medida que avanzaban hacia la extensa pradera. Un cartel forestal informaba de que les separaban del municipio un kilómetro ochocientos metros. A partir de aquel punto, el camino se desdibujaba entre unos cuantos robles de gran tamaño, para acabar junto al gran pilón de agua situado a orillas de la carretera nacional. Después de cruzar el río por última vez, el antiguo trazado de la vía les conduciría hasta el pueblo. El murmullo de las copas de los árboles mecidas por la leve brisa y la despreocupada conversación entre la pareja fueron suficientes para que Nuria y Víctor no se percataran del chascar de las ramas y el crujir de la hierba que su perseguidor producía según se acercaba a ellos con temeraria proximidad. Por fin, el individuo les adelantó con premura saludando con la mano en la visera de la gorra, perdiéndose después entre las callejas del pueblo.

—¡Qué tipo más raro! —dijo Nuria—. Será uno de esos frikis del naturalismo. Solo le falta el cazamariposas.

—Pues la cámara que lleva te aseguro que no es de frikis —añadió Víctor, que se había fijado bien en la extraordinaria calidad de la herramienta—. Sin temor a equivocarme, yo diría que se trata de una máquina de última generación, vamos, de lo mejorcito del mercado.

—Bueno, no sé. ¿Dónde vamos a almorzar? Estoy hambrienta —dijo Nuria, llevándose la mano al estómago.

—En Las Columnas. Lo conozco de cuando he venido por aquí a hacer fotos para *Arquitectura viva*. El asado que preparan es inmejorable. Te gustará.

El día de campo llegaba a su fin y Víctor no podía demorar más el asunto. Así que decidió abordar la cuestión durante el regreso a Madrid y contarle a Nuria su encuentro con Macarena Barrios. Si seguía aparcándolo, corría el riesgo de que esta se enterara por la propia diputada. No tuvo que darle más vueltas, porque fue Nuria la que sacó el tema.

—Por cierto, Vic, imagino que después de Semana Santa se pondrá en contacto contigo Macarena Barrios, ya sabes, la segunda de Fernando Carretero. Verás, es que vio las fotos que nos hiciste en Moncloa y le gustaron tanto que quería hablar contigo para un reportaje de sus niños —explicó Nuria con cierto azoramiento—. Me preguntó y le dije que las fotos eran tuyas. Espero que no te haya molestado.

—¿Y se puede saber por qué tenía la Barrios las fotos que yo te entregué solo para tu uso personal? ¿Puedes decirme, Nuria, cuál es la razón de que siempre hagas lo que te viene en gana sin pensar en las consecuencias? —dijo Víctor, aprovechando el inesperado y ventajoso giro que tomaba la conversación.

—Bueno, Vic, tampoco creo que sea para tanto. Simplemente, tus fotos eran muy buenas y pensé que a Macarena le gustaría conservar algunas como recuerdo de su visita a Moncloa. Lo único que hice fue apología de tu trabajo. No sé de qué consecuencias me hablas, la verdad.

—Pues que sepas que me abordó a la salida del Congreso el último día de sesión y, desde luego, su intención y su tono fueron cualquier cosa menos amigables. En ningún momento me habló de ningún reportaje familiar e incluso dejó caer que sospechaba de mi participación en la campaña de acoso contra ella. Esas son las consecuencias de las que te hablo, Nuria.

El tráfico se iba densificando a medida que se acercaban al puerto de Navacerrada, donde cientos de personas habían pasado el día festivo disfrutando del aire puro y de la escasa nieve que aún permanecía en los picos más altos de la sierra.

—No puedo creerlo. Te aseguro que no podía imaginar que fueran por ahí los tiros. O sea que Macarena Barrios me engañó.

—A veces eres tan ingenua, Nuria, que pareces una cría. El mundo en el que te mueves es una cloaca y no puedes fiarte ni de tu sombra. ¿Es que has olvidado cómo te hicieron la cama tus compañeros de Baleares y, por supuesto, el padre de Lucía, que te dejó tirada como una colilla, después de aprovecharse de tu posición y dejarte embarazada? Parece mentira que aún no hayas aprendido a guardarte mejor las espaldas. Pero mira, por mí, puedes hacer lo que quieras mientras tus decisiones no tengan que ver conmigo.

Nuria estaba conmocionada. ¡Qué fácil había sido manipularla! Víctor tenía razón, pero no pensaba dársela sin pelear primero. Así que, retorciendo la situación, decidió replantear el tema de otra manera.

—¿Y puedes decirme por qué la diputada Barrios sospecha que puedas estar involucrado en turbias campañas? —preguntó Nuria de improviso, sorprendiéndole—. No me parece una mujer que se monte películas sin fundamento.

—¿Qué quieres decir? ¿No me estarás acusando tú también? ¡Esto ya es el colmo!

—Yo solo digo que Macarena Barrios no da puntada sin hilo y que no quiero pensar, ni por un momento, que puedas andar metido en alguna maniobra ilícita.

—¿Sabes lo que te pasa, Nuria? Que no confías en mí y eso me hiere y me ofende. Tú no me tomas en serio ni tomas en serio mi trabajo. Estoy harto de tu condescendencia de niña pija. Piensas que soy un perroflauta que se ha dejado seducir por cuatro consignas radicales y utópicas. Crees a pies juntillas que solo los capitalistas con los que trabajas conocen los ingredientes de la fórmula. A veces me pregunto cómo puedes haber caído en sus redes. Lo único que esos mercaderes de lo público persiguen es legislar en beneficio de su estirpe, controlar el cotarro y mantener su estatus. Los pobres y los desfavorecidos jamás les importaron ni les importarán.

—No es verdad. Yo me muevo en ese entorno y me consta la sincera preocupación del Gobierno y de las filas liberales por mejorar la vida de la gente y recuperar el estado del bienestar que hemos perdido.

—No hay más que verlo. Por eso han recortado todo lo social, han rescatado a los bancos y han puesto la guinda al pastel con una amnistía fiscal que libera de sus culpas a los tramposos. ¡Cómo puedes ser tan miope!

—Mira, Vic, no quiero continuar con esta conversación. Siempre que hablamos de estos temas, acabamos mal. Partimos de puntos de vista incompatibles y no quiero que el trabajo interfiera en nuestra relación.

—Con quererlo no es suficiente —concluyó Víctor en un tono melodramático.

Estaban entrando en Madrid por la A-6 y, a la altura de Villalba, el tráfico se hacía cada vez más lento. Ambos guardaron silencio y se entregaron a sus propios pensamientos. Aunque a Nuria le desagradaba profundamente darle la razón a Víctor, tenía que reconocer que, en este caso, su novio la tenía. Se sentía furiosa contra Macarena Barrios, pero, sobre todo, contra ella misma, por su candidez. La estrategia de la diputada había sido impecable y ella había caído en la trampa como una colegiala. Ahora lo que tocaba era pensar en el paso siguiente. ¿Debía o no llamar a Macarena Barrios y hablarle de su ruindad, cuando ella solo había pretendido ser amable y mantener una relación cordial?

Por su parte, Víctor parecía haber salido airoso de la prueba y eso le daba ventaja, aunque no podía cantar victoria, porque aún quedaban muchas batallas por disputar. Siempre pensó que este juego le ponía demasiadas veces al borde del precipicio, pero no podía renunciar a unos ingresos que ya se habían convertido en imprescindibles. Él no tenía un sueldo fijo y, aparte de sus gastos, hacía meses que compartía con su hermano la factura de la residencia donde su padre estaba recluido como enfermo terminal en una localidad de la sierra norte.

Odiaba las discusiones con Nuria y lamentaba tener que hablarle con una claridad que a veces rozaba la crueldad, porque si algo podía asegurar, es que Nuria no era su enemiga. Él sabía que, en el fondo de su corazón, la muchacha le respetaba y le quería. Su pecado no era otro que la ingenuidad, pero él no podía permitirse ni un tropiezo o se arriesgaba a ser descubierto, denunciado e incluso procesado por un delito contra el honor, por injurias y calumnias.

Víctor y Nuria se despidieron con cierta frialdad y el fotógrafo, haciendo rugir su moto, se dirigió como el rayo hacia su domicilio. Quería descansar un poco y trabajar después en varios reportajes que debía entregar tras el *impasse* de la Semana Santa.

Nada más entrar en casa, puso en marcha el ordenador y abrió el correo. Un mensaje de Rey de Diamantes a As de Corazones destacaba sobre todos los demás. El texto decía exactamente: «Resultados hasta ahora negativos, pasamos a la siguiente fase. Abandonamos la vía política e iniciamos la privada. Luz verde a la operación Embajador». Víctor escribió un escueto okey y firmó la respuesta.

De la carpeta de Macarena Barrios, rescató las fotografías de la diputada paseando con el embajador Rimbau por las inmediaciones del Congreso de los Diputados. Eligió dos y aclaró ligeramente el fondo nocturno, para que los protagonistas aparecieran en primer plano con más nitidez. Escribió a la agencia un nuevo correo con las instrucciones y adjuntó las fotografías. En pocos días, la noticia del romance entre la diputada y el diplomático correría como la pólvora por todas las redacciones...

... La suerte estaba echada.

La violencia de género continúa siendo una de las pandemias más invisibles y menos reconocidas de nuestro tiempo.

NICOLE KIDMAN

La vuelta al cole y el regreso al trabajo se asemejaban a una enorme montaña difícil de escalar. Hasta la buena de Mariana parecía dispersa aquella mañana. Las tostadas quemadas y los zapatos de los niños sin limpiar daban prueba de ello. Carlos y Lucas parecían dos sonámbulos incapaces de articular palabra, y Macarena se había liado con los uniformes y les había puesto los jerséis cambiados. ¡Vaya! De milagro, en el último minuto, la diputada recordó que era martes y Lucas necesitaría su chándal de gimnasia.

Los tres salieron de casa, apresurados y poco motivados. El denso tráfico constituía una señal inequívoca de que el reinicio del curso escolar había llegado. Los niños, silenciosos, miraban como hipnotizados por sus respectivas ventanillas. Por fin, Lucas rompió la calma.

—Mami, ¿cuándo vamos a ir otra vez a Sevilla?

—No lo sé, cariño. En verano hace mucho calor, pero tal vez podríamos pasar unos días en la playa con los tíos y la prima. ¿Qué os parece?

—Bien. Pero yo quiero ir a casa de los abuelos —terminó por confesar Lucas.

—Y yo —corroboró Carlos—. Esa casa sí que mola.

—Seguro que en un par de días, en cuanto volváis a ver a los amigos del cole, os habréis olvidado de Sevilla y del patio de la abuela.

—¿Y cuándo viene papá? —continuó Lucas con sus preguntas.

—Pues creo que en unos poquitos días más estará en Madrid y podrá jugar con vosotros.

—¿Y se tendrá que ir otra vez?

—Me temo que sí, porque está haciendo un trabajo muy importante y, de momento, tendrá que estar en otro país un poco más de tiempo.

—Yo sé dónde está Argentina —dijo Carlos muy ufano.

—¡Ah sí! ¿Y cómo es que lo sabes, enano? —le preguntó su madre divertida.

—Porque se lo pregunté un día a la «seño» Virginia y me lo enseñó en un mapa. Y para llegar a Madrid hay que volar muchas horas por encima del mar.

—Eso es, hijo. Muy bien.

—Pues yo no sé dónde está papá. Carlos no me lo quiere decir. Seguro que a Freddy sí que se lo ha dicho y a mí no —dijo Lucas al borde del sollozo.

—Bueno, Lucas. No pasa nada, cielo. Cuando lleguemos, le digo a la señorita Eva que te lo enseñe a ti también y asunto arreglado —explicó la madre en un ejercicio de paciencia—. Los tres mosqueteros vamos a portarnos hoy como unos héroes y a empezar el cole con muchas ganas, a estudiar mucho y a ser unos buenos deportistas. ¿Vale?

—Tú no puedes ser mosquetero porque eres una chica —sentenció Carlos—. El mosquetero es Freddy.

—Pues yo no quiero que sea Freddy, quiero que sea mamá —se revolvió Lucas con rapidez.

—Bueno, valientes. Haya paz. Vamos a cantar un rato con Bob Esponja. ¿Queréis?

Macarena puso en marcha el reproductor y los tres entraron en Madrid cantando con energía: «Vive en una piña debajo del mar / su cuerpo absorbe sin estallar / el mejor amigo que podrías desear / y como un pez le es fácil flotar...».

El desconcierto y algunos lloros fueron la tónica general en los niños recién llegados y el patio de la escuela aparecía, más que nunca, repleto de madres y profesores que trataban de convertir en positivo el talante de los alumnos, poco propicio para el esfuerzo y la disciplina tras las vacaciones. Macarena despidió a sus hijos con un gran abrazo y la promesa de llegar pronto a casa.

Durante el camino, algunos mensajes habían entrado en su móvil, pero nunca los miraba hasta que dejaba a los niños en el colegio. De vuelta en el coche, Macarena abrió los diez correos pendientes. Todos tenían que ver con las portadas de los periódicos del día. Encendió su tableta. La noticia de su «romance» con el embajador Rimbau aparecía en todas ellas, de manera más o menos destacada. El sesgo de la información era verdaderamente rastrero. Ni la prensa rosa en sus tiempos más abyectos habría superado aquellos titulares y fotografías. La información confirmaba el idilio entre Macarena Barrios y Alejandro Rimbau, asegurando que la relación se había iniciado en Bruselas. Para que no faltara aderezo al caldo, la noticia recordaba que la joven política era madre de gemelos de corta edad. La primera fotografía recogía un momento del paseo de ambos, agarrados del brazo, por delante del Museo del Prado y, la segunda, parados en una esquina de la plaza de la Lealtad, antes de cruzar un semáforo, en lo que aparentaba ser una actitud especialmente afectuosa.

Arrancó el coche y encendió la radio. Más de lo mismo. No podía creerlo. ¿Quién querría hacerle tanto daño? Pensó en el embajador, un hombre respetuoso por encima de todo, porque si alguien había traspasado alguna hipotética línea, esa había sido ella. No se atrevía siquiera a imaginar que

aquello pudiera perjudicarle en su carrera diplomática. ¿Y Roberto? Esto sí que iba a ser un torpedo en la línea de flotación de su matrimonio. Sería muy difícil convencer a su marido de que aquella información era falsa y que solo había una buena amistad entre ambos. Faltaban pocos días para su regreso y Macarena temía su reacción.

Estaba confusa. No sabía qué pensar, pero lo que tenía cada vez más claro es que alguien iba a por ella. Esto ya no tenía nada que ver con su partido ni con su afiliación. Esto iba de venganza; por alguna razón que desconocía, alguien quería acabar con su carrera y con su matrimonio. Aparcó el coche lentamente y aún permaneció un par de minutos mirando al frente sin saber qué hacer. Su teléfono comenzó a sonar. Era Fernando Carretero. No tenía ninguna gana de escuchar las moralinas de su jefe.

De repente, se sintió vigilada y, en contra de su costumbre, decidió cambiar de itinerario y llegar al Congreso recorriendo la calle Atocha hasta la plaza de Jacinto Benavente. Después, atravesaría por la calle de la Cruz hasta desembocar en la carrera de San Jerónimo. Su cabeza bullía y sentía en su interior una mezcla de rabia y desolación que no sabía cómo gestionar. Una náusea ascendió desde la boca de su estómago y hubo de pararse en mitad de la calle. A punto estuvo de echarse a llorar, presa de la impotencia ante una situación que escapaba a su control. No podía presentarse así en las Cortes. Antes necesitaba calmar los nervios, así que entró en una cafetería cercana para descansar un momento, tomar un té y refrescarse en el cuarto de baño.

Un nuevo frente abierto y una nueva prueba para su férrea fortaleza que, de seguir así, acabaría por convertirse en mantequilla. A veces, tenía la sensación de estar al límite de su resistencia y, cada mañana, se cuestionaba frente al espejo si realmente merecía la pena tanta renuncia y tantos sinsabores, cuando lo fácil era tirar la toalla y llevar una vida anónima, sin sobresaltos ni tribulaciones. ¡Qué tentación! Pero ¿realmente era eso lo que quería? ¿Tan fácil se lo iba a poner a sus enemigos? ¿Cuándo se había dejado ella vencer sin presentar batalla? Si claudicaba, perdería el respeto por sí misma y nunca más volvería a encontrar la paz de espíritu que necesitaba para seguir adelante. ¿Para qué iban a querer sus hijos una madre amargada, aunque pasara más tiempo con ellos? Ahora eran muy pequeños, pero cuando crecieran lo entenderían y se sentirían orgullosos de ella, una mujer trabajadora y tenaz, que nunca se arredró ante las dificultades y siempre fue fiel a sus principios y convicciones. Lo tenía claro. Como Robin Hood, se alzaría una y otra vez hasta que los corderos se convirtieran en leones... o hasta que consiguiera renacer de sus propias cenizas.

Antes de emprender la marcha, hablaría con Alejandro y le pondría en antecedentes, si es que no estaba enterado ya de la última bromita de la prensa.

El embajador estaba al corriente.

—No sabes cuánto lo siento, Alejandro. Estoy noqueada. No soy capaz de entender qué es lo que está pasando y quién quiere destrozarme la vida. Pero que te involucren a ti en estas maquinaciones, no sabes lo que me duele.

—Tranquila. Sin duda, te perjudica a ti más que a mí, y creo que ha llegado la hora de pasar al ataque, querida. Se acabó la prudencia. Quienes están detrás de estos sucios tejemanejes son unos miserables y no van a parar. Hay que cortar esto de raíz. Tolerancia cero con esta gente.

—Dime qué puedo hacer, Alejandro, no sé cómo defenderme. Imagínate la reacción de Roberto cuando se entere.

—Perdóname que sea tan franco, pero si tu marido no confía en ti, es que no te conoce. Y si en algún momento te has sentido cercana a mí, ha sido porque él se ha distanciado, así que bueno sería que hiciera un ejercicio de autocritica. A lo peor descubre que él es el único responsable de estar perdiéndote.

El diplomático hablaba con tal convencimiento que contagiaba su determinación a Macarena. La diputada, poco a poco, se iba sintiendo más tranquila y arropada.

—No sabes cómo agradezco tu apoyo. Eres la única persona en quien puedo confiar. Me siento tan sola...

—No lo estás. Y ahora escúchame bien. Tienes que mantener el tipo y demostrar a todos que el rasguño no ha necesitado ni una tirita. Macarena, tú no puedes sucumbir a esta encerrona. La cabeza bien alta, porque no tienes nada de lo que esconderte ni avergonzarte. Lo demás, corre de mi cuenta.

—¿Y qué harás tú?

—Negarlo todo y amenazar públicamente a los responsables con tomar las medidas que considere oportunas, porque la ley me ampara. Ya veremos si tienen tantos *collons* cuando empiece el baile. Disculpa mi lenguaje, pero los tacos siempre me salen en catalán.

—Eres capaz de hacerme reír hasta en momentos como este. Imagino que en el partido ya se habrá armado la marimorena y tendré que oír juicios para todos los gustos.

—Cuenta con ello. Y ahora, como te he dicho, pasaremos a la acción. Ha llegado el momento de desenmascarar a tu sibilino fotógrafo. Si realmente tiene alguna relación con toda esta operación, tendrá que descubrirse y negociar. Le obligaremos a poner las cartas sobre la mesa y, sobre todo, a confesar a quién pertenece la mano negra que le paga.

—¿Qué vas a hacer, Alejandro?

—Lo verás dentro de un par de días. Dejaremos que la tormenta amaine y atacaremos nosotros. Y no te diré nada más, para que no estés preocupada por la

estrategia y te centres en encajar el golpe sin despeinarte. Confía en mí, Macarena. Sé lo que hago y no pienso dejar que sufras un daño irreparable.

—Eres un buen hombre, Alejandro, y estoy segura de que habrías sido un excelente compañero. No sé cómo darte las gracias por tu apoyo moral y por tu ayuda real. No sabes lo que significa que me antepongas a tus propios intereses, teniendo en cuenta que te puedes ver salpicado por mis problemas sin comerlo ni beberlo.

—Es una cuestión de justicia. Macarena, ni mi vida privada ni mi posición en la carrera diplomática pueden ya verse amenazadas por un *affaire* como este, pero me subleva la gente que avasalla a los demás con malas artes. Y, por supuesto, tú me importas mucho, tanto que esta mañana, cuando llegó la noticia a la cancillería, tentaciones me daban de coger un avión y plantarme en Madrid. Como es lógico, hablamos solo del calentón del momento, porque, de haberlo hecho, lo único que hubiera conseguido es empeorar más las cosas —explicó el embajador con vehemencia—. Bueno, gladiadora, te toca bajar a la arena.

—Sí. Pero, gracias a ti, ahora me siento fuerte —asintió Macarena más animada.

—Tenme al tanto de cuanto suceda. Llámame esta noche. Mucho ánimo y, si desfalleces, piensa que yo estoy ahí para apuntalarte. —El embajador la apoyaba sin reservas.

—Gracias de nuevo, querido. Te daría un abrazo enorme.

—¡Vaya! Ya siento perdérmelo. Tiempo habrá de cobrar la factura. ¡Ánimo y suerte! —se despidió el diplomático con cierta prisa.

Macarena pagó su desayuno y salió de la cafetería con el vértigo que suponía enfrentarse al juicio de su partido, de la prensa, de su familia y de Roberto que, estaba convencida, no tardaría en reaccionar. Aunque la conversación con Alejandro fue todo un bálsamo para su maltrecha autoestima, aún sentía el corazón acelerado y el estómago revuelto. La sensatez y el apoyo del diplomático se le antojaban un salvavidas para enfrentarse al juicio mediático que le aguardaba sin remedio. La tensión y el pánico iban en aumento a medida que se acercaba a las puertas del Congreso. Le temblaban las piernas y el labio inferior, y una urgente necesidad de huir se le prendió a la columna vertebral, que mudó en rigidez y bloqueo. Cerró los ojos un momento y pensó en Alejandro. No podía decepcionarle.

... Macarena Barrios debía mantener la dignidad que correspondía a los inocentes.

El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión el de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban.

KATE MILLET

Si uno se coloca frente al actual Congreso de los Diputados, se dará cuenta enseguida de lo poco que tiene que ver con el palacete que se inauguró el 31 de octubre de 1850 con la asistencia de la reina Isabel II, impulsora de su construcción. A día de hoy, la Cámara Baja es un importante complejo formado por cinco edificios repartidos a ambos lados de la carrera de San Jerónimo. No obstante, sigue siendo el pabellón del siglo XIX el que concita todas las miradas; un inmueble repleto de tesoros, misterios, anécdotas y obras de arte de incalculable valor histórico y emocional para todos los españoles.

Un ambiente agitado se adivinaba en el interior de la Cámara, incluso antes de traspasar las puertas, lo que llevó a Macarena a ponerse en lo peor. Respiró hondo, se alisó el cabello y se dirigió hacia los despachos de su grupo parlamentario con el corazón en la garganta. Atravesó el vestíbulo principal, mirando de soslayo la estatua de mármol de Isabel II, que preside la sala. A los pies de la reina, se expone permanentemente un ejemplar de la Pepa, que descansa sobre la misma mesa en la que se firmó la Constitución de 1812.

Durante escasos segundos experimentó, como nunca antes, la responsabilidad de su tarea, pero también la fortuna que supone saberse un eslabón en la cadena de la soberanía popular, tras generaciones de parlamentarios que habían pisado las mismas alfombras y se habían sentado en los mismos escaños donde ahora lo hacía ella.

Tras aquellos breves instantes de abstracción, la diputada regresó a la descarnada realidad apreciando, como un mazazo, la atmósfera crispada que parecía haberse apoderado de sus señorías, quienes hablaban con irritación por sus teléfonos móviles o discutían en corrillos sobre la noticia que había saltado a los medios de comunicación a primera hora de la mañana, y que nada tenía que ver con el *affaire* «rosa» que protagonizaban la diputada moderada Macarena Barrios y el embajador de España en Ankara.

El calentón de los congresistas obedecía a la iniciativa adoptada por una de las formaciones políticas que, sin haber obtenido representación parlamentaria en la

última convocatoria y en un ejercicio con tintes revanchistas, había solicitado la devolución de las retribuciones de los parlamentarios electos, tras una legislatura fallida. La noticia había corrido como la pólvora a través de las redes sociales, dando como resultado una plataforma ciudadana que llevaba recogidas miles de firmas en pocas horas. Pero lo peor de todo era que los sondeos apuntaban a que, de repetirse los comicios, la intención de voto no se movería de manera significativa. Dicho lo cual, ni siquiera el desgaste económico y social que supondría la segunda ronda electoral se convertiría en el justiprecio a pagar por despejar el enconado panorama político que se había instalado en el país.

En aquellos momentos en los que la vida de Macarena Barrios se había convertido en una montaña rusa sin control, la devolución de las retribuciones parlamentarias era el menor de sus problemas. Abrió la puerta de la sala con decisión y las miradas de los presentes se centraron en ella, prueba evidente de que todo el mundo estaba al cabo de la calle de las últimas noticias y esperaban su reacción. Cerró tras de sí con cierto aplomo y, previo carraspeo, habló con voz firme y clara:

—Podéis creerme o no, pero os juro por lo más sagrado que lo que dicen los periódicos sobre mi relación con Alejandro Rimbau es completamente falso. Entre nosotros no hay sino una buena amistad y no descansaré hasta dar con el responsable de intentar convertir mi vida en un infierno. Mi conciencia está muy tranquila, así que, por si queda alguien que aún albergue dudas, tened todos muy claro que nadie conseguirá doblegarme.

Un espeso silencio se instaló en la sala durante unos segundos interminables, hasta que Julia, la eficaz secretaria, comenzó a aplaudir haciendo chocar lenta y cadenciosamente sus manos. Poco a poco, los demás se fueron uniendo hasta acabar aplaudiendo con ímpetu, algunos incluso de pie. Durante unos instantes, Macarena experimentó una mezcla de estupefacción y agradecimiento.

Desde el despacho contiguo, Fernando Carretero, que contemplaba la escena sin intervenir, le hizo una seña para que se acercara.

—Ahora entre nosotros, Maca. ¿Qué demonios está ocurriendo? —lanzó la pregunta al aire el líder moderado.

—¿Me lo preguntas como jefe o como amigo? —interrogó a su vez la diputada—. Porque, que yo sepa, es la primera vez que te interesas por esta especie de viacrucis en que se ha convertido mi vida desde hace meses.

—No te pongas a la defensiva, Maca. Tu enemigo no soy yo. Dime, con sinceridad, qué hay de verdad en las acusaciones que se te imputan. Primero hablábamos de prácticas que rozaban la corrupción y, ahora, la prensa se te lanza a la yugular para insinuar que le pones los cuernos a tu marido. Por cierto, ¿lo sabe ya Roberto?

—De momento, no parece saberlo... Pero ¿qué te pasa, Fernando? ¿Es que no me crees cuando te digo que todo es falso y que hay alguien que quiere perjudicarme?

—Pues te agradecería que acabaras con esto cuanto antes, porque tu descrédito siembra dudas entre nuestros votantes y puede perjudicarnos electoralmente. Aunque parezca mentira, en España se perdonan antes las estafas que los líos de cama. Tú conoces mejor que nadie el momento tan complicado en el que nos encontramos y, con una segunda convocatoria electoral en ciernes, cada voto es un tesoro que debemos preservar con uñas y dientes.

—Gracias por el recordatorio, pero soy muy consciente de mi compromiso con el partido y con nuestros electores. Y si así lo consideras para preservar la integridad de la organización, puedes destituirme en cualquier momento. Mi cargo está permanentemente a tu disposición, como no podía ser de otra manera.

—Por favor, Maca, no te pongas melodramática. De sobra sabes que cuentas con mi apoyo y que mi único interés es ayudarte —dijo Carretero en un alarde de indulgencia.

—Pues tienes una curiosa manera de demostrármelo —respondió ella con sarcasmo.

—Si lo que esperas de mí son palmaditas en la espalda y un hombro para llorar, desecha la idea. No estaría haciéndote ningún favor. Ahí fuera hay una jungla en la que solo sobreviven los fuertes.

—¡Oh, Fernando! Estaba segura de que lo hacías por mi bien. No sé cómo darte las gracias —exclamó Macarena con remarcada ironía.

—Bueno, puedes ser todo lo mordaz que se te antoje, pero quiero que me digas qué es lo que piensas hacer. ¿Tienes algún plan?

—Algo así. De momento, estoy considerando todas las opciones.

—¿Y sería mucho pedir que me mantuvieras informado?

—Pues, verás... Sinceramente, creo que no tengo con el partido más deberes que los estrictamente políticos, y las circunstancias que nos ocupan, sin ninguna duda, pertenecen al ámbito privado, con lo cual no veo la obligación de dar cuentas a nadie. Si estoy sola en esto, lo estoy con todas las consecuencias.

—Está bien. Te conozco y sé que no piensas dar tu brazo a torcer. Tal vez cuando Roberto se entere, te haga entrar en razón.

—De nuevo, me veo en la necesidad de recordarte que lo que pase en mi familia y en mi casa no es asunto tuyo ni del partido.

—De acuerdo, Maca. Tú ganas —concluyó Carretero irritado—. Y ahora fijemos las líneas maestras en materia de refugiados para que las defiendas en la próxima cumbre de Estambul. Imagino que tendrás información de primera mano, gracias a tu amistad con el embajador.

—Desde luego. Es lo menos que se puede esperar de los «amigos», ¿no crees? En cualquier caso, sabes que puedo manejarme sin problemas. Te pasaré un esquema estratégico y un informe resumido de lo avanzado hasta el momento, así como de los puntos que aún quedan por resolver, para que dispongas de toda la información.

—De acuerdo. Gracias, Maca.

—¿Deseas algo más o puedo ya ponerme a trabajar?

—Pues, verás. Aunque sé que estás abrumada por tu situación personal, debo pedirte algo importante, teniendo en cuenta que no disponemos de tiempo. Quiero que vayas pensando en traspasar paulatinamente el tema de los refugiados a Ricardo, porque me gustaría, si aceptas, por supuesto, que te ocuparas de uno de los pilares del programa electoral del partido de cara a la próxima campaña, y este no es otro que la igualdad y la conciliación familiar —explicó Carretero todo de corrido.

—No te sigo. ¿Qué me estás queriendo decir? —interrogó Macarena confusa y expectante.

—Se trata de afianzar el voto femenino y una madre joven y trabajadora como tú que lo sufre cada día es la imagen perfecta para la empresa. Hablarás de tu propia experiencia y desde la autoridad que imprime ser madre y profesional de la política, actividad que no se rige ni por horarios ni por convenios.

—Pero, no sé... Déjame que lo piense...

—No tenemos tiempo. Maca, confío en ti. Nos jugamos mucho y tú estás en las mejores condiciones para sacarle el mayor partido al tema. Deberás prepararte bien. Habrá que hacer concesiones y elaborar proyectos legislativos, por si llegamos a formar parte de un futuro Gobierno. Tendrás que reunirte con colectivos y asociaciones de mujeres empresarias, asalariadas y autónomas, que puedan estar interesadas en aportar iniciativas y apoyar propuestas. Igualmente, tendrás que ganarte para la causa a un ejército de hombres que padecen en su cotidianeidad el agobio que supone una vida familiar prácticamente inexistente. ¿Crees que podrás hacerlo? —Carretero solo contemplaba un sí por respuesta.

—¡Vaya! Lo que me pides es un triple salto mortal, porque está claro que no hablamos de cualquier encomienda y, efectivamente, si algo no nos sobra es tiempo, pero el reto es tan atractivo que vale la pena intentarlo. Está bien. Acepto y te aseguro que me voy a dejar la piel para alcanzar el objetivo —explicó la diputada, recuperándose del desconcierto.

—Maca, hablamos de un cambio revolucionario en la sociedad, en especial, de su mitad femenina.

—Soy consciente. Y solo espero que mi actual situación no suponga un perjuicio —pensó Macarena en voz alta.

—Estoy seguro de que conseguirás que las mujeres de esta generación vean en ti a su «vengadora justiciera». Los electores quieren que les represente gente corriente, que conozca sus problemas y luche por mejorar sus vidas. Y en cuanto esto empiece, te garantizo que nadie se acordará de los rumores y las acusaciones.

—De acuerdo. Sondaré a los colegas de Empleo y Seguridad Social y hablaré con la gente de la Comisión de Igualdad para que me pongan al día de las iniciativas que hay en marcha. Pero... dime, ¿con quién contaré para ayudarme en el proyecto?

—Decide tú. Estoy dispuesto a facilitarte los medios y el personal que necesites, salvo que estén trabajando ya en otras parcelas del programa.

—Para empezar, quiero a Julia a tiempo completo y a la chica extremeña que se acaba de incorporar al equipo. ¿Cómo se llama...? Ángela, eso es. Parece espabilada. Estoy segura de que puede hacer tareas más interesantes que las que ahora tiene adjudicadas. ¡Ah! Y durante el tiempo que se prolongue la campaña, montaremos el cuartel general en Aravaca. No me parece ético utilizar las dependencias del Congreso para entrevistas ni reuniones de partido.

—De acuerdo. Tal vez sea buena idea aislarse del clima enrarecido que se ha instalado en la Cámara, que, por primera vez en su historia, ni legisla ni decreta ni sanciona.

—Una última cuestión. No es que desconfíe en absoluto de Ricardo Casas, porque me parece un diputado de enormes cualidades y un experto en derecho comunitario, pero te agradecería me permitieras no desconectarme del todo de Bruselas y seguir los trabajos de la comisión en materia de refugiados. Es una cuestión sentimental. Si no tienes inconveniente, asistiré a la cumbre de Estambul, aunque, por supuesto, Ricardo vendrá conmigo.

—Si así lo quieres, por mi parte, nada que objetar.

—Incluso pondré a Ricardo en contacto con Jorge Espinosa, ya sabes, mi colega liberal, que ha sido siempre tan buen aliado para la causa.

—Pues, adelante, Maca, es tu momento. Siempre he tenido la mejor opinión de ti. Eres una gran mujer y cuentas con mi confianza y mi apoyo, aunque a veces no acierte a demostrártelo. Ya sabes que los hombres solemos ser torpes para transmitir afectos y sentimientos, pero espero, de corazón, que pronto despiertes de tu pesadilla.

—Gracias, Fernando. Me basta con tu palabra. No te defraudaré. —La diputada terminó aquellas frases con cierta emoción—. Anda, dame un abrazo.

Macarena se sintió reconfortada por el exclusivo encargo de su jefe de filas, aunque, por otro lado, le chirriaba su repentino interés por la temática social y los problemas femeninos, a los que siempre había etiquetado como asuntos

menores. Tal vez Carretero había comprendido, por fin, que la mayor cosecha de votos no se recoge en las grandes citas políticas o en los foros internacionales.

Lo que estaba claro era que se abría ante ella un horizonte de grandes retos que debía superar con éxito y pondría en la tarea todo su empeño y lo mejor de sí misma. Quién sabe si algún día su nombre quedaría ligado para siempre a la construcción real de una sociedad basada en la calidad de vida de sus miembros, un nuevo orden social y económico donde mujeres y hombres pudieran desarrollar y hacer compatibles las diferentes facetas de su vida: el empleo, la familia, el ocio y el tiempo personal. ¡Casi nada...!

... Ensimismada en sus pensamientos, dio un respingo cuando el piano de *Imagine* comenzó a propagar las notas que se escapaban de su móvil a buen volumen. Era Roberto.

Hoy, como ayer, las mujeres deben negarse a ser sumisas y crédulas, pues el disimulo no puede servir a la verdad.

GERMAINE GREER

Como todos los viernes, Nuria Peñalba llegó temprano para supervisar los preparativos de la reunión del Consejo de Ministros, convocada para las diez de la mañana. Le gustaba desayunar en el palacio con calma, echar un vistazo a la prensa y trasladarse al edificio contiguo para repasar la documentación correspondiente al orden del día, distribuida, desde la tarde anterior, en los lugares que ocuparían los ministros alrededor de la imponente mesa del consejo.

En circunstancias normales, los índices rojo y verde, que contienen los temas a tratar por el Gobierno en sus reuniones semanales, disociados según su trascendencia, constituyen la guía básica para seguir el orden de debate establecido. Teniendo en cuenta que el Ejecutivo llevaba en funciones cuatro meses largos y no se remitían proyectos ni proposiciones de ley a las Cortes, los índices citados se habían sustituido por unas carpetillas que contenían una página, a lo sumo dos, con los asuntos a tratar por razones de urgente necesidad o relacionados con alguna visita de Estado programada con la antelación suficiente como para que, en su momento, fuera imposible prever la singular coyuntura política por la que atravesaba España. En cualquier caso, la actividad del Gobierno y de la sede de la Presidencia del Gobierno no se detenía.

Nuria vestía un elegantísimo traje de chaqueta en color rojo coral, tremendamente favorecedor a su melena y su piel morenas. Lucía especialmente atractiva y se sentía bien, a pesar de que la relación con Víctor andaba algo tirante desde las vacaciones de Semana Santa. No era la primera vez que sucedía y, en ocasiones, las diferencias ideológicas entre ambos habían llegado a ser de tal magnitud que rozaban lo irreconciliable, pero el profundo amor que se profesaban acababa por prevalecer sobre toda clase de desavenencias.

La asesora del presidente recorrió el paseo de los plátanos a buen ritmo y subió la escalera del palacete del consejo con soltura a pesar de sus altísimos tacones, deteniéndose en el porche para contemplar por unos instantes y desde tan privilegiada atalaya, los jardines de la Moncloa en toda su plenitud primaveral. Finalmente, se internó en el edificio.

El ujier saludó a Nuria con ceremonia y se apresuró a pedir autorización para abrir la sala del Consejo de Ministros, que cuenta con especiales medidas de seguridad. Se trata de un rectángulo perfecto con unas dimensiones aproximadas de nueve por dieciocho metros, lo que supone una superficie de ciento sesenta metros cuadrados, más o menos. Nuria se acercó a la magnífica mesa de nogal ovalada, en la que se sientan los miembros del Gobierno siguiendo un estricto orden de precedencia, basado en criterios de antigüedad en la creación de cada departamento ministerial. La asesora ocupó la butaca del presidente que se sitúa en un extremo y, en el opuesto, el titular de la cartera más moderna.

El silencio de aquella sala, desde la que se dirigen los destinos del país, le imponía. Nuria pensó una vez más en el hecho curioso de que todas las butacas fueran iguales, en madera y cuero color verde oliva, excepto la del presidente, que cuenta con un respaldo más alto. Delante de ella y de cada una de las posiciones, un ordenador personal con la identificación del ministerio en la tapa, una libreta a la derecha, un portalápices y una caja de plata con caramelos surtidos, sustitutorios de los antiguos cigarrillos. Nuria se levantó del asiento y comprobó, uno a uno, los micrófonos que cada ministro activa antes de intervenir con el fin de ser escuchado por todos. Como curiosidad, un dispositivo aparece en exclusiva en el micro del presidente, que tiene la potestad de cortar las intervenciones de los demás miembros del Gabinete cuando lo considere oportuno. Igualmente, pasó revista al mecanismo que, desde cada ordenador, despliega las pantallas ocultas en el techo, donde se proyectan las presentaciones relacionadas con la normativa que se debate. Como última fase del proceso, Nuria pulsó el único timbre de la sala, ubicado en el espacio del presidente para llamar a su ayudante. Solo este alto funcionario tiene la potestad, en exclusiva, de irrumpir en el Consejo para comunicar un recado o entregar un documento mientras se celebra la reunión. Como es bien sabido, las deliberaciones del Consejo de Ministros tienen carácter secreto.

Por último, semana tras semana y como un ritual antes de abandonar la sala, Nuria no podía dejar de sucumbir al privilegio que suponía admirar las siete obras firmadas por Miró que cuelgan de sus paredes y que son, sin duda, los cuadros más emblemáticos de todo el complejo presidencial. Consultó su reloj. Faltaban tan solo quince minutos para las diez y los ministros comenzarían a llegar en breve. Aún tenía tiempo de llamar a Víctor y confirmarle la rueda de prensa posterior al consejo para la una de la tarde, aproximadamente. El presidente en funciones tenía previsto asistir a un almuerzo con empresarios en el Ritz, programado para las dos y media.

Nuria marcó el teléfono de Víctor.

—Buenos días, reportero. ¿Qué tal has descansado?

—Hola, Nuria. Bueno..., ya sabes que no duermo muy bien últimamente. Y por la noche te echo de menos especialmente.

—Pues ya somos dos. Si pudieras quedarte en casa hoy... Te advierto que mi madre ha dejado en la nevera una merluza a la vasca que tiene un pintón, y yo me encargaría del «postre»...

—No sé. Es que tengo trabajo y quiero ir a visitar a mi padre esta tarde a la residencia... Ya sabes lo que supone estar todo el día atravesándome Madrid en la moto. Bueno, veré qué puedo hacer.

—Vale, pero si te supone mucho sacrificio, no diré nada más.

—No es eso, Nuria. De todas formas, esta situación se complica según pasa el tiempo.

—Cariño, ya lo sabíamos, pero, de momento, no puedo pensar en vivir con nadie. Mis padres aún no están preparados para aceptarlo y yo les debo mucho. No quiero contrariarles por nada del mundo. Pero ya verás como, poco a poco, las cosas se irán colocando solas —añadió Nuria con cariño—. Bueno, Vic, tengo que dejarte. Empiezan a llegar los coches.

—Luego nos vemos. Un beso.

Víctor Cañizares llegó a la Presidencia del Gobierno con tiempo suficiente para acreditarse y tomar posiciones en la sala donde habitualmente se celebran las ruedas de prensa, en la sede de la Secretaría de Estado de Comunicación, el más alejado de los trece edificios que componen el complejo de la Moncloa, por otra parte, uno de los espacios presidenciales más grandes de Europa.

Poco a poco fueron llegando el resto de los periodistas habituales. Una cronista de *La Primicia Digital*, con la que Víctor había tomado café alguna vez, se dirigió hacia él resuelta y con gesto grave, en cuanto lo localizó desde la puerta.

—Hola, Begoña. ¿Qué ocurre?

—He de hablar contigo, pero no aquí —dijo la muchacha, colocándose premeditadamente de espaldas al resto de los asistentes—. Cañizares, es importante.

—De acuerdo. Salgamos fuera.

Víctor cogió el macuto y la chaqueta y ambos se encaminaron hacia el jardín. Durante el recorrido, el fotógrafo fue liando un cigarrillo y se lo ofreció a su compañera. La chica aspiró el humo profundamente y comenzó a hablar con cautela, a pesar de saberse a decenas de metros de persona alguna.

—Escúchame bien. He visto unas fotografías en la redacción en las que apareces con una asesora del presidente y su bebé, en una actitud que no deja lugar a dudas sobre el tipo de relación que mantenéis.

—¿Qué estás diciendo? No me jodas, Begoña.

—Lo que oyes. Sois vosotros, como de excursión en algún pueblo. Y hay otras en las que os besáis apasionadamente en un portal de la zona de Argüelles. Imagino que es su casa.

—Dime, ¿de quién son las fotos? ¿De dónde han salido? —Víctor se echó las manos a la cabeza.

—No lo sé, pero ya te digo yo que no son de ninguno de los gráficos de *La Primicia*. Para mí que las han comprado o alguien ha pagado generosamente para que se publiquen. No he conseguido averiguarlo, pero lo que sí te digo es que el reportaje va en el dominical, a falta de pasar por redacción.

—¡Me cago en su puta madre! Esto puede hacerle a Nuria un daño de cojones. Si lo nuestro sale a la luz... Tengo que prevenirla cuanto antes.

—Desconozco la intencionalidad del reportaje, pero parece una *vendetta*. Supongo que tendrás una ligera idea de por dónde te vienen los tiros.

—Por supuesto que la tengo. Te lo agradezco mucho, Begoña, y mucho más te agradecería, si averiguaras algo, que me lo hicieras saber. Te aseguro que cualquier información me sería útil. Te hago una pérdida y te quedas con mi número.

—Veré qué puedo hacer. Lanzaré la caña, a ver si alguien pica.

—Gracias. Te debo una.

«Nuria, tenemos que hablar. Es urgente. Intenta salir del complejo con el presidente. Te espero en la cafetería del Thyssen a las tres». Víctor escribió el mensaje a su novia apresuradamente y puso el teléfono en silencio a la espera de respuesta. La rueda de prensa se le hizo interminable. No se centraba en las intervenciones y hasta la iluminación de la sala se le antojaba pésima, porque, aunque repetía las mismas tomas una y otra vez, no era capaz de evitar las sombras y los contornos desvaídos. Por fin, Nuria contestó: «¿Qué pasa, Vic? No me asustes». Y Víctor escribió de nuevo: «Algo va mal. Tenemos problemas. ¿Recuerdas la excursión a Riaza? Alguien nos siguió y circulan fotos que se van a publicar el domingo». Nuria, luchando contra el ataque de nervios, respondió: «Dios mío, no puede ser. El del cazamariposas. Esto es de locos. ¿Qué está ocurriendo, Víctor? Nos vemos en el museo».

Nuria llegó diez minutos después que su novio. Pidió una botella de agua con gas y una rodaja de limón, y se sentó junto a él en la mesa más apartada de la cafetería, intentando serenar los nervios.

—He salido con la caravana del presidente y debo volver al Ritz dentro de una hora, más o menos. ¿Qué sucede, Víctor?

No disponían de mucho tiempo, así que el periodista decidió que lo mejor era ir directo al grano y pasar el trance cuanto antes.

—Verás, Nuria... —El joven bebió un largo trago de su Coca-Cola,

poniéndose la mano en la frente—. Hace tiempo, alguien me contrató para vigilar de cerca a Macarena Barrios. La historia consistía en que tenía que tomarle fotografías, sobre todo, en situaciones comprometedoras, si es que las había o, a falta de estas, trucar otras. Todo en el más absoluto secreto y al margen de mi trabajo en la agencia. Las instrucciones eran claras: no hablar con nadie de esto y hacer las entregas en un buzón de correo a nombre de alguien que se hace llamar Rey de Diamantes.

—¿Quién es, Víctor? —preguntó Nuria con los ojos muy abiertos por temor a la respuesta.

—No tengo ni idea. Yo me limito a enviar las fotos y los mensajes, que firmo con el alias As de Corazones, y al día siguiente, tengo el dinero en mi cuenta. Al principio, como bien sabes, la cosa parecía que iba de caza de brujas en plan campaña de desprestigio político para desgastar al partido moderado. De resultas, salió malparado el marido de la diputada y su despacho de abogados y ella fue acusada de tráfico de influencias y prácticas corruptas. El efecto se acabó diluyendo sin consecuencias y ni la diputada ni los suyos sufrieron daño alguno.

—No puedo creerlo. ¿Por qué lo has hecho, Víctor?

—Déjame que termine. Una noche, la Barrios cenó con un embajador en el hotel Palace y después dieron un paseo muy acaramelados. Parecían conocerse bien, aunque no pasó nada más, porque se despidieron en Atocha. Como es lógico, envié las fotos que había tomado al correo donde lo hago siempre y esperé instrucciones y, hace unos días, me dieron luz verde para utilizarlas, así que las remití al buzón de la agencia desde un locutorio, como en otras ocasiones. Desde allí, se distribuyen después a la prensa para su publicación.

—Por eso Macarena Barrios sospecha de ti como responsable de la tortura mediática a la que está siendo sometida y, por la misma razón, tenía tanto interés en localizarte. Y gracias a las fotos que le mandé, encontró la fórmula perfecta. Habrá hecho averiguaciones y busca venganza. Pero ¿sabes qué, Víctor? Que quien va a pagar los platos rotos de toda esta lamentable historia voy a ser yo. ¿Cómo has podido...?

—Por dinero, Nuria. Tú no tienes ni idea de lo que supone tener que hacer frente a las facturas de la residencia de mi padre. Es un suma y sigue constante. Me sería imposible hacerme cargo solo con mi trabajo. Ponte en mi lugar.

—Pero ¿qué clase de excusa es esa? Víctor, hablamos del poder de los medios de comunicación para destruir la vida y la dignidad de personas inocentes. — Nuria se detuvo unos instantes para controlar la indignación que sentía—. ¿Y dónde queda ahora el paladín de la justicia social, el defensor de la igualdad y los principios morales de los que, según tú, carecemos los que nos dedicamos a

la política? ¿En qué clase de hombre sin conciencia te has convertido para que comercies con conceptos tan serios como el honor y la honestidad de la gente? Dime la verdad. ¿Lo has hecho más veces?

—Como ahora, no. Había aceptado otros trabajos, digamos, de dudosa ética, pero nunca me había pegado a la chepa de alguien hasta hacerlo sangrar.

—No sé ni qué decir. Estoy abochornada. La decepción es... es tremenda y lo peor está por llegar. Me van a crucificar, Víctor. Seré la responsable de cuantas filtraciones hayan tenido lugar en la Presidencia del Gobierno, incluso de las que sucedieron cuando yo aún llevaba pañales. Me señalarán con el dedo como causante de todo tipo de despropósitos. Ya verás como a algunos, de rebote, les voy a resolver la papeleta electoral del día después. Y tú sabes muy bien, Víctor, que la confianza perdida jamás se recupera.

—Nuria, yo... Lo siento mucho. No sabes lo que daría por retroceder en el tiempo. Jamás pensé que las cosas llegarían tan lejos.

—Pues hay que pensar, Víctor, para eso tenemos un cerebro, porque con tu irreflexión te has cargado la imagen de una mujer a la que has condenado por unos delitos que seguramente no ha cometido ni con el pensamiento y, de paso, has acabado con mi carrera profesional, la de tu compañera, a la que dices amar tanto. Dios mío, qué voy a hacer ahora, sin trabajo y con una niña pequeña. Nadie me querrá cerca en el partido y no me va a ser fácil encontrar otra cosa, porque no tengo experiencia fuera de esto.

Nuria sentía una inmensa congoja y miró a Víctor con resquemor e impotencia. Por fin, rompió a llorar amargamente y el joven fotógrafo no supo encontrar las palabras para consolarla. Ella tenía razón. Hubiera dado la mano derecha por borrar este desgraciado capítulo de su vida, pero ya era demasiado tarde. Ya no podía parar la publicación del reportaje, pero, al menos, tenía que intentar reparar el daño causado. Hablaría con la diputada Barrios, haría cuanto estuviera en su mano para que le escuchara. Le contaría la verdad y le pediría perdón, y se pondría a su disposición para desenmascarar a los responsables.

... Pero para Víctor Cañizares lo más duro fue asumir que esos principios que él enarbolaba como su fortaleza inexpugnable se habían revelado tan vulnerables como un castillo de naipes en un día de viento. El resto de las consecuencias no tardarían en llegar.

Todas las mujeres conciben ideas, aunque no todas conciben hijos. El ser humano no es un árbol frutal que solo se cultive por la cosecha.

EMILIA PARDO BAZÁN

Mientras la melodía de su teléfono seguía sonando, Macarena Barrios respiró hondo y trató, durante unos segundos antes de descolgar, de controlar el corazón en las sienes y el pulso acelerado que le provocaba la llamada de Roberto. Desde el principio supo que aquel momento tenía que llegar y, aunque había intentado prepararse para mantener un diálogo que se presumía como uno de los más difíciles de su vida, era muy consciente de que el entendimiento mutuo sería misión poco menos que imposible. En cualquier caso, se había propuesto mantener la compostura y no perder los papeles, oyera lo que oyera al otro lado del teléfono. Intentaba asimismo ponerse en el lugar de su marido, cuya reacción, tras leer el reportaje de marras, no podía ser otra que la indignación. ¿Cómo se habría sentido ella si hubiera sido al revés...?

—Sí, Roberto. —Su voz temblaba, aunque menos que sus piernas.

—Hola, Maca. ¿Puedo preguntarte qué tal estás o prefieres que sea yo quien te haga un croquis detallado de cómo me siento?

—Ya sé que suena a tópico, Rober, pero lo que has visto no es lo que parece. Entre el embajador Rimbau y yo solo hay una buena amistad.

—Entiendo... Como en las películas, ¿no? Solo que esto es la vida real, querida. ¿Y puedes decirme por qué me mentiste? Según la prensa, la fecha del romántico encuentro coincide con alguna de tus larguísimas reuniones de trabajo, esas por las que te sacrificas sin ver a tus hijos, apareciendo en casa pasada la medianoche, como Cenicienta.

—Nada más sucedió esa vez y me sentí en el compromiso de acompañar al embajador a cenar. Solo iba a estar en Madrid un día.

—¡Qué atenta! Pues en las fotos no se te ve muy incómoda, la verdad. Incluso pareces encantada de pasear de su brazo y así, a bote pronto, yo diría que tus actitudes rozan la complacencia más que el deber.

—No le busques tres pies al gato, porque el reportaje es una basura. Y si crees antes a los medios que a tu mujer, entonces mal vamos. —Macarena se arriesgó con un órdago.

—Pues, fíjate que yo te creería, pero no puedo, porque eres una embustera. Aquí dice que os conocisteis en Bruselas. ¿Verdadero o falso?

—Es cierto, pero no nos habíamos vuelto a ver hasta la cena del Palace. Te estoy diciendo la verdad, Rober.

—¡Ah! ¿Y el embajador también te hizo arrumacos en Bruselas bajo la luz de la luna o directamente te acostaste con él mientras tu hijo estaba internado en un hospital y a tu marido no le llegaba la camisa al cuerpo de la preocupación?

—Tal y como lo dices, suena horrible..., y no, no me acosté con él ni en Bruselas ni en ninguna parte.

—¿Ni en Sevilla tampoco? —Roberto disparaba como un francotirador.

—¿Qué dices? ¿Cómo... que..., en... Sevilla? —atinó a balbucear Macarena sin saliva en la boca.

—¡Ay, mi amor! Imaginabas que no me iba a enterar. ¿Es que no sabes que Carlos y Lucas lo cuentan todo? Solo hay que tirarles un poquito de la lengua para saber hasta lo que comisteis cada día.

—Alejandro se presentó de improviso para conocer la Semana Santa de Sevilla, como un turista más.

—¿Quieres decir que ignoraba que tú estabas allí?

—No, claro que no. Pero sabía que estaba con los niños y con mi familia. —Macarena se sintió acorralada—. La verdad es que para estar a miles de kilómetros, hay que ver lo bien informado que estás.

—Ya ves. Y lo que no sé, solo tengo que ir a la prensa, que seguro que lo encuentro. Por cierto, ¿se han terminado ya los sobresaltos o me tienes reservada alguna sorpresita más? Lo digo porque me gustaría estar preparado antes de volver a ser el hazmerreír de colegas y amigos.

—Lo siento, Roberto. Y no creo que sirva de nada que me justifique, porque quien quiera que sea el responsable de esta infamia ha conseguido lo que se proponía. Mi descrédito y un abismo de desconfianza entre nosotros.

—¿Tu descrédito, dices? Déjame que te refresque la memoria. Primero me veo envuelto en asuntos turbios que rozan el cohecho y que no sé ni cómo torear en el despacho, desde mis jefes hasta mis propios compañeros. Estoy absolutamente seguro de que si hoy estoy lejos, no es por mi probada competencia para materializar fusiones. Y ahora, para que no falte de nada, todo el mundo da por hecho que soy un cornudo... Y todo ello gracias a mi mujer. ¿Y tú tienes el cinismo de hablarme de descrédito?

—¿Serviría de algo si te dijera que he sufrido más por ti que por mí con toda esta situación?

—No. No serviría, Maca. Soy tu daño colateral y no creo que merezca nada de todo esto.

—Estoy de acuerdo. Solo yo soy el blanco de esta infamia y tú jamás deberías haberte visto involucrado. El problema es que no sé por dónde me vienen los tiros, pero te puedo asegurar que lo averiguaré y cuando dé con él, el responsable deseará no haber empezado nunca esta guerra. Lo voy a destrozár.

—¿Y no has pensado en rendirte? ¿No has contemplado siquiera como opción que tal vez haya llegado el momento de dejar de jugar a los salvapatrias y apartarte para siempre del cenagal de la política? ¿Qué quieres demostrar, Maca? ¿Hasta qué punto estás dispuesta a pagar por este capricho tuyo de niña pija? Tu familia está en juego, ¿o es que no lo ves?

—Mi familia no está en juego, Rober. Lo que está en juego es nuestro matrimonio. Y sí, he pensado en la posibilidad de abandonar, pero ¿sabes?, creo que ese es el objetivo que persigue el sinvergüenza que está detrás de toda esta mierda. Y no va a salirse con la suya. Si algún día decido dejar la política, será única y exclusivamente una decisión mía.

—Ok. Lo esperaba. Como siempre, enrocada en tu posición y sin escuchar y, por supuesto, a mí menos que a nadie —concluyó Roberto, que parecía haber aflojado en su pose de marido deshonorado.

Poco a poco, Macarena fue recuperando también la serenidad, amparada en la certeza de sus convicciones y en el temple de Roberto, que había moderado significativamente el tono cáustico con el que comenzó la conversación.

—Maca, por el amor de Dios, ¿por qué no intentamos recuperar lo que teníamos? ¿No crees que los niños estarían más contentos si su madre pasara más tiempo con ellos? Un hogar feliz y equilibrado precisa de un capitán que lo dirija y tienes que ser tú quien lleve el timón.

—No trates de chantajearme con los niños, Rober. Sabes que no soporto que los utilices para crearme mala conciencia. Esa es una estrategia ruin que ya no te va a funcionar. Sé muy bien cómo compaginar mi vida familiar y mi vida profesional. En este país hay millones de mujeres que lo hacen todos los días. ¿O es que, según tu teoría, es menos madre que yo la neurocirujana o la catedrática, la peluquera, la cocinera de un restaurante o la vendedora de El Corte Inglés? —dijo Maca en modo mitinero.

—Déjate de discursos conmigo, que no estás en campaña —respondió Roberto.

—Por cierto, hablando de campañas. Fernando me ha propuesto dirigir la elaboración de la plataforma básica del partido en materia de igualdad y conciliación, pilar fundamental sobre el que descansará el programa moderado para las próximas elecciones, y yo he aceptado.

—Estupendo. ¿No quieres té? Pues toma dos tazas.

—Mira, Rober, tengo mucho trabajo y creo sinceramente que esto no es un

tema menor como para hablarlo por teléfono, así que será mejor que aparquemos esta conversación hasta que regreses. Por cierto, ¿qué día llegas?

—Pasado mañana. Está bien. Tú ganas. Pero prométeme al menos que cortarás por lo sano tu relación con ese tiralevitas, que está a un tris de chochar —exclamó Roberto, en un esfuerzo por controlar el lenguaje.

—Pero, vamos a ver, Rimbau y yo solo somos colegas, ¿qué parte no has entendido, Rober? No existe ninguna relación más allá de la camaradería y unos intereses profesionales comunes. Nada más, ¿te queda claro? Me da igual lo que digan la prensa, el Boletín Oficial del Estado y el *sursum corda*. —Macarena se expresaba con cierta vehemencia.

—Y si no hay nada reprochable en tan virtuosa amistad, ¿por qué me has mentido?

—Nunca te mentí, Rober. Simplemente evité decir la verdad, porque te conozco y sabía que no lo admitirías —dijo Macarena, confusa y con síntomas de profundo agotamiento.

—Ese también es un razonamiento muy manido, querida. En la mayoría de las mentiras piadosas, no hay piedad alguna, sino simple cobardía.

—Como quieras, Rober. Ahora tengo que dejarte. Nos vemos en un par de días. Un beso.

Y cortó la comunicación antes de que Roberto encontrara el mínimo resquicio para volver a la carga con su machacona cruzada para que su mujer dejara la política, causante, según su teoría, de todos los males que les aquejaban. Pero el recuerdo de la noche de Bruselas y la enfermedad de Carlos la perseguía como prueba irrefutable de que no siempre había dicho la verdad. En su fuero interno ella lo sabía y no conseguía liberarse de aquel insistente sentimiento de culpa. ¿La perseguiría aquel engaño eternamente?

Y Macarena seguía sin saber quién o quiénes firmaban sus sentencias. Necesitaba averiguarlo cuanto antes, porque le esperaba un arduo y delicado trabajo durante las semanas siguientes y no quería perder concentración. Todo ello sin perjuicio de tener muy presente que cada información que aparecía en los medios sobre malas prácticas políticas o en relación con una vida privada irregular le restaba puntos. De repente, le vino a la memoria la conversación con la diputada Alicia Virumbrales y su insistencia sobre la oportunidad de enfocar la linterna en direcciones alternativas a lo que la lógica elemental dictaría, si de verdad deseaba dar con la clave para resolver el enigma.

De momento, ya había notado cierta incomodidad por parte de sus correligionarios, diputados y senadores, tras conocerse la noticia de que el secretario general de la formación le había encargado la elaboración de uno de los capítulos esenciales del programa electoral de cara a los nuevos comicios.

Los detractores acusaban a la dirección de arbitrariedad al no tomar en consideración la espada de Damocles que pendía sobre la cabeza de la diputada y las negativas consecuencias que ello les podría acarrear. En otras circunstancias, a Macarena le hubieran llovido las felicitaciones y toda la maquinaria del partido se habría puesto a su disposición. Lejos de ser así, percibía resquemor en sus propias filas. Incluso algunos parlamentarios interrogados a propósito de las informaciones vertidas en la prensa sobre su vida íntima habían reaccionado de muy diferentes formas. Desde el apoyo sin fisuras de muchos a los juicios morales sobre la conducta disipada de la compañera por parte de algunos «torquemadas» y resentidos, en venganza por el escaso protagonismo que la dirección del partido les otorgaba.

Macarena no daba crédito a algunos comentarios, cuando sus compañeros sabían a ciencia cierta que todo aquello no era más que una vil patraña. ¡Sorpresas te da la vida!

... Tan solo le quedaba aferrarse al convencimiento de que, más tarde o más temprano, la justicia y la verdad prevalecerían sobre tanta iniquidad.

El hecho de estar excluida del poder da a la mujer una increíble libertad de pensamiento, desgraciadamente acompañada de una insoportable fragilidad.

FÁTIMA MERNISSI

Después de leer la crónica, Nuria sintió náuseas y una ola de abatimiento pulverizó su moral y su amor propio. La indignación y el miedo se daban cita en sus entrañas a partes iguales e ignoraba cómo afrontar su particular lunes negro. Desde luego, lo más sensato sería encararlo con dignidad. Empeñarse en negar la evidencia o inventar una historia poco creíble solo empeoraría las cosas. La prudencia dictaba, como lo más acertado, admitir la relación con Víctor sin ambigüedades, para después incidir en que, en ningún caso, se había traspasado la delgada línea roja que separa lo profesional de lo personal. Mucha gente lo hace cada día sin renunciar a su pareja y a su entorno. De sobra sabía que el razonamiento no sería fácil de mantener, porque los políticos son un colectivo especialmente vulnerable a la paranoia del secretismo y la confidencialidad y, a la menor sospecha, prefieren tirar por la calle de en medio y no correr riesgos.

Por otro lado, nunca había visto a Víctor tan afectado, pero su decepción era tan grande que había tomado la decisión de romper temporalmente la relación, hasta que las aguas volvieran a su cauce. Ambos debían llevar a cabo su particular travesía del desierto y apechugar con las consecuencias de lo ocurrido. El sentido común aconsejaba no verse durante algún tiempo.

El conductor del coche oficial se mostró desacostumbradamente parco en palabras y miraba a la muchacha por el espejo retrovisor con incomodidad. Nuria apenas había dormido y unas profundas ojeras se adivinaban en su rostro bajo el maquillaje compacto. Se había hecho el firme propósito de no llorar, pero cuando sus padres aparecieron para llevarse a la niña, se echó en brazos de su madre sin poder contener una catarata de lágrimas. Más tarde o más temprano, se enterarían de lo sucedido y prefería explicárselo ella misma.

—Pero, Nuria, ¿quién demonios es ese periodista? ¿Por qué nunca nos has hablado de él? —preguntó el padre, conmocionado por la noticia.

—Verás, papá. Es que no quería disgustaros y pensaba que no os gustaría ni un pelo la idea de una nueva relación —explicó Nuria, secándose los ojos.

—Te aseguro, hija, que no doy crédito —añadió la madre sin esconder su indignación—. No puedo entender que siendo tan lista e independiente, seas a la vez tan ingenua como para dejarte embaucar por los hombres.

—Os aseguro que esta vez es distinto. Víctor es un buen hombre, aunque imprudente por no calibrar las consecuencias de sus actos. Pero estoy segura de que me quiere de verdad y, ni por un momento, ha tenido intención de perjudicarme.

—También te quería el padre de Lucía, ¿o es que ya no te acuerdas? —recordó la madre, que no aflojaba en su duro juicio.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó el padre.

—Apelaré a la benevolencia del presidente, aunque lo más probable es que me quede sin trabajo. Por favor, ahora voy a necesitaros más que nunca.

—Sabes que no te abandonaremos, pero tienes que aprender, hija. No puedes tropezar una y otra vez en la misma piedra —terminó el padre de la muchacha, mirando a su esposa, a todas luces más intransigente.

El coche se detuvo ante la escalinata del palacio y Nuria se bajó, visiblemente abatida. Entregada a su suerte, se dirigió a la sala donde tantos lunes había participado en los maitines, aquellas reuniones del presidente con sus colaboradores para diseñar la estrategia de la semana. Durante unos segundos, pensó que asistiría por última vez. Dio los buenos días y se sentó en su lugar habitual. El presidente aún seguía en su casa, pero bajaría en breve. El camarero se acercó para servirle café, pero ella le paró en seco con un gesto de su mano derecha. Todos se esforzaban en aparentar ocupados y nadie parecía dispuesto a ser el primero en romper el hielo, así que Nuria, tragando saliva como el que deglute un purgante, se decidió a hablar.

—Ya sé lo que estáis pensando y que de nada servirá que me justifique, pero os aseguro que mi relación con Víctor Cañizares nunca se ha interpuesto en mi trabajo. De la verja hacia afuera, jamás hablo de lo que pasa aquí dentro. Tengo la conciencia tranquila, aunque, por supuesto, asumiré la factura que tenga que pagar por haberme enamorado de un periodista. —Nuria se mostraba sincera, sin querer caer en la teatralidad.

—No. De ese periodista concreto, Nuria. ¿O de verdad crees que Cupido y sus flechas del amor pueden ser condición suficiente para dar al traste con unos principios de confidencialidad no escritos a los que estamos sometidos todos los que trabajamos codo a codo con el presidente? ¿Pero qué clase de mojigatería es esta? —El director del Gabinete no pudo dejar de traslucir su indignación.

—Solo puedo deciros que lo siento y apelo a vuestra confianza y a la indulgencia del presidente —añadió Nuria, sintiendo una punzada en el costado.

—¿Sabías que tu novio es un popular *freelance*, conocido en los círculos

mediáticos como un tiburón sin escrúpulos que va vendiendo a las pirañas de la prensa fotografías obtenidas con medios poco limpios? ¡Mira por dónde, al tiburón se lo ha tragado una ballena! Eso sin mencionar su radicalismo, que le ha llevado a participar, entre otras actividades, en el «25-S Rodea el Congreso» y en un buen número de escraches e iniciativas contra los desahucios. —El jefe de la muchacha no le daba tregua.

—¡Joder, Nuria! —exclamó otro de los presentes, golpeando la mesa—. Pareces una cría y así lo demuestra tu falta de criterio para elegir pareja. ¿Es que no tuviste suficiente con el padre de tu hija, que tienes que meter a otro enemigo en tu cama? ¿De verdad piensas que si ese gacetillero hubiera tenido oportunidad, no te habría vendido por un puñado de euros?

—Nunca. Víctor me quiere y jamás me haría daño —replicó Nuria con un hilo de voz en una inconsistente huida hacia delante.

—Pues ya te lo ha hecho. El presidente está que fuma en pipa —concluyó el último que había hablado.

—Bueno, ya basta —dijo el presidente, entrando en la sala con gesto grave, sin tan siquiera saludar a los presentes.

—Presidente... Yo... —La joven se puso de pie mientras trataba de articular las palabras.

—Siéntese, Nuria. —De repente, el presidente dejó de tutearla—. No puedo por menos que compadecerme de usted, porque los errores que se cometen en nombre del amor deben ser acreedores del perdón de Dios y la indulgencia de los hombres, lo cual no quiere decir que no deba pagar una justa penitencia. Todos ustedes me conocen. No soy hombre de gritos ni calentones, pero la templanza y la medida no están reñidas con la firmeza.

—Presidente, por favor, deje que me explique. —Nuria se temía lo peor e intentaba, como último recurso, ser escuchada.

—Le aseguro, señorita Peñalba, que nada de lo que usted diga me hará cambiar de opinión, porque, si lo hiciera, estaría incurriendo en dejación de funciones. Como presidente del Gobierno, mi deber es preservar la legitimidad y la seguridad del poder Ejecutivo y de las instituciones del Estado, y flaco servicio les estaría haciendo a mi cargo y a los españoles si les mantuviera en el puesto a usted o a cualquier otro que permaneciera bajo flagrante sospecha de deslealtad, como es el caso que nos ocupa. Lamento mucho prescindir de sus servicios, ha sido usted una colaboradora eficaz, pero póngase en mi lugar...

—Presidente, entiendo su posición y asumo mi responsabilidad en todo este desgraciado asunto.

—Más bien querrás decir tu irresponsabilidad, Nuria —apostilló otro de los consejeros.

—Bueno, no hagamos leña del árbol caído —añadió el presidente con la moderación que le caracterizaba—. Y terminemos ya con este desagradable asunto. Nuria, espero su renuncia irrevocable en el transcurso del día y, en cualquier caso, puede usted rematar los asuntos que tenga pendientes o traspasarlos a su jefe si él así se lo demanda. Le deseo mucha suerte en el futuro.

Nuria sentía que le faltaban las fuerzas y temió trastabillar en cuanto echase a andar. Pero su misión había terminado y allí ya no tenía nada que hacer. Cuanto antes abandonara el lugar, sería mejor para ella y para todos. El presidente había actuado con autoridad y contundencia, pero le estaba agradecida por haberle ahorrado un sermón y un rosario de reproches que solo habrían servido para aumentar su sentimiento de culpa. Al día siguiente, se publicaría su cese en el Boletín Oficial del Estado y, a partir de ahí, tendría que buscar trabajo. Además, estaba segura de que la prensa se le echaría encima y lo único que podía alegrar en su defensa era haberse enamorado, por segunda vez, del hombre equivocado.

Nuria recogió sus cosas y las metió en una caja. Pidió un taxi por teléfono y se dirigió hacia el mostrador del control principal del complejo para hacer entrega de su tarjeta de acceso. A partir de aquel momento, solo podría entrar en la Presidencia del Gobierno con autorización expresa. Esas eran las normas. Fueron momentos duros, porque las despedidas implican siempre una separación y, durante el tiempo que había trabajado en aquel recinto singular, había hecho pocas pero sólidas amistades. En cualquier caso, los más cercanos lamentaron su marcha.

Con pesarosa lentitud, recorrió el paseo de los plátanos y, según se alejaba, una ola de tristeza embargó a la muchacha al contemplar aquel bosque urbano que atesora escenas secretas de la historia de España que jamás serán desveladas, porque los árboles no hablan.

... Y Nuria pensó en seguir el ejemplo de aquellos árboles que no se doblegaban ante la adversidad ni la climatología. Aguantaría los embates de la vida en la seguridad de que nunca que llovió, dejó de salir el sol.

La conciliación garantiza la estabilidad de la familia y, por tanto, de la sociedad.

ANA DE SALAS

La conciliación de la vida laboral, familiar y personal constituye la base sobre la que se ha de construir la sociedad del futuro, una sociedad basada en una mayor calidad de vida de las personas, que prime idénticas oportunidades para mujeres y hombres, con el fin de alcanzar el desarrollo integral del individuo, consistente en progresar profesionalmente, atender las responsabilidades familiares y disfrutar del tiempo de ocio.

—Utópico, Maca. Eso no es más que una declaración de intenciones que en nada se parece a la realidad que vivimos todos los días —exclamó Julia, tras leer las primeras frases de la exposición de motivos que contendría el nuevo proyecto de ley en el que la diputada Barrios trabajaba.

—Ya. Pero hemos de ser ambiciosos porque, como muy bien sabemos todos, luego llega la práctica y se separa de la teoría significativamente.

—Eso es —añadió la joven Ángela—. Después ya se encargará el mercado laboral de rebajar el listón de la legislación.

Las dos mujeres pronto se revelaron como sólidos pilares en los que la diputada se apoyaba sin reservas. La pelirroja Julia, más próxima a Macarena en edad, era una mujer alta y corpulenta, especialmente alegre e ingeniosa, dedicada en cuerpo y alma, a partes iguales, al partido y a cuidar de su anciana madre. Por su parte, Ángela era una veinteañera de Cáceres tan delgada como inteligente, estudiante de derecho, que compartía piso con una compañera también estudiante y también extremeña. Aunque se había incorporado al partido moderado como administrativa, con el fin de aliviar la carga económica que suponía para su familia su estancia en Madrid, acabó convirtiéndose en una activa militante.

—Bueno. Repasemos la agenda de la semana. ¿Cuándo tengo el encuentro con las mujeres empresarias? Julia, ¿dónde me has metido la entrevista con las asociaciones de emprendedoras? ¿Y con las autónomas? —De este modo lanzaba Macarena un rosario de preguntas a sus colaboradoras—. Ángela, quiero que tú te encargues de las redes sociales y los medios. Que Julia te dé los contactos y te pones las pilas para que todo el mundo esté enterado de nuestros movimientos. Necesitamos que haya prensa en cada acto y en cada reunión.

Quiero que nos persigan los *paparazzis* como si fuéramos *celebrities*. Hay que hacer mucho ruido y que las líneas maestras de nuestras propuestas sean ampliamente divulgadas.

—¿Y qué te parecería, Maca, pronunciar unas conferencias en las universidades más importantes de Madrid? Te puedo poner en contacto con el Consejo de Universidades para organizarlo.

—Una gran idea, Julia. Hay que comenzar por la concienciación de los jóvenes que están a punto de entrar en el mercado laboral y de sufrir en carne propia la dificultad de la conciliación —dijo Macarena, pensando en voz alta—. Y quiero hablar con el CEU, al fin y al cabo, de algo me tiene que servir ser antigua alumna.

—De acuerdo. Tomo nota... Más. —Julia apuntaba en su libreta.

—¡Ah! Y quiero una relación de las revistas femeninas más importantes, direcciones y teléfonos. Me pondré en contacto con todas ellas. —Macarena continuó añadiendo encargos a la lista.

—En la imprenta me han asegurado que mañana tendrán listos el boceto y el presupuesto de los folletos que repartiremos a pie de calle y que será un aperitivo del programa electoral —intervino Ángela ufana.

—Buen trabajo, chicas. Ahora me voy a encerrar a cal y canto para terminar de redactar el texto legislativo. Mañana quiero presentárselo a los compañeros de la Comisión de Igualdad para su revisión y observaciones. No me paséis llamadas, ¿de acuerdo?

—Por cierto, Maca, supongo que te habrás enterado del cese fulminante de Nuria Peñalba. Aparece en el Boletín Oficial del Estado y lo recoge la prensa. ¡Qué fuerte! Resulta que estaba liada con el fotógrafo guaperas que te perseguía y que ha resultado ser un tipo poco recomendable —apuntó Julia sin disimulos.

—Sí. Leí ayer el reportaje y ya imaginaba cuáles serían las consecuencias inmediatas. Los liberales no se andan con chiquitas...

El día anterior, Macarena se había quedado muy impresionada tras comprender que Alejandro estaba detrás de aquella maniobra. Aunque le anunció la puesta en marcha del contraataque, a ella todo aquello la sobrepasaba. No estaba acostumbrada a moverse en escenarios de intrigas y puñaladas por la espalda. Pero Alejandro sí parecía saber lo que se hacía. Demostrado quedaba que el diplomático había optado por el atajo más corto y jugaba con las mismas cartas que los enigmáticos personajes responsables de la tortura a la que ella había estado sometida desde que comenzó su carrera política.

El mismo domingo intentó ponerse en contacto con el embajador, pero, por toda respuesta, recibió un escueto mensaje en el que confirmaba la autoría de los hechos y le advertía de la imposibilidad de mantener una conversación por

teléfono sobre el tema. Ante su insistencia, Alejandro la tranquilizó, convenciéndola de que era la única vía para llegar hasta sus acosadores. En un par de semanas se verían en Estambul y ocasión habría de hablar largo y tendido.

No dejaba de pensar en Víctor Cañizares porque, a pesar de todo, lamentaba que fuera el fotógrafo quien pagara las consecuencias de aquella guerra encubierta. Le parecía algo así como matar al mensajero. Al fin y al cabo, no era más que un peón en manos de gente sin escrúpulos, los verdaderos causantes de aquel sinsentido y a quienes había que desenmascarar para que pagaran por sus atropellos. Y qué decir de la infortunada Nuria. Ella sí que se revelaba como un gran daño colateral. Sin comerlo ni beberlo, se había encontrado con un rotundo cese y seguramente no le iba a ser fácil recolocarse. Desde luego, no en su partido.

Macarena apenas había dormido aquella noche. En el fondo de su corazón y, a pesar de su padecimiento, ella no quería perjudicar a nadie. Desde el día anterior andaba deshojando la margarita sobre la oportunidad de escribir unas líneas a Nuria para transmitirle su solidaridad. O, a lo mejor, no era tan buena idea y lo más sensato pasaba por situarse en terreno neutral. ¡Quién sabía! De momento, lo mejor era dejar pasar el tiempo, a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Se entregó al trabajo en cuerpo y alma como siempre había hecho, teniendo en cuenta que en aquellas circunstancias tan adversas, el nuevo cometido se revelaba determinante para recuperar el entusiasmo y la motivación profesional que tanto bien le harían. A pesar de la ingente tarea que tenía por delante, se había hecho el firme propósito de no llegar a casa más tarde de las ocho, salvo fuerza mayor, porque qué mejor que poner en práctica, en casa del herrero, las quiméricas teorías de la conciliación. Por lo demás y desde la visita a Sevilla, los niños parecían más centrados. La salud de Carlos había mejorado y Lucas daba muestras de un mayor equilibrio emocional. Les había costado mucho la separación de su padre, pero eran de buena pasta y Macarena se había esforzado especialmente para que se adaptaran lo mejor posible a las nuevas circunstancias. En cualquier caso, Macarena no bajaría la guardia y, por supuesto, seguiría en contacto con las educadoras.

Absolutamente concentrada y con la nariz metida en internet y en un variado repertorio de textos legales, Macarena se sobresaltó al escuchar el teléfono.

—Julia, te pedí que no me pasaras llamadas —dijo Macarena contrariada por la interrupción.

—Disculpa, pero creo que es importante.

—¿De quién se trata?

—Es Víctor Cañizares.

Macarena se quedó callada durante unos segundos. No había contado con que el periodista se atreviera a llamarla. Estaba segura de que, hecho un basilisco, le pediría explicaciones y la amenazaría con las bíblicas plagas de Egipto.

—Está bien. Pásamelo.

Macarena bebió agua y contó hasta diez antes de responder.

—Cañizares. ¿A qué debo su llamada? Que yo sepa, usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—No, señora. Se equivoca y, aunque no lo crea, es importante que me escuche.

—Mire, no perdamos el tiempo. Como imaginará, estoy al tanto de la información que se publicó ayer y del cese fulminante de su novia, pero yo no tengo nada que ver con todo ello. Así que, si me llama reclamando explicaciones, se ha equivocado de lugar.

—No tiene usted que disimular, diputada. He pecado de ingenuidad pensando que mis actos no tendrían consecuencias. Y ya ve. Lo malo es que el chivo expiatorio ha sido Nuria Peñalba, que se ha quedado sin trabajo y ahora no quiere ni verme.

—Lo lamento muchísimo. Pero, por favor, dígame qué desea usted de mí. Tengo mucho trabajo y una agenda apretada.

—Que me perdone —dijo Víctor con la voz entrecortada.

—¿Cómo dice? —le preguntó ella sorprendida.

—Lo que busco es su perdón. Como usted siempre sospechó, soy el autor material de los reportajes, el causante de todas sus pesadillas, pero le aseguro que estoy absolutamente arrepentido. Ahora puedo entender cómo se sentía usted cada vez que se publicaban las falsedades que yo urdía y que tenían un efecto devastador sobre su vida. En cualquier caso, aprovecho para adelantarle, antes de seguir, que ignoro quién está detrás de tan sórdida operación. —Poco a poco, Víctor fue recuperando la serenidad como resultado de su propia confesión.

—¿Quiere decir que no sabe quién le contrató? —preguntó Macarena desfondada.

—Exacto. Yo solo cumplo órdenes y me pagan a través de una transferencia a mi cuenta bancaria. Se me advirtió, desde el principio, que no intentara hacer averiguaciones porque nunca llegaría a conocer la filiación del contratante, y de no seguir las instrucciones al pie de la letra, perdería el trabajo. Señora Barrios, hay alguien que la odia tanto como para estar dispuesto a pagar una fortuna por deshacerse profesionalmente de usted —concluyó el fotógrafo intentando colaborar.

—Curioso. Mire, Cañizares. Llegados a este punto, creo que no deberíamos

continuar esta conversación por teléfono. ¿Tendría usted inconveniente en un encuentro personal?

—No. Claro que no —respondió Víctor con inmediatez.

—Páseme su número y le pondré un mensaje pasado el fin de semana. Mi marido regresa de Argentina y estará en casa hasta el lunes o el martes. Si le parece bien, podemos vernos a mediados de la semana que viene —manifestó la diputada con el calendario de mesa en la mano.

—De acuerdo. Espero noticias.

—¡Ah! Y creo que lo mejor es que continúe con sus actividades como si no pasara nada. De momento, nadie sabe que usted y yo hemos hablado y es mejor que siga siendo así. Si su «jefe» le pregunta, siempre puede explicarle que solo su novia ha resultado afectada por el reportaje y que, dadas las circunstancias, ella decidió unilateralmente poner fin a la relación. Una lástima, pero, sin duda, usted podrá superarlo.

—De acuerdo. Le daré a entender que nuestro negocio sigue en pie e intentaré averiguar algo más sobre mi interlocutor —afirmó Víctor cerrando el plan.

—Ok. Buenos días.

Macarena colgó el teléfono y hasta pasados unos minutos no consiguió reaccionar. Cañizares parecía sincero, pero desconocía el dato más importante. En cualquier caso, si estaba de su lado, tal vez acabarían encontrando un resquicio por donde acceder a la identidad del tapado. Tenía que contarle a Alejandro el contenido de la conversación. Seguro que a él se le ocurría algún plan para obligar al desconocido a abandonar su escondrijo. Cañizares le había advertido que aquella gente estaba dispuesta a todo con tal de destruirla profesionalmente, pero ¿por dónde empezar a buscar a sus enemigos? De nuevo inundó su memoria el recuerdo de Alicia Virumbrales y su teoría de que, a veces, los más cercanos pueden ser nuestros peores enemigos.

Para colmo, había hablado con su hermana Reyes y las cosas por Sevilla no pintaban ni medio bien. Las diligencias previas habían dado comienzo y tanto su padre como su hermano habían recibido sendas citaciones para declarar en los juzgados, en principio, en calidad de imputados. Su madre tenía un disgusto monumental, tanto que hacía dos días que se encontraba en cama con severas migrañas, apenas comía y no paraba de llorar. Intentaría tranquilizarla sin falta esa misma noche.

En cuanto terminara el trabajo, también procuraría de nuevo hablar con Alejandro, aunque tuviera que ser en clave. Le echaba tanto de menos... No fue necesario. El embajador la llamó a los pocos minutos.

—Hola, Maca. No dispongo de mucho tiempo, porque los preparativos de la cumbre me tienen absorbido estos días, pero necesitaba escucharte. Puedes

hablar con tranquilidad, esta línea es segura —explicó Rimbau algo acelerado.

—Gracias por llamar, Alejandro. Necesitaba contarte cuanto antes lo que ha pasado —dijo Macarena a punto de comenzar su explicación—. Después del reportaje del domingo, el presidente en funciones ha cesado a Nuria Peñalba, sospechosa de deslealtad. Y hace menos de diez minutos he colgado a Víctor Cañizares. Yo pensaba que me había llamado para montarme un buen pollo, pero resulta que lo que quería era pedirme perdón. Yo en ningún momento he confesado tener nada que ver con el reportaje, pero me consta que él intuye que estoy detrás.

—Bien. Macarena, uno, Cañizares, cero. El combate acaba de comenzar.

—Pero lo que asegura, y yo le creo, es que no sabe quién es la persona u organización que le contrató. Le advirtieron que no tratara de averiguarlo, pero sospecha que no van a soltar a su presa, o sea a mí, tan fácilmente. Me ha explicado que le pagan religiosamente y que el dinero no parece ser un problema con tal de retirarme de la circulación.

—Imagino que no se habrá «despedido» —exclamó el diplomático con cierto temor.

—No. Yo le he dicho que les haga creer que quiere continuar con el asunto a pesar de lo sucedido, porque su novia ha sido la única afectada, y que, tras perder el trabajo, le ha dejado. Ahora ya no hay con qué chantajearle y él necesita el dinero.

—Bien hecho, Maca. Muy astuta. Cañizares es el único vínculo que tenemos con los depredadores y, si lo perdemos, apenas dispondremos de oportunidades para desenmascararlos —exclamó aliviado el diplomático.

—¡Dios mío, Alejandro! Esto parece una película de suspense —soltó Macarena dejándose caer hacia atrás en la butaca.

—*Potser alguna cosa com.*

—¿Cómo dices?

—Perdona, querida, a veces se me va el catalán. Quería decir que sí, que es algo así. Y nosotros vamos a escribir el final como más nos convenga. — Alejandro lo presentaba con su optimismo habitual.

—Me veré con el fotógrafo la semana que viene y hablaremos de todo ello.

—Ten cuidado, Maca, y no te fíes. Este elemento no es precisamente un bendito, por mucho que ahora parezca arrepentido.

—Tendré cuidado, no te preocupes. De todas formas, me gustaría hablar contigo con frecuencia. Necesito tu asesoramiento. Te echo tanto de menos... — El tono de la diputada cambió en la última frase.

—No más que yo. Cuento los días para recibirte en Estambul. Tengo tantos planes, aunque sé que solo serán un par de días y que la cumbre nos tendrá

ocupados a los dos. Pero, al menos, podré verte entre los participantes y buscaremos el modo de pasar algo de tiempo los dos solos. Estoy deseando contemplar contigo una puesta de sol desde el puente Gálata. Por cierto, ¿cuándo tiene previsto tu marido aterrizar en Madrid?

—Mañana a primera hora. Como imaginarás, después de la conversación que mantuvimos a propósito de las fotos en las que aparecíamos los dos, me siento inquieta. Si te digo la verdad, estoy atemorizada y me horroriza reconocerlo. Nunca una mujer debería sentir miedo ante su marido. Me temo lo peor, Alejandro.

—No tengo que repetirte que estoy a tu lado, siempre y en todo momento, si necesitas desahogarte o compartir la carga cuando se haga insostenible.

—Lo sé, querido. Gracias.

De camino a casa, Macarena no dejaba de pensar en la inminente llegada de su marido y en la delicada situación por la que atravesaba su matrimonio. Él no se había tragado ni de lejos su relación exclusivamente profesional con el embajador Rimbau y estaba segura de que, en cuanto llegara a Madrid, volvería a la carga. El temor y la incertidumbre ahogaban su garganta. De nuevo tendría que enfrentarse a Roberto y a su machacona letanía sobre su detestable trabajo y su frívola maternidad. Aunque reconocerlo la removía por dentro, aquellas semanas de separación habían sido un bálsamo para actuar con libertad y tomar decisiones sin la presión del perpetuo juicio de su pareja. De pronto, el recuerdo de Alejandro y su próximo encuentro la hicieron sonreír y relajarse. Su apoyo y su afecto eran claves para enfrentarse a su situación conyugal, a su franca preocupación por el proceso judicial en el que estaba inmersa su familia y a la responsabilidad electoral de alto voltaje que el partido había colocado sobre sus hombros.

La relación con el diplomático no le devolvía una imagen santificada de sí misma, pero en la encrucijada en la que se encontraba, el apoyo de aquel hombre le resultaba imprescindible para seguir adelante y no tirar la toalla. Su matrimonio estaba herido de pronóstico reservado y Roberto no parecía tener mucho interés en arreglar las cosas. Cada vez que hablaban, volvía incansablemente con la retahíla de las quejas y los reproches.

Por fin estaba en casa y el abrazo de sus pequeños hombrecitos se mostró como la única recompensa que necesitaba para apartar de ella fantasmas y congojas. Mientras Macarena se cambiaba de ropa, los niños competían por compartir con su madre las vivencias del día, explicarle las cosas nuevas que habían aprendido en el cole y comentarle un sinfín de ocurrencias. Ambos habían pasado buena parte de la tarde confeccionando unos bonitos dibujos para dar la bienvenida a su padre. Los dos habían pintado a los cuatro miembros de la

familia sonriendo ampliamente y caminando, cogidos de la mano, por un campo de amapolas. Todos mostraban su nombre escrito debajo, pero el dibujo de Carlos, como peculiaridad, incluía a su oso Freddy, que casi tenía la misma altura que Roberto. Al preguntarle Macarena por el desmedido tamaño del muñeco, el niño respondió que mientras este estaba ausente, Freddy hacía de padre.

Esa noche la diputada sintió la necesidad de dormir con sus hijos, algo a lo que raramente accedía cuando ellos se lo pedían. Y los tres, metidos en la cama, repasaron cuentos y canciones, hasta que el sueño venció a los niños y a Macarena le asaltó un último y oscuro pensamiento.

... Si, como Carlos y Lucas, ella hubiera realizado también un dibujo familiar, aquel día Roberto Galván, su marido, no habría aparecido en el cuadro y sus pequeños habrían crecido hasta doblar su tamaño. Para Macarena Barrios nada ni nadie en el mundo era más importante que sus hijos.

Aunque tu mujer haya cometido cien faltas, no la golpees ni con una flor.

PROVERBIO INDIO

El vuelo de Aerolíneas Argentinas, procedente de Buenos Aires, aterrizó en el aeropuerto de Barajas muy temprano, como todos los vuelos transoceánicos. Mientras avanzaba a buen paso por la terminal hacia la salida, Roberto iba pensando que, si se daba prisa y dado que no tenía que recuperar equipaje alguno, tal vez podría llegar a casa antes de que sus hijos se fueran al colegio. Incluso podría acompañarles, para variar. Seguro que a los pequeños les haría ilusión.

Tomó un taxi y le dio la dirección de Pozuelo. Pasaban unos minutos de las siete y media e imaginó que Macarena ya estaría levantada. Le escribió un mensaje explicándole el plan y esperó respuesta. Su mujer le contestó casi de inmediato con unas palabras de bienvenida y asegurándole que los niños estarían encantados. Efectivamente, todos parecían muy contentos con su regreso y, hasta Mariana, que se mostraba algo nerviosa, había preparado unas *crêpes* para desayunar, porque al señor le gustaban mucho. Carlos y Lucas estaban excitadísimos y pugnaban por la atención de su padre, a quien querían contar todo lo que habían hecho en aquellas semanas que a ellos les habían parecido años.

Roberto tomó una ducha rápida, se afeitó y se vistió con uno de sus mejores trajes. Su aspecto era impecable y Macarena pensó que su marido, que había perdido algunos kilos, había ganado atractivo.

—¿A qué hora tienes la reunión? —preguntó Macarena realmente interesada—. No pareces afectado por el *jet lag*.

—La verdad es que no. He dormido algo en el avión. La reunión es a las once, pero quiero pasar antes por el banco. Lo haré en cuanto deje a los niños.

—¿Hay algún problema?

—No, no. En absoluto. He de firmar unos papeles. Simple rutina. —Roberto sonrió a su esposa complaciente—. Y tú, ¿cómo tienes el día?

—Bastante liado, aunque sea viernes. Ya te expliqué que me han propuesto encargarme de una parte importante del programa electoral con vistas a la segunda ronda de elecciones. El plazo está prácticamente agotado y la

convocatoria es inminente.

—Ya. Entonces, deduzco que te has liberado de los temas comunitarios — afirmó Roberto con marcada intención.

—No exactamente. —Macarena no quería mentir, sino cambiar de tema cuanto antes—. Seguiré supervisándolos, aunque básicamente se hará cargo Ricardo Casas, ya sabes, el diputado cordobés, bajito y con bigote, tan simpático.

—¡Ah! Muy bien. Entonces no irás a la cumbre de Estambul, ¿no? He leído en la prensa que se trata de una reunión internacional al más alto nivel.

Macarena, pálida e inquieta, no encontraba la manera de zafarse de las insinuaciones de Roberto. Pero estaba decidido; así que, pasara lo que pasara, no se apartaría del único camino que consideraba coherente: decir la verdad y enfrentarse a las consecuencias, por muy feas que se pusieran las cosas.

—Sí. Sí que iré, porque Ricardo no ha tenido tiempo material de ponerse al día y, de alguna manera, la oportunidad es única para conseguir un bloque compacto dentro de la Unión que contrarreste el avance de las tesis ultras que abogan por el endurecimiento de las políticas de asilo y el cierre de las fronteras.

—¡Fantástico! ¿Cómo no iba a estar mi mujer entre los abanderados de los derechos humanos y en favor de los pobrecitos refugiados del mundo que llegan en patera o se agolpan en las fronteras de Europa? ¿Y no has pensado en afiliarte mejor a una ONG, en vez de jugar a la política? Tú sabes muy bien que los políticos no son precisamente los mejores amigos de los desheredados de la tierra... Es más, yo diría que en este caso son el problema, en lugar de la solución.

—Precisamente, eso es lo que tenemos que cambiar y ese cambio solo puede hacerse desde dentro.

—¡Qué bonito! Y seguro que tu amigo el embajador también se habrá ofrecido voluntario, ¿me equivoco?

—No empieces, Roberto. Por favor, tengamos la fiesta en paz.

—Está bien... Está bien. Y para demostrarte que voy de buen rollo, me gustaría que esta noche saliéramos a cenar a un restaurante con encanto, como un matrimonio feliz que celebra su reencuentro. —El tono de Roberto seguía sin sonar sincero.

—No creo que sea buena idea. Los niños te han echado mucho de menos y no me parece bien dejarlos solos, teniendo en cuenta el poco tiempo que estarás aquí —dijo Macarena, en un intento por esquivar una propuesta que se le hacía muy cuesta arriba.

—Por los niños no te preocupes. Apenas se darán cuenta. Será solo un rato y lo pasarán prácticamente dormidos.

—De acuerdo. Luego no digas que no pongo de mi parte.

—Y así lo valoro. Yo me encargo de la reserva. Nos vemos luego —concluyó Roberto sin dejar resquicio al arrepentimiento.

Los niños se acomodaron en el coche de su padre y Macarena salió a despedirles como haría cualquier madre. Después se sentó en la cama agotada por la tensión y esperó unos minutos antes de emprender la marcha. Afortunadamente, el trayecto hasta Aravaca sería corto y no tendría que enfrentarse al tráfico de entrada a Madrid de todos los viernes.

La idea de la cena le hacía recelar. No se fiaba para nada de la repentina actitud conciliadora de su marido y estaba segura de que ocultaba algo. Roberto siempre había sido un encantador de serpientes, capaz de vender arena en el desierto y, con toda seguridad, intentaría embaucarla y llevarla a su terreno, aprovechando el ambiente de una velada romántica. En cualquier caso, era mejor acceder a sus deseos que pasar el fin de semana de litigio. Al fin y al cabo, solo se trataba de una cena.

Macarena llegó temprano a casa para ayudar a los niños con los deberes y arreglarse adecuadamente. Se enfundó en un elegante vestido negro a juego con unos preciosos zapatos de charol y se peinó con un recogido italiano. Ella también estaba más delgada y aquella noche lucía especialmente atractiva. Hasta los niños alabaron su belleza, igual que Roberto, quien, francamente impresionado, besó la mano de su esposa y le entregó una rosa roja que había preparado para la ocasión.

Durante la velada, Roberto se comportó con caballerosidad, sin aludir a ningún tema de conversación espinoso. A los postres, ya había bebido en demasía para lo que era su costumbre y, mientras elogiaba a Macarena de manera un tanto impostada, le obsequió una impresionante pulsera que le había comprado en Buenos Aires. La diputada cada vez se sentía más incómoda. Durante el camino de regreso, sentado en el asiento del copiloto, Roberto pareció derrumbarse y comenzó a lloriquear, lamentándose sin rubor del alejamiento y la frialdad que se había instalado entre ellos desde hacía un tiempo y de lo insoportable que era para él siquiera imaginar que pudiera perderla. Macarena estaba estupefacta. Conducía con la vista fija en la carretera, sirviéndose de la concentración en el viaje para zafarse del aturdimiento que le producía tener que consolar a su marido con frases vacías. No se atrevía siquiera a mirarle de frente. En aquellos momentos carecía de certeza sobre la sinceridad de su esposo, pero tampoco era capaz de asegurar lo contrario.

Por fin, Macarena aparcó el coche y Roberto, que se encontraba mareado y revuelto, vomitó sobre uno de los parterres de la entrada. Entró en casa ayudado por su esposa y esta le preparó una infusión de manzanilla.

—Te prepararé la habitación y te abriré la cama para que te acuestes. Es lo mejor. Ha sido un día intenso después de un viaje tan largo. Mañana te encontrarás mejor.

—Pero tú dormirás conmigo, ¿no? —El tono de Roberto era imperativo, a pesar de su indisposición.

—No, Rober. De momento seguiré en la habitación de invitados —contestó ella temerosa.

De pronto, Roberto, como si fuera la víctima de una transformación involuntaria, se levantó de un salto derramando la tisana. Se abalanzó sobre su mujer y la agarró por el brazo con tanta fuerza que Macarena ahogó un grito. Ella le miró atónita, pero Roberto no cedía a la presión, mientras maldecía y la insultaba con palabras que nunca antes habían salido de su boca. Macarena comenzó a sentir miedo y se dejó arrastrar hasta la habitación, con el fin de cerrar la puerta y evitar que Mariana o los niños pudieran oírles. La situación era surrealista y Roberto no paraba de blasfemar y de proferir obscenidades, mientras la diputada, que se resistía a desnudarse, trataba de tranquilizar a su marido ofreciéndole la posibilidad de conversar.

Todo fue inútil. Esa noche, Macarena descubrió al Míster Hyde con el que compartía la vida y la paternidad de sus hijos, algo así como si un *alien* saliera de las entrañas de su marido, que actuaba como un poseído. En el forcejeo, Roberto la empujó con tanta fuerza que su cabeza golpeó de frente contra la pared y un cuadro cayó al suelo con gran estrépito. Mientras se recuperaba del encontronazo, Roberto le rasgó el vestido y después la abofeteó. Ella comprendió entonces que no podía continuar resistiéndose, porque su marido estaba fuera de sí y le creía capaz de cualquier cosa.

La imagen de sus hijos presenciando algo terrible fue determinante para cambiar de actitud. Se quitó la ropa apresuradamente y se echó sobre la cama, rezando para que la pesadilla acabase pronto. Roberto la poseyó como un animal, mientras la obligaba a confesar por la fuerza que el embajador no era mejor amante que él. Macarena seguía sus órdenes y deseos al pie de la letra como una esclava y le repetía una y otra vez que le amaría siempre y que nunca le abandonaría. Finalmente, Roberto eyaculó sobre el vientre de su mujer y se derrumbó en una especie de semiinconsciencia fruto del alcohol y el agotamiento. Ella lo empujó hacia un lado, liberándose de su peso muerto. Se levantó con dificultad y se dirigió al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente y no se introdujo en la ducha hasta que del torrente emanaba tanto humo que le quemaba la piel y le impedía ver su rostro magullado en el espejo.

Lloró amargamente como no recordaba haberlo hecho en toda su vida. Su desesperación había llegado al límite. Jamás podría mirar a la cara a su marido

de nuevo, ni olvidaría nunca la vejación a la que le había sometido. Él no estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria y mucho menos a que su mujer le hiciera frente. Roberto estaba enfermo o se había vuelto loco o ambas cosas, pero, de lo que no cabía duda era de que su matrimonio se había terminado.

Apenas pudo dormir, a pesar de los somníferos que tomó después del incidente. Se levantó temprano y preparó el desayuno. Cuando Mariana entró en la cocina, Macarena le ofreció la posibilidad de librar el fin de semana completo. Ella le dio a entender con la mirada que intuía lo sucedido y que estaba a su disposición si en cualquier momento necesitaba que alguien cuidase de los niños. Al borde de las lágrimas, Macarena sacó de nuevo fuerzas de flaqueza para agradecerle con voz temblorosa todo lo que se desvivía por su familia, de la que ya formaba parte por méritos propios. Las dos mujeres se abrazaron y Mariana abandonó la casa con gran pesar.

Macarena echó un vistazo a los niños, que permanecían dormidos, y después se asomó al dormitorio principal donde su marido había pasado la noche. La cama estaba revuelta pero vacía, por lo que dedujo que estaría en el cuarto de baño. De repente, escuchó su voz como si hablara con alguien. Roberto explicaba a un eventual interlocutor que había llevado a cabo el plan previsto y que esperaba que su mujer, por fin, entrara en razón. Como empujada por un resorte, Macarena entró en la habitación y, desafiante, le escupió todo su desprecio.

—¿Se puede saber con quién hablas? Porque no me vas a decir que alguien más conoce las intimidades de nuestro matrimonio. Ahora lo entiendo. O sea, que lo de ayer responde a un plan tan infame como tú. La cena, el regalo, la rosa... Piezas falsas que forman parte de tu vil montaje. Pero si crees que usando la violencia puedes doblegarme, es que no me conoces, Rober. No sé qué significa para ti «entrar en razón», pero lo único que has conseguido es apartarme de tu lado definitivamente. Jamás podré olvidar lo que me hiciste anoche. Puedes quedarte los próximos tres días, pero cuando salgas por la puerta, no volverás a pisar esta casa nunca más.

—No es justo. Esta casa es tan mía como tuya. Y los niños...

Roberto parecía descolocado ante la decisión de su mujer, que consideraba desproporcionada.

—Ni se te ocurra pronunciar sus nombres. Me avergüenzo de que tengan un padre como tú. No volverás nunca, Rober. Firmarás un compromiso o te denunciaré a la policía.

—Yo no soy un maltratador. Simplemente anoche perdí los nervios, porque estaba..., sí, estaba celoso. Me consta que tienes un amante, ¿o eso también me lo vas a negar?

—Yo no tengo ningún amante. Lo único que tengo es un marido enfermo de celos que ha destruido en una noche todo lo que habíamos construido juntos en diez años. Se acabó, Roberto. En la vida volverás a ponerme una mano encima o juro por Dios que acabaré contigo.

—No lo haré jamás. Antes me cortaría las dos manos que volverte a pegar. Nadie me conoce mejor que tú y sabes que no puedo estar más arrepentido de lo sucedido. Yo también te juro por lo más sagrado que fue un momento de ofuscación, fruto del amor que siento por ti.

—Eso no es amor, Rober. Es una obsesión, una paranoia. Estás enfermo y necesitas ayuda.

—¿Por qué no hablamos? ¿Por qué no lo intentamos? Tienes fama de ser una excelente negociadora..., pues negociemos —le propuso Roberto con ternura, quemando sus últimos cartuchos.

—Déjame tranquila. Ahora no puedo ni pensar. En nuestra vida siempre habrá un antes y un después de esta noche y no creo que eso pueda cambiar nunca. No lo entiendes. No es una cuestión de negociación. Hablamos de nosotros, de un proyecto de vida en común que se ha hecho añicos y de las consecuencias que todo esto tendrá para los niños.

—Está bien. Tú ganas. Entiendo que necesites tiempo. El lunes regresaré a Buenos Aires, pero volveré dentro de tres o cuatro semanas. Te pido por nuestros hijos que hablemos entonces e imploro una segunda oportunidad. Sé que eres una mujer razonable y, si lo eres con los demás, ¿cómo no serlo conmigo? No puedes negarte. Prométemelo, Macarena.

—No quiero que vuelvas a esta casa, Rober. Ya te lo he dicho.

—No puedes hablar en serio, amor mío. Dime qué quieres que haga y lo haré. Te juro que respetaré las reglas, todas, las que sean, las que tú consideres. Nunca más volveré a presionarte con tu trabajo ni me opondré a tus proyectos profesionales, jamás, créeme, pero no me dejes, Maca, por el amor de Dios.

El fin de semana se convirtió en un infierno. Macarena Barrios tenía la sensación de que los círculos concéntricos de su vida se acercaban cada vez más al fuego eterno y se ahogaba en su propia casa. Durante cuarenta y ocho horas su marido volvió a ser el Doctor Jekyll, y Macarena recordó con nostalgia a aquel novio cautivador y atento de quien se enamoró en Estados Unidos a los veintitantos años, aquel abogado brillante al que idolatraba y con el que se casó profundamente enamorada, además de un padre de libro, al que sus hijos adoraban. Pero ella ya no le amaba, ni siquiera le admiraba. El desprecio y el rencor fueron ganando terreno al amor y al respeto y Macarena sintió una punzada en el costado ante la sola idea de tener que seguir viviendo bajo el mismo techo. Hacía tiempo que la convivencia se había convertido en una de

esas situaciones en las que por más que ganas, siempre estás perdiendo. No hay otra forma de resolverlo, solo la ruptura puede acabar con el calvario.

... Dicen que el amor y el odio no son mundos antagónicos, sino polos opuestos de un mismo campo magnético. Tal vez, como afirmaba Oscar Wilde, «Matamos lo que amamos».

El opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los propios oprimidos.

SIMONE DE BEAUVOIR

Macarena Barrios no recuperó la serenidad hasta el instante mismo en que el avión de su marido despegó con destino a Argentina. Diez mil benditos kilómetros les separarían durante las semanas siguientes. Necesitaba pensar, analizar la situación, tomar decisiones, pero no era el momento. La preparación de su próximo viaje a Estambul y recomponer a sus hijos, que de nuevo sufrían la separación de su padre, tenían prioridad absoluta. El domingo les llevaría al zoo con otras familias de la urbanización. Un plan infantil y divertido que a ella también le vendría bien para distraerse de sus problemas.

El deseo de encontrarse con Alejandro se acrecentaba de día en día. Además de compartir intereses profesionales, a su lado se sentía comprendida. Él era un hombre sensible y templado, hecho a sí mismo gracias a una vasta experiencia. Siempre encontraba las palabras justas para mitigar su angustia e indicarle el camino a seguir cuando todas las calles se mostraban sin salida. Ignoraba lo que el futuro les depararía, pero, en cualquier caso, estaba segura de que no podría olvidarle jamás y le estaría eternamente agradecida por su generosidad y su amparo.

Había tomado la decisión de no contar al diplomático el incidente con su marido. No todavía. De ninguna forma quería que Alejandro se sintiera aún más implicado en sus problemas e, incluso, que cayera en la tentación de coaccionarla respecto a la eventual decisión de una separación. De ser así, se encontraría permanentemente en mitad del fuego cruzado entre las artimañas de Roberto para retenerla y la sutil presión de Alejandro para que se liberase cuanto antes de las garras de aquel matrimonio herido de muerte. En las mañanas, cuando se miraba al espejo y hablaba con su propia imagen, siempre llegaba a la misma conclusión: las decisiones de su vida serían exclusivamente suyas, sin condicionamientos ni hipotecas, salvo las que involucraran a sus hijos. Por eso, no debía precipitarse ni hacer movimiento alguno hasta que el tiempo colocara las cosas en su sitio.

Dejó a los niños en el colegio con la promesa de que se acostarían los tres juntos mientras su padre estuviera de viaje. A ellos les divertía meterse en la

cama con su madre, pero era Macarena la que los necesitaba desesperadamente para combatir la soledad y la tristeza que se apoderaba de ella por las noches. Había descubierto los beneficios de compartir con sus pequeños la dulzura de los últimos momentos del día, los mejores, esos en los que el intervalo placentero entre la vigilia y el sueño aporta serenidad y facilita la comunicación, disfrutando, como en ningún otro momento, del calor del hogar.

Antes de regresar a la sede del partido en Aravaca, tenía previsto pasar por el Congreso para comentar un par de cuestiones con su jefe de filas y entrevistarse con los miembros de su grupo en la Comisión de Igualdad, de los que recabaría información de utilidad para confeccionar el plan legislativo sobre corresponsabilidad y conciliación de cara a la siguiente legislatura. Cuando llegara al despacho, con más tranquilidad, llamaría a Cañizares para concertar una cita. El fotógrafo respondió inmediatamente y quedaron en verse en casa de la diputada a última hora de la tarde.

—Disculpe que le haya citado aquí, pero, dadas las circunstancias, me pareció lo más discreto.

—De todas formas, si le preocupa que puedan seguirla, ya no viene al caso. Tiene usted al enemigo en casa —respondió el periodista con ácido humor.

—Pase y siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—Una Coca-Cola estará bien.

Mientras Macarena iba a la cocina, Cañizares recorrió con la mirada el amplio salón, deteniéndose en las fotografías que salpicaban mesas y estanterías.

—Tiene una casa francamente guapa y unos críos muy chisposos.

—Gracias. Pero vayamos al grano. No dispongo de mucho tiempo.

—De acuerdo. Usted dirá.

—No sabe lo que me ha hecho usted sufrir, pero, curiosamente, nunca le vi como mi enemigo. Estaba enfadada, pero también sé que son otros los que quieren destruirme. Pese a que ha sido usted un irresponsable oportunista, sé que no tiene nada contra mí. Por eso, ni siquiera va a pagar, como merecería su conducta, las consecuencias de su codicia y espero que en su propio pecado lleve la penitencia.

—Entonces, ¿quiere decir que no va usted a denunciarme, señora Barrios?

—Debería hacerlo. Aunque es usted muy joven, tampoco es un niño para desconocer que existe un código ético que ha de presidir todos nuestros actos. Además, según tengo entendido, va usted por ahí descalificando a los políticos y a las instituciones democráticas.

—Perdone, señora Barrios, pero mi ideología política nada tiene que ver con lo sucedido. Asumo mi culpa, pero lo hice solo por dinero. No existen cuestionamientos morales ni de ningún otro tipo en mi comportamiento. Mi

padre está en una residencia de grandes inválidos y, de otro modo, no podría pagar las facturas.

—Discúlpeme usted, señor Cañizares, pero de lo que se trata es de vivir con coherencia. No se puede predicar y a la vez dar trigo, no puede uno manifestarse con virulencia en contra de la injusticia social y la corrupción y después cometer atropellos contra ciudadanos inocentes en nombre de las necesidades económicas. ¿O tal vez es que para usted yo no soy una ciudadana que merece el mismo respeto?

—Yo no he dicho eso.

—Mire, señor Cañizares, tiene usted una confusión mental tres punto cero, pero yo no le he hecho venir para adoctrinarle ni para imponerle una penitencia por haber sido un «chico malo».

—Bueno, ya, pero perdone que insista, ¿va usted a denunciarme? —reiteró la pregunta con cierto desasosiego, ante la imprecisión de la diputada.

—Pues no. No voy a hacerlo. Pero, a cambio, quiero que me ayude a desenmascarar a los culpables. Está usted moralmente obligado, así que empiece a contarme todo lo que sepa al respecto. —Macarena se expresó con determinación.

—Gracias, señora Ba...

—Y deje de llamarme señora Barrios. Me llamo Macarena.

—Ok, Macarena. Verá. Todo comenzó hace unos cinco meses. El contacto de una agencia de detectives, para quien he hecho algún que otro trabajillo como fotógrafo, me advirtió de que alguien andaba buscando un periodista dispuesto a encargarse del seguimiento de una persona relevante y que, como condición irrenunciable, debía tener acceso fácil, a través de alguna agencia de noticias, a colocar los reportajes en medios de comunicación con peso específico. Añadió que serían generosos en la remuneración, precisamente porque no había que tener demasiados escrúpulos.

—Y usted accedió —dijo Macarena, echándose hacia atrás en el sofá.

—Eso es. Dije que sí y esperé más o menos una semana a que me contactaran. Nunca he visto a la persona con la que intercambio la *info*, ni siquiera he escuchado su voz. La comunicación es exclusivamente a través de un correo electrónico que, tengo la impresión, está encriptado. Mi interlocutor firma como Rey de Diamantes y yo como As de Corazones.

—Mira qué bien. ¿Y qué más me puede decir? —preguntó ella intrigada.

—Desde el principio, me hablaron de absoluta confidencialidad y me advirtieron de que, si intentaba hacer averiguaciones sobre la identidad de los contratantes, perdería el trabajo, y el desacato tendría consecuencias nefastas e inmediatas. Según instrucciones, abrí una cuenta al efecto en el banco indicado,

donde recibiría el ingreso de las cantidades establecidas, que serían abonadas regularmente tras finalizar cada fase del trabajo.

—¿Qué banco?

—El Industrial and Commercial Bank of China.

—Interesante. Un banco chino con poca presencia.

Macarena anotaba en una libreta todos aquellos extremos para elaborar una estrategia sin obviar el más mínimo detalle. Cómo echaba de menos a Alejandro en aquellas circunstancias. Seguro que él sabría qué hacer...

—¿Y cuándo empezó usted a trabajar? —disparó Macarena su siguiente pregunta.

—Pues empecé enseguida, porque me dijeron que tenía que buscarle las vueltas. Pillarla en situaciones comprometidas, seguirla a todas partes y fotografiarla con todo tipo de personas que pudieran poner su moral en entredicho. Por ejemplo, relaciones sospechosas con miembros de otros partidos o instituciones que pudieran constituir delitos de corrupción, o líos de cama, de drogas, de alcohol. Todo valía, con tal de desacreditarla —se explicó Víctor sin reparos.

—¿Y qué sucedería si usted no encontraba nada reprochable en mi vida? ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Inventárselo?

—Exacto. A partir del indicio más inconsistente, montaríamos una historia detrás de otra para inculparla de los delitos más peregrinos. Se suponía que usted no iba a aguantar la presión y, acorralada y desprestigiada, abandonaría su trabajo y se refugiaría en su casa y en su familia —concluyó el periodista su relato.

—Es inaudito. Pero ¿quién puede odiarme tanto? ¿Para quién supongo una amenaza tan seria?

—Yo no lo sé, Macarena. Baraje usted todas las opciones. Lo que sí le digo es que, al principio, pensaba que hablábamos de cuestiones políticas. Es decir, torpedear su línea de flotación para hacerles daño a usted y al partido, pero, después, empecé a dudar de tal premisa.

—Dígame, Víctor. ¿Ha trucado usted fotografías? —preguntó Macarena, recordando las que publicó la prensa, abandonando supuestamente la sede municipal madrileña.

—Sí. Por supuesto. He trucado algunas y retocado otras para aumentar el impacto y la verosimilitud de lo que se quería demostrar.

—Perdone que insista —dijo ella, apurando su vaso de agua con limón—. ¿Y su conciencia le permitía dormir tranquilo con todo esto? ¿De verdad que no se le removía nada por dentro? Me pasma su cachaza, Víctor.

—Ya le he dicho que estoy arrepentido...

—O más bien está usted acojonado. Con el corazón en la mano, ¿se habría arrepentido igualmente si no hubiera salido a la luz pública su relación con Nuria Peñalba?

—*Touché*. Me lo pregunto cada día desde que se publicó el reportaje que le costó el cese a Nuria. ¿Sabe? Ella me recriminó muy especialmente que hubiera participado en esa caza de brujas. Tuve que contárselo todo. Ahora me desprecia y no quiere verme, pero, en el fondo, sé que me quiere, como yo la quiero a ella. Estoy destrozado, Macarena. Sé que no tengo derecho a pedirle nada, pero si usted pudiera ayudarme a recuperar a Nuria. Haré cualquier cosa que quiera y estoy seguro de que, si usted me perdona, ella también lo hará.

—Víctor, su desfachatez no tiene límites. Pero, sabe, creo que es usted sincero.

—Entonces, ¿me ayudará?

—¿Se da cuenta de que no solo no le voy a denunciar, como haría cualquiera en mi lugar, sino que le ayudaré a recuperar a su novia? Esto se parece a un guion de Almodóvar —exclamó la diputada con los ojos y las palmas de las manos levantados hacia el techo.

—Gracias, Macarena. Le aseguro que no se arrepentirá. Y cuando usted quiera, les hago a sus niños una buena colección de fotos para que presuma de lo guapos y simpáticos que son.

—Bueno, no se pase, Víctor. Sigamos. ¿Ha recibido alguna noticia desde que se publicaron sus fotografías y cesaron a Nuria?

—No. Y me extraña, porque cualquiera que supiera del asunto relacionaría una cosa con la otra. A no ser que el susodicho no se haya enterado de lo sucedido —apuntó el periodista como una posibilidad a tener en cuenta.

—Raro, ¿no? A no ser que esté fuera de España. Haremos una cosa. Usted manténgase a la espera. Si no está al corriente de lo sucedido, tampoco se lo vamos a contar nosotros. De ser así, pronto volverá a la carga y le encomendará otro trabajito. Si quisiera abandonar, lo lógico sería que se lo comunicara a través de un nuevo correo, ¿no cree?

—Así es. Esperaremos y si no se producen novedades en un tiempo prudencial, pondríamos en marcha el plan B.

—¿Y cuál es ese plan?

—Aún no lo sé. Tendríamos que diseñarlo.

—Estupendo, Víctor. Menudo espía está usted hecho. Y ahora, debe marcharse. Tengo que atender a mis hijos y hacer algunas llamadas.

—Antes de irme, quiero decirle que yo tampoco le guardo rencor por su venganza y no le voy a preguntar a quién contrató para que nos siguiera, porque creo que, en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—Hombre, pues le agradezco la comprensión. Seguimos en contacto, Cañizares, y mañana intentaré mantener una conversación con Nuria.

—Es usted una buena persona y sabe qué le digo, que cuando todo esto se aclare, los medios la calificarán de víctima inocente y aparecerá como una heroína. ¿Y sabe lo que yo haría? Intentaría, al rebufo de lo sucedido, incidir en la necesidad de controlar a los medios de comunicación, con el fin de exigirles responsabilidades por las informaciones que publican.

—No deja usted de sorprenderme, Víctor. ¡Esto parece el mundo al revés! Seguimos en contacto y, si se produce alguna novedad, me lo comunica inmediatamente.

—Descuide, Macarena, hasta pronto.

Los niños la esperaban en la cocina, con sus fichas y cuadernos sobre la mesa. Ella aplaudía y les hizo mucha fiesta mientras escuchaba la lectura de sus primeras palabras y pareció exageradamente asombrada ante la escritura de sus propios nombres. Aquellas semanas en las que Roberto había estado ausente fueron un remanso de paz en casa de los Galván-Barrios. Los niños se mostraron más comprensivos que nunca con las ausencias de su madre, porque después encontraban en ella a una auténtica aliada de juegos y estudios...

... Como todo el mundo, Macarena sabía que cuanto más tiempo dediquen los padres a sus hijos, mejor. Pero el funcionamiento de las sociedades modernas había demostrado que la calidad acumula más beneficios que la cantidad. Ahora podía corroborarlo: no es tan importante cuánto, sino cómo.

Las mujeres, aunque extremadamente visibles como seres sexuales, permanecen invisibles como seres sociales.

MONIQUE WITTIG

Situada privilegiadamente entre dos mundos, Estambul ha sido y es una ciudad acostumbrada a cambiar el curso de la historia. Dicen que la mayoría de las metrópolis de la Antigüedad se conceptualizan como la suma de sus monumentos, pero otras, como Estambul, son mucho más. Heredera del Imperio romano, tras el cisma de Occidente, Constantinopla fue joya de la cristiandad hasta mediados del siglo xv, pero, lejos de eclipsarse, el mito alcanzó su cénit con el Imperio otomano de Solimán el Magnífico.

Hoy es una urbe de belleza inigualable, que vive a caballo entre la tradición y la vanguardia, entre las llamadas a la oración desde los minaretes del casco antiguo, las atronadoras sirenas de los ferris que atraviesan el Bósforo y los gritos de los vendedores ambulantes que anuncian sus productos a pleno pulmón. Bazares, *hamames* y derviches conviven con la gastronomía de fusión, el arte contemporáneo y las tiendas de diseño de sus barrios de moda.

El avión procedente de Madrid aterrizó en el aeropuerto de Atatürk alrededor de las tres de la tarde. Vencida casi la primavera, las altas temperaturas serían ya una constante hasta bien entrado el mes de octubre.

Macarena caminaba entre su compañero Ricardo Casas y su colega y buen amigo Jorge Espinosa. Los tres tiraban con energía de sus respectivos *trolleys* camino de la salida, donde un coche, cortesía de la embajada, les esperaba para recorrer los veintiocho kilómetros que separan el aeródromo internacional de la Estambul europea. Tras casi una hora de viaje, engullidos sin escapatoria por un tráfico infernal, los tres diputados llegaron al hotel, dispuestos a almorzar algo ligero y descansar un rato. La tarde sería bastante *light* y no estaba previsto acto alguno hasta las ocho, en que se inauguraría oficialmente la cumbre y se serviría una cena-cóctel. Veintiocho delegaciones, más los representantes del país anfitrión y observadores de Naciones Unidas tomarían parte en el primer encuentro internacional sobre «La Europa de los refugiados. Un reto histórico».

Alejandro se encontraba en la ciudad desde hacía un par de días supervisando la organización del encuentro, en especial en lo que se refería a la participación

de la delegación española, una de las más nutridas. Todos los representantes se alojarían en el mismo hotel, con lo cual, durante cuarenta y ocho horas, el Osmanhan se evidenciaría como una réplica del Congreso de los Diputados español, pero situado frente a la Mezquita Azul.

Macarena contempló el horizonte desde la terraza porque, más allá del puzle de tejados multicolor abarrotados de antenas parabólicas y aparatos de aire acondicionado, se divisaban las aguas plateadas del majestuoso estrecho del Bósforo, angosto y codiciado canal que comunica el Mediterráneo y el mar Negro.

Le había costado lo indecible reponerse de aquella noche aciaga, marcada por la humillación y la violencia que le infligió su marido. Aunque le había pedido perdón una y mil veces, y jurado otras mil más que nunca volvería a suceder, ella no podía olvidar aquella experiencia que rozaba la violación. Cada vez que la memoria se empeñaba en traerle aquel recuerdo devastador, un escalofrío le recorría el cuerpo y sus ojos se empañaban con las lágrimas del miedo y el dolor, que pugnaban por salir en un ejercicio liberador del espanto y la amargura que experimentaba su alma. Roberto la llamaba desde Buenos Aires varias veces al día. Ella procuraba no contestar escudándose en la dificultad que entrañaba el cambio horario, mientras le pedía a su marido encarecidamente que se abstuviera de telefonar salvo para hablar con los niños.

Mientras participaba en la cumbre de Estambul, los pequeños pasarían el fin de semana en casa de un compañero de Carlos, cuya madre se había ofrecido a quedarse con ellos hasta que Macarena regresara. La verdad es que apenas tenía amigas. El trabajo siempre la había absorbido de tal manera que, poco a poco, se había distanciado de sus amistades de juventud. Afortunadamente, muchas madres conocidas del colegio se ofrecían gustosas a colaborar con la diputada, a la que admiraban y alentaban en su lucha por mejorar la vida familiar de tantos españoles sometidos a jornadas de trabajo maratonianas, difícilmente compatibles con el seguimiento de los hijos.

Su móvil registró la entrada de un mensaje. Alejandro escribía: «Te siento cerca. No veo el momento de abrazarte y contemplar tus ojos del color del ámbar. Hasta muy pronto. Tu embajador». Macarena estrechó el teléfono contra su pecho y respondió con el corazón acelerado: «Espero que después de la cena oficial, me hagas una demostración de diplomacia en exclusiva. Hasta luego. Tu diputada».

Macarena estaba radiante y su imagen era espectacular. Se había maquillado con esmero y el traje de chaqueta color marfil le sentaba como un guante. La melena cobriza peinada con voluminosas ondas competía con el sol anaranjado de la caída de la tarde.

El barrio de Harbiye y, en general, todo el distrito de Sisli, se encontraba bajo fuertes medidas de seguridad, que se hacían más ostensibles a medida que los delegados se iban acercando al centro de congresos, moderno liceo de convenciones habilitado para albergar cumbres y reuniones internacionales. Los embajadores europeos acreditados en Turquía hacían las veces de maestros de ceremonia y recibían, cada uno y por su orden, a las delegaciones de los diferentes países. Alejandro divisó a Macarena incluso antes de que entrara en el vestíbulo y la recibió con una enorme sonrisa. Su mirada y la expresión de su rostro no dejaban resquicio a la duda sobre los sentimientos que experimentaba ante la presencia de aquella mujer que le hacía revivir emociones aparcadas desde que su esposa falleciera.

La sesión inaugural terminó con un cóctel de bienvenida en el que la cordialidad presidió los corrillos de delegados en todo momento. Aunque aparentaba concentración en las conversaciones, Macarena no perdía de vista al embajador, que era pura actividad. Había consultado su reloj disimuladamente tres o cuatro veces durante la última media hora. En un momento dado, Alejandro Rimbau se acercó a su grupo y se colocó junto a ella. Macarena percibió claramente el ya familiar aroma de su colonia y el leve roce de su mano buscando furtivamente la suya. Tras algunos comentarios jocosos sobre el *catering* y aprovechando el ambiente distendido de los presentes, el diplomático se acercó al oído de la diputada española y le habló en modo confidencia: «Eres, probablemente, la mujer más bella de toda la Unión Europea». Macarena enrojeció ligeramente y solo atinó a darle las gracias. Él continuó: «Regresa con todos a tu hotel. A las once en punto te estará esperando mi coche para llevarte al Ulus 29, donde podremos tomar una copa y charlar un rato a solas. Te esperaré impaciente».

El embajador abandonó el grupo y, pocos minutos después, comenzó el éxodo de las delegaciones, cuyos vehículos se batían en retirada en todas direcciones con destino a los diferentes hoteles. La cumbre propiamente dicha comenzaría a las diez horas del día siguiente.

Macarena se despidió de sus compañeros y entró en la habitación. Decidió cambiar el traje sastre por un atuendo menos formal y, mientras se preparaba para volver a salir, tomó conciencia de la excitación que le producía el encuentro con aquel hombre que le inspiraba una atracción innegable. Se sentía como una adolescente en su primera cita.

En un intento por evitar cualquier encuentro comprometedor, decidió no utilizar el ascensor y bajó por la escalera de servicio las cinco plantas que la separaban del *lobby*, desierto a aquella hora. Los dos empleados de la recepción la saludaron con amabilidad y ella les correspondió con una inclinación de

cabeza. Rezó para que el coche estuviera esperándola. De otro modo, tendría que permanecer junto a la entrada, lo que se le antojaba una situación violenta. El conductor diligente se apeó del vehículo para abrirle la puerta, en cuanto Macarena atravesó el umbral y puso un pie en el exterior. Estaba claro que respondía a instrucciones muy precisas.

Se sintió fascinada por el embrujo de la Estambul nocturna. Atravesaron la ciudad con relativa rapidez y cruzaron el puente hacia el lado asiático sobre un Bósforo metalizado, en cuyas quietas aguas se reflejaban las cúpulas doradas de las mezquitas y palacios, brillaban los ventanales de las casitas de madera de ambas orillas y la luz selenita que iluminaba por igual ambos continentes se colaba por el enrejado del puente Gálata, cuya silueta se dibujaba a lo lejos.

Finalmente, llegaron al impresionante complejo del Ulus 29, uno de los lugares de moda visitado asiduamente por la sociedad estambulita más *cool* y por una nutrida clientela internacional. Macarena dejó a un lado el elegante restaurante, que se hallaba aún repleto a aquella hora, atravesó la pista de baile en dirección a la terraza y contuvo la respiración ante la inigualable vista del canal y de la ciudad en todo su esplendor, con el majestuoso puente que une Europa y Asia en primer plano. Alejandro se acercó a ella, aprovechando su ensimismamiento, y la rodeó por los hombros. Macarena apenas reaccionó, salvo para abandonarse sin resistencia al bienestar que experimentaba entre aquellos brazos envolventes. Se miraron en silencio durante unos segundos y se besaron levemente, como si ambos, por el simple hecho de entrar en contacto, temieran romper el hechizo, en un anhelo compartido por congelar la imagen y suspenderse en un tiempo y un espacio en el que se hallaban de prestado. Tomaron asiento y Alejandro pidió dos combinados.

De fondo se alternaban la música del momento con éxitos de décadas anteriores universalmente conocidos. Alejandro tomó entre sus manos la cara de Macarena y la besó de nuevo, ahora con profunda pasión. Ella respondió al estímulo con toda la ternura que había atesorado durante aquellas semanas de separación forzosa, pero el negro recuerdo de su marido y la emoción del reencuentro en aquel paraje incomparable amenazaban con desbordar sus ojos húmedos.

—¡Eh! ¿Qué ocurre, diputada? ¿No irás a llorar? —preguntó él con ternura.

—Perdóname, Alejandro. No es nada, de verdad. Es solo que tenía tantas ganas de verte de nuevo que me he emocionado.

Macarena luchó contra la tentación de desahogar aquella congoja que soportaba en solitario. Afortunadamente, las huellas de la batalla apenas se habían evidenciado en ningún momento y una buena capa de maquillaje y el flequillo estratégicamente colocado sobre la frente, algo amoratada, habían sido

suficientes para evitar miradas o preguntas indiscretas. Como era lógico, no había hablado con nadie sobre el asunto, pero, según pasaba el tiempo, aumentaba su necesidad de compartirlo, de que otras espaldas le ayudaran a llevar aquella pesada carga. Aunque con seguridad supondría un gran alivio, no podía confesárselo a Alejandro. Solo le haría sufrir de rabia e impotencia. Debía seguir ocultándole la verdad hasta que tuviera definitivamente tomadas ciertas decisiones. Y eso no formaba parte de sus planes inmediatos.

—Si supieras lo que te he echado de menos. No te haces una idea —dijo Macarena con las manos de Alejandro entrelazadas.

—Claro que sí. Tengo tu imagen de la primera vez que te vi incorporada a la retina. Es como si me la hubieran injertado y tanto da si cierro los ojos como si los tengo abiertos, siempre te veo.

—¿Y qué vamos a hacer, Alejandro?

—No pienses en futuro, piensa en presente. Vive aquí y ahora, como hacen los orientales, que se aíslan del pasado y del futuro para evitar el daño que les pueda provocar lo ya vivido y eliminar la angustia de lo que es imposible pronosticar. Ya sé que nuestra educación no nos lo pone fácil.

—Es verdad. La incertidumbre de un mañana me impediría disfrutar de tu compañía ahora. Y estos momentos son tan valiosos...

Más distendida, Macarena se entregó a la experiencia que la vida le regalaba a través del amor de Alejandro. Acordaron no hablar de trabajo y solo comentaron, en modo resumen, su encuentro con Cañizares. Ambos coincidieron en el diagnóstico: la cosa empezaba a pintar bien. Rieron y conversaron sobre ellos mismos y su recién nacido mundo común. Los besos, las caricias y las actitudes de afecto que se prodigaron durante toda la velada demostraban la necesidad física que, sin darse apenas cuenta, se instalaba entre los dos.

En un momento dado y reiterando como único obstáculo la dificultad de la situación familiar de Macarena con respecto a la suya de hombre libre, Alejandro insistió en su posición neutral con respecto al amor físico, dejando a criterio de ella cualquier iniciativa al respecto. Macarena se sentía querida y deseada y, por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación de que a su marido ya no le debía nada, ni siquiera fidelidad. Se abrazó a Alejandro con fuerza y le confesó al oído su deseo de intimidad antes de abandonar Turquía. Aquella noche ambos debían descansar para afrontar, al día siguiente, los trabajos de la cumbre frescos y mentalmente ágiles. Ella intervendría ante los delegados alrededor de las doce, pero confesó sentirse tranquila y segura de sí misma. Había preparado su alegato a conciencia, tanto como las respuestas a las posibles réplicas que, con toda probabilidad, le plantearían los sectores comunitarios más reaccionarios. Pero la velada del sábado, con la misión

cumplida, sería solo para los tres: ellos y Estambul.

Ya en el hotel, Macarena preparó atuendo y documentos para el día siguiente sin que se le borrara la sonrisa de la cara. Se sentía eufórica, capaz de enfrentarse a todos los molinos de viento que asaltaran su ruta. Por un momento pensó en todas aquellas mujeres que, a lo largo de la historia, habían roto moldes, se habían jugado incluso la vida por defender sus convicciones, sin retroceder ni un centímetro, y habían hecho grande al género femenino, cambiando el curso de la historia. Ella no aspiraba a tanto, tan solo sumaría su voz a los que clamaban por una Europa más justa y solidaria y lucharía por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores españoles, hombres y mujeres que sufrían las consecuencias de un mundo codicioso y un mercado laboral deshumanizado. Estaba capacitada para ello y no le faltarían los apoyos. Sacaría la fuerza necesaria de sus seres queridos, de su familia, de sus hijos y de Alejandro, un hombre inteligente y un compañero sensible y cariñoso.

A punto estaba de abandonarse al sueño cuando entró un mensaje en su móvil, que mantenía en todo momento operativo cuando viajaba por si sus hijos la necesitaban. Miró la pantalla y comprobó que se trataba de Roberto. Desde luego, no contestaría y menos a aquellas horas, pero algo llamó poderosamente su atención, superando incluso la somnolencia. Encendió la luz y concentró la mirada buscando la anomalía, como en esos pasatiempos en los que se comparan dos dibujos prácticamente iguales y el quid del juego consiste en encontrar las inapreciables diferencias. ¡Bingo! Se trataba del icono de WhatsApp. Roberto había cambiado la foto de su perfil, en la que aparecía con los niños, por otra figura. ¿Y qué era aquello exactamente? Parecía un dibujo o una ilustración. No, era un naipe, la carta de una baraja francesa. Se puso pálida y comenzó a sudar. Volvió a mirar la pantalla de nuevo. No había duda, era...

... El Rey de Diamantes.

La ignorancia de su propia historia de luchas y logros ha sido una de las principales formas de mantener a las mujeres subordinadas.

GERDA LERNER

La baraja francesa, cuyos orígenes se remontan a principios del siglo XV, contiene una singularidad, que no es otra que la incorporación de la figura femenina (la Dame) como símbolo intermedio, cosa que no ocurre con el resto de las barajas europeas. Según algunos estudiosos, la peculiar decisión se debe tanto a la extraordinaria influencia en la historia de las reinas de Francia como a Juana de Arco, la heroína gala por excelencia.

Los cuatro palos, diamantes, corazones, tréboles y picas, tienen su simbología específica. Los diamantes encarnan el dinero, los objetivos materiales y los logros sociales. Por su parte, los corazones representan el amor, la familia y la amistad. Ambos palos son de color rojo, es decir, de signo positivo. En cuanto a los naipes que simbolizan a los cuatro reyes y que contienen la letra R, parecen identificarse con Alejandro Magno para los tréboles, el rey David para las picas, Carlomagno en los corazones y Julio César en los diamantes. Este último se suele representar como un varón rubio con signo de tierra en su carta, un hombre con autoridad, prestigio e influencia, pero también arrogante y de mal carácter, egoísta con sus semejantes y voluble en el amor. Como es bien sabido, el as de todas las barajas, primer naipе de cada palo, simboliza el comienzo y, en el caso de los corazones, tiene que ver con el nacimiento de un nuevo amor o de una férrea amistad. Se identifica con la protección familiar y se revela como un buen augurio para los problemas sentimentales.

Los «alias» de sus hostigadores no parecían elegidos al azar y Macarena, sin conocimientos de cartomancia, bien podría haberse identificado con la reina de tréboles, la gran dama segura de sí misma, con signo de fuego en su carta y alegoría suprema del trabajo, la generosidad y la alegría.

La diputada había leído esta información en Google durante el desayuno, en un afán febril por encontrar un paralelismo entre estas teorías y el cruel comportamiento de su marido. Pero seguía sin dar crédito...

Macarena Barrios detentaba la presidencia de la Comisión Mixta para la Unión Europea en el seno del Parlamento. Por tal motivo sería la encargada de

intervenir en representación de la delegación española. Lo haría en tercer lugar, a continuación de los comisionados de Austria y Francia, es decir, tras el presumible empate técnico entre las dos posturas que, en materia de refugiados, polarizaban y dividían a los estados miembros en dos bloques. A modo de oportunidad conciliadora, la diputada sevillana dispondría de veinte minutos para convencer a sus colegas del virtuosismo del término medio, posición céntrica y equidistante que los parlamentarios españoles habían logrado consensuar como el menos malo de los acuerdos posibles, porque, como aseguraba Macarena al comienzo de su alegato: «A lo largo de los años, la Unión Europea se ha dotado de una legislación absolutamente coherente con el espíritu inspirador de su fundación. Por tanto, en la encrucijada en la que nos encontramos, resulta poco menos que imposible tomar una sola medida sin saltarnos la jurisprudencia comunitaria. De ahí la necesidad de recurrir a Estados de fueros más laxos y la urgencia por alcanzar un acuerdo con Turquía que combine una inequívoca garantía de respeto a los derechos humanos por parte del Gobierno de Ankara y su compromiso con el cumplimiento de la legislación internacional».

—Les recuerdo a sus señorías —prosiguió Macarena su alegato— que, desde que comenzó a agravarse la crisis de los refugiados, hemos celebrado tres consejos europeos, una cumbre extraordinaria sobre inmigración, otra con los países del Mediterráneo y una más con Turquía. Todas ellas han desembocado en celebrados compromisos, pero escasos resultados.

Los europarlamentarios seguían con interés la intervención de la española, que presagiaba una propuesta de solución a partir de una tercera vía.

—La decisión pasa por ser europea y común, evitando a toda costa las decisiones unilaterales, como las que adoptan Bulgaria y Macedonia, con su inflexible política de controles fronterizos, o la república austriaca, intransigente e insolidaria con su socio comunitario, al exigir al Gobierno de Atenas el cumplimiento escrupuloso de la legislación de asilo y refugio. —Macarena se detuvo unos segundos antes de continuar—: Sus señorías son muy conscientes de que el país heleno carga en solitario con la responsabilidad de impedir continuar su camino hacia el corazón del continente a los demandantes de asilo.

El silencio era absoluto y la diputada dirigió su mirada expresamente hacia la delegación francesa, cuyos miembros escuchaban la traducción simultánea a través de los auriculares.

—En el lado opuesto se encuentra el Gobierno francés, que en ningún caso contempla la aceptación de un acuerdo que dé luz verde a las deportaciones a Turquía de refugiados sirios si no se encuadra dentro de un pacto global que incluya la ayuda a Grecia. Para el Gobierno galo, el país heleno es, a fin de

cuentas, el garante de la frontera exterior de la Unión, lo que, en justicia, le hace acreedor del apoyo financiero e institucional de sus socios europeos. — Macarena levantó la vista antes de pronunciar la siguiente frase—: La delegación española valora muy positivamente la solidaridad y la coherencia desplegada por su vecino galo.

La diputada continuó su alegato, uniéndose a las voces de la comunidad internacional que ponían en tela de juicio el calificativo que Turquía había recibido de Europa como «país seguro» con demasiada ligereza, a sabiendas de que la legislación turca era sumamente imprecisa y confusa como para dejar en sus manos la vida y el futuro de cientos de miles de personas. Mientras tanto, la situación de Grecia podía mudar en dramática, ante el inminente hacinamiento de decenas de miles de personas en la linde con Macedonia, si la ruta terrestre se cerraba definitivamente.

—Finalmente —concluyó Macarena con cierto matiz de cansancio—, apelo a la responsabilidad de sus señorías para consensuar un acuerdo basado en la solidaridad y el respeto a los derechos humanos, y cierro esta alocución advirtiendo a la Unión Europea del riesgo que encierra «vender el alma al diablo» y perder la dignidad como ciudadanos libres y democráticos si se incumple la legalidad internacional, permitiendo las devoluciones en masa o consintiendo la vulneración de las más elementales garantías humanitarias. Muchas gracias.

La cerrada ovación se prolongó durante un minuto largo y, aunque con la lógica excepción de la delegación turca y de los socios más reaccionarios, la mayoría de los participantes consideró muy acertada la propuesta arbitrada por la delegación española, calificando de valiente y rotunda la intervención de la diputada encargada de su defensa.

Macarena abandonó el estrado y se dirigió con paso firme y gesto grave hacia el lugar que le correspondía, recibiendo la sincera felicitación de cuantos delegados suscribían los mismos planteamientos. A pesar de la satisfacción que experimentaba, le costaba mantener la cabeza fría y el cien por cien de la atención en la cumbre. Miró hacia atrás, buscando la complacencia de Alejandro, cuya expresión de felicidad y orgullo era buena prueba de la admiración que, además del enamoramiento, sentía por ella.

Durante las siguientes intervenciones, ella se mostró ausente, tanto que, en un momento dado, abandonó la sala para llamar a sus hijos. Necesitaba escuchar sus voces cantarinas y decirles cuantísimo les quería. La sospecha de la participación de Roberto en el acoso implacable que había sufrido durante meses planeaba sobre su cabeza como un pájaro de mal agüero. No paraba de darle vueltas al tema y lo que, en un principio, le pareció una idea descabellada, después fue

tomando cuerpo con claros visos de realidad. Comenzó a atar cabos y a entender ciertas actitudes en su marido, incluido el brote de inusitada violencia, si daba por buena la teoría de su responsabilidad integral en aquella maniobra más propia de una organización mafiosa que de quien decía amarla más que nadie en el mundo. Pero ¿realmente Roberto quería destruirla o lo que en verdad perseguía no era más que su retirada del ruedo político? ¿En serio había sido capaz de urdir toda aquella trama, que incluso le había autocomprometido profesionalmente, con tal de doblegar a su compañera y conseguir que renunciara a sus sueños? ¿Y si tampoco era cierta su sospecha de adulterio y los celos de Roberto no habían sido más que una representación? ¿Podría ser que hubiera estado durmiendo con su enemigo durante años? No es un tópico que la realidad supere a la ficción en tantas ocasiones, y aquellas preguntas le golpeaban las sienes y le partían el alma.

Necesitaba salir de allí. Alegó una indisposición y delegó el voto en su compañero Ricardo Casas. Al fin y al cabo, ella ya había cumplido y con solvencia. Al pasar por la bancada diplomática, le hizo una seña a Alejandro anunciándole que en breve le daría una explicación. Él se mostró intranquilo.

¡Por fin un poco de aire fresco! Una vez en el exterior, se dirigió hacia el centro siguiendo la estela de cientos de despreocupados turistas, hasta desembocar en la plaza de Sultanahmet, uno de los puntos más elevados de la ciudad, donde se encuentra *Ayasofya*, o Santa Sofía, que domina la silueta de Estambul como una poderosa ciudadela. Macarena decidió entrar. Se cubrió la cabeza con un pañuelo que sacó de su bolso y dejó los zapatos a la entrada como cualquier visitante.

Una vez en su interior, se sintió sobrecogida ante las dimensiones de la sala principal, la iluminación difusa, las columnas monolíticas y los enormes medallones decorativos, seña de identidad de este lugar histórico. Después de recorrer la primera planta, subió con recogimiento por la escalera que asciende al segundo piso, donde se encuentran los mosaicos cristianos que representan al emperador Constantino y a la emperatriz Zoe adorando a Cristo. La diputada se asomó a la baranda circular desde donde se contempla, en toda su dimensión, la magnitud de esta obra única. Aquel lugar se convirtió por unos instantes en una potente lupa que multiplicó por mil las emociones que inundaban su atribulado corazón. Y lloró, en un rincón, en silencio, sin oponer resistencia al desbordamiento liberador de la amargura que la invadía.

Después, más calmada, decidió tomar un refresco y se sentó en la terraza de una cafetería cercana. Ya no podía seguir ocultándolo. Confiaría en Alejandro y le explicaría la gravedad de la situación. Le puso un mensaje tranquilizador y le prometió que estaría de nuevo en el centro de convenciones para la foto de

familia y la clausura del encuentro. Tenía que sobreponerse porque, de otro modo, su actitud daría que hablar.

Lo primero que debía hacer era verificar los términos de sus sospechas y, de confirmarse la diabólica teoría, planificar su respuesta con el fin de afrontar una situación para la que en absoluto estaba preparada. Roberto regresaría a casa pasadas tres o cuatro semanas y, para entonces, ella debía no solo haber contrastado su hipótesis, sino tener diseñada una estrategia para enfrentarse a su agresor. ¡Le costaba tanto creerlo! Por fin, regresó a la reunión.

Los trabajos de la cumbre terminaron y las delegaciones fueron abandonando lentamente el centro de convenciones. El primer ministro de Turquía, como país anfitrión, se encargó de la despedida protocolaria y el presidente de la Comisión Europea, del agradecimiento a las delegaciones por su asistencia y por la calidad de sus trabajos, haciendo mención expresa a España por su especial contribución al encuentro.

Por fin, Macarena y Alejandro subieron juntos al coche para dirigirse al hotel del embajador, donde cenarían en la tranquilidad de la habitación y dispondrían de tiempo e intimidad para conversar con calma. Abrumada por los acontecimientos, Macarena buscó el abrazo del diplomático, que aún desconocía los extremos de la película de terror en la que se había convertido la vida de la diputada. Apoyada en la barandilla de la terraza, desde la que se contemplaba una estampa digna de las mil y una noches, ella se fue liberando del yugo que arrastraba y descargó toda la rabia y el dolor acumulados.

—Y eso es todo, Alejandro. Aunque viviera mil años, jamás habría podido imaginar que Roberto fuera un maltratador. Y lo peor es que aún no sé si fue algo espontáneo o lo tenía planeado maquiavélicamente.

—¡Malnacido! ¡Miserable, hijo de...! Si te vuelve a poner una mano encima... —exclamó Alejandro, intentando recuperar la actitud atemperada que la situación demandaba.

Pero lo cierto era que el embajador sufría como un perro imaginando la vileza de un marido que, obsesionado por destruir a su mujer, había sido capaz de llegar al maltrato y la humillación.

—Pocas dudas pueden haber ya. Roberto es el Rey de Diamantes y el responsable de cuanto ha sucedido —concluyó Macarena con rotundidad.

—De todas formas, hemos de estar seguros, Maca, y trazar un plan para desenmascarar a Roberto, sin que se percate de que ha caído de lleno en la trampa. Creo que se me está ocurriendo una idea.

Aunque Macarena apenas había probado bocado, al menos recuperó la calma y Alejandro, el sosiego al verla a ella más tranquila. Él derrochó ternura durante toda la noche y no paró de ensalzar, una y otra vez, el pundonor y la dignidad

que la diputada había mantenido en todo momento, enfrentándose en soledad a la prueba más lacerante e injusta que una mujer ha de soportar. Y, como en el circo, el más difícil todavía: ser capaz de aparcar los problemas personales para afrontar la responsabilidad profesional que el momento político le exigía. Alejandro consiguió, con su generosidad y su cariño, que Macarena no cerrara en falso aquel día complicado.

La brisa salada del Bósforo se colaba por el balcón abierto de par en par y la tenue luz de una lejana luna nueva sumía al dormitorio en una penumbra de intimidad y placidez. El escenario se convirtió en un lugar seguro para una Macarena humillada y confundida, que se abandonó sin oponer resistencia a la delicada pasión de Alejandro. Y se dejó hacer. Dulce y paciente, el diplomático la cubrió de besos y caricias, mientras repetía su nombre una y otra vez. Sus manos exploraron mutuamente los cuerpos con avidez, pero sin premura, torpes en el inicio, diestras después, llegando al clímax del deseo fundiéndose en un solo ser.

... Aquella noche de mediados de junio, en la Estambul de los sueños y las leyendas, Macarena y Alejandro se ahogaron juntos en el amor más sublime.

Todas las desgracias del mundo provienen del olvido y el desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescindibles de ser mujer.

FLORA TRISTÁN

Aquel era uno de esos días de primeros de junio en los que amanece con cielos cubiertos y altas temperaturas. El pronóstico: sensación térmica bochornosa y nubes de evolución que descargarían en la segunda mitad del día a modo de tormenta tropical, para volver, casi de inmediato, a la plúmbea calima y la sensación agobiante.

La noticia, aunque no por esperada menos sorprendente, saltó a los medios de comunicación como la protagonista de la actualidad. Nunca antes en la historia democrática de España se habían tenido que repetir unos comicios ante la imposibilidad de investir a un candidato a la jefatura del Ejecutivo. Por tal motivo y agotado el plazo previsto por la Constitución, el rey firmó el decreto de disolución de las Cortes y convocó nuevas elecciones generales, con el refrendo del presidente del Congreso de los Diputados. En aquellas extrañas circunstancias, también la fórmula fue novedosa, puesto que el presidente del Gobierno ejercía en funciones desde hacía cinco meses.

Todos los partidos y formaciones políticas, sin excepción, prepararon sus estrategias para intentar captar el voto de los que aún permanecían en el limbo de la indecisión o de los recién arrepentidos, cuyo sufragio, en la nueva convocatoria, bien podía cambiar de signo.

Macarena Barrios y todo su equipo se lanzaron entonces a una andanada sin precedentes, teniendo en cuenta que los sondeos vaticinaban a las filas moderadas, en aquella segunda ronda, el mantenimiento proporcional de votos y escaños sin ninguna dificultad. El objetivo, por tanto, se centraba en conseguir apoyos nuevos, con una campaña que implicara especialmente a las españolas en un proyecto legislativo laboral y social con evidentes ventajas en las condiciones de vida de las familias, así como la implantación de planes de igualdad en las organizaciones laborales. Estas reivindicaciones, ya clásicas, llevaban implícitas la reorganización de las jornadas laborales y la modificación de los roles tradicionales de mujeres y hombres respecto a su participación en la familia, el hogar y el trabajo. Todo un reto.

A partir de la fecha, dispondrían de ocho semanas para desplegar una estrategia que acaparase la atención del electorado, que volviera a ilusionar a los ciudadanos, tan necesitados de una luz al final del túnel. Los españoles estaban hartos de programas electorales que nunca se cumplían y de promesas quebrantadas en aras de una hipotética cuota de cesión de soberanía a Bruselas como miembros de la Unión, tanto si era verdad como si no lo era. Por primera vez en mucho tiempo, reivindicaciones como la igualdad y la conciliación podrían contar con un margen de maniobra más amplio para gestionarlos a partir de una legislación laboral exclusivamente española. Se trataba, sin duda, de un auténtico hito histórico.

Una maravillosa noche en Estambul y el alborozado recibimiento de los niños al llegar a casa fueron el mejor ansiolítico para aliviar la congoja que Macarena arrastraba como una pesada losa desde hacía cuarenta y ocho horas. Ahora, el horizonte de un nuevo día cargado de acontecimientos y emociones se abría paso ante ella como una realidad inexorable que merecía la pena vivir.

Aunque había llegado al despacho temprano, sus colaboradoras trabajaban a buen ritmo desde hacía rato. Estaban tan involucradas en el proyecto que, en más de una ocasión, Macarena había tenido que ponerse firme y exigirles, textualmente, que apagarán los ordenadores y se fueran a casa. Julia y Ángela no solo eran eficaces asistentes, sino también dos amigas que habían ascendido a la categoría de imprescindibles.

Repasaron los mensajes y la agenda de los días siguientes. Entre las llamadas pendientes, Nuria Peñalba y Víctor Cañizares. Julia escudriñó la cara de su jefa ante el anuncio, en la seguridad de que si había algo que la atormentaba, tenía que ver con aquellos dos. Macarena hablaría con ellos más tarde. Antes debía preparar el informe sobre la cumbre de Estambul para presentárselo a la comisión, lo que la llevaría al Congreso de los Diputados después del almuerzo. De paso, intentaría ver a Carretero. Hacía días que no hablaban y le urgía concretar ciertos flecos y consultarle algunas iniciativas, entre ellas, la posible ampliación de su equipo. De otro modo, no llegarían al final de la campaña con los objetivos cumplidos.

—A ver, ¿pero es que aquí nadie tiene hambre? —preguntó Macarena, recibiendo como respuesta vehementes afirmaciones—. Vamos, os invito a comer. Tengo algo que contaros.

Las tres se dirigieron calle abajo hasta dar con uno de los establecimientos más antiguos de Aravaca. Saludaron al dueño con familiaridad y se sentaron en una de las mesas más alejadas de la barra, donde algunos parroquianos tomaban el aperitivo o picaban algo antes de continuar la jornada.

—¿Qué ocurre, Maca? —preguntó Julia, incapaz de esperar más.

—Veréis. Podría ser que, durante las próximas semanas, surgieran informaciones o se extendieran rumores que, aunque estén relacionados con mi vida privada, son susceptibles de contaminar la campaña e incidir negativamente en nuestro trabajo. Incluso cabe la posibilidad de que algunos medios intenten confirmar ciertos extremos a través de vosotras.

—Perdona que te interrumpa, pero ¿lo que nos vas a contar tiene que ver con esos dos? —interrogó Julia muy directa.

—¿Con quiénes? —respondió Macarena con otra pregunta.

—Con Víctor Cañizares y Nuria Peñalba.

—En cierto modo —confirmó la diputada.

—Lo sabía. Estaba segura de que había gato encerrado en todo esto —concluyó Julia, acompañando el razonamiento con una contundente palmada en la mesa.

Macarena relató, sin prisa pero sin pausa, la manera en la que, casi por casualidad, había descubierto la identidad de aquel tanque acorazado e implacable que durante meses había tratado de echarla del camino. Les explicó el papel que el periodista Cañizares había interpretado en la partida y las consecuencias que para Nuria Peñalba había tenido aquello. También, de qué manera la asesora liberal, sin sospecharlo, había sido clave para destapar el tinglado.

Julia y Ángela ni pestañeaban, escuchando aquel argumento de película de intriga, hasta que la trama llegó a su punto álgido. Macarena pasó de puntillas por la noche de los malos tratos, haciendo auténticos esfuerzos para que su voz no se quebrara. Les habló también de su relación con Alejandro y de la revelación inesperada, durante la cumbre de Estambul, de la identidad de su marido como ideólogo y responsable máximo de aquella artimaña incalificable.

—Y eso es todo. No quiero secretos. Prefiero que estéis preparadas para lo que pueda surgir. Valoro vuestro trabajo, pero también os necesito a mi lado. No me sobran las amigas y no sé si voy a poder con esto sola. Imaginad cómo me siento —terminó Macarena la narración, sin haber comido gran cosa.

—¡Qué fuerte! —dijo Julia en primer lugar, a falta de razonamiento alternativo—. Y todo para obligarte a abandonar.

—Hay hombres capaces de las mayores aberraciones en nombre del amor —añadió Ángela—. ¡Enfermos!

—¿Y qué piensas hacer? —volvió a hablar Julia sin rodeos.

—Acabar con él. Jamás podré perdonarle.

—¿Y el embajador? —interrogó Ángela.

—Es un caballero. Un hombre íntegro. Ha sido mi único apoyo durante todo este tiempo. Gracias a él descubrí la treta de Cañizares y ahora estoy en

condiciones de dar la vuelta a la situación. Pero hay algo más.

—¿Aún más? —se sorprendió Julia.

—Sí. Hasta ahora no había sido capaz de procesarlo. Un mecanismo involuntario bloqueaba el recuerdo cada vez que mi memoria volvía a hurgar en la noche en que Rober me pegó. —Macarena se sirvió agua y bebió con fruición—. A la mañana siguiente, cuando entré en el dormitorio, mi marido hablaba con alguien por teléfono. No me es posible aventurar quién era su interlocutor, pero, por el contenido del diálogo, no me cabe duda de que estaba al corriente de todo. Por supuesto, le pregunté, pero él desvió la conversación sin responder.

—¿Estás queriendo decir que hay más gente implicada? —exclamó Julia, tapándose la boca con la mano.

—Exacto. Y no pararé hasta averiguar de quién se trata —argumentó Macarena convencida—. Ahora seré yo la que utilice a Cañizares. Es decir, cuando Rober regrese, el fotógrafo será su sombra y me informará en exclusiva de cuanto haga. Adónde va, con quién se entrevista, cuándo come y cuántas veces visita el baño. Quiero estar al tanto de cada uno de sus pasos.

—Pues cuenta con nosotras a muerte, Maca. Y hablo por las dos —dijo Ángela, mirando a Julia con complicidad.

—Lo sé y os lo agradezco. Y ahora quiero consultaros otro asunto. ¿Qué os parecería incorporar al equipo a Nuria Peñalba? ¿Sabéis? Creo que se lo debo. Si mi marido no hubiera urdido esta retorcida trama, Nuria no habría perdido su trabajo. Tiene una hija pequeña y creo honradamente que encaja a la perfección en el perfil que necesitamos. También ha pasado lo suyo para salir adelante sola y, conociendo su trayectoria política, no veo dificultad para que abrace nuestro programa sin mayores impedimentos. Entendedme, chicas. Es mi conciencia la que habla.

—Yo te entiendo, Maca, pero tú no le debes nada. Su novio es el único responsable de su desgracia. Cada palo que aguante su vela. Es así de fácil.

—Bueno, Julia. Comprendo tus reparos, pero me siento en deuda con esa mujer. Si no me hubiera enviado aquellas fotos, probablemente nunca habría llegado hasta Cañizares. Ella también ha vivido engañada... como yo. ¿No creéis que merece una oportunidad?

Julia y Ángela se miraron sin argumentos.

—La verdad es que dos manos más nos vendrían de maravilla —concluyó Julia condescendiente.

—Muchas gracias. Hablaré con Fernando esta misma tarde.

Regresaron al despacho con el sentimiento de equipo en su punto álgido. Julia y Ángela dispuestas a todo por proteger a su jefa y Macarena con el espíritu más sereno y la correspondiente dosis de alivio que supone compartir la desdicha.

La diputada llegó a las Cortes y, mientras esperaba en el semáforo para cruzar la calle, admiró a Daoíz y Velarde, los leones mesopotámicos de bronce que flanquean el pórtico de seis columnas, fachada principal de la Cámara Baja. No cabía duda de que eran unos ejemplares magníficos. Una vez dentro, continuó abducida por la historia del edificio y sus secretos. De repente, recordó que, si rodeaba la escultura de Isabel II, se tropezaría con el primer gran misterio del palacete: una puerta semisecreta, que da acceso a los sótanos. Existen cientos de leyendas sobre el subsuelo del Congreso. La más conocida hace referencia a una red de túneles que conectan el edificio con el hotel Palace, la iglesia de los Jerónimos, el monasterio de las Descalzas Reales y el Palacio Real. La intriga se sobredimensionó cuando aparecieron dos esqueletos antiquísimos en el transcurso de unas obras de acondicionamiento en los bajos del hemiciclo.

Macarena continuó avanzando hacia el grupo parlamentario y atravesó el salón de conferencias, también llamado de los Pasos Perdidos, pieza de intersección entre el vestíbulo y el hemiciclo. Antes de abandonar la estancia, la diputada tuvo la sensación de hacer, casi a diario, un auténtico recorrido por la historia.

Fernando Carretero parecía estar muy ocupado, así que regresaría más tarde, después de la reunión de la comisión. La satisfacción era la tónica general respecto de los resultados de la cumbre y del buen papel desempeñado por la delegación española, mérito, casi en exclusiva, de su presidenta, la diputada Macarena Barrios.

Dos horas después, Carretero seguía sin poder atenderla. ¡Qué extraño! Estando en su despacho, jamás la hizo esperar más allá de unos minutos. Ante la tajante negativa, Macarena regresó a Aravaca y se puso en contacto con los encargados de las contrataciones en campaña. No había tiempo para postergar decisiones, teniendo en cuenta que en aquellos días se llevaban a cabo el cien por cien de los fichajes para las tareas relacionadas con la cita electoral. Los compañeros de recursos humanos quedaron en darle respuesta en veinticuatro horas.

Ya solo faltaba conocer la opinión de la interesada. Sin más dilación, se puso en contacto con Nuria Peñalba.

—Hola, Nuria. ¿Qué tal te va?

—Gracias por responder a mi llamada, Macarena. No sabes lo que significa para mí que no me guardes rencor.

—Tú no has hecho nada. Eres otra víctima, igual que yo.

—Tienes razón. Así que imaginarás cuál fue mi reacción al enterarme del tipo de actividades a las que Víctor se dedicaba para conseguir dinero. ¿Será posible? Con la cantidad de reproches que me he tenido que tragar sobre la catadura

moral de los políticos...

—La vida te da sorpresas, Nuria. Y entiendo tu decepción, pero me consta que Víctor está arrepentido y no se perdona haber hecho daño a personas inocentes y, sobre todo, haber sido el causante de tu despido. Así me lo dijo durante la conversación que mantuvimos en mi casa.

—¿Me estás queriendo decir que Víctor y tú..., que ha estado en tu casa, dices?

—Sí. Creí que lo sabrías. —Macarena no imaginaba tal grado de distanciamiento.

—Pues no, la verdad. No contesto a sus llamadas y tengo bloqueados sus mensajes.

—Verás. Víctor quería pedirme perdón y lo cité en mi casa. Estaba muy arrepentido y se ofreció para ayudarme a desenmascarar a sus «clientes». Me contó todo lo que sabía. Pienso que era sincero, Nuria. Yo le creí. Está destrozado por el daño que te ha causado y no sabe qué hacer para que vuelvas a confiar en él. ¿Si te digo una cosa, quedará entre nosotras?

—Claro, Macarena —dijo Nuria bajando la mirada.

—Me pidió ayuda para recuperarte. Y, en el colmo del absurdo, yo accedí.

—¡Vaya! ¡Qué curioso! ¿Sabes? Desde muy pequeña me enseñaron que debemos asumir las consecuencias de nuestros actos. Y ya ves que así lo he hecho siempre. No se puede, a la vez, predicar y dar trigo.

—Te entiendo, compañera, pero Víctor te quiere, te quiere de verdad y adora a tu hija. Sí. Es cierto. Cometió un error, pero ¿quién de nosotros puede tirar la primera piedra? ¿Te has planteado alguna vez qué pasaría si tu hija, pasado el tiempo, te acusara de haber sido una persona débil e incluso te achacara motivaciones menos benevolentes como causa directa de haber tenido que vivir una infancia privada de un padre al uso?

—No sé. La verdad. Estoy confundida...

—Pues te aconsejo que vayas aclarándote, porque nuestras decisiones pueden tener consecuencias en el futuro que no somos capaces de imaginar cuando las tomamos. Hazme caso, Nuria, y medita sobre todo esto.

—¿Y crees que Víctor está en disposición de averiguar quién quiere hacerte daño? Él me juró que lo desconocía. Según me explicó, le advirtieron sobre las consecuencias de hacer indagaciones y, dadas las circunstancias, no creo que ahora sea capaz de conseguirlo —cuestionó Nuria la estrategia de la diputada.

—No hace falta. Ya lo he averiguado yo.

—¿Quieres decir que ya sabes quién es el verdugo que quiere cortarte la cabeza? —preguntó la muchacha con estupor.

—Exacto. Ese verdugo es mi marido.

—¿Qué? ¿Cómo has dicho? Macarena, ¿estás segura?

—Prácticamente. Pero necesito a Víctor para confirmarlo. Aún no he podido decírselo. Lo he sabido este fin de semana, mientras participaba en la cumbre de Estambul.

—Dios mío. Me has dejado helada. ¿Y qué piensas hacer? —dijo Nuria, sujetándose a la silla más cercana.

—Jugar con sus mismas cartas. Desenmascararle, hundirle, obligarle a abandonar. Privarle de una familia que, según va cacareando por ahí, es lo más importante que tiene en la vida. Huelga decir que, de no acatar mis condiciones, le destruiré sin miramientos. Le quiero lejos, Nuria, de mí y de mis hijos, o haré públicas ciertas facetas delictivas que estarían muy mal vistas en un paladín de la justicia. ¡Qué dirían, si se enteraran de sus pecadillos, los socios de rancio abolengo de su afamado despacho!

—Solo se me ocurre ponerme a tu disposición si puedo serte útil.

—Puedes serlo. Te he llamado para ofrecerte la posibilidad de trabajar conmigo. Necesito a alguien con tu experiencia en el manejo de los ruedos políticos y mediáticos. Los moderados vamos a presentar un ambicioso programa electoral para los próximos cuatro años, que se basará en la conquista definitiva de la igualdad real y de la auténtica conciliación de la vida familiar y laboral. Un desafío social sin precedentes —dijo la diputada a modo de lección aprendida.

—No puedo creerlo. Eres mi salvadora. Yo te había llamado para rogarte ayuda. Necesito trabajar, Macarena. Y si encima es contigo, no sé qué... decir..., esto es... mucho más de lo que podía esperar. —Y Nuria se derrumbó en un mar de lágrimas, tan incrédula como agradecida.

—Venga, mujer, no llores. Ideológicamente no veo incompatibilidad alguna y, aunque no creo que haya problemas, no podré confirmártelo hasta mañana. Por mi parte, nada me complacería más que contar contigo en mi equipo. Ya conocerás al resto, pero te adelanto que Julia y Ángela pertenecen al gremio de militantes comprometidas hasta el tuétano y dos máquinas trabajando. Si me dan luz verde, quiero que nos reunamos para que te pongas al día cuanto antes. Ya sabes que disponemos de tiempo limitado.

—No sé cómo darte las gracias, Macarena.

—Te puedo dar una pista. Vivirás sin aliento durante las próximas semanas, porque, si lo conseguimos, estaremos en disposición de hacer historia.

—Imagino cuál será la estrategia —caviló Nuria.

—Como todos sabemos, los sondeos auguran una victoria de los liberales por un estrecho margen. Ello les obligará a buscar socios para formar Gobierno y ahí es donde entramos nosotros. Si quieren sumar escaños, será condición necesaria

la incorporación de nuestros planes de igualdad y conciliación en el programa de Gobierno de los próximos cuatro años. Es innegociable.

—Te apuntarías un tanto de antología. Siempre pensé que una sociedad que progresa no puede hacerlo a costa del sacrificio de la mitad de su población —sentenció Nuria con mucha seguridad.

—Eso es. Se trata de trabajar por un nuevo orden social y económico.

—Pues, ¿sabes qué te digo, Macarena? Que es el mejor proyecto de cuantos han pasado por mis manos desde hace mucho tiempo. Te felicito de corazón y, desde ya, te adelanto que será un honor trabajar a tus órdenes. Gracias de nuevo por esta oportunidad —dijo Nuria, con un tono de entusiasmo y de agradecimiento en su voz.

—Que así sea. Y ahora debo dejarte, Nuria. Aún tengo un millón de cosas que hacer. Continuaremos esta conversación.

... La hora de la verdad había llegado y Macarena Barrios se sentía más diputada que nunca.

Nuestros hombres creen que ganar dinero y dar órdenes son las bases del poder. No creen que el poder esté en las manos de una mujer que da a luz y cuida de todos durante todo el día.

MALALA YOUSAFZAI

Encuentros con organizaciones empresariales y académicas, visitas a centros formativos y colegios profesionales, charlas en federaciones laborales y asociaciones vecinales, mítines en centros municipales y parques públicos, entrevistas y ruedas de prensa para medios de comunicación de diferentes tendencias y un largo etcétera salpicaban la agenda de Macarena Barrios en una movilización sin precedentes. Durante la semana, procuraba evitar las cenas fuera de casa, mientras que los sábados y domingos se llevaba a los niños a los actos de campaña. Ellos disfrutaban con el viaje, el bullicio, el *merchandising*, y se sabían de memoria los eslóganes y el himno del partido. Cuando su madre aparecía en los mítines aplaudían a rabiar y les encantaba que los nombrase durante sus discursos. La gente prorrumpía en aplausos y les hacían saludar.

A pesar de sus agotadoras jornadas, Macarena se sentía satisfecha, controlaba su trabajo y su vida. La respuesta de la ciudadanía superaba las expectativas según avanzaba la campaña. El efecto llamada funcionaba mejor que bien y llenaba a rebosar los espacios en los que intervenía.

Durante un coloquio en la Autónoma de Madrid, en el que participaban representantes de todos los sectores de la comunidad académica, un grupo de estudiantes comenzó a corear su nombre. A los pocos minutos todos los presentes gritaban «Presidenta, presidenta» y Macarena, estupefacta y sobrepasada por los acontecimientos, se vio obligada a cerrar el acto de manera precipitada. Al día siguiente, la prensa recogió ampliamente lo sucedido, mientras algunos medios, girando la tuerca una vuelta más, incluían artículos de opinión y editoriales sobre la figura de la diputada y su capacidad para llegar a los votantes con mensajes sencillos, únicos capaces de calar en una sociedad que incluía a su clase política en el catálogo de sus problemas.

Macarena no dejaba de recibir felicitaciones y alabanzas. Alejandro le hizo llegar el ramo de rosas más grande que había visto en su vida. El entusiasmo se contagiaba entre militantes y simpatizantes más deprisa que la gripe, como

consecuencia de los sondeos periódicos que hablaban de un incremento significativo en intención de voto, con respecto a la convocatoria anterior. Y la responsable de aquel éxito en ciernes no era otra que la diputada Barrios y su peculiar forma de hacer política.

Víctor Cañizares había insistido en hablar con ella y, aunque en aquellos días le resultaba casi imposible encontrar hueco para otra cosa que no fuera la campaña, había pensado en cenar en casa con el periodista como mejor opción para intercambiar información. Por teléfono, no parecía recomendable. De repente, se le ocurrió una gran idea. Invitaría también a Nuria e intentaría que ambos jóvenes, aprovechando el encuentro en terreno neutral, contemplaran la posibilidad, al menos, de enterrar el hacha de guerra. De ninguna manera se trataba de una encerrona, sería sincera y les advertiría previamente de su plan. Como había imaginado, el júbilo que sin ningún pudor manifestó Víctor ante la iniciativa se reveló directamente proporcional al desagrado que exhibió Nuria cuando lo supo. Intentaría convencer a la muchacha en los días siguientes y si, finalmente, no aceptaba la invitación, volvería a la carga en Barcelona, adonde tenían previsto viajar el fin de semana.

La buena de Mariana llevaba días lamentándose de que la potencia contratada con la compañía de la luz era insuficiente y que, día sí y día también, saltaban los plomos en cuanto ponía en funcionamiento varios electrodomésticos a la vez o entraba en acción el riego automático a la hora de bañar a los niños y preparar la cena. Tenía razón y Macarena le prometió solucionarlo sin falta aquella misma semana. Tenía que buscar el contrato para poder hacer el cambio de voltaje y, en cuanto los niños se acostaron, se dirigió al despacho de Roberto, donde se guardaban todos los papeles y documentos relacionados con las cuestiones domésticas. Revisó varias carpetas y husmeó por las estanterías sin dar con la escritura. Intentó abrir los cajones de la mesa, pero estaban cerrados. ¡Qué extraño! Era la primera vez que veía clausurada aquella mesa. ¿Dónde guardaría Roberto las llaves? Decidió preguntar a Mariana.

—Sí, señora. Levante usted el cuadro del lago y en la esquina de abajo a la derecha las encontrará apoyadas. Disculpe usted, pero las veo cuando limpio.

Efectivamente, las llaves descansaban ocultas detrás del mencionado cuadro. Introdujo la más larga en el bombín y, con un simple cuarto de vuelta, saltaron las cerraduras. Se sentó en el sillón giratorio para estar más cómoda y abrió el primer cajón. Allí no estaban los documentos que buscaba. Abrió el segundo y levantó una carpeta bastante voluminosa con informes del despacho de Roberto. Debajo, había otro dossier con las tapas blancas y un rótulo en el frontal, escrito con grandes letras rojas: Rey de Diamantes. Macarena lo sacó del cajón y lo puso sobre la mesa. Durante varios segundos lo contempló hipnotizada sin

atreverse a abrirlo. Se echó hacia atrás y apoyó la columna en el respaldo. Le temblaban las manos y su corazón latía desbocado. En ese instante, sonó el teléfono y, segundos después, apareció Mariana en el quicio de la puerta, alargándole un receptor inalámbrico.

—Señora..., es su esposo.

Macarena se sintió desfallecer y percibió el recorrido completo de una arcada que nacía en la boca del estómago y le quemaba el esófago. El pulso se le aceleró y no atinaba a articular las palabras.

—¿Qué ocurre, Maca? ¿Es que no te alegras de oírme? —Las palabras de Roberto rezumaban falsedad y sarcasmo.

—¿Qué quieres, Rober? A estas horas los niños ya están acostados.

—No es con los niños con quienes quería hablar. Deseaba felicitar a mi mujercita por su éxito político. Carretero debe de estar bien contento... ¿o no? ¿A ver si va a sentir celos de tu carisma y tu poderío para manejar a las masas?

—Sería absurdo. Yo solo soy un peón... —Macarena solo pensaba en terminar la conversación.

—No seas modesta, querida. De sobra sabes que eres mucho más que eso. Tanto que, de seguir así, acabarás por hacer trizas el frágil liderazgo de tu jefe.

—Me limito a hacer mi trabajo y a cumplir con mis compromisos.

—Dándolo todo, como haces siempre, menos conmigo. Pero me siento orgulloso, créeme, Maca. ¿De verdad, no me vas a dar las gracias?

—Suenas tan falso, Rober. Preferiría dar por terminada esta conversación. Ha sido un día muy largo y estoy agotada.

—Está bien. Mi viaje a Madrid se adelanta. Regresaré dentro de dos semanas y hablaremos largo y tendido. Sinceramente no sé qué te propones, pero no te saldrás con la tuya. No se te ocurra declararme la guerra, porque te quitaré a los niños.

—Y tú no intentes apartarme de mis hijos o acabaré contigo.

—¡Vaya! Esta no es mi Macarena, que me la han cambiado. ¿Quién te asesora? ¿Tu superamigo el embajador? ¿Habéis follado ya?

—Eres un miserable, Rober. Pero vas a pagar muy caro lo que estás haciendo.

Macarena colgó bruscamente. Un nudo seco y áspero se le instaló en la garganta y una oleada de rabia se fijó en su costado, como si hubiera recibido un puñetazo inesperado. No podía seguir hablando, ni siquiera para discutir. De otro modo, corría el riesgo de perder los nervios y acabar confesándole a Roberto que estaba al tanto de sus vilezas. Y eso era lo último que deseaba. Aún no. Tenía que armar el puzle completo, y todavía faltaban piezas.

Se levantó y abrió la ventana. Sacó la cabeza, cerró los ojos y respiró hondo, buscando en el relente de la noche la fuerza necesaria para enfrentarse a aquella

carpeta que se adivinaba portadora de las pruebas de una felonía. Volvió a sentarse y abrió el dossier con decisión. En primer lugar, figuraba lo que parecía ser una escritura de compraventa de unas tierras en Galicia. Roberto constaba como propietario y, como comprador, una sociedad anónima que destinaría los terrenos a la construcción de un polígono industrial. La operación se había saldado por un montante de dos millones trescientos mil euros. Aquella cantidad era una verdadera fortuna. Macarena no daba crédito a lo que sus ojos leían. Estaba claro que Roberto había heredado aquella propiedad de su familia, pero ella no sabía una sola palabra de todo aquello. Dentro del legajo y cosidos con grapas, algunos comprobantes de transferencias realizadas entre distintas cuentas de un banco chino. Las cantidades no eran fijas ni periódicas, pero sí eran muy elevadas. Sin duda, correspondían a los pagos de Roberto a Víctor Cañizares.

Por último, un gran sobre blanco sin membrete ni epígrafes contenía una colección de fotografías. Allí estaba el retrato de Macarena en la escalinata del ayuntamiento en varios tamaños y con distintos fondos. Estaba claro. El truco consistía en sacar la imagen de su contexto y reproducirla en otro escenario. De repente, Macarena recordó el lugar. Aquella fotografía había sido tomada a la salida del tanatorio, cuando falleció su tía Visitación. Por eso las gafas de sol, a pesar de la lluvia y el paraguas. Se trataba de ocultar el llanto por su pérdida. Ahora lo entendía. Roberto le proporcionaba las fotos a Víctor y este las trucaba. ¡Miserable!

Cerró la maldita carpeta y volvió a meterla en el cajón. La indignación era más fuerte que la decepción que experimentaba como una lanza en el costado. Traicionada, humillada, vejada, su vida ya no podía discurrir en paralelo con la de aquel hombre que había sido todo para ella. La hora de la venganza había llegado y le devolvería cada golpe y cada ultraje sin que le temblara el pulso. Pero para eso debía hacer acopio de grandes dosis de determinación y firmeza, y sus hijos y Alejandro serían los pilares que la sostendrían cuando todo se derrumbara sin remedio. Dos semanas, tan solo disponía de dos semanas antes de enfrentarse con él cara a cara.

Necesitaba desahogarse y serenar su ánimo. Aunque era tarde, marcó el número de Alejandro. En cuanto este descolgó y escuchó sus primeras palabras, Macarena se sintió mejor.

—Discúlpame por la hora, pero necesitaba hablar contigo —explicó Macarena para justificar la urgencia.

—No hay problema. Acabo de despedir a un grupo de empresarios con los que he cenado en la cancillería. ¿Qué ocurre, Maca? —preguntó inquieto el diplomático.

—Todavía estoy en shock, Alejandro —advirtió la diputada—. Buscando unos

papeles en el despacho de Roberto, di con la carpeta en la que guarda los documentos y las fotografías que prueban que él es el Rey de Diamantes y responsable de la maniobra de acoso contra mí.

—Perfecto. Cógelo todo y hazte con una copia.

—No se me había ocurrido. Es verdad. Supongo que si Roberto se sintiera acorralado, haría desaparecer las pruebas.

—Exacto —sentenció Alejandro.

—Imagínate el mazazo. He descubierto la escritura de compraventa de unas tierras heredadas de su familia, dinero con el que ha estado pagando los servicios de Cañizares. También guarda los justificantes de las transferencias y las fotos que trucaron para desacreditarme.

—Lamento que hayas tenido que enfrentarte a la evidencia de una manera tan cruda, pero es mejor así —dijo Alejandro con determinación—. De este modo ya no albergarás ninguna duda.

—¡Dios mío! No sabes qué trago y encima, justo en ese momento, va y llama a casa para felicitar me por la buena prensa que ha generado mi participación en la campaña electoral.

—¡Será cínico!

—Me ha anunciado que regresa en dos semanas y que será el momento de aclarar nuestra situación. Te aseguro, Alejandro, que no sé cómo voy a salir de esta —se sinceró Macarena—. La sola idea de estar bajo el mismo techo me pone los pelos de punta.

—No quiero ni imaginar que pueda maltratarte otra vez. —El diplomático parecía pensar en voz alta—. Te juro que si lo hace, iré a por él. Y estoy pensando en métodos poco ortodoxos.

—No habrá oportunidad. Si vuelve a ponerme la mano encima, le denunciaré sin contemplaciones.

—Te echo tanto de menos, Maca.

—Y yo te necesito tanto...

—Viajaré a Bruselas y a Madrid, tal vez antes de lo que pensaba —explicó el diplomático con cierta preocupación—. Verás. Hace meses que hay movimientos extraños en el seno del ejército turco y los servicios secretos no dejan de alertar sobre un inminente golpe de Estado en el país. Hace semanas que se practican detenciones de militares presuntamente contrarios al régimen de Ankara y se anuncia una purga en toda regla. La comunidad internacional no ha concedido a estas señales demasiada credibilidad hasta ahora, pero a mí todo esto no me gusta. Tengo la suficiente experiencia como para saber cuándo debo preocuparme. Por otra parte, eso puede tener consecuencias negativas para una eventual firma de los acuerdos sobre refugiados.

—¿Crees que existe un peligro real para la población? —La diputada mostró auténtica intranquilidad.

—Mira, Maca. En esta parte del mundo es difícil predecir el desarrollo de unos acontecimientos que parten de una democracia descafeinada y un Estado de derecho cogido con alfileres. Lo que sí puedo aventurar es que, suceda lo que suceda, será una nueva vía de agua en un mundo en crisis.

—¿De ahí tu viaje a Bruselas? —preguntó Macarena, sacando conclusiones.

—Eso es. El ruido de sables va subiendo de volumen y los rumores sobre una sublevación contra el régimen también. La comisión quiere conocer la situación de primera mano y, por eso, ha convocado a los embajadores de la Unión en Ankara, con el fin de adelantarnos a los acontecimientos y consensuar la posición de Europa —explicó a grandes rasgos—. Si el golpe tiene lugar, lo más fácil es que el país se suma en el caos, al menos temporalmente, y no solo será difícil viajar, sino que las cancillerías deberán estar muy atentas y velar por los suyos, tanto si son residentes como si se encuentran de paso en el país.

—Otro motivo más de preocupación. Prométeme que tendrás cuidado, Alejandro.

—Pues claro que lo tendré, aunque estoy seguro de que, dadas las circunstancias, no corremos ningún peligro. Estate tranquila, por favor.

—De acuerdo.

—Bueno, y dime, ¿cómo están los niños?

—Para comérselos. Me los llevo los fines de semana a los actos de campaña. Ellos encantados y yo lo disfruto como no te imaginas. Se portan fenomenal. Son divertidos, ocurrentes y todo el mundo me felicita por los hijos que tengo. Me siento muy orgullosa, Alejandro, y además, demostrado queda que se puede compaginar el trabajo y la familia, incluso en circunstancias excepcionales.

—Me alegro, Maca. Céntrate en tus hijos y en la campaña y procura estar tranquila para enfrentarte a lo que está por venir. ¿Por fin hablarás con Cañizares para que te ayude?

—Mañana cenaré con él y hablaremos. Desde hace un par de días intenta contactar, pero no he podido atenderle. Aún no sabe que es mi marido quien le contrató.

—Procura descansar, querida, y no dudes ni por un momento que estaré a tu lado siempre. No he dejado de pensar en ti y en Estambul ni un solo día.

—Yo tampoco, y espero nuestro próximo encuentro como los niños a los Reyes Magos.

—Los dos tenemos obligaciones, pero encontraremos la fórmula de sobrellevar la distancia lo mejor posible. Ya verás como todo saldrá bien. Sé fuerte, mi amor, por ti y por mí. Necesito saber que te sobran redaños y energía,

porque a esta dura prueba tendrás que enfrentarte sola.

—Y es así como quiero que sea. Esta es mi guerra y, aunque yo no la he declarado, la voy a ganar.

—¡Qué gusto oírte así! Un beso, querida, y hasta muy pronto.

Tranquila y resignada a su suerte, Macarena se dirigió a su dormitorio. Los niños, vencidos por el sueño, se habían quedado dormidos sobre la cama de sus padres. Lucas, como siempre, boca abajo, y Carlos atravesado en el lado de su madre. Los contempló embelesada, sin poder evitar una sonrisa. ¡Qué rápido crecían! Aquellos pijamas se les estaban quedando pequeños. Acarició sus cabecitas y sus mejillas. ¡Vaya! Carlos parecía estar caliente. Posó sus labios en la frente del pequeño para comprobarlo, después colocó al niño correctamente y se acostó a su lado. Tal vez no fuera nada, pensó. A veces a los niños les sube la temperatura sin motivo.

... Y Macarena cerró los ojos, mientras escuchaba la respiración acompasada de sus hijos y, por un momento, recordó las mismas sensaciones que cuando los llevaba en el vientre. Se quedó dormida elucubrando sobre la posible existencia de una teoría que demostrase que entre una madre y sus hijos existe de por vida un cordón umbilical tan constatable como invisible.

Yo quiero para mí lo que quiero para todas las mujeres: la igualdad absoluta.

AGNES MACPHAIL

Macarena se despertó de golpe, asustada, azorada, sobresaltada. Una pesadilla la había sumido en tal angustia que, nada más recuperar la conciencia, se incorporó en la cama como impulsada por un resorte. Poco a poco fue recuperando el ritmo normal de su pulso y dejó de sudar. El reloj digital de la mesilla marcaba las cuatro cuarenta y siete. Se levantó y a oscuras se dirigió hacia la cocina. Bebió un vaso de agua hasta el borde y medio más, y después entró en el cuarto de baño. Encendió la luz y se miró en el espejo. Tenía mal aspecto. El cabello enmarañado y dos grandes bolsas bajo los ojos delataban un sueño convulso, por otra parte, acorde con el estado de ánimo por el que atravesaba. Se lavó la cara y se mojó la nuca con una toalla húmeda.

Aunque se introdujo de nuevo en la cama con sumo cuidado, Carlos se despertó. El niño estaba muy caliente y le dolía la cabeza. Macarena le aplicó unas compresas frías en la frente, le cambió el pijama y le administró un antitérmico. A los pocos minutos, el crío, más aliviado, se volvió a dormir, pero Macarena ya no fue capaz de conciliar el sueño. Un montón de imágenes se superponían en su retina. *Flashbacks* de un tiempo pasado en el que fue feliz. Su infancia y su juventud en Sevilla, sus años universitarios, su vida junto a Roberto y su experiencia en Estados Unidos, el nacimiento de sus hijos, el estímulo vital y profesional que su incursión en el mundo de la política supuso para ella. Nadie le regaló nunca nada y había luchado mucho para conseguir cuanto tenía, pero siempre se había considerado una privilegiada. Ahora su vida parecía una película de terror y no había un solo día en el que no recibiera un nuevo revés que la hiciera hincar la rodilla, aunque, testaruda y pertinaz, siempre acababa por volverse a levantar.

Pero se sentía cansada, harta de aquel bucle en el que se veía atrapada. Los conformistas hablaban de malas rachas, con la certeza de que, desde que el mundo es mundo, las desgracias nunca vinieron solas. Conclusión: fuerza y honor, y mucha paciencia, porque nadie podía aventurar su extensión en el tiempo. De ninguna forma. Macarena no estaba programada para la resignación. Daría un paso al frente y encararía los problemas, como había hecho siempre.

Teniendo en cuenta las circunstancias, debía programar una estrategia que le permitiera proteger todos los flancos. En primer lugar, bajaría a Madrid para dejar a Lucas en el colegio. Después, regresaría de nuevo a casa y llevaría a Carlos al pediatra. La consulta comenzaba a las diez de la mañana. Tenía tiempo suficiente y no quería arriesgarse a pasar el fin de semana con el niño enfermo, dados sus antecedentes. Por otra parte, tenía varios actos programados en Barcelona y, si los suspendía, ya no le sería posible encajarlos en otras fechas. En su agenda ya no quedaban huecos.

—Mariana, deje al niño acostado en mi cama y vigílele por si le sube la fiebre. Yo vuelvo enseguida para llevarle al doctor Ferrer. Esperemos que no sea nada importante.

—Sí, señora. Marche tranquila.

—Vamos, Lucas, hijo, date prisa que no tengo todo el día —dijo Macarena intentando acelerar al niño que tomaba sus *krispis* con desgana.

—Mami, es que yo no quiero ir al cole. Si Carlos no va, ¿por qué yo sí?

—Porque tú no estás malo. Y sabes que al cole se va siempre, salvo en vacaciones o si te pones enfermo. Anda, vamos, hijo, sube al coche, que cuanto más tarde salgamos, más atasco encontraremos.

—Es que no me he despedido de Carlos —dijo Lucas preocupado.

—Anda, ve, y date prisa, por favor —le apremió Macarena, consultando la hora en su teléfono móvil.

Los dos subieron al coche y madre e hijo se alejaron por la carretera en dirección a Madrid. Macarena aprovechó para hablar con Julia y advertirle del retraso. Con un pequeño reajuste, conseguiría atender los dos compromisos que tenía por la mañana, posponiendo media hora el almuerzo-coloquio, al que asistiría, en el hotel Villamagna, con la Asociación Española de Mujeres Empresarias. Por fortuna, los viernes parecían ser más proclives a la flexibilidad.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás tan callado?

—No sé... —respondió el niño distraído.

—Y yo que pensaba que ibas a estar supercontento teniendo todo el coche para ti solo.

Macarena miraba a su hijo por el espejo retrovisor. Lo conocía bien y sus ojos no mentían. El niño estaba triste.

—Echas de menos a tu hermano, ¿verdad, hijo?

—Sí. Y a papá.

—Pero papá va a venir a casa dentro de dos semanas. Casi, casi, cuando se acabe el cole.

—Ya. Y se volverá a marchar a Argentina... o más lejos —dijo Lucas, estirando el brazo cuanto podía.

—Es su trabajo, cielo, y tú lo sabes.

—Es que papá se ha ido y tú, tú a veces tampoco estás y Carlos... tiene a Freddy y no me hace ni caso. Y yo estoy solo.

—¡Mi niño! No digas eso, hijo. Tú no estás solo.

—A veces, sí.

—¿Sabes, Lucas? Te voy a contar un secreto, pero no puedes decírselo a nadie. ¿Me lo prometes?

—¿Ni a Carlos?

—Tampoco a Carlos.

—Vale. Te lo prometo.

—Verás, hijo. Mamá te entiende muy bien, porque a veces también me siento un poco sola. Los abuelos y la tía Reyes y el tío Curro, que son mis hermanos, están muy lejos y me gustaría verlos más a menudo y pasar más tiempo con ellos. ¿Sabes? Les echo mucho de menos, pero tengo que conformarme, porque ellos tienen su trabajo, sus hijos y viven en Sevilla. Y yo estoy aquí, en Madrid, y os tengo a vosotros.

—Pero puedes coger el tren rápido y por la tarde ya estás en casa de la abuela.

—Es cierto. Pero, al final, no podemos hacer siempre lo que nos gustaría. Tenemos que trabajar, ir al colegio, hacer los deberes, etc. Por eso, cuando los veo, me pongo tan contenta... ¿Lo entiendes, cariño?

—Sí... ¿Entonces tú también estás triste, mami? —interrogó el niño con ternura.

—No exactamente, pero te confieso que, a veces, sí que me gustaría estar con ellos. Pero os tengo a vosotros, que sois la alegría de mi vida. Escúchame bien, Lucas, ya eres mayor y puedes comprenderlo. Jamás, fíjate bien, jamás os cambiaría a ti y a tu hermano por ningún trabajo, por ninguna persona ni por nada en este mundo. Sois lo más importante para mí. Eso no lo dudes nunca, hijo, y si alguna vez escuchas a alguien decir que mamá prefiere el trabajo a estar con vosotros, no le creas, porque no será verdad.

—¿Será una mentira?

—Será una mentira muy gorda.

—Vale.

—Lucas, cariño, tienes que intentar hacer tus propios amigos, decidir lo que te gusta a ti, tus juegos, tus deportes... No siempre tienes que ser ni hacer lo mismo que Carlos. Prométeme que lo vas a intentar.

—Lo prometo. Pero si Freddy no existiera. Odio a ese oso idiota. Encima, Carlos se cree que piensa y que habla. Y prefiere a ese muñeco viejo antes que a mí.

—La verdad es que no me lo pones fácil, colega. Pero se me está ocurriendo

una gran idea para solucionarlo.

—¿Cuál, mami, cuál?

—No grites tanto, Lucas; me dejas sorda. No te lo diré, es una sorpresa. Tengo que estudiarlo bien.

—¡Jod... mami!

—¿Y ese lenguaje, Lucas? Te castigaré si vuelvo a escucharte decir palabrotas y, además, te quedarás sin sorpresa.

—Lo siento, lo siento. ¿Te lo digo en inglés? *Sorry, sorry* —exclamó Lucas juntando las manos para pedir perdón y levantándolas para que su madre pudiera verlas por el espejo.

—¡Pero mira que eres buen actor! Vamos, abajo, campeón, hemos llegado. Y recuerda lo que te he dicho, hijo, nunca estarás solo, porque tus padres y tu hermano te queremos muchísimo.

—¿Hasta el infinito?

—Y más allá. Pero todos tenemos cosas que hacer, cada uno las suyas y tú también tienes las tuyas. ¿Ok?

—Ok. Choca, mami.

Macarena abrazó a su hijo, conmovida. Lo besó con ternura y le acompañó hasta la entrada del pabellón, como cada día. Eva, la profesora del niño, se acercó diligente.

—Buenos días, señora Barrios. Ante todo, quiero felicitarla por la campaña. Creo que su partido ha dado en el clavo y usted no podía estar haciéndolo mejor.

—Muchas gracias, Eva. Lo principal es dar con la solución a los problemas de la gente. Ustedes los docentes saben, mejor que nadie, lo difícil que es para las familias hacer un seguimiento adecuado de la educación de los hijos, cuando los padres apenas pasamos tiempo en casa.

—Pues se va a llevar al electorado de calle, Macarena. Aquí no se habla de otra cosa.

—Ojalá sea así. Bueno, lamento no poder entretenerme mucho hoy. Carlos tiene fiebre y he de llevarle al pediatra. Lucas y yo acabamos de tener una charla, yo diría que muy esclarecedora, y me gustaría que observara al niño a partir de hoy, a ver si aprecia usted algún cambio.

—La verdad es que no ha mejorado mucho desde la última vez que hablamos. Su actitud es la misma, aunque quizá se le ve más resignado.

—Hágame el favor, Eva. Préstele especial atención durante los próximos días.

—Claro. Por supuesto que lo haré. Y déjeme decirle algo. Hablo cada día con muchas madres; madres que trabajan y experimentan un sentimiento de culpa cuando se refieren a la relación con sus hijos. Es una aberración. Una tara social de la que nos deberíamos haber liberado hace mucho tiempo.

Macarena regresó a casa satisfecha, pero con la cabeza en la conversación con su pequeño, tal vez la primera con cierta madurez. Por cierto, tenía que planear la fórmula para cumplir esa promesa que aún no sabía cómo gestionar. La verdad es que se había dejado llevar por un impulso, pero los niños se volverían locos. Estaba muy preocupada por el estado de Carlos, contrariada por el retraso en el comienzo de su jornada, y poco la ayudaba la imagen de aquella carpeta blanca con letras rojas que no abandonaba su cabeza ni un minuto. Aprovecharía el camino de vuelta para llamar a Víctor y concretar la cita. Marcó su número aprovechando un semáforo rojo.

—Hola, Macarena.

—Lo siento, Víctor. Perdóname por el retraso, pero vivo sin vivir en mí, como ya imaginarás. Escucha, he pensado que, dadas las circunstancias y como tampoco soy tan mayor, te agradeceré que me tutees.

—Gracias. Es un alivio. Con lo que a mí me cuesta llamar a la gente de usted. Ya imagino el agobio. Te he seguido en algunos actos de campaña, bien es verdad que discretamente. Aunque quisiera, no puedo hacerlo siempre, porque también debo acompañar a otros candidatos.

—Ya. Pues discreto has sido, porque no te he localizado en ningún momento.

—¿Recuerdas el acto en la Autónoma?

—¡Cómo olvidarlo! No me digas que... los vítores..., las aclamaciones...

—Bueno, algunos compañeros y yo solo encendimos la mecha.

—Vivir para ver... Bueno, escucha. Te espero a cenar a las nueve, en mi casa, y nos pondremos al día.

—El Rey de Diamantes ha vuelto a dar señales de vida y me ha hecho otro encarguito —anunció Víctor, esperando un fuerte impacto en la diputada.

—¿Ah, sí? Pues mira qué bien, porque vamos a cumplir ese «encarguito» hasta con propina. Por nuestra parte, el señor de los diamantes y las falsificaciones no va a tener queja.

—¿Por qué dices eso, Macarena? ¿No estás asustada, ni siquiera preocupada? ¿Me he perdido algo?

—Ya lo creo, compañero. Lo sabrás esta noche.

—De acuerdo. En tu casa, a las nueve.

—Una cosa más. Como ya te adelanté, he invitado también a Nuria. Aunque tú no lo sabes, está trabajando conmigo en la campaña electoral. Pero no te voy a engañar. De momento, sigue sin querer verte. Pero no te desanimes. Seguiremos intentándolo.

—Eres una mujer increíble. Le has dado una oportunidad a Nuria y, encima de lo que he hecho, intentas ayudarme a recuperarla.

—Vale, pero no lo aires, a ver si va a llegar a oídos del Vaticano y van a

querer canonizarme. Ahora tengo que dejarte. Mi hijo Carlos está enfermo y tengo que llevarle al médico.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Se agradece. Pero ya me las apañó.

—Ok. Nos vemos esta noche.

Carlos ardía a pesar de las medicinas y los vómitos y el malestar no auguraban nada bueno. Para colmo, algunos ronchones habían aparecido en la espalda y en la cara del pequeño. Macarena y Mariana metieron al niño en el coche envuelto en una manta. En cinco minutos, estarían en la consulta del doctor Ferrer. El pediatra lo examinó y su diagnóstico no parecía dejar ninguna duda. Carlos había pillado la varicela. Aparte del tratamiento, la prescripción incluía vigilancia exhaustiva durante las siguientes cuarenta y ocho horas y la no exposición a la compañía de otros niños, al menos, durante la siguiente semana.

—Pero, doctor, Carlos y Lucas se pasan la vida juntos.

—Ya lo imagino, como igualmente deduzco que en un par de días tendrá usted a dos varicelosos en casa.

Macarena se sintió desfallecer. Suspendería la agenda del día y su viaje a Barcelona del fin de semana. Tan solo mantendría el almuerzo con las empresarias. Era importante y no le supondría más que un par de horas fuera de casa. ¡Cómo echaba de menos a su familia en aquellos momentos, sobre todo, a su querida hermana Reyes! Si no fuera porque trabajaba con su padre, Macarena la habría ayudado a empezar una nueva vida en Madrid, lejos de la esclavitud de la hostelería y de la presión familiar y, de paso, podría disfrutar de la compañía de su querida hermana.

También Alejandro estaba lejos y, en algunos momentos, su fortaleza se quebraba y Macarena se rebelaba contra un destino empeñado en mantenerla alejada de los que amaba. ¿Por qué en los momentos críticos la maldición de la distancia se configuraba como un auténtico drama? ¿Cobardía? ¿Egoísmo? Es posible, pero los seres humanos no estamos hechos para la añoranza y la melancolía *sine die*.

... Otro frente en el que debía vencer a la adversidad. Y Macarena recordó las palabras que Alejandro le susurrara en Estambul, entre besos y promesas de amor, citando a Julio Cortázar: «Solo nosotros sabemos estar distantemente juntos...».

Ya fuiste usada. No permitas ser dominada.
ISADORA DUNCAN

Víctor llegó temprano, cuidadosamente peinado y con un atuendo a todas luces estudiado. No hacía falta ser un lince para adivinar que no había perdido toda esperanza de encontrarse con Nuria aquella noche. Sacó una botella de vino de su macuto y se sentó en la cocina, mientras Macarena terminaba de preparar el segundo plato. Los niños cenarían antes, aunque Carlos, hecho una piltrafa, ya había anunciado que solo tomaría un vaso de leche con galletas.

—Imagino que pasarías la varicela de niño, porque Carlos es un saco de virus con patas.

—Creo que sí. Según mi madre, mis hermanos y yo nunca nos privamos de todo tipo de gérmenes y bacilos que se colaban en mi casa sin haberlos invitado.

—¿Cuántos hermanos tienes, Víctor?

—Somos cinco. Tres chicos y dos chicas. Nos llevamos bien, pero vernos, vernos, poco... Más con Santiago, el que va detrás de mí.

—¿Dónde naciste? —preguntó Macarena, mientras los niños iban cogiendo confianza con el fotógrafo.

—En Toledo. En Malpica de Tajo.

—Ya sabes que yo soy sevillana. Y estoy sola en Madrid. Mis padres y mis hermanos viven en Sevilla. Trabajan todos en un negocio familiar.

—Mi madre murió hace cinco años y mi padre está muy enfermo. Lo internamos en una residencia en Guadarrama para que estuviera cerca de nosotros. Mi hermano y yo nos hacemos cargo de las facturas. Los otros no pueden ni pensar en contribuir. Menos mal que tiene la cabeza perdida, porque si supiera que lo hemos sacado de Toledo, se moriría del disgusto. Es un bolo, que nunca quiso ir más allá de la linde de la provincia.

—Mami, me pica mucho —dijo Carlos, acercándose a su madre en busca de clemencia—. Y a Freddy también.

—Te lo dije, mami, Carlos es un tonto del culo. —Lucas se dio la vuelta para dirigirse a su hermano en tono de burla—: Freddy no puede estar enfermo, es solo un muñeco, que no te enteras de nada.

—Bueno, basta ya. Sentaos los dos a la mesa y sin rechistar. Y dejad de molestar a Víctor o va a pensar que sois unos maleducados.

Mientras los niños cenaban, Víctor les contó historias y anécdotas de sus viajes, de las montañas, de los bosques y los animales que había visto y les prometió enseñarles otro día un montón de fotografías en el ordenador. Los críos estaban extasiados escuchándole y Macarena se vio obligada a prometerles que esa noche sería el periodista quien les contara un cuento. El joven aseguró hacerlo de mil amores.

Aún no había terminado Víctor su misión de canguro accidental, cuando sonó el timbre. Macarena comprobó la hora. Eran las nueve y diez minutos. En la puerta, Nuria Peñalba, bellísima y nerviosa a partes iguales.

—Hola, Macarena. No llego tarde, ¿verdad? He visto la moto de Víctor ahí fuera.

—En absoluto. Pasa y dame la chaqueta —dijo Macarena mientras decidía no hacer preguntas.

—¿Cómo está Carlos? Por fin, se confirma la varicela, ¿no es así? Me hubiera traído a Lucía, pero, dadas las circunstancias...

—Ni pensarlo. Cuando Lucas empiece también, en esta casa habrá que entrar con traje NBQ.

—Hola, Nuria —dijo Víctor, apoyado en la puerta del salón, con un hilo de voz y sin atreverse siquiera a darle a su exnovia un beso de cortesía—. ¿Cómo estás? Vaya pregunta, guapísima como siempre.

—Gracias, Vic. Estoy bien —respondió la muchacha, bajando los ojos, aturdida—. ¿Y tú?

Sin escuchar la respuesta, Macarena anunció su intención de retirarse a la cocina para controlar el rosbif e ir a la habitación de los niños antes de que se durmieran. Víctor fue el primero en romper el hielo.

—No sabes lo que me alegra que hayas venido. Nuria, yo...

—Bueno, no creas que lo he hecho por ti —dijo ella pisándole las palabras—. Lo he hecho por Macarena. Al fin y al cabo, ella me tendió la mano en un momento muy difícil y yo..., bueno, pues, no sé qué me daba rechazar su invitación.

—Aclarado. Y entiendo que estés dolida conmigo. Sé que te he decepcionado, pero te aseguro que en el castigo llevo la penitencia. No me puedo perdonar y sé que eso no será posible hasta que vosotras dos no lo hayáis hecho —declaró Víctor con un toque de solemnidad.

—El pecado. Es el pecado, Víctor, no el castigo.

—Ya decía yo que me sonaba raro.

—Bien. Pues creo que no te van a faltar oportunidades de expiar tus culpas.

—No entiendo. ¿En qué sentido?

—¡Vaya! Casi meto la pata. ¿Aún no conoces el último capítulo del culebrón?

Pues prepárate, porque te vas a quedar sin habla.

Macarena entró en el comedor con una gran fuente de verduras a la parrilla, otra con la carne y, detrás de ella, Mariana, con el vino y las copas en una bandeja. La mujer dio las buenas noches y se retiró a su dormitorio.

—Descanse, Mariana. Los próximos días se nos presentan complicados. Y no se preocupe, que ya recojo yo todo esto. Buenas noches.

—Claro. Recogemos entre todos —se ofreció raudo Víctor.

—Cañizares, comprendo que tu conciencia no te deje mucho margen para la paz de espíritu, pero tampoco hace falta que seas mi siervo.

—Perdona, Macarena. Solo quería colaborar —explicó Víctor mirando a Nuria, que reía por lo bajo divertida.

—Descorcha el vino, Cañizares —dijo la diputada, empezando a servir las verduras en los platos de sus invitados—. Bueno, pues llegó el momento de poner las cartas boca arriba. Víctor, ¿sabes quién es el miserable acosador, hijo de mala madre que quiere destrozarme la vida y que contrató tus servicios para acabar conmigo? ¡Que redoblen los tambores! Tachán: mi marido. Ese que dice quererme tanto y hacerlo todo por mi bien es el Rey de Diamantes. ¿Cómo te quedas?

Víctor estaba en shock y se llevó mecánicamente el tenedor a la boca, sin darse ni cuenta de que se le había caído el espárrago en el pantalón. Macarena continuó el relato y explicó que lo había descubierto a través del icono de su WhatsApp, confirmándolo después con la carpeta que casualmente encontró en el despacho de Roberto.

—Como podéis imaginar, pocas dudas albergo al respecto, pero para que no quede el más mínimo resquicio sobre la autoría de los hechos, os adelanto que ahora me toca a mí jugar al póker.

—Macarena, ¿qué vas a hacer? —preguntó Nuria inquieta.

—Seguirle el juego. Y cuando lo tenga cogido por los testículos, le mandaré un correo firmado por la Reina de Picas, una mujer despechada, vengativa y traicionera que se servirá de la mentira y la revancha para ajustarle las cuentas a su intrigante y sucio marido.

—Tú no vales para eso, Macarena. A la legua se ve que eres una buena persona, incapaz de devolver mal por mal —añadió Cañizares, poniendo su mano sobre la de la diputada.

—No te equivoques, Víctor. No soy ninguna santa y... Veréis. Es que aún no os he contado todo. —Macarena bebió un largo trago de su copa para deshacer el nudo que se le había puesto en la tráquea—. La última vez que mi marido estuvo en Madrid y como consecuencia de la impotencia que sentía al no lograr doblegarme, me pegó... y me violó.

Víctor se levantó de la silla bruscamente y comenzó a blasfemar. Nuria se abrazó a la diputada en un gesto primario de solidaridad; lo primero que se le ocurrió.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos —pidió Macarena, intentando recuperar la compostura—. A la mañana siguiente, cuando entré en la habitación con el cuerpo magullado y el alma en ruinas, Roberto hablaba por teléfono con alguien de lo ocurrido. ¿Entendéis lo que digo? Algún miserable más quiere destruirme. Roberto no está solo en esto.

—¿Y no tienes ni idea de quién puede ser el tapado? —preguntó el fotógrafo.

—No. Y eso es lo que tenemos que averiguar. Y tú, Víctor, me vas a ayudar. Roberto vendrá a Madrid de nuevo dentro de dos semanas y durante los días que esté aquí, me apuesto la mano derecha a que se entrevistará con su «socio». Quiero que te pegues a mi marido como una garrapata. Que le sigas a todas partes, que averigües con quién come, con quién se toma copas o con quién se acuesta, y que le fotografíes como hacías conmigo.

—Te recuerdo que él está esperando que As de Corazones le dé una respuesta a su última demanda —continuó Cañizares el razonamiento—. No he dado ningún paso hasta recibir instrucciones.

—Muy bien. Síguele el juego como si no pasara nada. Que te diga qué quiere que hagas y responde como si todavía siguieras trabajando para él. Es fundamental que no sospeche nada.

—Perdona, Macarena —intervino Nuria—. Y ¿qué ocurrirá si durante los días que pase de nuevo en casa intenta..., ya sabes...?

—¿Violarme? ¿Pegarme otra vez? De eso se trata. Seré yo quien le provoque y Víctor, debidamente oculto, fotografiará todo un reportaje sobre la intimidad del feliz matrimonio Galván-Barrios.

—No, no, no... Macarena, tú has perdido el norte. No puedes pedirme eso —exclamó el periodista agobiado.

—Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo —continuó Macarena el razonamiento con total serenidad—. Pero ¿es que no lo entendéis? Necesito tenerlo bien pillado. El chantaje es la única forma de que me deje en paz. Si no accede al divorcio, le amenazaré con hacer público todo lo ocurrido y desataré un escándalo que le obligará a dejar el país. Perderá a sus hijos y, casi con seguridad, su trabajo. Aunque, económicamente, tiene las espaldas bien cubiertas. ¡Qué hijo de...!

—Está bien. Te ayudaré, pero no me gusta —corroboró el fotógrafo—. Hoy mismo contactaré con el Rey de Diamantes para que me explique de qué se trata ahora. Mañana te llamaré para informarte.

—De acuerdo. Por mi parte, no puedo hacer nada más que esperar. Hasta que

esté en Madrid, no puedo mover ficha.

—Disculpa, Macarena —preguntó Nuria—. Es que tengo verdadera curiosidad. ¿Puedes decirme cómo se te ocurrió hacernos seguir a Víctor y a mí en Semana Santa?

—No fui yo, querida. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza hacer algo así. No me enteré del asunto hasta que el reportaje estuvo en la prensa.

—Yo diría que el resultado fue más devastador que un terremoto —dijo Nuria lamentándose.

—Imagino quién montó todo el tinglado. Tu amigo el embajador —especuló Víctor.

—Respuesta correcta. Aparte de ser mi amante, según mi marido, también es mi cómplice para asuntos turbios. Esto llevado al cine, os advierto que tendría su punto.

—Bueno, pues si todo está claro, creo que deberíamos retirarnos —concluyó la muchacha con poco convencimiento.

—Nuria, mira cómo estoy. Confío en vosotras plenamente. Quiero que vayáis las tres mañana a Barcelona. Al menos apoyaréis a los compañeros de Cataluña y, sobre todo, aprovecharéis para distribuir el folleto del programa. Es muy importante que se difunda y se lea. Yo ya he hablado con la gente de Valls y me he disculpado por no poder asistir a los mítines. Les he explicado que una inesperada indisposición no me va a permitir viajar en los próximos días. Creo que, finalmente, Cánovas intervendrá en mi lugar.

—Tranquila, Maca. Haremos un buen trabajo.

—Lo sé. Tengo fe ciega en mis chicas. ¿Sabes, Víctor? Pondría mi vida en manos de mi equipo. Bien es cierto que hace cuatro días también la habría puesto en manos de mi marido, y seguro que a estas alturas ya habría perdido la cabeza. ¡Curioso, ¿verdad?! Llamadme a lo largo del día. Estaré aquí comiéndome los puños.

—¿Sabes si Carretero intervendrá en el mitin del sábado en la plaza de toros? —preguntó Nuria inocentemente.

—No tengo la menor idea. No hay forma de hablar con él. Bueno, al menos yo no encuentro la manera de que me atienda. Es todo muy raro. La verdad es que esta situación de interinidad, de doble convocatoria electoral, de pactos y acuerdos vacíos, de conversaciones sin fin nos está volviendo locos a todos. Los ciudadanos están exhaustos y hasta el rey sufre en silencio, y las instituciones europeas, como buitres, a la espera de que el país eche a andar para pegarnos una nueva dentellada. Y nosotras con nuestra cantinela sobre la igualdad y la conciliación. ¿No estaremos viviendo en los mundos de Yupi?

—Más bien yo diría que lo vuestro es lo único viable, tangible, y si lo piensas

bien, asumible por el Gobierno que salga de las nuevas urnas, sea el que sea. Ni siquiera Bruselas pondría objeciones —dijo un Víctor que parecía haber bebido de la fuente de la moderación política hasta emborracharse.

—Te diría que hasta habría cola para copiarnos la fórmula —apostilló la diputada.

—En ese caso, las reticencias no habría que buscarlas fuera, sino dentro. Es misión poco menos que imposible que las organizaciones empresariales y patronales del país den luz verde, sin presentar batalla, a una flexibilización de las condiciones laborales de los trabajadores que, desde hace siglos, nunca fueron tan leoninas —reflexionó Víctor.

—Pero la potestad legislativa no la tienen los empresarios —continuó Macarena el razonamiento—. Y, con mucha mano izquierda y paños calientes a discreción, habrá que poner algún día sobre la mesa un proyecto de reestructuración de los horarios laborales en este país, que incluya la igualdad real en los entornos profesionales y la conciliación como herramienta básica para la gestión óptima de los recursos humanos. Si la sociedad lo demanda con firmeza reivindicativa e, indefectiblemente, otorga su confianza a quien así lo defiende, la patronal no tendrá otra opción que sentarse a negociar.

—Bueno, pues lo dicho. ¡A por todas! —terminó Víctor en modo consigna revolucionaria.

—Y que el Santísimo reparta suerte, como en los toros —añadió Macarena.

—Tú sí que la vas a necesitar, con el panorama que se te presenta —recalcó Nuria, consciente de lo que suponía, para una madre trabajadora, dos niños enfermos durante unos días.

—Tienes razón. Pero somos reos de nuestras propias teorías. En la vida hay momentos en los que has de escoger y, aquí y ahora, debo hacer como madre lo que se espera de mí. El trabajo esta vez tendrá que quedar aparcado.

—Y seguro que, en otros momentos, será al revés —añadió Nuria.

—Se me estaba ocurriendo, Macarena, si no te parece mal, que me puedo pasar un rato mañana y distraer a los chicos con mis fotos y mis historias. Tengo el día bastante tranquilo —se ofreció el periodista.

—Ahora que lo dices, ¿te importaría acompañarme a resolver un asunto que no sé muy bien cómo enfocar? Tu ayuda me vendría como caída del cielo —le propuso Macarena a Víctor, pensando en la promesa que debía cumplir.

—Sin problemas. Mañana te cuento lo de tu marido. ¡Joder, qué raro se me hace decirlo! Y concretamos.

—Perfecto. Bueno, chicos, sabéis salir, ¿no? Yo me retiro que estoy agotada.

Y Macarena, de nuevo, hizo mutis por el foro para dejar el campo libre a los dos jóvenes que seguían sin saber muy bien qué actitud tomar ante la disyuntiva

que les planteaban razón y sentimientos. Temerosos de dar un paso en falso, aunque con la necesidad a flor de piel de rendirse a la evidencia de un amor profundo y correspondido, se despidieron con un apretón de manos y la desolación pintada en el rostro y en el corazón.

Mientras fregaba los platos, Macarena se preguntaba por qué el cerebro es el órgano más contradictorio del cuerpo; en ocasiones, le damos un protagonismo excesivo y, en cambio en otras, lo obviamos; sencillamente no lo utilizamos. La sabiduría popular asegura que las decisiones deben tomarse «con la cabeza fría», porque, de lo contrario, nuestros veredictos adolecerán de objetividad y, en consecuencia, correremos un riesgo elevado de equivocarnos. Después de darle alguna que otra vuelta, concluyó que estaba en disposición de negar la mayor, porque las emociones y los sentimientos son indispensables para el buen funcionamiento de la racionalidad.

... Tanto que, sin la venia de la emotividad y la implicación de la imprudencia, estaríamos hablando de... ¿maquinaria fisiológica? O, aún más alarmante, de... ¿inteligencia artificial?

Ningún hombre es lo bastante bueno para gobernar a cualquier mujer sin su consentimiento.

SUSAN ANTHONY

Roberto Galván empezaba a impacientarse. Hacía días que esperaba noticias de su escudero-detective-secuaz. Sin él, le sería imposible llevar a cabo el último plan que había urdido y no existía método alternativo para contactar con su cómplice. Solo cabía esperar. Desde el principio se fijaron las normas y así se mantuvieron siempre, por las que en ningún caso se conocerían personalmente ni, por descontado, utilizarían teléfono alguno para comunicarse. Solo el correo electrónico y bajo seudónimo. Nada de nombres.

Víctor Cañizares cumplimentó el protocolo habitual. En primer lugar, se disculpó por la demora, para ponerse, inmediatamente después, a disposición de su «cliente», asegurándole que se ocuparía con presteza del servicio que le encargara. Mientras, el fotógrafo se lamentaba entre dientes, por tener que dejar pasar la oportunidad de sacarle otra buena tajada a aquel marido psicópata que en vez de valorar a la mujer que tenía a su lado, lo único que sabía hacer era sembrar malos vientos, de los que a buen seguro recogería virulentas tempestades. Se decía así, ¿no?...

El Rey de Diamantes había probado con la corrupción y el tráfico de influencias, también con la traición y la infidelidad matrimonial. Nada de todo aquello había dado resultado y eso que, en España, en una escala del uno al diez, los cuernos a cuenta de la esposa son, por aclamación, el pecado por antonomasia, la transgresión moral sobresaliente *cum laude*. Macarena había resultado ser un hueso duro de roer; más de lo que cabía esperar. A su verdugo ya solo le quedaba por intentar la baza de su familia, convencido de que el desprestigio de los Barrios, en una ciudad provinciana como Sevilla, acabaría por abatir a su mujer y le daría la estocada de gracia que necesitaba para hacerla abandonar ese destino místico de salvapatrias que ella sola se había montado. Para colmo, la campaña electoral la estaba tratando muy bien, tanto que los sondeos otorgaban a la formación moderada los mejores resultados en las elecciones en ciernes, y la diputada Macarena Barrios, escalando peldaño a peldaño, había logrado alcanzar la segunda posición en el *ranking* de los políticos mejor valorados, por detrás del presidente del Gobierno en funciones y

por delante del líder de su propio partido, Fernando Carretero. Lejos de perturbarla, el olor de multitudes se revelaba como una bombona de oxígeno, así que había que cortar todo aquello por lo sano y se le acababa el tiempo.

El plan a seguir consistiría en difundir un bulo por el cual la familia Barrios no solo estaría imputada en el caso de las adjudicaciones irregulares de la Escuela de Hostelería de Sevilla, sino que, según indicios, La Sentencia podía ser, cuando menos, la tapadera de turbias actividades. Al hilo de lo anterior, se llegaría a especular, incluso, con la incautación en el establecimiento de un alijo de cocaína por parte de la policía. ¡Difama que algo queda! Después de tan duro golpe, el alcázar en el que la diputada se había hecho fuerte se desvanecería como un castillo de arena cuando le alcanzan las olas.

Para ello, Víctor Cañizares debía viajar a Sevilla y fotografiar a los Barrios en actitudes difusas, ambiguas, con el fin de crear una atmósfera proclive para que la opinión pública creyera lo que se le quería hacer creer. El periodista, espantado por el maquiavélico plan que debía poner en marcha, respondió aceptando escuetamente y firmando con su alias.

Cuando Víctor llegó a Pozuelo, Macarena repartía ungüentos y polvos de talco a discreción, y Carlos y Lucas, también contagiado, deambulaban enharinados como dos salmonetes listos para freír. Los pequeños dejaron de quejarse de picores y dolores en cuanto vieron llegar al fotógrafo. Ante el divertido espectáculo, este tiró de cámara para inmortalizar el momento.

Aunque no sin dificultad, Macarena y Víctor lograron dejar a los niños en casa con Mariana y enfilarse en la A-6 con destino a Navacerrada. La diputada explicó que la misión secreta consistía en acudir a un establecimiento de la Sociedad Protectora de Animales de Madrid, con quien se había puesto en contacto, para recoger a los cachorros de pastor alemán que, a partir de la fecha, pasarían a formar parte de la familia como miembros de pleno derecho. Macarena esperaba que aquella decisión, un tanto impulsiva, ayudara a su hijo Lucas a sentirse menos solo y a su pequeño Carlos a abandonar una relación con un muñeco de peluche, que empezaba a resultar tóxica. Víctor, como si de otro niño se tratara, estaba tan entusiasmado con la idea que sugería excursiones por la sierra con los sabuesos y métodos para educar a los canes porque, no en vano, en su casa de Malpica, siempre había habido perros. Mientras le escuchaba, Macarena no pudo evitar pensar que todos los hombres, sin excepción, esconden un crío dentro.

—Bueno. ¿Cuándo quieres que te cuente las últimas novedades? ¿Antes o después de la operación «Pon un perro en tu vida»?

—Ya, Víctor. Ahora.

—Pues entonces deberías dejarme conducir a mí.

—¿Tan grave es? Está bien. Paremos a tomar un café antes de seguir. Intuyo

un fuerte impacto.

—Más que un choque de trenes —confirmó el fotógrafo.

Entraron en el hotel Las Gacelas, en Becerril de la Sierra, típico alojamiento de montaña, algo demodé, pero rodeado de un espectacular paisaje. La mañana, suficientemente cálida, invitaba a los pocos clientes a sentarse en el soleado porche con vistas a la sierra del Guadarrama.

—Quiere que viaje a Sevilla y me ocupe de organizar un tinglado para desacreditar a tu familia —comenzó Víctor con la voz entrecortada—. Básicamente, se trataría de airear a los cuatro vientos que los Barrios no solo están mezclados en tramas corruptas, sino que además La Sentencia, referencia hostelera de arraigada tradición, no es más que una tapadera donde se hacen todo tipo de trueques fraudulentos, incluido el tráfico de drogas.

—Dios mío —exclamó Macarena, presa de la indignación—. Pero ¿con qué clase de monstruo he estado casada durante diez años? Es un déspota, enfermo de celos y de arrogancia que no descansará hasta acabar conmigo, incapaz de sentir el más mínimo respeto por mi familia, ni siquiera por mis padres que, de suceder algo así, se morirían del disgusto. Si mis hijos se enteraran de esto algún día, yo... —Macarena rompió a llorar desconsoladamente.

—Tranquilízate, mujer. —Víctor la rodeó torpemente por los hombros en un gesto compasivo—. Ahora eres tú la que tiene la sartén por el mango y voy a ayudarte a gestionar esto de la mejor manera posible. Para empezar y si me atosiga, le daré largas con la excusa de que la campaña electoral me tiene absorbido y habrá que esperar hasta que pasen los comicios. Imposible ocuparme antes del tema.

—No creo que se conforme, Víctor. Estoy segura de que su intención es soltar la bomba en plena campaña para pulverizar mi trabajo, enfangar mi imagen y asestarme el golpe de gracia que no me permita levantar cabeza nunca más.

—Dos semanas. Realmente, solo necesitamos aguantar dos semanas hasta que venga a Madrid. No creo que me sea muy difícil escurrir el bulto durante ese tiempo. Puedo decirle que he hecho un viaje relámpago a Sevilla, pero que el material recopilado es inservible para los objetivos que se persiguen y que volveré de nuevo en cuanto me sea posible.

—De acuerdo, y te lo agradezco mucho, Víctor. Tengo que reconocer que entraste en mi vida como elefante en cacharrería, pero ahora te has convertido en un amigo. Te necesito para defenderme de los ataques de mi marido porque, sin tu ayuda, con seguridad acabaría por sucumbir a sus propósitos.

—Bueno, pues ahora termínate el café y vamos a por esos cachorritos que están esperando un hogar —concluyó el joven, acariciando con dulzura la mejilla de Macarena.

Difícil tarea fue la elección de dos de entre los seis preciosos cachorros que componían la camada de un magnífico ejemplar hembra de pastor alemán, la que sus dueños habían abandonado poco antes del parto. De color negro y canela y con las orejas caídas, como todos los pastores durante los primeros meses, los perrillos no podían ser más deliciosos. Víctor no paró de fotografiarles, imaginando las caras de Carlos y Lucas cuando les vieran llegar con aquellos compañeros de juegos. Los veterinarios, voluntarios de la sociedad protectora, les aconsejaron adoptar a los que parecían más fuertes, pero Macarena se enamoró del que, a todas luces, era el más enclenque de todos, y que lucía una mancha en forma de estrella en mitad de la frente. Alegó que le recordaba a su hijo Carlos, que también había nacido en inferioridad de condiciones.

Después de adquirir todo tipo de colchonetas, correas, artilugios y menaje para los animales, cargaron todo ello en el coche y regresaron de nuevo a casa. Indescriptible la emoción de los niños y de los perros al encontrarse. Hay una teoría que asegura que entre cachorros de distintas especies existe una comunicación especial que trasciende el simple entendimiento.

Fue un fin de semana delicioso, a pesar de los sarpullidos y las vomitonas, y niños y perros disfrutaron del comienzo de una nueva etapa en sus vidas llena de positivismo. Tan solo Freddy salió malparado. Más pronto que tarde, acabó por descender abruptamente en la escala de prioridades de su dueño, pasando a ser el juguete de los recién bautizados Chase y Marshall, en honor a la serie infantil *Patrulla Canina*.

Macarena recuperó su actividad habitual el mismo lunes. Los niños habían superado la primera fase de la varicela con relativa facilidad y ahora solo quedaba esperar a que pasara la cuarentena para reincorporarse a su rutina escolar. Durante los días siguientes, la candidata moderada se centró en la campaña electoral que llegaba a su punto álgido. Dado su buen hacer y la profundidad con la que sus mensajes calaban en la sociedad, la popularidad de la diputada sevillana iba en aumento y le llovían las invitaciones para participar en todo tipo de eventos. Lamentablemente, y al disponer de tiempo limitado, le era poco menos que imposible atender todas las peticiones, encargándose Nuria personalmente del contacto con las instituciones interesadas para transmitirles el agradecimiento de la diputada y su intención de reanudar la comunicación después de la campaña.

—Mañana, a las diez, tienes comité federal en el grupo parlamentario —le recordó Julia—. Échale, por lo menos, un par de horas, así que te he puesto la reunión con la Confederación de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos a las doce y media. Como están en la Puerta del Sol, llegarás en un pispás.

—Perfecto. Y después almorzaré con Alejandro, que aterriza en Madrid por la

mañana, pero marcha a Bruselas a media tarde.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Julia sorprendida—. Las visitas relámpago se están convirtiendo en visitas-chispazo. Pues, ¡ale!, a ver si os da tiempo de tomar un sándwich... porque de lo demás, ni hablamos. —Todas rieron la ocurrencia de Julia, capaz de poner una nota de humor ácido hasta en las situaciones más enojosas—. Y tú, chica —continuó la secretaria, dirigiéndose a Nuria—, a ver si te arreglas con el fotógrafo, porque talmente pareces un ánima del purgatorio, pero a él lo vi el otro día y daba lástima. Caminaba con la cabeza a media asta, parecía que lo hubiesen encogido, como los indios jíbaros.

—Calla, Julia —respondió Nuria por alusiones—. No quiero que lo nombres. Si está así, es solo culpa suya. Serán los remordimientos, que no le dejan vivir.

—Disculpa, Nuria, pero creo que estás siendo injusta —intervino Macarena—. Víctor ha cometido un gran error, ha asumido su culpa y está haciendo todo lo posible por enmendarlo. Eso es más de lo que hubieran hecho muchos y, permíteme que te diga, que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Espero que recapacites, compañera, o corres el riesgo de tirar demasiado de la cuerda y, tal vez, cuando quieras rectificar, sea ya demasiado tarde.

—Yo estoy con Macarena —apuntó Ángela, la más joven del equipo—. Todo el mundo tiene derecho a un juicio justo, con sus eximentes y atenuantes. El chico tiene un padre enfermo en una institución y eso cuesta mucho dinero.

—Habló el embrión de abogada —intervino Julia de nuevo con su sarcasmo habitual—. A este paso, te morirás en la miseria, porque mira que te gustan los pleitos pobres.

Más risas y el veredicto final de Nuria Peñalba.

—Está bien. Lo pensaré.

Y en la soledad de su despacho, Macarena reflexionó sobre la vida y sus asuntos, porque, a lo largo del camino, los días de sol radiante indefectiblemente se alternan con otros de cielo encapotado y oscuros nubarrones.

*¡Enarbolad la bandera de la igualdad, mujeres!
¡Luchad por vuestros derechos y contad con mi leal
colaboración!*

LOUISA MAY ALCOTT

Dicen que junto al rumor, a veces bullicioso, del hemiciclo, el Congreso de los Diputados guarda en sacrosanto silencio la llave de la ley. Más allá del fragor de los debates y de las cámaras de televisión, al fondo del pasillo y a tan solo veinte metros, se encuentra la biblioteca de la Cámara. Hablamos de la joya inaccesible de las Cortes, la fragua donde las leyes toman forma antes de salir a la palestra, el santuario que asegura la democracia.

Aunque no es su lugar de trabajo habitual, los diputados suelen frecuentar la biblioteca, pero el grupo más asiduo lo componen, sin duda, los sucesivos presidentes que ha tenido la Cámara, los miembros de la Mesa y el equipo de letrados de las Cortes. La biblioteca es quizá la zona más hermética de la institución, vetada al gran público incluso el día de puertas abiertas. El acceso está rigurosamente restringido a los miembros de ambas Cámaras y al personal que presta servicio en la institución legislativa.

La biblioteca cuenta en sus fondos con dos códices del siglo xv, ocho incunables y medio centenar de manuscritos de los siglos xvi y xvii. No obstante, el catálogo está en continuo crecimiento. Cada año se introducen entre tres y cuatro mil nuevos ejemplares, representativos de la temática sobre la que en cada momento se legisla.

Una escalera de caracol divide en cuatro actos, dos plantas y dos entreplantas, la sala de lectura. Se trata de la parte visible, aunque es solo la punta del iceberg del inmenso archivo que se custodia. En sus estantes se alinean alrededor de veintidós mil libros, apenas un diez por ciento del total. El resto se guarda en los bajos del Congreso, zona subterránea que también se ha visto afectada por las interminables obras que se llevan a cabo en el edificio. Por tal motivo, unos cuarenta y cuatro mil ejemplares han tenido que ser trasladados a naves especializadas en conservación de documentos, situadas en las afueras de Madrid, y donde, a finales del presente año, según estimaciones, se tutelarán más de doscientos mil ejemplares.

Los estantes de la planta baja recogen los diarios de sesiones, es decir, la

transcripción literal de todas las reuniones parlamentarias desde las Cortes de Cádiz. Ordenados cronológicamente, recorren la sala de lado a lado, desde 1810 hasta 2011. Comprobado está que en cada legislatura aumenta el número de sesiones, tanto es así que, como detalle significativo, bien vale apuntar que los cuarenta años de franquismo apenas ocupan cuatro estantes, en comparación con cada legislatura moderna, cuyos boletines correspondientes a periodos de cuatro años vienen a ocupar unos dos muebles completos.

Tras lo dicho, es fácil concluir que el trabajo en la sombra, el estudio y la documentación forman parte de la rutina parlamentaria y del engranaje indispensable de los nuevos legisladores.

Alicia Virumbrales salía de la biblioteca con precipitación, cargada con un pesado bolso, el portátil y varios libros que intentaba colocar, a duras penas, bajo su brazo izquierdo. Su móvil sonaba con insistencia, mientras ella pretendía hacerlo callar explicándole en voz alta, como si su interlocutor pudiera oírla, que aún no había aprendido a descolgar con la boca.

Macarena sonrió ante la cómica situación en la que se encontraba la diputada y acudió con premura a sostenerle libros y ordenador, para que esta pudiera atender la llamada. Porque, si el hemiciclo es el recinto de las formalidades, el pasillo que lo rodea es un territorio con sus reglas y costumbres propias, donde las fronteras partidistas se tornan difusas. Habitualmente restringido a cámaras y periodistas, es una trastienda donde está permitido que los parlamentarios bajen la guardia.

—Gracias, querida. ¿Qué te parece? Ahora va y se calla. Era mi hijo Antonio —explicó tras comprobar la procedencia de la llamada perdida—. ¿Sabes lo que es tener la permanente sensación de que, aunque los hijos sean hombres y mujeres y tú casi una anciana, la relación intergeneracional sigue en el mismo estadio evolutivo que cuando eran niños?

—Mis hijos aún son muy pequeños —pareció disculparse Macarena, recalcando la dispar situación.

—Pues ya verás como más pronto que tarde recordarás mis palabras.

—De lo que no me he olvidado, y no te haces ni idea hasta qué punto, es de la conversación que mantuvimos hace tan solo un par de meses a propósito del acoso mediático que padecía. ¿Te acuerdas? —le interrogó Macarena con gesto grave.

—*Of course...* De tus palabras deduzco que, finalmente, descubriste al responsable y que, en cierta manera..., ¿yo tenía razón...? —dijo Alicia Virumbrales con picardía.

—¿Podríamos hablar en otro sitio? ¿Tienes tiempo? Yo tengo ejecutiva a las diez. Aún quedan veinte minutos —propuso Macarena, consultando su reloj.

—Y yo comisión, pero no pasa nada porque me pierda el bla, bla, bla. Ya me sé qué, quién y por qué orden se hablará. ¡Son muchos años, diputada...! Déjame que suelte todo esto y salgamos a la calle. Así podré fumarme un cigarrillo. ¿Tú no fumas?

—No. No he fumado nunca.

—Muy inteligente, querida.

Mientras las dos mujeres se dirigían hacia la salida de la calle Fernanflor, pasaron por delante del ascensor privado de la reina Isabel II, que aún se conserva en su estado original. De madera de caoba y enmoquetado por dentro, cuenta con una pequeña butaca, en la que la real dama se sentaba cómodamente mientras el elevador ascendía las tres plantas hasta llegar al palco real. Junto al ascensor, una pared de espejos, que sorprendentemente se abren cuando uno se acerca a menos de un metro, deja al descubierto otro pasadizo que baja directamente a los sótanos. Una nueva ruta que corrobora la teoría sobre las conexiones subterráneas del Congreso con el resto de edificios ilustres del entorno. Dicen que más de uno lo utilizó para dormir en el hotel Palace sin ser visto.

Paseaban lentamente por la calle solitaria, mientras Macarena le explicaba la odisea por la que había transcurrido su existencia hasta descubrir la verdad en toda su crudeza. Le desgranó los pormenores del proceso a través del cual había llegado a la conclusión de que su marido, su amante esposo, el padre de sus hijos era quien había montado toda aquella representación mediática para obligarla a abandonar su carrera política. Desde contratar los servicios de una especie de fotógrafo detective para que la siguiera y trucara fotos hasta maltratarla, cuando llegó el caso, ante la ausencia de otros recursos con los que conseguir sus propósitos. Para terminar, Macarena le confesó a la diputada liberal el último plan que su marido tenía intención de poner en marcha para implicar a su familia, así como su firme determinación de acabar con aquel desalmado, del que se divorciaría tras desenmascararle.

Pasaron unos segundos hasta que Alicia Virumbrales reaccionó.

—Mira, Macarena. Si me hubieras dicho que ibas a contarme el argumento de la última novela de Stephen King, me lo habría tragado sin pestañear. ¡Joder, joder, joder...! Espera que me encienda otro pitillo.

—Fuiste tú la que me insististe en que abriera el abanico de posibilidades y contemplara otra opción que no fuera la típica campaña de acoso político, por otra parte, todo un clásico, ¿lo recuerdas? —citó Macarena en un ejercicio de memoria.

—Ya, reina. Pero lo que nunca me podía imaginar es que el culpable te diera los buenos días todas las mañanas. Por otra parte, imaginarás lo que pienso de la

violencia en el ámbito doméstico.

—Pues no necesito mucha imaginación. Y tú tampoco si te digo que voy a aprovechar la coyuntura para vengarme de mi marido y quitármelo de encima. Quiero que desaparezca de mi vida, pero tengo que hacer las cosas bien para dejarle sin argumentos. En los próximos días regresará a Madrid. Es mi única oportunidad y he de jugar bien mis cartas, Alicia.

—Ten mucho cuidado, querida. Disculpa que sea tan gráfica, pero tu marido es un hijo de puta capaz de todo.

—Lo sé. Y tengo miedo por los niños. No quiero ni pensar que pudieran ser testigos de alguna barbaridad.

—Me hago cargo. Tu situación es extremadamente delicada y yo no soy quien para enjuiciarte. Los indios americanos dicen: «Antes de juzgar a alguien, camina tres lunas con sus mocasines». Pues eso, que me pongo en tu lugar y comprendo que no quieras denunciarle y menos en estos momentos de efervescencia electoral. Aunque seas la víctima, el escándalo no te beneficiaría a ti tampoco. Pero solo ese fin justificará tu inacción, ¿entendido? Las mujeres no podemos clamar frente a la injusticia, exigir planes, leyes integrales y la protección de los poderes públicos, para acabar convirtiéndonos en amparo de maltratadores cuando nos conviene.

—Estoy de acuerdo, Alicia. Pero en este caso, lo que toca es esperar, para que los resultados sean definitivos. Créeme, el fin justifica los medios.

—Ya. Quiero creerte, Macarena. Eres una mujer cabal, una luchadora que das sopas con hondas a la mayoría de los relumbrones de tu partido. Eres bella, carismática y posees ese no sé qué que conecta con la gente. En resumen, acabas de despegar y ya tienes ante ti un futuro prometedor. No permitas que ningún acomplejado arruine tu vida. Y mucho menos un maltratador. Por experiencia te diré que tus hijos, cuando se hagan adultos, entenderán tu sacrificio y, entonces, no solo te querrán, porque a todas las madres se las quiere, sino que, además, se sentirán orgullosos de ser hijos tuyos. Ese es el fruto que recogerás y, créeme, no hay nada que pueda igualarse para una madre al brillo de admiración en los ojos de un hijo.

—Gracias, Alicia. No sabes cómo agradezco tus palabras. Tu comprensión y tu apoyo significan mucho para mí. Pero es que aún hay más. Estoy segura de que existe al menos otra persona implicada en esta trama. Escuché a mi marido una conversación por teléfono que no deja duda posible.

—¿Una amante? —preguntó Alicia, añadiendo suspense al guion.

—¡Ojalá! Me facilitaría las cosas. Pero no, no lo creo... Mira, no lo sé, pero como no dejo de darle vueltas, acabo por desvariar y tengo un palpito sobrecogedor que no me deja vivir... Tal vez me esté volviendo loca.

—Tranquilízate, Macarena. Y, dime, ¿por qué me has contado todo esto? No somos amigas ni compartimos ideario, ni siquiera pertenecemos a la misma generación y nuestro nivel de confianza no se ajusta al modelo que merecería el calificativo de adecuado para hacernos este tipo de confidencias.

—Ya. Pero tengo la mejor opinión sobre ti. Y no solo como política, sino que, como mujer, te solidarizaste conmigo. Tú tenías razón y me sentía en la obligación de que conocieras el final de la historia. Bueno, de una historia que aún no ha terminado.

—Y yo agradezco mucho la franqueza. Créeme si te digo que lamento muchísimo la coyuntura en la que te encuentras. No la quisiera yo para mí, pero has de superar esta dura prueba, por ti y por tus hijos. Sé que no te faltarán los apoyos, pero cuenta conmigo para lo que pueda serte útil, y quiero que anotes mi teléfono, por si en algún momento no tuvieras a quien recurrir.

—Gracias, Alicia. Te prometo que nunca olvidaré tu ayuda en un momento tan difícil de mi vida.

—Pasaré, Macarena. Me consta, por lo que te conozco, que podrás con ello. Y, ya sabes, lo que no te mata te hace más fuerte.

—Debemos irnos. Te mantendré al tanto, no lo dudes.

Fueron las últimas palabras de Macarena antes de que las dos parlamentarias se abrazaran como muestra de afecto y admiración mutuos. Un grupo de diputados, que abandonaba el edificio en aquel momento, se sorprendió al verlas y entre ellos se hicieron señas ostensibles para que a ninguno le pasara inadvertida la curiosa escena.

Macarena se encaminó con celeridad hacia los despachos del grupo parlamentario. Llegaba tarde y sabía que Carretero odiaba los retrasos. Mientras atravesaba las diferentes estancias, pudo escuchar con claridad las campanadas de los cuartos del reloj astronómico de Alberto Billeter, que se encuentra en una de las salas escritorio, junto al hemiciclo. Pasaban quince minutos de las diez. La diputada continuó su camino sin detenerse a contemplar ninguna de las piezas de aquel recinto singular, cercado por nueve mil novecientos cincuenta metros cuadrados de alfombras, que se retiran cada año con la llegada del verano.

Los miembros de la ejecutiva ya estaban sentados alrededor de la gran mesa. Su hueco, a la derecha del secretario general, era el único vacío. Macarena optó por las disculpas, sin más explicaciones.

—Siempre que tus conversaciones con la diputada Virumbrales sean útiles para la estrategia del partido, daremos el retraso por bien empleado —dijo Fernando Carretero con su sorna acostumbrada.

Macarena no contestó. Ni siquiera le miró. Con aplomo, sacó su carpeta y su bolígrafo del bolso y puso su móvil en silencio. Sabía que a Carretero le sacaba

de quicio que sus comentarios no le afectaran.

La reunión fue más corta de lo previsto. Macarena decidió no esperar a una entrevista a solas con su jefe, sino que, dados los antecedentes, decidió poner sobre la mesa del órgano colegiado de su partido las cuestiones que llevaba semanas intentando dilucidar sin éxito. Cada vez que exponía alguno de los puntos que tenía anotados en su cuaderno, Carretero la fulminaba con la mirada. Al principio, la diputada no entendía aquella actitud de «ni contigo ni sin ti», para finalmente concluir que su jefe se sentía molesto al haberse erigido ella en el principal foco de atención de los reunidos durante casi toda la sesión. En general, los compañeros se sentían satisfechos con el análisis de la situación, pero, sobre todo, con los buenos augurios electorales que predecían los sondeos, especialmente gracias a la buenísima campaña de la número dos por Madrid, que no dejaba de cosechar éxitos. Finalizado el comité, los asistentes fueron saliendo poco a poco.

—Macarena, ¿te marchas? —dijo Carretero con gesto grave.

—Pues, sí —confirmó la diputada recogiendo sus cosas—. Me reúno con la Confederación de Padres de Alumnos dentro de veinte minutos.

—Si quieres, puedo acompañarte. Tengo el resto de la mañana libre y me gustaría asistir a alguna de tus representaciones en vivo y en directo. Como no pudimos coincidir el fin de semana en Barcelona.

—Fernando, dime una cosa, ¿me estás vigilando?

—Pero, Macarena, ¿qué es lo que te pasa? ¿Quieres explicármelo, por favor? El numerito de hoy no se sostiene. La mayoría de tus planteamientos no eran competencia de la ejecutiva y deberías haberlos consultado conmigo a título reservado. Últimamente estás siempre a la defensiva y no se puede hablar contigo.

—¡¡¡Disculpa!!! Más bien diría que es contigo con quien, al menos yo, no puedo hablar. Me has dado literalmente con la puerta en las narices más de una vez esta semana, y ni siquiera has tenido la deferencia de responder a mis llamadas o darme una explicación. No me vengas con milongas, Fernando, porque no estoy dispuesta a que me arruines el día. ¿Quieres venir conmigo? Pues adelante. No seré yo la que te lo impida. Tú mandas, y yo, por supuesto, lo tengo muy presente en todo momento.

—¿Puedes explicarme qué hacías besuqueándote con Alicia Virumbrales? —preguntó Carretero con cierta ira.

—No es un problema ni tuyo ni del partido. Mi relación con Alicia es exclusivamente personal. ¿O es que hay algún artículo en los estatutos que prohíba tener amistades que no hayan abrazado nuestra fe? Venga ya, Fernando, ¿qué insinúas?

—No insinuó nada, Macarena. Siempre fuimos un equipo y los dos hemos trabajado mucho para colocar a nuestra formación donde está ahora. Si quieres que te sea sincero, nunca pensé que llevarías la campaña con tanta brillantez, ni que fueras capaz de dar al partido un impulso como el que estás consiguiendo. Y esto es solo obra tuya. Has sobrepasado todas las expectativas.

—¿Qué me estás queriendo decir? ¿Que cuando me encargaste la elaboración de los planes de igualdad y conciliación, no estabas seguro de que fuera capaz de conseguirlo?

—No. No es eso. No tergiverses mis palabras. Pero se trataba de una tarea titánica que había que llevar a cabo en un tiempo récord. Y tú, por mucho empeño que pusieras, sola con los niños y estando Roberto fuera...

—Me pasmas, Fernando. Y si no hubiera sido capaz de cumplir mi compromiso, ¿qué habría pasado? ¿Habría caído sobre mí, con todo su peso, la responsabilidad de unos malos resultados? Perdona, pero empiezo a sospechar que la culpa no habría sido compartida.

—Desvarías, Macarena. Después de tantos años, no sé cómo puedes dudar ni por un momento de que, llegado el caso, asumiría mi responsabilidad política como cabeza del partido.

—Tengo la desagradable sensación de que sería mi cabeza la que rodaría. O, a lo peor y por mi bien, acabarías por ofrecerme la opción de una salida digna, incluida la renuncia a mi acta de diputada. ¿Caliente, caliente...?

—Llegados a este punto, creo que es mejor que te vayas sola —dijo Carretero con visible enfado.

—Desde luego, será lo mejor. Y creo que coincidiremos en Valladolid el viernes, ¿no es así? Hasta entonces, Fernando... Y cuídate.

Tensa, alterada por la discusión y dolida por la actitud de su jefe y amigo, subió Alcalá caminando con ritmo maratoniano. Una sola lágrima furtiva rodó por su mejilla hasta caer en la solapa de su chaqueta. Necesitaba desahogarse, pero no era el momento. Estaba segura de que la angustia que se le fijaba en la boca del estómago no sería condición suficiente para nublarle el entendimiento. Le urgía analizar sus sospechas, aquellas que le martirizaban desde hacía días, porque cada minuto que pasaba estaba más convencida de que no eran descabelladas. La sola idea de que Fernando Carretero pudiera ser el socio sin identificar de su marido le hacía un nudo en el cerebro. ¿No se estaría obsesionando con conjeturas tan retorcidas como indemostrables? Lo que no era ninguna falacia era que estaba celoso de su éxito y se sentía abiertamente amenazado. De ahí el repentino cambio de actitud del líder moderado y aquellas lacerantes confesiones que, de repente, iluminaban oscuras intenciones respecto a su cometido electoral. Todo ello solo podía ser la prueba de que Carretero

había tenido la pretensión de ponerla en evidencia, de abocarla al fracaso y de cargar culpabilidades políticas sobre sus espaldas. Como resultado, Macarena se torturaría cruelmente por ello y él lo sabía.

Como aconsejan los detectives en las películas, la clave para dar con el asesino está en identificar el móvil. Si Macarena Barrios se veía impelida a abandonar la política, humillada y vencida en todos los frentes, Roberto Galván habría conseguido su objetivo de devolver a su esposa al hogar, de donde nunca debió salir, y Fernando Carretero se habría quitado de encima a una número dos que le hacía sombra, a una amenaza cada vez más real y a una competidora incómoda que estaba cada día más cerca de desbancarle de su puesto.

... Pero la diputada tenía un plan.

Para oponerse al antisemitismo no hace falta ser judío, ni negro para luchar contra el racismo. Pero para combatir la discriminación de la mujer, lamentablemente, hace falta ser mujer.

SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

Alejandro Rimbau y Cossío, embajador de España en Turquía, contemplaba, tras los cristales tintados del coche oficial, la belleza del entorno, mientras abandonaba el palacio de la Moncloa, donde había mantenido una prolongada reunión con el presidente del Gobierno en funciones y el ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación. Dada la delicada situación por la que atravesaba la república de Turquía, el jefe del Ejecutivo había manifestado su interés en escuchar, de primera mano, el análisis del diplomático y su diagnóstico respecto al futuro inmediato del país.

Los movimientos internos detectados en el ejército y las informaciones procedentes de los servicios secretos turcos, que habían transmitido al Gobierno quince alertas en los últimos seis meses, dejaban pocas dudas sobre la inminencia de algún tipo de sublevación militar. El tema era ya un secreto a voces.

El embajador informó a las autoridades españolas del rumor que corría acerca de las interminables listas de ciudadanos que el Gobierno tenía preparadas para actuar contra ellos a la primera oportunidad. El diplomático se manifestaba partidario de la hipótesis de una «operación de bandera falsa», que permitiría al Ejecutivo abordar el último asalto al bastión laicista del ejército y transformar a Turquía en un sistema presidencialista. Porque pensar en la capacidad de un clérigo de setenta y cinco años, exiliado y sin recursos estratégicos, al que se le achacaba la responsabilidad de la insurgencia, parecía mucho más que un atrevimiento.

Macarena esperaba en la cafetería de la zona de llegadas de la T-4 en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas. Tenía sed, así que optó por sacar una botella de agua mineral de una de las máquinas expendedoras, antes de sentarse en una mesa cercana a las cristaleras y distraerse contemplando los continuos despegues y aterrizajes de los aviones. Alejandro se retrasaba.

Mientras tanto, hizo un repaso mental del encuentro con la confederación, que

había ido de maravilla. Ángela repartió, en un abrir y cerrar de ojos, todos los folletos que llevaba. Se los quitaron de las manos. De inmediato, avisó a Julia para que se ocupara de encargarse a la imprenta una nueva remesa, que debía estar lista lo antes posible. Los colectivos implicados manifestaron auténtico interés por conocer las tesis moderadas sobre igualdad y conciliación, y todo el mundo expresó su deseo de aportar sugerencias y de ser escuchado. En definitiva, un denominador común: la demanda clamorosa de cambios sustanciales en el seno de una sociedad agobiada por la fractura insalvable entre la vida laboral y la personal. Inestabilidad en el empleo, horarios draconianos, padres y madres haciendo mil cábalas para compaginar el tajo con la familia, hombres y mujeres atados de pies y manos ante la amenaza de engrosar las listas del paro si los objetivos fijados por las empresas no eran alcanzados, quimeras certificadas teniendo en cuenta la dificultad de los tiempos que corrían y las tasas de consumo que se manejaban en España. Al fin y al cabo, y visto lo que Macarena iba viendo, no se trataba sino de materializar una de las pocas reivindicaciones históricas que parecían poner de acuerdo a la ciudadanía.

De repente, el teléfono de la diputada se iluminó, mostrando un mensaje con el que el embajador aseguraba estar ya en el aeropuerto. Ambos tenían auténtica necesidad de pasar tiempo juntos, pero las circunstancias no se lo ponían nada fácil. El vuelo de Alejandro a Bruselas despegaría en un par de horas y Macarena debía regresar a Madrid antes de las seis de la tarde, hora en la que tenía previsto mantener un encuentro con la Asociación de Jóvenes Empresarios de Madrid. Con el fin de aprovechar al máximo minutos y segundos, habían decidido tomar algo rápido en el aeropuerto. De ese modo, se despedirían en la terminal, al más puro estilo Hollywood. Macarena se puso en pie y fue a su encuentro nada más verle aparecer.

—¡Qué ganas tenía de verte, Alejandro! —exclamó ella, rodeándole el cuello con sus brazos, sin importarle la escasa intimidad del lugar—. Te he echado tanto de menos...

—Yo también, querida. Fíjate que me conformo con compartir contigo este rato de tediosa espera en un aeropuerto. ¡Que nadie diga que no le pedimos poco a la vida! —bromeó Alejandro, cogiendo las manos de Macarena, mientras la examinaba de arriba abajo—. Estás más delgada y tienes cara de preocupación. ¿Qué ocurre?

—Es que, como imaginarás, no paro un minuto, entre la campaña y los niños. Por cierto, esta semana están en casa con varicela. Ya sabes lo inoportunos que pueden ser los críos. En fin, una locura. Y, para colmo, hemos incorporado a la familia a dos cachorros de pastor alemán. Ya, ya... La culpa es mía. Pero te aseguro que ha sido una decisión terapéutica. Carlos y Lucas echan de menos a

su padre y quería animarles un poco.

—Has hecho bien, Maca. Son dos chavales estupendos. Pero ¿seguro que no hay nada más?

Mientras hablaban, guardaron su correspondiente turno en el autoservicio. Una vez abonada la cuenta, Macarena se quejó de los precios del aeropuerto. Se trataba de un tema que expondría a los compañeros con competencias en Turismo a la primera oportunidad. ¡Deformación profesional!

—Bueno, verás. Una vez identificado el Joker, ya sabes que Víctor Cañizares me ayudará a atraparlo. En principio, le está siguiendo el juego, con el fin de ganar tiempo mientras Roberto regresa a Madrid. Pero para que veas cómo se las gasta mi marido, le ha encargado al fotógrafo un trabajito en Sevilla. Ahora va a por mi familia. No se le ha ocurrido otra cosa que montar un tinglado para que parezca que en La Sentencia se trafica con droga.

—¡Hijo de puta! —exclamó Alejandro sin poder contenerse—. Es un miserable, Maca. Supongo que no te temblará el pulso...

—Imagina el disgusto que tengo. Menos mal que Víctor, que en este momento es lo más parecido que tengo a un hermano, no me ha dejado sola en medio de este gran agujero negro. Te aseguro que está siendo un gran apoyo. ¡Pobrecillo! Se siente tan culpable...

—Pues me quedo mucho más tranquilo, porque la situación en Turquía se complica por días y se espera que estalle la revuelta en cualquier momento. Como puedes imaginar, si eso ocurre, me será poco menos que imposible salir del país. Debo cumplir con mi responsabilidad. Pero me atormenta tu situación y no poder hacer nada.

—Ya has hecho bastante, querido. Además, lo hemos hablado mil veces. Este tema debo resolverlo sola, porque no le voy a dar el gusto a Roberto de mostrarme débil, vacilante o necesitada de un caballero andante que me defienda de sus canalladas.

—Ya... Pero me obsesiona vuestro próximo encuentro. Y si... —comenzó Alejandro el razonamiento, sin que Macarena le dejara terminar.

—Por favor, no te martirices. Esta vez no me cogerá desprevenida. Es más, voy a ser yo la que le tienda una trampa en la que caerá como un pardillo.

—¿Qué estás tramando, Maca? Ten mucho cuidado y no subestimes a tus enemigos. Ellos saben manejarse en la maldad y tú no.

—Ya, bueno, todo es cuestión de aprender. Roberto Galván debe ser castigado y juro que pagará por lo que ha hecho. Voy a conseguir que sea víctima de su propia perversidad y, cuando acabe con él, no le va a quedar vida suficiente para arrepentirse del aciago día en que se le ocurrió poner en marcha esta locura.

—Demostrado está que lo difícil para un maltratador es traspasar la línea por

primera vez. Después, coser y cantar. Es como matar. Los asesinos a sueldo aseguran que acabar con la primera vida cuesta, pero una vez que te tiras a la piscina y no te ahogas, es solo cuestión de mover brazos y piernas y permanecerás indefinidamente a flote.

—Tal vez —zanjó Macarena el tema—. Pero yo no le voy a dar opción. Roberto no se saldrá con la suya. Por favor, Alejandro, confía en mí y en mis recursos.

—¡Ya me gustaría! Pero es que tan solo faltan unos días para que ese hombre regrese a su confortable hogar, como si no pasara nada —dijo Alejandro pasándose la mano por la frente.

—Eso es. Como si fuéramos una familia de manual —apostilló Macarena, cogiendo su refresco de cartón con ambas manos—. Bueno, y vamos a dejar de mencionar al maléfico Roberto, porque no quiero desperdiciar el poco tiempo de que disponemos hablando de él. ¿De acuerdo?

—Tienes razón. Pero prométeme, antes de dar el tema por despachado, que tendrás cuidado y me informarás de cuanto ocurra.

—Te lo prometo, mi amor —exclamó Macarena con una enorme carga de dulzura en su lenguaje verbal y no verbal.

—¡Qué bien suena esa promesa saliendo de tus labios! —exclamó Alejandro, posando su mano sobre la de Macarena.

—Bueno. Dejemos la preocupación por mí y dime cómo ves realmente la situación en Turquía. Eso sí que debe inquietarnos. He leído en la prensa que son miles los refugiados sirios que se agolpan en su frontera, inmovilizados desde hace días —relató Macarena, cambiando de tema—. ¿Sabes? La presencia de una guerra tan próxima y sus consecuencias me llenan de consternación. Desde que estalló, tengo la sensación de vivir con una espina clavada en algún lugar del corazón. Después de un tiempo, al dolor se ha sumado la indignación, porque me parece imposible que la comunidad internacional, y me incluyo, no sea capaz de poner fin a la situación. Ahora estoy resignada, aunque la rabia sigue royendo mi interior como la carcoma.

—Sé de lo que hablas. Verás. Mi padre decía que, entre todas las costumbres del hombre moderno, la lectura de la prensa diaria era una de las peores. Por la mañana, en el momento en que el alma se encuentra más abierta, los medios vuelcan sobre los ciudadanos todo lo malo que el mundo ha producido el día anterior. Y lo peor de la humanidad se nos mete dentro. Su razonamiento acababa con la evidente conclusión de que para salvarse era suficiente con no leer los diarios. Hoy eso no es posible. Los vehículos de información son infinitos y es difícil que el mal no nos alcance.

—Pues no iba descaminado tu padre...

—Querida Macarena, en mi ya larga vida he visto muchas cosas y creo que es el momento de hacer una confesión en voz alta, sin complejos. Es realmente ridículo que a mi edad y con mi profesión todavía me impresione tanto la guerra.

—Pues yo creo que eso dice mucho de ti. Esperemos que nunca seamos insensibles a las guerras y al sufrimiento —recitó Macarena algo emocionada.

—Verás, te contaré una historia. Después de la guerra de los Balcanes, estuve destinado en Bosnia y, un día, coincidí con una vidente en un tren que iba a Sarajevo. Según nos acercábamos a nuestro destino, la mujer me contó que cuando transitaba por aquella zona, oía las voces de los muertos, de tal manera que afirmaba no poder dar un paso sin quedar aturdida. Ella aseguraba que, cuanto más jóvenes habían fallecido los combatientes, con más fuerza sus presencias gritaban. Al hilo de todo aquello me explicó que estaba convencida de que en los lugares en los que había tenido lugar un conflicto bélico, la atmósfera quedaba alterada para siempre. Como si el aire se corroyera y se desgastara, y eso favoreciera la sucesión de nuevos hechos violentos.

—Eres íntegro y sensible, Alejandro, y, pase lo que pase, doy gracias a la vida por haberte puesto en mi camino. Tengo la sensación de que nadie como tú representa todo lo que en este momento anhelo.

—¿Y si estuviéramos predestinados? Escucha. Voy a explicarte mi particular teoría. Creo firmemente que en la vida de cada hombre solo existe una mujer con la cual conseguir una unión perfecta. De la misma manera, durante su recorrido vital, cada mujer hallará un único hombre con el que sentirse completa. Pero ese encuentro, casi místico, es un privilegio de pocos, yo diría que de poquísimos. El resto de los matrimonios o de las parejas vive en un estado de insatisfacción, de perpetua nostalgia.

—¿Y cuántos encuentros de esos crees tú que se materializan a lo largo de los años, de los siglos o de la historia total de la humanidad? —preguntó Macarena realmente sorprendida—. ¿Uno de cada diez mil, de cada millón, de... diez millones?

—No lo sé. Pero lo que sí estoy en disposición de asegurar es que todas las demás uniones no son más que adaptaciones temporales, simpatías epidérmicas, afinidades físicas o de personalidad, convencionalismos, en definitiva...

—¿Y si fuéramos nosotros los elegidos? —preguntó Macarena esperanzada.

—¿Y por qué no? Esto es como la lotería, tenemos el mismo índice de probabilidad de que nos toque que el resto de los que juegan.

—Pues entonces... ¡Qué afortunados somos, señor Rimbau! —exclamó Macarena satisfecha.

El vuelo IBE 3203 con destino Bruselas/Zaventem iniciaría el embarque en veinte minutos. Alejandro y Macarena debían despedirse antes de que el

embajador cumplimentara los controles de seguridad para pasajeros VIP o con pasaporte diplomático. Se abrazaron con fuerza, casi con desesperación. Un solo minuto bastó para intercambiar, sin recurrir a las palabras, una catarata de emociones, para compartir amor y necesidad mutua, desolación por la nueva separación y esperanza en el futuro. Ninguno de los dos plantearía en voz alta el interrogante sobre el siguiente encuentro. ¿Para qué? Pregunta inútil con respuesta imposible.

Alejandro Rimbau se alejó por una especie de corredor, camino del embarque. Macarena permaneció inmóvil, clavada al suelo y sin mover un músculo, hasta que lo perdió de vista. Después, continuó estática, como si aguardase su reaparición. Cabizbaja y afligida, acabó por ponerse en marcha dando la espalda a la zona de pasajeros. De repente, escuchó su nombre con claridad. Alejandro había vuelto sobre sus pasos, solo para decirle:

—¡Qué afortunados somos, señora Barrios!

Si la humanidad necesita de igual manera a los hombres y a las mujeres, entonces, ¿por qué se nos sigue viendo como seres inferiores?

BEYONCÉ

Cuando Macarena llegó a Aravaca, Julia, Ángela y Nuria tomaban café y conversaban animadamente. De día en día, aquellas dependencias iban adoptando el aspecto de las oficinas de campaña estadounidenses que nos muestran las producciones de Hollywood, cuando, tras un interminable proceso electoral, los candidatos electos se disputan el despacho oval de la Casa Blanca. Folletos, bolígrafos, camisetas, gorras, caramelos, banderines del partido se amontonaban en cajas por todos los rincones, de tal manera que la práctica del *slalom* se había convertido en disciplina obligatoria para moverse *indoor*. Las mesas atestadas de papeles, notas y post-it amarillos pegados en pantallas y paredes, junto a fotografías y carteles de las candidaturas moderadas.

Aún era temprano y los teléfonos guardaban un frágil silencio con visos de romperse en cualquier momento, mientras la cafetera, como un estático botafumeiro, impregnaba el ambiente con el efluvio dulce, aunque ligeramente ácido, que se desprende de la mezcla de los cafés más aromáticos.

—Es curioso, pero mientras no estás enamorada, tu corazón es libre y tu mirada no es de nadie; entre los hombres que podrían interesarte, ni uno solo se digna a prestarte la más mínima atención —explicaba Nuria como una auténtica experta en la materia—. Pero en el momento en que te encuentras atrapada por alguien y los demás no te interesan en absoluto, entonces te persiguen, te adulan, te galantean. ¿Por qué?

—Muy fácil —añadió la joven Ángela antes de descolgar un teléfono que había comenzado a sonar—. Porque el amor proyecta en el cuerpo y en el alma una gran luz, un halo hipnotizador, como un potente campo magnético, que atrae a los hombres como la miel a las moscas.

—¡Vaya! ¡Interesante charla! Buenos días, chicas. ¿Alguna novedad? —saludó la diputada con tono optimista.

—Buenos días, Maca. Han llamado de Antena 3 para retrasar media hora la entrevista. Ya sabes que deberás estar en el Congreso a las once. Te recuerdo el almuerzo de candidatos, hoy a las dos y media, aunque el lugar está por

determinar. Y... llamadas, tenemos a Fernando Carretero y a Víctor Cañizares, que me ha insistido en que era urgente —dijo Julia, remarcando la última parte, mientras todas las miradas se focalizaban en Nuria y su rostro encendido como un semáforo.

La joven pensaba de manera recurrente en Víctor y sus compañeras lo percibían sin dificultad. A fuer de ser sinceros, prácticamente no hacía otra cosa en todo el día, aunque no estaba preparada para reconocer que, más que pensar, existía por él.

—¿Te sirvo café? Aún queda para una taza. ¿Y los niños, Maca? —preguntó Nuria atropelladamente, en un intento de desviar la atención—. Ya están hoy en el cole, ¿no?

—Eso es —respondió la diputada por alusiones—. Afortunadamente, volvemos a la vida normal. Aún les quedan pequeñas costras en la espalda y en las piernas, sobre todo a Carlos, pero ya no contagian y sabido es que las huellas de la varicela tardan en desaparecer. Ha costado un poco separarlos de los cachorros, pero al final se han convencido de que tienen obligaciones que cumplir. Además, Roberto regresa mañana y me interesa que los niños se responsabilicen de las tareas que tienen atrasadas, para que su padre les ayude en los próximos días.

—¿Y cómo lo llevas, Maca? —preguntó Julia, siempre la más echada para adelante—. Me refiero a lo de tu marido.

—Pues, mal, como podéis imaginar. Pero tengo que encajarlo e intentar resolver este tema de la mejor manera posible. Creo que el camino, como la canción de los Beatles, será largo y tortuoso. Según me ha dicho, esta vez se quedará en Madrid alrededor de diez días, así que yo voy a aprovechar para poner en la campaña toda la carne en el asador. Cuanto menos tiempo pasemos juntos, mejor.

—Muy bien, diputada. Así se habla —intervino Nuria, aplaudiendo con convencimiento—. Entramos en la recta final y hasta el rabo todo es toro. Y encima los sondeos son muy favorables.

—Cuidado con las encuestas, que las carga el diablo. Bueno, por lo pronto, el próximo fin de semana iré a Sevilla. Aparte de participar en varios actos, intentaré disfrutar de mi familia el poco tiempo libre que me quede, que no será mucho, pero creo que en mi tierra encontraré la fuerza necesaria para afrontar el último tirón —dijo Macarena, ya desde el interior de su despacho—. Julia, en cinco minutos, me pones con Fernando.

La diputada depositó cuidadosamente su taza de café sobre la mesa, colgó la chaqueta en el perchero, sacó de su bolso la tableta y el teléfono y encendió su ordenador. Julia le anunció que Fernando iba a ponerse al teléfono en pocos

segundos. Macarena cerró los ojos durante unos instantes y respiró profundamente. No habían vuelto a comunicarse desde el último desencuentro. Aunque su jefe seguía bajo sospecha, Macarena barajaba la posibilidad de aflojar su actitud hostil, de la que tampoco obtendría ventaja alguna. Mientras no pudiera demostrar su teoría, lo más sensato era mantener un talante conciliador.

—¿Sí? Buenos días, Fernando. Dime...

—Hola, Maca. ¿Cómo estás? Por la campaña ni te pregunto. No hago más que recibir informes realmente optimistas. Te felicito por ello...

—Gracias —respondió Macarena escuetamente—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues, sí, verás. Quería pedirte un favor. Teniendo en cuenta que marchas a Sevilla el fin de semana, me preguntaba si te importaría hacerte cargo del mitin de Córdoba. Según me transmiten los compañeros, los cordobeses reclaman tu presencia y, si a ti no te supone mucho problema, podías sustituirme. En Andalucía, a mí no me necesitan, por lo que bien podría reforzar nuestra posición en Valencia, que es, a todas luces, más débil. Aunque, bien mirado, la que deberías ir a Valencia eres tú, que arrasas allá donde asomas la cabeza.

Macarena parecía haberse propuesto no mostrar reacción alguna ante los cumplidos de su jefe.

—Sin problemas, Fernando. Cuenta con ello. El viernes me quedo en Córdoba y el sábado cojo el primer AVE a Sevilla. Tengo Canal Sur a las nueve y luego un par de emisoras de radio. Y por la noche, el mitin en el muelle de las Delicias, al que asistirá mi familia. Según me comenta mi hermana, mi padre está pensando incluso en cerrar La Sentencia, probablemente por primera vez en su vida si excluimos los días de duelo.

—Me alegra comprobar que no tienes inconveniente en alargar tu ausencia, teniendo en cuenta que Roberto estará recién llegado de Argentina —dedujo Carretero, resaltando la circunstancia.

—Discúlpame, Fernando. ¿Y tú cómo sabes que el regreso de mi marido es inminente? Porque, desde luego, yo no te lo he dicho —razonó Macarena con un claro dominio de la situación.

—Debiste decírmelo el último día que hablamos. De otro modo, es imposible que yo lo supiera —respondió él con aplomo.

—Tal vez haya sido algo involuntario —explicó Macarena, sin empecinarse, a sabiendas de que era mejor no levantar la liebre.

—Bien. Me pongo entonces a organizar lo de Valencia.

—Ok, Fernando. De todas formas, si se te ocurre algo más, estaré en el Congreso hacia las once, para grabar mi parte en la serie de entrevistas de Antena 3 con las nuevas diputadas.

—¿Qué te parece si te pasas y tomamos un café, como en los viejos tiempos?

—Lo intentaré. Y si no, nos vemos en el almuerzo de candidatos. Un abrazo.

Macarena sonrió ladinamente tras colgar el teléfono. Su corazón latía con fuerza, mientras le asaltaba el presentimiento de que cada vez estaba más cerca de descubrir la verdad, una verdad descarnada, pero necesaria que, indefectiblemente, le iba a hacer sufrir. Volvió a descolgar para que Julia le pusiera al habla con Víctor Cañizares. Fue Nuria la que respondió.

—Dime, Maca. Es que Julia habla por la otra línea.

—Sin problemas. Quiero hablar con Víctor. ¿Podrías ponerme tú?

—Bue... no..., yo... preferiría... —balbuceó Nuria desubicada, preguntándose por qué su jefa no utilizaba el móvil como en otras ocasiones.

—Lo siento, Nuria. Es urgente. Ya oíste a Julia.

—De acuerdo. Ahora mismo —claudicó la joven, sintiendo cómo el estómago se le desplazaba de su lugar habitual.

Nuria marcó el número, que recordaba de memoria. Esperó un tono, dos tonos, tres, y cuando iba a colgar aliviada, Víctor Cañizares contestó con voz cantarina.

—Hola, Maca. ¿Cómo está el equipo A? —preguntó el periodista al identificar el número.

—¿Qué tal, Víctor? Soy Nuria. Te voy a pasar con Macarena.

—No, no, Nuria, por favor, espera un momento. Dime cómo estás tú y cómo está Lucía.

—Yo estoy bien y la niña... no te lo imaginas, Vic. Si la vieras. Está preciosa y tiene pinta de que va a tener un carácter fuerte y decidido. Ya intenta ponerse de pie y solo tiene diez meses.

—Es igual que su madre. Una luchadora...

—Gracias. Bueno, voy a pasarte la llamada... Pero ¡qué boba! Disculpa mi falta de tacto. ¿Cómo estás tú? ¿Y tu padre?

—Mi padre, en periodo estacionario y yo, pues, echándote tanto de menos que no me explico cómo sigo cuerdo. ¿Sabes? A veces pienso que debes estar mareada, de tanto dar vueltas en mi cabeza.

—Bueno, Vic —dijo Nuria, sin poder evitar sonreír con las ocurrencias de su exnovio—. Vamos a dejarlo. Ya sabes que esta conversación solo tiene un final posible.

—Todo esto es absurdo, Nuria. Te quiero tanto que vivir cada día sin ti es una tortura, un sinsentido. No puedo ni quiero continuar así. Solo espero que esta maldita campaña acabe y que la situación de Macarena se solucione. Después me iré. He pedido una plaza en Afganistán como gráfico de Efe.

—Estás loco, Víctor. ¿Afganistán? ¿Y qué va a pasar con tu padre?

—Ya lo he hablado con mis hermanos. Ellos se ocuparán de él, a cambio de

que yo mande el dinero necesario para seguir manteniéndolo en la residencia. Pagan bien... Es la solución. Así mataré dos pájaros de un tiro.

—¿De qué tiro hablas, Víctor? ¿Del que te pueden pegar a ti?

A aquellas alturas de la conversación, el silencio sepulcral invadía la habitación. Julia y Ángela habían descolgado momentáneamente los teléfonos de sus respectivas mesas, para que nada pudiera interrumpir aquel diálogo que, como si se tratase del capítulo de un culebrón, seguían todas con auténtico interés. Nuria continuó su razonamiento:

—Y si te matan, ¿cómo crees que me sentiré yo, sabiendo que te fuiste por mi causa? ¿No lo entiendes? Si te pasa algo, seré la responsable. Y, de verdad, ¿vas a tener el valor de hacer que cargue con algo así para toda la vida?

—Lo siento, Nuria. No encuentro otra salida. Cometí un error. Cierto es, pero no puedo pagarlo eternamente.

De repente, Julia se levantó de la silla y tapando el teléfono de su compañera con la mano, exclamó:

—Pero, so cabezota, ¿quieres decirle de una vez que estás enamorada de él hasta las trancas? Lo perderás y no te lo perdonarás nunca, ni por ti ni por tu hija.

Nuria se quedó clavada en la silla, sin poder reaccionar. Julia le arrancó el teléfono de la mano.

—Disculpa, Víctor. Te voy a pasar a Macarena que se tiene que marchar, pero te prometo que Nuria te llamará después..., como que me llamo Julia Martínez.

En el antedespacho de Macarena se mascaba la tensión y Víctor, también alterado, precisó unos segundos para resetearse.

—Hola, Víctor. Me viene genial hablar contigo. Hace unos minutos me ha pasado algo que debes saber.

—¿Ah, sí? Pues ahora me cuentas. Yo solo te llamaba para confirmar la llegada de tu marido mañana a primera hora.

—Confirmado. De todas formas, no creo que nadie le espere en el aeropuerto y lo más lógico es que, según aterrice, vaya a casa directamente. Cuando llegue, los niños y yo aún no habremos salido, con lo cual, cabe la posibilidad de que sea él quien les acompañe al colegio, como hizo la última vez. Yo te pondré un mensaje de confirmación y, a partir de ahí, no quiero que le pierdas de vista ni un minuto.

—De acuerdo. No te preocupes. Así lo haré.

—¿A que no sabes quién está al tanto de los pasos de Roberto, sin que exista más justificación posible que no sea la confabulación? Mi jefe, Fernando Carretero.

—No me jodas, Maca. ¿Estás segura? ¿Crees que puede ser él el cómplice

encubierto?

—Cada día mis sospechas son más sólidas. Debe pensar que le voy a quitar el puesto. ¡Valiente capullo!

—¿Y qué vas a hacer? —dijo Cañizares, presa del estupor.

—En primer lugar, comprobarlo. Tengo que estar en el Congreso a las once y voy a tomar un café con él. Haré todo lo posible por verificar si aparece Roberto en los contactos de su móvil. Me apuesto contigo una cena en el restaurante que tú elijas a que no me equivoco. Y lo mismo haré con el teléfono de Roberto, cuando mañana llegue a casa.

—De acuerdo, Maca. Pero no te arriesgues.

—Estaré en Sevilla el fin de semana y me llevaré a Nuria. Mientras, Roberto se quedará en Madrid con los niños, pero, a partir del lunes, viviremos bajo el mismo techo y comenzará la fiesta. Será entonces cuando pongamos en marcha nuestra estrategia.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó el periodista preocupado —. Si tu marido nos pilla, se malogrará la operación y será complicado encontrar un plan alternativo.

—Siempre podré decirle que eres mi amante. Entonces, seguro que vendrá a por mí —dijo Macarena con sorna.

—Y a por mí...

—Y acabaremos saliendo en los papeles. La diputada promiscua y el periodista, expareja de Nuria Peñalba, son sorprendidos por el marido cornudo de aquella en situación comprometedor. Después de todas las mentiras que se han publicado sobre mí, total una más...

—Bueno, Maca, ahora en serio. Ten cuidado y no hagas ninguna tontería.

—De acuerdo. Quédate tranquilo. Y no, por favor, no digas nada. Hablaré con Nuria el fin de semana. En mi vida había conocido a una mujer tan terca y con tanto orgullo almacenado. ¡Por Dios! Le rezuma por los poros.

—Te lo agradezco, Maca. La quiero mucho, pero no estoy dispuesto a rogar más. Si ella no me quiere perdonar, tendré que aceptarlo.

—Te entiendo. Y puedo asegurarte que si tú la quieres, ella no te quiere menos. Es una cuestión de dignidad mal entendida.

Macarena colgó el teléfono y reflexionó durante un par de minutos en torno a las conversaciones que acababa de mantener. Siempre pensó que tenía bien identificados a sus amigos y se jactaba de conocer el rostro de sus enemigos. ¡Craso error! Lo suyo parecía el mundo al revés.

De repente, le vino a la memoria la cantidad de veces que su tía Visitación, una de las mujeres más sabias que había conocido, le explicaba que, detrás de su aparente arrogancia y su impostada seguridad, los hombres suelen ser

extremadamente frágiles e ingenuos. En su interior albergan resortes muy primitivos y se les desarma con facilidad. Aquella mujer inteligente nunca se casó ni pudo formar la familia que tan íntimamente anhelaba. El inexorable paso del tiempo marchitó su cuerpo y la soledad y la tristeza acabaron por inundar de frustración su alma.

Macarena estaba convencida de que, en el mundo global del siglo XXI, los hombres aún controlaban la balanza del poder, lo repartían de manera nociva y lo utilizaban, en tantas ocasiones, para fines perversos. En sus discursos repetía, una y otra vez, que la revolución en materia de igualdad solo llegaría cuando las sociedades fueran capaces de redistribuir ese poder; es decir, cuando, en todo el planeta, el dominio de una mitad de la población sobre la otra dejara de ser una realidad.

... Porque, ¿de qué sirven las reformas legislativas y las iniciativas que los poderes públicos intenten poner en marcha cada día si las relaciones de igualdad aún infunden terror a muchos hombres?

Cualquier mujer que aspire a comportarse como un hombre con toda seguridad carece de ambición.

DOROTHY PARKER

El taxi de Roberto paró en la puerta. Los niños, ya vestidos y desayunados, trepaban por los sofás para asomarse al ventanal, mientras esperaban expectantes la llegada de su padre. En cuanto lo vieron apearse del vehículo, salieron a la carrera con los dos cachorros detrás, enredándoseles entre las piernas en atolondrada inercia. El encuentro a cinco fue entrañable y los perros saltaban y lameteaban a Roberto como si reconocieran en él al amo que faltaba.

Macarena esperaba dentro de la casa, intentando que su corazón no escapara del pecho. No había pegado ojo a pesar del somnífero y tenía los nervios a flor de piel. Roberto se acercó despacio, le dedicó una gran sonrisa y la rodeó con sus brazos en lo que quería ser una demostración de amor y de superación de pasadas rencillas. Ella, rígida al contacto con su esposo, apenas se movió. Mariana, la fiel empleada doméstica, contemplaba la escena a sabiendas de que aquella no volvería a ser nunca la familia unida y feliz que en su día había conocido.

Finalmente y a pesar de la profunda repulsión que le provocaba, Macarena había claudicado permitiendo a Roberto instalarse en casa durante aquella visita, con el único objetivo de tenderle una trampa. Ni por un instante, desde el día anterior, Macarena había podido olvidar el shock que le produjo comprobar, durante el almuerzo de los candidatos electorales, que, efectivamente, el número de Roberto aparecía en el móvil de Carretero, con una comunicación grabada en el registro de siete minutos, fechada aquel mismo día. Sentada junto a su jefe, le hizo creer que la batería de su móvil se había agotado, pidiéndole el suyo para hacer una llamada. De esa manera, no precisó contraseña y tuvo tiempo suficiente para hacer sus comprobaciones mientras Carretero se ausentaba al cuarto de baño. Cuando este regresó, le devolvió el teléfono agradecida, habiéndose asegurado de dejar previamente el número de su despacho registrado en la cabecera de la lista de llamadas.

Macarena abandonó a duras penas sus dolorosos pensamientos.

—Imagino que querrás llevar a los niños al colegio —le dijo a su marido, conociendo de antemano la respuesta.

—Por supuesto. Me doy una ducha rápida, me cambio de ropa y como cualquier cosa. —Y Roberto miró a Mariana, que inmediatamente se dirigió hacia la cocina—. Dime, Maca. Entonces, ¿la varicela ya es historia? ¿No hay que administrar a los chicos tratamiento alguno? Es que me gustaría llevarles el fin de semana al campo con los perros y, tal vez, al cine. ¿Qué te parece? —sugirió Roberto muy complaciente.

—Lo que tú decidas estará bien. Y, por favor, controla los deberes porque han de ponerse al día y el curso está a punto de finalizar. Perdieron una semana entera de clase y andan algo descolgados.

—No te preocupes. Yo me ocuparé. ¿Cuándo vuelves?

—El domingo por la tarde.

—Imagino que estarás agotada con el ajetreo de la campaña. Aunque todo apuntaba a que la segunda vuelta sería de baja intensidad, parece que al final no ha sido así. ¿Me equivoco?

—No te preocupes. Yo estoy bien. Además, ya entramos en la recta final —concluyó Macarena, consultando su reloj—. Por favor, no te entretengas o llegaréis tarde.

—De acuerdo. ¿Te veré después?

—No sé qué planes tienes. Yo regresaré para almorzar y recoger mi maleta.

—Entonces, no lo creo. Almorzaré fuera y de paso me traeré a los niños del colegio. Que tengas buen viaje.

—Gracias. Llamaré más tarde para saber cómo va todo.

Roberto desapareció en el interior del cuarto de baño. Macarena esperó hasta escuchar el agua de la ducha y se dirigió hacia el aparador del vestíbulo, donde su marido tenía por costumbre depositar llaves y objetos personales cuando llegaba a casa. Pulsó la tecla del teléfono y la pantalla abandonó la oscuridad. El sistema pedía un pin para acceder a las aplicaciones. Estaba casi segura de que Roberto utilizaba su año de nacimiento. Probó, pero el aparato no respondió. ¡Mierda! Había cambiado la contraseña. Pensó con rapidez en opciones alternativas. No tenía mucho tiempo y los niños, aunque jugaban fuera, podían entrar y descubrirla. Los dedos, imprecisos y temblorosos, no atinaban con las teclas. Probó con el año de nacimiento de Lucas y Carlos. ¡Bingo! Por fin los iconos multicolores y brillantes poblaron la pequeña estancia azul. Rápidamente presionó el anagrama naranja de los contactos y se posicionó en la Ce. Efectivamente, allí estaba: Fernando Carretero, con su número y su correo. Había una llamada del día anterior que coincidía con la que ya conocía, más un WhatsApp, escrito hacía solo media hora, para confirmar la cita del almuerzo a las dos y media en un restaurante de Retiro.

Macarena se despidió de los niños y se sentó al volante de su coche. Arrancó y

aceleró con decisión. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes. Sus ojos anegados en lágrimas le dificultaban la conducción. Tenía que sobreponerse. Se sentía rota por dentro. Aunque hacía tiempo que lo sospechaba, la certeza era mil veces más destructiva que el presentimiento, porque eliminaba cualquier atisbo de equivocación o desacierto. Ante sus propias narices, la cruel evidencia se había regodeado sin dejar espacio a la misericordia. Como dijo el cantautor, aunque la verdad nunca sea triste, lo que no tiene es remedio.

Antes de descender del coche, Macarena llamó a Víctor para informarle del resultado de sus pesquisas, confirmándole la hora y el lugar del encuentro entre su marido y su jefe, prueba irrefutable de la conexión entre ambos.

—¡Hijos de puta! Pigmeos acojonados ante la amenaza de una mujer que vale cien veces más que los dos juntos. No te preocupes, Maca. Allí estaré y conseguiré el mejor reportaje de mi vida. Te llamaré en cuanto termine.

—Gracias, *paparazzi*. El resto de la tarde estarás libre, porque Roberto lo pasará con los niños.

—Ánimo, diputada. Estás a punto de despertar de la pesadilla. Vamos a demostrarles a esos dos mafiosos con quién se enfrentan. Y nada de bajones, ¿entendido?

—Entendido, Víctor. Ya pensaremos qué hacer cuando todo esto acabe. Un abrazo y suerte.

Macarena se plantó en la estación de Atocha con tiempo suficiente para tomar un café. Nuria aún no había llegado y faltaban cuarenta y cinco minutos para la salida de su tren. Se sentó en uno de los cafés de la estación, junto al monumento al viajero. La televisión se hacía eco de la noticia: un intento de golpe de Estado estaba teniendo lugar en Turquía. Los primeros reportes hablaban de tanques y aviones militares desplegados en Ankara, mientras diversos edificios de importancia estratégica estaban siendo asediados. La información especificaba que se registraban importantes enfrentamientos y tiroteos en distintos lugares de la ciudad. Por su parte, en Estambul, los militares habían ocupado la plaza Taksim, en un intento por convencer a los ciudadanos de que regresaran a sus casas. Los puentes del Bósforo y el Fatih Sultan Mehmet se hallaban clausurados, y el aeropuerto internacional Atatürk permanecía cerrado y con todos sus vuelos cancelados.

Una nueva vía de agua se abría ante la atribulada Macarena, a la que la vida se había empeñado en no dar tregua. Intentó comunicarse con Alejandro, pero no lo consiguió. Le envió mensajes a través de todos los medios de los que disponía, esperando con ansiedad una respuesta que la tranquilizara. Encontró relativo consuelo en las crónicas que informaban sobre la dificultad de las comunicaciones en el país, presa del caos, y en el comunicado difundido por

Bruselas, en el que se garantizaba el contacto permanente de las instituciones de la Unión con las legaciones comunitarias en Ankara. A nivel internacional, todo parecía bajo control y, según pasaban las horas, se revelaba incluso como poco probable que el golpe prosperara.

Nada más hacer su entrada, Nuria, que llegaba sin resuello, buscó angustiada en todas direcciones, en un esfuerzo por localizar cuanto antes a su jefa entre la gente que atestaba el vestíbulo de la estación. Macarena la vio y también respiró aliviada. Dadas las circunstancias, agradecía la compañía.

—Imagino que estarás al tanto de la noticia —disparó Nuria la hipótesis sin más concreción.

—¿Te refieres a lo de Turquía?

—Claro, a qué si no. ¿Alguna noticia del embajador?

—Pues no, Nuria. Y haz el favor de calmarte, que bastante nerviosa estoy yo ya.

—Chica, es que nada más oírlo, he pensado en ti. ¡Qué racha, Maca! No se te ocurra poner un circo, porque fijo que te crecen los enanos.

—¡Pues aún no sabes la última! —exclamó la diputada con aplomo.

—¿La última? ¿Cuál es la última? —Nuria no hubiera imaginado la respuesta a sus preguntas ni en mil años.

—Fernando Carretero es el socio de Roberto en su paranoica maniobra para desprestigiarme y obligarme a abandonar la política.

—¡¿Cómo...?! Maca, ¿estás segura?

—Lo estoy. Si no tuvieran un objetivo común, su relación sería impensable. No olvides que Roberto siempre consideró a Fernando como el responsable último de que yo ingresara en política. Le odia. Pero, mira tú por donde, ahora están almorzando juntos, como dos colegas, aunque Víctor les sigue de cerca para inmortalizar el encuentro.

—¡Claro! Ahora lo entiendo. Para Carretero eres una amenaza real. Tu popularidad y tu buen hacer le han relegado a una especie de puesto honorífico, poco más que un socio fundador. En el partido y fuera de él solo se habla de ti, de tu compromiso, de tu pundonor y del paso de gigante que supondrá en el camino de las conquistas sociales el esfuerzo que has realizado hacia la igualdad y la conciliación, prácticamente en solitario. Tus logros han eclipsado al resto de los protagonistas de la campaña, y todo eso sin olvidar la puesta en valor del importante ascenso en votos y escaños que se vaticina —dijo Nuria, sorprendida ante su propia deducción.

—Y como todo apunta a que de nuevo los resultados de las urnas no arrojarán mayorías absolutas, habrá que negociar, pactar y consensuar.

—Y si los sondeos aciertan, sería más que probable la participación de los

moderados en el nuevo Gobierno —añadió la joven.

—Eso es, Nuria. Y la posición de Carretero quedaría muy forzada en un eventual escenario de reparto de carteras. No sería de recibo su aceptación de cualquier ministerio menor, y en uno mayor, no le ve nadie.

—¡Dios mío! Menudo culebrón, Maca. ¿Y qué vas a hacer?

—Acabar con ellos. A partir del lunes, desencadenaré la tormenta perfecta. He de resolver esto antes de la jornada electoral.

—Maca, si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo.

—Ya me estás ayudando, Nuria.

—¿Sabes? He pensado mucho en todo lo que ha pasado durante los últimos meses. No creo en las casualidades, y he llegado a la conclusión de que todo esto tiene que tener un sentido.

—¡Ah, sí! Pues explícamelo, querida, porque yo no se lo encuentro por ningún lado.

—¿Cómo es eso de que Dios escribe derecho con renglones torcidos? A veces, tenemos que tocar fondo para empezar a resurgir y la vida, a través de situaciones dolorosas y crueles que no logramos entender, nos coloca a cada uno donde debemos estar —dijo Nuria muy filosófica—. Ahora estoy pensando en mí. Si nada de esto hubiera pasado, seguiría militando en el partido liberal y nunca nos habríamos encontrado... Y te aseguro que conocerte y trabajar contigo es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

—Gracias, Nuria. Y, según tu teoría, ¿en qué lugar ha colocado la vida a Víctor Cañizares?

—Junto a mí y junto a Lucía. Le quiero con toda mi alma, Maca. Y si tú le has perdonado, yo debo hacerlo también.

—¡Alabado sea el Cristo de los gitanos! Te aseguro que es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo. Anda, dame un abrazo.

Por los altavoces se escuchaba el anuncio de la inminente salida del tren con destino Sevilla y parada en Córdoba, cuyo embarque se realizaría por la vía tres. Las dos pasajeras guardaron su turno durante el proceso de comprobación de los billetes por parte del personal de Renfe y, mientras recorrían el andén en busca del coche ocho, un correo electrónico de Alejandro se coló en el móvil de Macarena, que respiró aliviada.

El embajador español no aportaba muchos datos sobre la situación. Su mensaje hablaba más bien de amor, de la imperiosa necesidad del otro, de la pasión y el apetito carnal, porque amar sin deseo es como comer sin hambre. Del fetichismo y la idolatría, del valor que el amor es capaz de infundir a los cobardes hasta convertirlos en héroes.

... Macarena no pudo por menos que estremecerse ante la convicción de que

solo el amor nos acerca a la eternidad y a la esencia de la vida.

Cada vez que una mujer da un paso, todas avanzamos.
MARÍA TERESA FERNÁNDEZ DE LA VEGA

Llovía cansinamente, con sigilo. Macarena y Nuria caminaban con los brazos cruzados sobre el pecho, entornando los ojos, encogidas y pegadas a la pared, como si atravesaran una zona en guerra infestada de francotiradores. El chubasco las había sorprendido camino de La Sentencia, donde almorzarían con la familia Barrios al completo, una vez cumplimentadas las entrevistas que Macarena tenía programadas en los medios autonómicos. La breve borrasca pasaría pronto y la previsión meteorológica para la hora del mitin era de cielo despejado y viento calmo.

Cada nuevo encuentro era una fiesta. Macarena recobraba el ánimo y hasta la claridad de juicio cuando se encontraba entre los suyos. Difícil le resultaba explicar aquella sensación de amparo ante la magia que envuelve la Giralda cuando cae la noche, o al percibir la piel caldeada por la refulgente luz que alumbraba la ciudad antes de que el sol la abrase, o mientras respiraba el aroma a jazmín y azahar que impregna el aire de Sevilla. Pero aquel día, precursor de una noche que se adivinaba inolvidable, el ambiente se embriagaba de remembranzas, fragancias de vivencias y sentimientos profundamente arraigados y aromas a baño de multitudes a orillas del Guadalquivir, en la tierra de sus antepasados.

Los padres de Macarena, orgullosos, la abrazaron enternecidos y su hermana Reyes no podía parar de besarla, mientras le repetía una y otra vez la satisfacción que sentía por sus éxitos, más que si fueran suyos propios. Curro, algo más distante, también la abrazó y le dio la bienvenida.

El almuerzo fue todo un recital de sabores y Nuria, que se sentía como en casa, no paró de alabar la exquisitez de las tapas sevillanas, esa cocina de autor en miniatura que se ha convertido, por méritos propios, en el producto culinario más exportado al resto del mundo.

—Bueno, y ahora imagino que querréis asearos y descansar un rato, antes del evento de esta noche —propuso la madre de Macarena, acariciando el cabello de su hija, algo desgreñado.

—Pues la verdad es que nada nos vendría mejor —explicó Nuria, que también empezaba a acusar los efectos de la campaña—. Aún tengo que revisar el correo

y hacer algunas llamadas. Y, por supuesto, no puedo olvidarme de reservar las sillas para que disfruten ustedes del mitin en primera fila.

—Gracias, hija. Será tan emocionante.

—Os acompaño a casa —se ofreció Reyes mientras arrastraba el *trolley* de Nuria—. Así disfrutaré, unos pocos minutos más, de la diputada con más talento y belleza que ha dado Sevilla y España entera.

—Así es mi hermana, Nuria. Mi mejor fan.

Las tres se dirigieron a la casa de los Barrios. El cielo, aún nublado, se correspondía con una temperatura más fresca y la grisácea luz diurna, desprovista de sol, favorecía el reflejo, en el agua de la alberca, de los azulejos que forraban las paredes del hermoso patio, convirtiéndola así en un lago en miniatura gracias a su superficie azulada y titilante. Subieron a la planta superior de la corrala y Nuria ocupó el dormitorio contiguo al de Macarena.

—Esta es la habitación de mis sobrinos Lucas y Carlos..., cuando vienen, claro, porque los vemos tan poco —se quejó Reyes melancólica.

—Tengo la sensación, hermanita, de que eso va a cambiar muy pronto —dijo la diputada, intentando consolar a la afligida tía.

—¿Qué ocurre, Maca? —interrogó Reyes a su hermana, temiendo lo peor—. Vas a separarte de Roberto, es eso, ¿no?

—Definitivamente. La decisión está tomada.

—¿Es por el embajador?

—No. Alejandro no tiene nada que ver con esto. Reyes, tengo que contarte algo. Eres mi hermana y debes saberlo, pero has de guardar absoluto secreto. Si padre y madre llegaran a enterarse, sufrirían tanto que no me lo perdonaría.

Nuria se despidió y las hermanas Barrios entraron en la habitación de Macarena. Reyes no pudo contener las lágrimas ante el relato de aquel calvario que su hermana se había visto obligada a soportar. ¿Cómo era posible que una mujer bella, inteligente, preparada, con un éxito profesional indiscutible y unas cualidades humanas dignas de alabanza tuviera que doblegarse ante las humillantes exigencias, machistas y trasnochadas, de su compañero si quería preservar la unidad de la familia? Macarena la tranquilizó asegurándole que la odisea estaba a punto de terminar, aunque no cabía duda de que aquel viacrucis le dejaría profunda huella, sin mencionar la pena por separar a los niños de su padre.

—Yo también he de contarte algo, Maca. Pero igualmente tiene que quedar entre nosotras, porque madre me hizo jurar que no te lo diría. Ella no está bien. Tiene cáncer, pero no ha consentido operarse hasta que pasen las elecciones. No admite, bajo ningún concepto, ser motivo de preocupación para ti en estos momentos.

—¡Dios mío! ¿Desde cuándo lo sabe?

—Pues, verás. Desde que imputaron a Curro y a padre en el caso de la Escuela de Hostelería, madre no levantaba cabeza, pero, claro, tampoco era de extrañar teniendo en cuenta el disgusto que teníamos viendo a la familia mezclada en un caso de corrupción. A diferencia de padre, que parecía temer las reacciones de nuestro hermano, madre discutía con Curro constantemente, le acusaba de irresponsable y llegó a echarle la culpa de las repercusiones que su insensatez pudiera tener en tu carrera. A consecuencia de todo ello, la pobre siempre andaba con migrañas y un cansancio tan brutal que le costaba acabar el día en pie. Decía que era cosa de la tensión. Un día, el enfrentamiento y los reproches pasaron de castaño oscuro y madre, en el fragor de la batalla, se desmayó. El médico la sometió a un chequeo completo y descubrió un tumor en el hígado. A pesar de los esfuerzos del doctor, se ha negado en redondo a pasar por el quirófano hasta que no acabe el proceso electoral y tú ya estés liberada de toda presión política.

—No tengo palabras. Pobre madre mía. Es incapaz de anteponer su propia salud al bienestar de sus hijos. Tiene que ser un ejemplo para nosotras, hermana. Haré todo lo que esté en mi mano para compensarla por tanto sacrificio.

—La vida ha enseñado a las mujeres andaluzas a encajarlo casi todo y, ya ves, madre es buena prueba de ello.

—Menos mal que falta poco. Prométeme, Reyes, que harás todo lo posible para que se ponga en manos de los médicos.

—Te lo prometo. Y ahora descansa. Esta noche no será como las demás, Maca. Habrá otras noches y otros mítines, pero esta es la tierra que te vio nacer, aunque se perdió el resto. Llegó el momento de recuperar el tiempo perdido y comprobar que prescindir de ti mereció la pena. Hoy me harás sentir la hermana más orgullosa de España.

—Gracias, Reyes. Me ahoga la emoción y me faltan las palabras. Esta noche te dedicaré a ti, y solo a ti, todo aquello por lo que lucho.

En un goteo incesante, la explanada del muelle de las Delicias se fue llenando de sevillanos que, tanto desde la capital como desde los municipios de su cinturón, se desplazaban para escuchar a los candidatos moderados y, en especial, a su paisana la diputada Macarena Barrios. Desde media tarde, técnicos de iluminación y sonido comprobaban el funcionamiento correcto de las instalaciones, mientras un grupo de montadores daba los últimos toques al entarimado, reservado en exclusiva para los oradores.

El periodista Víctor Cañizares se acreditó entre los últimos. La agencia le había enviado a cubrir el evento casi con el tiempo justo, en sustitución de la compañera designada para tal fin y que inesperadamente se había puesto enferma. Se dirigió a la tribuna de la prensa y comenzó a montar su equipo

bastante más atrás de lo que le hubiera gustado. Menos mal que, gracias a su altura, muy por encima de la media, conseguiría buenos planos, a pesar de la distancia. Aunque, lógicamente, no comulgaba con las tesis del partido, ya le había pillado el tranquillo al discurso político moderado y tenía que reconocer que, además, siempre suponía un placer escuchar a la diputada Macarena Barrios, que ponía el corazón en cada uno de sus mensajes. Por eso calaban en el electorado, porque realmente creía en lo que decía. Hay una especie de proverbio entre los profesionales de la política que asegura que o vives como piensas o acabarás pensando como vives. Y solo quienes están convencidos de que un mundo mejor es posible pueden transmitir su fe en un futuro de esperanza. A eso se le llama carisma.

Pero Víctor seguía pensando que las tesis de Macarena y su sociedad igualitaria eran pura utopía. Veintiún siglos de dominación masculina suponían un deber demasiado difícil de equilibrar por medio de un haber que se mostraba tibio y cándido, basado en una normativa escasamente revolucionaria y en la buena voluntad de empresarios y patronos. Y qué decir de la traída y llevada conciliación de la vida familiar y profesional, en un escenario laboral en el que, aun gozando de la cobertura legal más progresista, cualquier parecido con la realidad cotidiana no dejaba de ser más que pura coincidencia. Pero Macarena seguía predicando su verdad y confiando en que los cambios que las sociedades demandan acaban siempre por hacerse realidad. La certeza en la justicia de su reivindicación alimentaba la autoconfianza en conseguirla. ¿Y no sería que la gente necesitaba creer y la diputada Barrios les satisfacía el menester?

Una hora antes del comienzo del acto, hicieron su aparición un buen número de militantes que colaboraban en aspectos logísticos, como distribución de folletos y propaganda, ubicación de los asistentes o medidas de seguridad básicas. Dirigiendo el cotarro, Nuria Peñalba, ayudante personal de Macarena, quien dominaba el escenario dada su amplia experiencia. Vestida con un traje de chaqueta y pantalón negro, lucía un pinganillo en la oreja, como los guardaespaldas, y de vez en cuando, hablaba o escribía en su móvil. Víctor había decidido no insistir con Nuria, por lo que intentaría pasar desapercibido, oculto entre las cámaras y los trípodes. Tan solo hablaría con Macarena después del acto y le mostraría las fotos tomadas el día anterior en el restaurante donde almorzaron su marido y su jefe.

Tal vez un sexto sentido hizo que Nuria mirase en dirección a la nube de fotógrafos que comenzó a disparar sus flashes en cuanto hizo su aparición el líder de los moderados en Andalucía. En cuanto lo reconoció, sus ojos se clavaron en los de Víctor sin titubeos y, segundos después, la joven le confesaba su amor y se abrazaba con fuerza al periodista, que no daba crédito a su suerte.

No hicieron falta demasiadas palabras. Se apartaron de la multitud cuanto pudieron y se besaron con un ansia directamente proporcional al tiempo que habían estado separados. Ambos se pidieron perdón reiteradamente, a la vez que se prometían hacer borrón y cuenta nueva. Nuria le puso un último mensaje a Macarena para que no dejase de mirar en la dirección que le indicaba nada más hiciera su entrada en el escenario.

Como estaba previsto, el acto electoral fue un éxito y, cuando Macarena subió al estrado, el público que abarrotaba la explanada pareció enloquecer. Absolutamente desbordada por la emoción, saludó en todas direcciones, lanzando besos a su familia, situada en primera fila.

El éxito de su intervención superó todas las expectativas y hubo momentos en los que los aplausos le impidieron seguir. La diputada habló de una mujer andaluza que aún permanece oculta en la espesa noche que cubre la historia de su pueblo, una historia escrita por hombres que relegaron a sus mujeres a un papel secundario, lejos de las decisiones históricas. Después, las animó a regresar al camino, abandonando esa ancestral posición de exclusión y tomando las riendas de sus vidas y de sus reivindicaciones, para escribir juntos la historia de Andalucía y de España. Finalmente, dedicó unas bellísimas palabras a las mujeres de su familia de las que aseguraba aprender cada día, y justificó la ausencia de una despedida al uso, porque Sevilla y los sevillanos vivían con ella, allá donde estuviera. Su último pensamiento, antes de abandonar la tribuna, fue para sus hijos y para Alejandro, a quien tanto echaba de menos en aquellos momentos difíciles de repetir.

Decenas de banderas españolas y del partido moderado ondeaban impulsadas por la brisa del Guadalquivir, mientras el confeti se esparcía desde unas toberas situadas al efecto. Música, himnos, saludos, flores y abrazos cerraron el mitin, en una suerte de éxtasis colectivo.

La familia Barrios celebró el éxito de Macarena. Después de callejear durante un buen rato por el *food fest* del puente de los Remedios, Nuria y Víctor se retiraron discretamente al hotel donde el periodista se alojaba. Pero antes, los tres se abrazaron con fuerza.

—Hoy estoy contenta y esta felicidad también os la debo a vosotros —les dijo la diputada, cogiéndoles las manos—. Perdona, Víctor, pero hoy no quiero ver esas malditas fotos. No estoy dispuesta a que nadie me arruine la noche. Si mañana regresamos juntos, tiempo habrá de tragarme ese sapo durante el viaje.

—Estoy de acuerdo. Disfruta de tu familia, Maca. Son tan buena gente... En fin, buenas noches. —Víctor pareció pensar en voz alta.

—Felicidades, otra vez, Maca. Has estado sembrada, mejor que nunca. Nos has emocionado —dijo Nuria con entusiasmo—. Descansa y nos vemos mañana.

—Y vosotros disfrutad de vuestra noche que, aunque se haya hecho esperar, bien está lo que bien acaba. No os olvidéis, mañana comemos juntos en La Sentencia antes de salir para Madrid.

Macarena los vio alejarse cogidos de la mano. Víctor y Nuria formaban ya, por méritos propios, parte de su vida, de una vida que había comenzado a virar ciento ochenta grados. Abriría la muralla a quien llamara a su puerta con honestidad, a todo aquel que le aportara amistad y lealtad sinceras. A otros, por el contrario, esos elementos tóxicos y virulentos, les invitaría a salir de su vida cuanto antes, dando un portazo para siempre, porque, aunque su traición y su indecencia hubieran causado ya un daño irreparable, dejarían de infligir dolor y sufrimiento.

Aún estaba muy confusa, pero Macarena era consciente de que maduraba de día en día. Nunca tuvo tan claro que su futuro profesional pasaba por un compromiso con la sociedad y, aunque su vida personal se hallaba en proceso de metamorfosis, si algo se revelaba como más verdad que el pan y la tierra, era la certeza de que nada había más importante que sus hijos; Carlos y Lucas serían siempre lo primero. Pero en su pensamiento recurrente, emergía un tercero en concordia, Alejandro Rimbau, ese hombre de alma limpia y corazón generoso que había conseguido incrustarse bajo su piel y a quien comenzaba a necesitar tanto como el aire que respiraba.

Cada vez que intentaba hablar con su hermano, este parecía rehuirla, pero Macarena no contemplaba la rendición. Se había propuesto abandonar Sevilla en paz consigo misma, sin una sola espina clavada, salvo la enfermedad de su madre, que ya le causaba bastante dolor.

Se acercó a Curro y Adela y les besó en silencio. Cuidadosamente, cogió en brazos a su risueña sobrina, a la que el sueño vencía por momentos.

—Tu mujer cada día está más guapa —dijo Macarena a su hermano, mirándole directamente a los ojos—. Y tu hija es un regalo del cielo. Eres afortunado, Curro. No infravalores lo que tienes y no tientes a la suerte, porque podrías perderlo todo, hasta la libertad.

—... *cucha*, hermanita. Te agradecería que no me dieras lecciones de moral. ¿Ok? No tienes ni puta idea de cómo funcionan las cosas aquí —contestó Curro desabrido.

—Yo solo sé que te quiero y no puedo ser testigo impasible de lo que acontece en mi familia —añadió Macarena en son de paz—. No imagines ni por un momento que estoy pensando en mí, sino en las consecuencias que la imputación pueda tener para vosotros.

—¿Ah, sí? Pues no me consta que hayas movido ni un dedo por nosotros, ni siquiera te has molestado en hablar con el fiscal.

—Tú sabes cuál es mi postura, Curro, y no te desvelo ningún secreto si te digo que estoy en el punto de mira de la prensa y de un importante sector de la Junta. ¿Te has parado a pensar que si me implicara en el tema de cualquier manera, a los medios les faltaría tiempo para publicar todo tipo de basura al respecto? ¿No crees que no solo no os sería de utilidad, sino que es posible que os perjudicara?

—Estoy convencida de que nada de esto puede acabar bien y yo no quiero ni pensar en las consecuencias, porque tu padre tiene una edad y, por lo tanto, su castigo tendrá límites, pero tú... —dijo Adela, apelando a la sensatez de su marido—. Macarena tiene razón, Curro.

—Y cuándo no fue pascua, si de toda la vida de Dios cuando mi hermana Macarena hablaba, subía el pan.

—No seas injusto, Curro —dijo Macarena con humildad.

—¿Y la niña bonita me va a hablar a mí de justicia? ¿Qué sabrás tú lo que es o no justo? Pasa que a ti siempre te contaron que la Reyes y yo no estudiamos porque no quisimos, porque, ¡claro!, tu hermana mayor para qué iba a estudiar si lo que tenía que hacer era casarse, y el Curro, el varón de la saga, por hecho se daba que seguiría los pasos del padre. Y encima Curro Barrios, el típico andaluz *matao*, corto de entendederas, con una vida plana y sin pretensiones, así es que con tener para el fino y la partida, iba servido. Que ya lo dice el refrán: «Andaluz con dinero y gallego con mando, estoy temblando». Pues no puedes estar más equivocada, diputada.

—Vale. Pues ahora vas a escucharme tú a mí y no creas que no sé de lo que hablo. Lo fácil es siempre echar la culpa a los demás de todas las equivocaciones que cometemos en la vida, pero no lo olvides, uno construye su propio camino al andar.

—¿Ah sí? ¿Cree la señoritinga que tuve opción cuando a padre le dio el infarto y casi la diña? Yo también era muy joven, pero no me quedó más remedio que arremangarme y ponerme al frente del negocio. ¿Sabes, hermanita? Hoy no he dejado de escucharte hablar de la esclavitud a la que la mujer andaluza ha estado sometida desde el principio de los tiempos, pues entérate bien, diputada, para que lo digas también en tus discursos. Yo era el varón de la familia y tuve que hacer lo que se esperaba de mí. Con un padre enfermo, una madre y dos hermanas, bonito hubiera estado irme a hacer las Américas. No eres quién para acusarme a mí de nada, porque mientras la niña fina estudiaba carreras y másteres y se codeaba con los pijos de Madrid, su hermano Curro se pasaba quince horas diarias detrás de una barra, oliendo a fritanga y aguantando a caciques y borrachuzos para sacar el negocio adelante y pagar, entre otras cosas, tus estudios y tus caprichos. Nadie me preguntó jamás por mis sueños. Pues este, del que ahora te avergüenzas, los tenía, Macarena Barrios, claro que

los tenía, y tuve que renunciar a ellos.

Curro lanzó el puño contra un árbol y comenzó a sollozar como un niño. Macarena, con la pequeña en brazos, estaba paralizada. Nunca había oído a su hermano hablar así. Adela le hacía señas a su cuñada para que guardara silencio, mientras abrazaba a su marido con ternura y le susurraba al oído palabras tranquilizadoras.

—Yo... lo siento... mucho, Curro. Tal vez todo esto se deba a una imperdonable falta de comunicación en el pasado. Es culpa mía. Tenía que haber sido más sensible. Si hubiéramos hablado antes..., tal vez nunca...

—No sirve darle vueltas. La vida es así de *hijaputa*. A lo hecho, pecho. Apencaré con las consecuencias, como siempre hice, y ya está —dijo, secándose los ojos con la manga—. Niña, que yo estoy pero que muy orgulloso de tu éxito y me alegro de que tú sí hayas cumplido tus sueños.

—Algún día, hermano, te contaré muchas cosas. Cuando todo esto pase, me gustaría tanto que compartiéramos un poco de tiempo. Ese que nunca tuvimos. ¿Sabes? Carlos y Lucas no hacen más que imaginar las vacaciones de verano con los tíos y la prima. ¡Pobres hijos míos! Les vendrá bien, porque el futuro inmediato no les va a ser nada fácil.

—¿Por qué dices eso, Maca? ¿Qué ocurre? —preguntó Adela preocupada.

—Hablares más adelante. Este no es el momento. Simplemente, lo que ahora debéis saber es que os quiero muchísimo y que os necesito muchísimo más. Sois mi familia y puedo asegurarte, Curro, que nunca más me quedaré al margen. Soy una Barrios, para lo bueno y para lo malo. ¡Ah! Y sé lo de madre, así que, según se desarrollen los acontecimientos, iremos tomando entre todos las decisiones convenientes.

... Era ya tarde, y el agotamiento y las emociones hacían mella en el cuerpo y el ánimo de todos. El día había transcurrido intenso y conmovedor, pero Macarena, más que nunca, sentía la necesidad de ese refugio que implica pertenecer a una familia, que adquiere su verdadera dimensión cuando cada uno asume como objetivo reportar bienestar al resto.

Según se acercaba a Madrid, el desánimo y el miedo se iban haciendo más fuertes que sus ganas de llegar a casa y abrazar a sus hijos. Tenía que vencer el pánico. Pero no podía quitarse de la cabeza las fotos de Víctor. Las había revisado una y mil veces, en una obsesión compulsiva por convencerse de que sus sospechas estaban más que justificadas. No cabía la menor duda, su marido y su jefe habían puesto en práctica un estudiado rito diabólico para retirarla de la circulación, pero el tema se les había ido de las manos. Lo que no imaginaban es que en unas horas les atraparía su propio ceпо.

Tomó un taxi y se dirigió a Pozuelo. Cuando llegó, aún era de día y la casa estaba desierta. Ni rastro de marido ni de hijos ni de perros. Subió a su dormitorio y vació la maleta. Con cuidado, guardó en un lugar seguro los micrófonos y las tres cámaras que Víctor le había entregado y que debía colocar al día siguiente en el salón, el dormitorio y el despacho de Roberto. El periodista le explicó cómo instalarlas. Aprovecharía para culminar la operación a la mañana siguiente, mientras su marido llevaba a los niños al colegio. Parecía fácil y ella bien podía demorarse en salir de casa sin levantar sospechas. Una vez terminada la operación Gran Hermano, avisaría a Víctor para hacer una prueba.

Lo más complicado pasaba por superar aquella primera noche sin mayores consecuencias, aunque, con sinceridad, cada vez veía más difícil mantener a Roberto a raya sin descubrir su jugada antes de tiempo. Llegado el caso y si no quedaba otra salida, tendría que ceder a sus pretensiones y comportarse como una buena esposa que había echado de menos a su marido durante sus ausencias y deseaba, más que nada en el mundo, superar la crisis de pareja, vivir felices y comer perdices. No podía perder la oportunidad de desenmascararle, y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de conseguir su objetivo, aunque para ello tuviera que hacer el amor con Roberto hasta el amanecer. La simple recreación mental de la escena le provocaba arcadas.

Se duchó y se puso un pantalón deportivo y una camiseta. Salió al jardín y se sentó a esperar. Apenas había tenido tiempo de serenarse, cuando escuchó las voces de los niños que llegaban con su padre de pasear a los cachorros.

Carlos y Lucas se abalanzaron sobre su madre y, a su vez, los perros se

abalanzaron sobre los niños. La escena era tan entrañable que Roberto disparó varias fotos con su móvil para congelar el momento. Acto seguido, intentó besar a su esposa en los labios y esta, aunque sin brusquedad, se apartó instintivamente, escudándose en la conveniencia de ir preparando la cena. De otro modo, el tiempo se les echaría encima...

—Vamos, mosqueteros, al baño de cabeza. A ver, contadme, ¿qué tal lo habéis pasado? —Mientras se alejaba por el largo pasillo, Macarena seguía hablando.

—Por cierto, Maca —intervino Roberto, que la seguía de cerca—. La profesora de Lucas me ha explicado que el niño ha dado un paso de gigante en sus problemas de inmadurez y dependencia con respecto a su hermano. Dice que tú tenías razón y que el crío parece otro. Ha insistido en que no me olvidara de comentártelo.

—¡Mi niño! Lo mal que lo ha pasado, pero todo ese sufrimiento ya es historia. Qué feliz me hace saberlo.

—Mami, ¿podemos dormir con papá esta noche como hacemos contigo? —preguntó Carlos obsequiando a su madre con almibaradas caricias en el rostro.

—Claro que sí, cariño. Al fin y al cabo, papá estará en casa solo unos poquitos días. —Mientras hablaba, Macarena no pensaba exactamente en su regreso a Argentina, sino en algo más definitivo.

—Pero tú no estés triste, mamá —añadió Lucas, haciendo a su madre carantoñas aún más empalagosas—. Si quieres, yo puedo dormir contigo.

Parecía como si los niños y sus propuestas se hubieran aliado con ella para liberarla de una situación inconveniente y violenta. Pero el alivio duró poco.

—Ya lo hemos hablado, campeones. Quedamos en que dormiríais con papá o con mamá cuando alguno de los dos estuviera de viaje, pero que os acostaríais en vuestras camas si estábamos todos en casa. Lo discutimos y estuvimos de acuerdo. ¿Lo recordáis?

—Sí, papi —contestó Carlos, mirando a su madre con los hombros encogidos.

Macarena se dirigió a la cocina para preparar la cena mientras Roberto secaba a los pequeños y les ponía el pijama. Su móvil parpadeaba. Era un mensaje de Víctor. El joven estaba preocupado y quería comprobar que todo discurría conforme a lo previsto. De paso, el periodista le confirmó que el Rey de Diamantes empezaba a impacientarse y que quería resultados inmediatos. Dadas las circunstancias, por el momento, lo más sensato pasaba por no contestar. Macarena le respondió con un mensaje tranquilizador.

Los niños ya estaban dormidos y Roberto, con un whisky en la mano derecha, cogió con la izquierda a su mujer por la cintura y la condujo hasta el porche.

—Macarena, siéntate, por favor, y hablemos. Durante estas semanas que he estado lejos de vosotros, he comprendido lo que significáis para mí y lo que os

necesito. Sin mi familia, no soy nada, Maca. ¿Lo entiendes? Yo solo quiero que seamos felices. Tenemos todo lo que un hombre y una mujer pueden desear, unos hijos maravillosos, un trabajo que nos permite vivir con desahogo. ¿Sabes? Aún no puedo decirte más, pero muy pronto nuestros ingresos aumentarán de manera significativa y tú no tendrás necesidad de dedicarte a esa actividad que te absorbe y te agota, no dejándote tiempo ni energías para nada más.

—¿Y eso? ¿No me digas que en Argentina te ha tocado la lotería? —bromeó Macarena, conociendo a la perfección el origen de la anunciada opulencia.

—No, no es eso. Pero he de ser prudente y aún no ha llegado el momento de desvelar nada más. Todo a su debido tiempo.

Como siempre, pensó Macarena sin modificar un milímetro su expresión neutra, las mismas mentiras, tejemanejes y chantajes. Roberto jamás cambiaría.

—Bueno, pues qué bien. Eso me da mucha tranquilidad respecto de la excelente educación que en el futuro podremos financiarles a nuestros hijos. Ya sabes que para mí ese capítulo es primordial —concluyó Macarena sin mencionar otros extremos.

—Pero para eso aún falta mucho tiempo. Yo hablo de replantearnos nuestra vida ya, en los próximos meses. Verás, cariño, estaba pensando, si tú estás de acuerdo, claro, en la posibilidad de abrir nuestro propio despacho. Estoy seguro de que podríamos empezar con una buena cartera de clientes, que no me sería difícil desviar de la firma. Incluso podríamos fichar a alguien más. ¿Qué te parece? Trabajaríamos juntos, codo con codo y, por supuesto, tendrías carta blanca para organizarte las jornadas como quisieras. Mis viajes a Latinoamérica empiezan a serme muy gravosos y no me veo, durante mucho tiempo, separado de vosotros por miles de kilómetros.

—No sé, Rober... Me has pillado con el paso cambiado y, como imaginarás, en mis planes a corto plazo no entraba el ejercicio del derecho puro y duro. Ya lo pensaré cuando llegue el momento.

—No quisiera agobiarte, Maca. Pero si estamos de acuerdo, deberíamos ir pensando ya en la logística del tema.

—¿Y no crees que te estás precipitando? No me parece un tema menor como para tomar una decisión así, aquí te pillo, aquí te mato. Yo ahora estoy volcada en la campaña. Votamos el próximo fin de semana y estoy segura de que nuestros resultados van a ser muy buenos. Si todo va según lo previsto y la aritmética parlamentaria lo permite, en cinco semanas más podríamos tener nuevo Gobierno, y todo apunta a que si apoyamos la investidura del candidato liberal, los moderados entraríamos a formar parte del Ejecutivo.

—¿Y qué dice Fernando de todo esto? ¿Supongo que ya se verá como ministro... o tal vez como vicepresidente? ¿No me digas que tú también

podrías...?

Macarena presupuso, con absoluto convencimiento, que su marido estaba al cabo de la calle de lo que Fernando Carretero pensaba o dejaba de pensar. Seguramente, mucho mejor que ella misma.

—Mira, Rober. Esta conversación, hoy por hoy, es irrelevante. Todo esto no es más que pura especulación que no conduce a ninguna parte. Estoy cansada. Como imaginarás, ha sido un fin de semana muy intenso. Debo descansar y hacer acopio de energías para afrontar la recta final. —A Macarena le urgía acabar la conversación y abandonar un terreno pantanoso propicio para la discordia.

—Espera, por favor. Me voy a tomar otro whisky. El último. Oye, por cierto, ¿cómo están tu padre y tu hermano? ¿Y cómo va el asunto de la imputación? Supongo que habrán contratado a un buen abogado, porque con las luces que tienen los dos, se las van a tragar dobladas. Y tú, por descontado, cariño, aunque quisieras, no podrías hacer nada.

—Ya. Es una lástima, fíjate. Pero no hay problema. Les representa el despacho de Carmona. Ya sabes, uno de los mejores de Andalucía. A ellos y a todos los demás. Han decidido ir en bloque; es lo mejor. De todas formas, han confesado abiertamente su participación en los hechos y ya sabes que, con esta jueza, eso es un buen comienzo. Reconocer el pecado es el primer paso para conseguir una rebaja en la pena.

—De todas formas, tu hermano siempre fue un buscapleitos. A saber en qué más líos andará metido.

—No sé en qué te basas para decir eso. ¿O es que tú sabes algo que yo no sé? —preguntó Macarena con incisiva intención.

—¡Qué cosas dices, Maca! Yo qué voy a saber... Anda, vámonos a la cama.

—Sí. Será lo mejor.

Ambos se levantaron a la vez. Roberto se acercó a Macarena y la besó lascivamente en la boca. Olía a alcohol y a lujuria y ella comenzó a temblar. Él empezó a tocarla. Metió las manos por debajo de la camiseta y le desabrochó el sujetador. Ella intentó pensar con rapidez en la fórmula para vencer la repugnancia que aquello le producía, convencida de que no era lo suficientemente valiente para rechazarle. Estaba sola frente a él, y hubiera sido una insensatez provocar un enfrentamiento que echara por tierra lo que tenía planeado. Convencida de que el fin justificaba los medios, se abandonó con estoicismo a la liturgia del sexo consentido.

No sintió nada, cero placer, su libido ni siquiera llegó a abandonar su escondite. Tampoco en la cama ese era su marido. Roberto ya no era un buen amante. En cuanto eyaculaba, se quedaba dormido, víctima del alcohol y el

esfuerzo, y el romanticismo pasó a ser definitivamente un recuerdo del pasado.

Macarena Barrios, insomne, se preguntó, desde lo más profundo de su corazón roto y su cuerpo mancillado, si quedaba algo, por nimio e insignificante que fuera, de aquel matrimonio que un día fue el paradigma del amor entre dos jóvenes entusiasmados con la vida. Por más vueltas que le dio, solo sentía por el padre de sus hijos un profundo desprecio y un miedo cerval que cada día le era más difícil dominar. No se trataba solo de un temor físico, sino de la seguridad de que Roberto Galván, aquel hombre al que había amado hasta el delirio, era un ser perverso, capaz de maquinarse su ruina.

Se levantó de la cama deshecha, con un dolor lacerante que pesaba como pesan el agravio y la vejación de quienes más queremos. Se puso una bata y arrastrando los pies se dirigió al jardín. Necesitaba respirar aire puro y descargar su alma de la congoja que la estrangulaba. Y se abandonó a un llanto desconsolado, mientras pensaba que el mal no es una cualidad que forme parte de la esencia del ser humano, sino una elección libre.

... No es el odio lo que mata el amor, sino el miedo.

No creo en la violencia de género, creo que el género mismo es la violencia, que las normas de masculinidad y feminidad, tal y como las conocemos, producen violencia.

BEATRIZ PRECIADO

Desde primera hora de la mañana, las televisiones informaban del fracaso del golpe de Estado en Turquía. Los noticiarios confirmaban que las horas que siguieron al golpe fueron sangrientas en las principales ciudades, contabilizándose, hasta aquel momento, más de dos mil ochocientos detenidos y doscientos noventa muertos, entre ellos, más de cien golpistas. La pregunta sobre la autoría de la rebelión seguía en el aire y los servicios secretos turcos temían que la segunda consecuencia del fracasado golpe fuera una purga contra funcionarios de todos los estamentos del Estado. Al menos, el final del levantamiento era una buena noticia en sí misma...

Roberto comenzó la jornada con la euforia de haber conseguido que su mujer compartiera el lecho. Desde luego, eso era un buen presagio. Macarena comenzaba a ablandarse. A lo mejor, su propuesta de cambio de vida no había caído en saco roto. De ser así, ¿tenía sentido forzar las capitulaciones de su mujer atacando el flanco familiar? Decididamente, y dado el nuevo escenario, lo más acertado era esperar. Contactaría con As de Corazones para parar, al menos temporalmente, la operación Sevilla.

Por fin, Roberto se llevó a los niños al colegio y anunció que, con posterioridad, pasaría por el despacho, donde le aguardaban varias reuniones relacionadas con sus gestiones en Latinoamérica y un almuerzo con los socios de la firma. No regresaría hasta bien entrada la tarde.

Macarena dispondría, entonces, de tiempo suficiente para montar las cámaras y camuflar los micrófonos. Una vez dispuestos en los distintos puntos de las tres estancias principales de la casa, llamó a Víctor con el fin de probar el funcionamiento correcto de las grabaciones. Tras unas leves modificaciones, todo quedó definitivamente preparado. El sistema grabaría las conversaciones y las imágenes de cuanto sucediera. Víctor disponía de un juego de llaves que previamente le había entregado Macarena. Debía llegar alrededor de las nueve, cuando los niños ya estuvieran en la cama, abrir la puerta y agazaparse tras unos

parterres de hortensias que cubrían parcialmente la ventana del dormitorio. El siguiente ventanal hacia la derecha, algo más pequeño, correspondía al despacho de Roberto. Tan solo el salón, cuya salida principal daba al porche, en la fachada principal de la vivienda, se presentaba como la zona menos protegida para vigilar y tomar fotografías sin ser visto. Después de algunas vueltas, Macarena concluyó que lo mejor era llevarse a su marido al despacho y abrir, en su presencia, el famoso cajón donde guardaba los documentos secretos. De ello se deducía, como lo más probable, que todo el tinglado iba a tener lugar en esas dos dependencias de la casa, el despacho y el dormitorio principal.

Antes de marchar, Macarena dio instrucciones a Mariana para que dedicara la tarea doméstica del día a la cocina y a los cuartos de baño, teniendo en cuenta que el resto de la casa no precisaba limpieza alguna.

—Y quiero advertirle desde ahora que esta noche, oiga lo que oiga, no debe usted abandonar su habitación —le previno mientras terminaba de tomarse el café—, ¿entendido? Mariana, por favor, prométame que me hará caso.

—¡Ay, señora! No me asuste. Pues qué es lo que puede pasar.

—Imagínese, Mariana. Me consta que usted sabe perfectamente de lo que hablo.

—De acuerdo, señora, yo hago lo que usted me diga —dijo la empleada compungida.

—No se preocupe, mujer, que está todo controlado —la tranquilizó Macarena, abrazándola con afecto.

El día transcurrió como estaba previsto. Llegó la hora de acostarse y los niños se fueron a su cuarto. Afortunadamente, los dos tenían una envidiable facilidad para dormir y así sucedió antes de que su padre terminara de leerles el segundo cuento.

Roberto se sirvió un whisky. Parecía una costumbre de nuevo cuño adquirida en Buenos Aires, ya que, con anterioridad, apenas bebía. Macarena se lo señaló.

—Ya ves, me he aficionado en Latinoamérica. Allí todos los tratos se firman cargados hasta las trancas. Anda, vayámonos fuera, cariño. Hace una noche perfecta para contemplar el cielo y respirar aire puro.

El corazón de Macarena estaba a punto de fibrilar. Consultó el reloj. Pasaban diez minutos de las nueve. ¿Estaría Víctor ya dentro de la casa?

—Verás, Rober. Es que he de enseñarte algo.

—¿Y tiene que ser ahora? —dijo el marido, empujando las correderas del salón, que finalmente quedaron abiertas.

De repente, se escuchó el ladrido de los perros un par de veces, aunque débil y con poco convencimiento. Víctor, de negro riguroso, acababa de entrar y se deslizaba sigilosamente entre las sombras, en dirección al ventanal del

dormitorio. Afortunadamente, se hizo con los cachorros enseguida. Los animales ya lo conocían y, además, traía los bolsillos atiborrados de golosinas.

—Sí, Rober. Tiene que ser ahora —aseveró Macarena, convencida de la imposibilidad de dar marcha atrás.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Eso tendrás que decírmelo tú.

Una vez dentro del despacho, Macarena cogió las llaves de detrás del cuadro, se dirigió a la mesa y abrió los cajones. Roberto, en vilo, la seguía con la mirada. Macarena, en tensión, sobreactuaba ante la cámara. Del segundo compartimento, sacó la carpeta del Rey de Diamantes y la levantó en alto mostrando el rótulo. Víctor ya se había situado en la ventana correcta, siguiendo el murmullo de las voces. Aunque permanecía agachado, disparaba cada vez que veía en la pantallita de la cámara el encuadre correcto, mediante un dispositivo que se asemejaba al periscopio de un submarino. Era prácticamente imposible que Roberto se percatara de lo que acontecía en el jardín.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú con esos documentos? Este es mi despacho, Macarena, y no tienes ningún derecho a fisgonear en mis cosas.

—Te he hecho una pregunta, Roberto. ¿O es que no me vas a contestar? Está bien. Yo te diré lo que es. Es la prueba indiscutible de que eres un hijo de puta. Tú eres el ideólogo de la campaña de acoso que he tenido que soportar durante meses. Nadie más que tú ha tratado de desprestigiar me y acabar con mi carrera, a base de maquinaciones y mentiras. Aquí están las pruebas, las fotos que mandabas trucar y el listado completo de los movimientos bancarios que han servido para pagar a tu sicario. Es esta la fortuna de la que me hablabas ayer, ¿cierto? Te adelanto que tengo copia de todo a buen recaudo. En fin... Con que el Rey de Diamantes... Imagino que no te atreverás a negarlo.

—De nada serviría. Efectivamente, yo soy el responsable, pero lo hice porque te quería y te estaba perdiendo. ¿Es que no lo entiendes? Desatendías tu casa, a tus hijos y, lo peor de todo, me desatendías a mí. No parecía importarte que nuestro matrimonio se fuera a pique. Y cuando empezaste a viajar a Bruselas y entró en escena el embajador, me volví loco. Tenía que hacer algo rápido y definitivo —se justificó el marido, sin alterarse significativamente.

Macarena miró a la cámara de reojo. El pilotito verde seguía parpadeando entre los libros, pero Roberto no podía verlo, teniendo en cuenta que se situaba de espaldas a la estantería. No era suficiente. Tenía que exasperarle mucho más si quería provocar su ira. Se armó de valor y continuó con las acusaciones. A partir de ahí, las voces comenzaron a subir de volumen, hasta el punto de que Víctor podía seguir la discusión desde fuera sin ninguna dificultad.

—Desde luego que estás loco. Fuiste capaz de hacerme pasar por el escarnio

público con tal de conseguir tus propósitos. Ni siquiera te importó mostrarte a ti mismo ante la opinión pública como un corrupto, incluso como un cornudo, con tal de hundirme. Eres un miserable, Roberto.

—¿Y tú? ¿Quién te crees que eres tú? Porque la Macarena Barrios que tengo delante es una caricatura de la que yo conocí. ¿O es que ya te has cansado de tu papel de esposa y madre? Ahora resulta que la diputada Barrios va a salvar a los pobrecitos ciudadanos de su triste destino y a poner orden en el caos social en el que ha estado viviendo España. Con su varita mágica igualará a los géneros por las buenas o por las malas, en modo Juana de Arco y Santa Teresa de Jesús juntas, porque ha entrado en nuestras vidas para redimirnos. ¡Alabado sea el Señor!

—Búrlate cuanto quieras, no necesito tu aprobación. Tengo la suerte de contar con la de otros.

—¿A quiénes te refieres? ¿A Carretero? ¿A tu diplomático? Eres una zorra, Macarena. En cuanto entraste en política, te emborrachaste de prepotencia y arrogancia y te faltó tiempo para traicionar a Fernando y engañarme a mí con ese vejestorio baboso.

—Me alegra que menciones a Fernando. Por él y por el partido hubiera ido al fin del mundo. Creí que era mi amigo y jamás imaginé que sus celos profesionales le llevaran a asociarse contigo para hundirme. Sé muy bien que él ha sido tu cómplice y que sois dos seres despreciables.

—Y tú, una trepa, así que no te justifiques. Carretero te conoce muy bien y sabe que llevas tiempo intentando echarle de la secretaría general.

—Jamás se me pasó por la cabeza semejante cosa, pero hubiera sido más fácil pedir mi dimisión, ¿no te parece? Mi cargo en el partido siempre estuvo a su disposición. Cualquiera cosa antes de haber actuado como una serpiente —dijo Macarena, haciendo auténticos esfuerzos por no llorar—. Y respecto a ti, ¿cómo imaginas que podría seguir compartiendo la vida contigo sabiendo lo que sé y habiendo soportado tu maltrato?

—Tú solita te lo buscaste. Y me consta que si el embajador no existiera, nunca te habrías atrevido a enfrentarte a mí y a amenazarme con la separación.

El momento de la apoteosis había llegado; no podía esperar más y Macarena decidió lanzar el órdago.

—Me repugna que alguien como tú siquiera pronuncie su nombre, pero, ya que lo mencionas, te diré que Alejandro Rimbau es un hombre íntegro, que se viste por los pies, incapaz de pegar a una mujer y, desde luego, un excelente amante.

—Así que lo confieras. Estás liada con él. Eres una puta...

—¿Qué vas a hacer, Rober? ¿Pegarme otra vez? Te aseguro que si vuelves a

tocarme, acabaré contigo. No pienso consentir otra humillación. Te denunciaré y, te juro por mis hijos, que haré público todo lo que me has hecho.

Roberto, presa de la ira y sabiéndose acorralado, se abalanzó sobre su esposa y la empujó contra la ventana. Macarena chocó brutalmente contra los cristales y se clavó el picaporte en el costado. Tenía que contenerse, no podía gritar. Víctor, desde fuera, sintió el golpe como si lo hubiera recibido él mismo. Apretó los dientes y se puso en guardia, presto a actuar si fuera necesario. Por mucho que se lo hubiera prometido a Macarena, no iba a permanecer impassible si no cesaban los golpes. Mientras la insultaba y la zarandeaba, Roberto tiraba de su mujer hacia el dormitorio. La diputada estaba convencida de que intentaría violarla de nuevo. En cuanto penetraron en su radio de acción, la segunda cámara entró en funcionamiento y el piloto verde se encendió llamando la atención de Roberto. Se dirigió hacia la luz y descubrió el artilugio.

—¿Qué demonios es esto, Macarena? —preguntó Roberto, arrancando la instalación de cuajo—. ¿No me irás a decir que has estado grabando nuestra conversación?

—¿A esto le llamas tú una conversación? —contestó Macarena, frotándose las doloridas costillas.

—Ahora sí que voy a acabar contigo, zorra. Y, cuando termine, no te van a quedar ganas de volver a acostarte con tu embajador —sentenció Roberto, estrellando la cámara contra el suelo.

Mientras tanto, Víctor tuvo tiempo de desplazarse hasta la otra ventana y, al comprobar que Roberto había descubierto la cámara del dormitorio, decidió continuar grabando con la suya. En cualquier caso, el micrófono colocado en el espejo del tocador seguiría funcionando. Aguantaría solo unos segundos más y actuaría de inmediato.

—No dejaré que me violes otra vez, ¿entiendes? Esta vez no lo conseguirás —gritó Macarena angustiada.

En una ágil maniobra, alcanzó el cuarto de baño y echó el pestillo. Roberto, furioso, golpeaba la puerta y manipulaba el picaporte, intentando abrir.

—Abre la puerta, Macarena, o será peor.

—¿Qué harás, entonces? ¿Pedir ayuda a tu compinche? ¿Sabe él que me pegas y me violas? —dijo Macarena, alzando la voz—. Y, dime, Rober, ¿de quién fue la idea de asociaros contra mí? Porque, que yo sepa, siempre odiaste a Fernando. Mi jefe, mi amigo, con quien siempre creí compartir mis ideales. Él es aún peor que tú. Y yo siempre dispuesta a apoyarle a muerte...

—Escúchame, Maca. Abre la puerta y hablemos. Aún podemos arreglar las cosas. Hazlo por nuestros hijos.

—Escúchame tú a mí. No hay nada que arreglar, Rober, porque entre nosotros

no queda nada, pero voy a salir de aquí y si me tocas un solo pelo, las grabaciones estarán mañana en la comisaría junto con una denuncia por violencia de género firmada por mí. El juez dictará una orden de alejamiento y no te dejarán ver ni a tus hijos. Tú decides.

—De acuerdo, tú ganas. Abre y lo discutiremos.

Macarena descorrió el cerrojo muy despacio y giró el pomo. Se asomó con cautela antes de abrir. Roberto no estaba en su campo de visión. De repente, él empujó la puerta con violencia y le pilló la mano. Macarena aulló de dolor e intentó cerrar otra vez, pero ya no pudo. Mariana, desde la puerta del dormitorio con el teléfono en la mano, gritaba al borde de un ataque de nervios:

—¡Señor, basta ya! Deje a la señora Macarena o llamo a la policía. El número está marcado, solo tengo que pulsar.

En dos zancadas, Víctor alcanzó las puertas correderas del salón y se coló de un salto en el interior de la casa. Mariana volvió a gritar sobresaltada por la presencia del intruso, hasta que por fin lo reconoció. El joven se plantó en el dormitorio con decisión y redujo a Roberto que, confundido por la sorpresa, no fue capaz de reaccionar. Con el brazo retorcido, tan solo acertaba a preguntar por la identidad de su agresor.

—No te lo vas a creer, hijo de puta. Soy As de Corazones.

—¿Quééee...?

—Lo que oyes. Ya me cansé de seguirte el juego. Admito que he trabajado contigo por pasta, pero todo tiene un límite y lo que le has hecho a tu mujer no admite justificación. Te has pasado de la raya. Los hombres como tú dais asco. Sois una calamidad para el resto.

—Escucha, tío. Tengo dinero. Mucho dinero...

—No lo aceptaría aunque fuera pobre de solemnidad. Y ahora vas a sentarte ahí y harás todo lo que te diga tu esposa; y procura escucharla bien. —Víctor obligó a su rehén a sentarse sobre la cama.

La mano de Macarena se hinchaba por momentos y Mariana le enrolló una toalla empapada en agua fría. Tal vez tuviera algo roto. Todos permanecían bajo una fuerte impresión. La noche iba a ser larga y la sirvienta sugirió la posibilidad de preparar café. Macarena, preocupada, se acercó un instante a la habitación de los niños, con el fin de comprobar que seguían profundamente dormidos. Por fortuna, nada hacía sospechar que se hubiesen despertado en ningún momento.

Poco a poco, Roberto fue aplacando su ira. Se sentía agotado, pero no vencido, para pasar, más tarde, a mostrarse rendido y sin argumentos, mientras lloraba amargamente y suplicaba clemencia, en un intento a la desesperada de ser perdonado. Algunas horas después, apuntillado y falto de voluntad, firmaría, sin rechistar, un documento, redactado por Macarena previamente, en el que se

comprometía a abandonar la casa familiar y a iniciar los trámites de la disolución de su matrimonio en un plazo máximo de tres meses. Por descontado, ambos cónyuges guardarían silencio sobre lo sucedido, tanto en el ámbito personal como en el profesional, y Roberto se cuidaría muy mucho de poner sobre aviso a Fernando Carretero respecto de lo ocurrido. Macarena quería «despedirse» de él personalmente. El incumplimiento de cualquiera de las cláusulas que se detallaban llevaría implícita la denuncia inmediata de los hechos, haciéndose públicas las grabaciones correspondientes a aquella aciaga noche, que, mientras tanto, quedarían bajo custodia en la caja de seguridad de un banco.

Roberto preparó su maleta en pocos minutos y salió de su casa al alba, en silencio, como un cazador furtivo, antes de que la luz de un nuevo día iluminara su vida hecha pedazos, esa que nunca quiso perder y que no recuperaría jamás.

... Macarena lo vio partir con el duelo pintado en el rostro y su corazón se vistió de luto, luto por el desamor, por la muerte de los sentimientos, porque para soportar la vida hay que estar dispuesto a aceptar la muerte.

Una mujer tiene que valer el doble que un hombre para llegar la mitad de lejos.

FANNIE HURST

Pasaban unos minutos de las diez de la mañana y la diputada Macarena Barrios se encontraba sentada en su escaño, en silencio, esperando al líder de su partido, Fernando Carretero, con el que había quedado citada. El escenario no había sido elegido al azar, teniendo en cuenta la carga simbólica que el lugar tenía para ambos. El hemiciclo se encontraba desierto, en estado de coma, como si la soberanía popular se hubiera suspendido en el tiempo, esperando las maniobras de reanimación derivadas de los votos de los electores, que servirían para reiniciar los sistemas motrices, circulatorios e incluso emocionales de la democracia, porque qué sería de la actividad parlamentaria sin una buena dosis de pasión y vehemencia.

La diputada se sentía nerviosa, pero decidida. Mientras esperaba, fijó su atención en determinados detalles del decorado que la rodeaba, con la certeza de que, en otro caso, le hubieran pasado inadvertidos. Desde su escaño dominaba prácticamente todo el hemiciclo. Se apoyó en la baranda y la madera crujió perceptiblemente. Echó el cuerpo hacia delante durante unos segundos para contemplar las bancadas parlamentarias, llamadas así porque tradicionalmente se trataba de bancos corridos, dispuestos en forma semicircular y con capacidad para quinientos ochenta escaños. Los asientos actuales se instalaron con posterioridad. Después se apoyó de nuevo en el respaldo de su asiento y miró hacia arriba, hacia las tribunas del segundo nivel destinadas al cuerpo diplomático, a la prensa y la tribuna pública. En el silencio de la sala, se escuchaban con claridad los pasos de su jefe que se acercaba.

Fernando Carretero, con un elegante traje azul marino y el cabello sólido por la gomina, hizo su entrada en el hemiciclo con cierto aire de despiste y la mirada fija en la pantalla de su móvil. Una vez dentro, se dirigió a su escaño, el primero de la cuarta fila. Macarena ocupaba el contiguo por su izquierda.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó Carretero, sorprendido ante la escayola de la diputada.

—Pues ya ves. Un accidente doméstico. Pensé que no era nada, pero ayer no tuve más remedio que pasar por urgencias. Conclusión: dos metacarpianos rotos

y cuatro semanas de escayola.

—Vaya, lo siento. ¿Y qué puedo hacer por ti, Maca?

—Pues, verás, Fernando. Como imaginarás, y aunque solo faltan dos días para el final de la campaña, no te he citado aquí para hablar de las elecciones del domingo ni de los pactos postelectorales. Voy a ser muy directa. Lo que he venido a proponerte es tu renuncia al acta de diputado, tu dimisión irrevocable como secretario general del partido y tu retirada definitiva de la política.

—¿De qué estás hablando, Macarena? ¿Qué clase de broma es esta?

—En la vida he hablado más en serio, Fernando. Antes de veinticuatro horas habrás cumplido con los requisitos que te acabo de enumerar o, de lo contrario, redactaré un comunicado explicando a la opinión pública la catadura moral del diputado Fernando Carretero, que jura la Constitución con una mano y con la otra traiciona y acuchilla sin contemplaciones a quienes considera que pueden hacerle sombra.

—Tú te has vuelto loca de remate...

—Fernando, lo sé todo; incluida tu macabra sociedad con mi marido, cuyo amor «desinteresado» tenía como precio nada más y nada menos que mi carrera y mi autoestima. Para tu información, te diré que Roberto cantó como un jilguero hace tan solo un par de días. ¿Ves la escayola? Pues es obra suya. Pero ya no me hará daño nunca más, porque no volverá a poner un pie en mi casa.

—No sé una palabra de eso que cuentas, Macarena. Yo no tengo nada que ver con vuestros problemas conyugales.

—¿Qué pasa, que lo vas a negar? Yo también sé hacer fotos, Fernando. Precisamente he traído algunas para ver si tienes la desfachatez de decir que estos no sois Rober y tú almorzando en un restaurante como dos colegas. — Macarena sacó con dificultad las fotografías del bolso, a consecuencia de su mano inmovilizada.

—Eso no prueba nada, Macarena. Todo el mundo sabe que somos amigos desde hace muchos años. Pudimos habernos citado para discutir un negocio que estamos pensando en poner en marcha —replicó Carretero soberbio.

—El único negocio que vosotros habéis intentado poner en marcha es mi destrucción, pero os ha salido el tiro por la culata.

—Ningún juez admitirá una querrela por falta de pruebas.

—Eres un miserable, Fernando. Lo mismo que Roberto. Pero la vida es justa y acaba poniendo a cada uno en su sitio. Siempre creí que eras mi amigo, que compartíamos la pasión por la política, y resulta que no eres más que un mafioso que se aferra al sillón como el más vil dictador. Y yo que pensaba que me habías asignado el capítulo estrella de la campaña porque confiabas en mí y en mi capacidad para superar un reto importante y engrandecer al partido. ¡Cómo pude

ser tan ilusa! Lo único que guiaba tu plan era la satisfacción de ver cómo me estrellaba, para después enterrar mi cadáver político. De este modo, te ponía en bandeja la justificación perfecta para quitarme de en medio. Ni siquiera te importaban las consecuencias para el partido. —A medida que hablaba, Macarena se sentía más herida, pero también más valiente—. Pero con lo que no habías contado era, precisamente, con mi habilidad para conectar con el electorado. Por eso te aliaste con Roberto. ¡Qué canalla!

—Me alié con Roberto para barrerte del mapa. Yo buscaba sacudirte de encima tu alargada sombra y él, la entrega incondicional a tus obligaciones como esposa y madre. Juntos podíamos conseguir nuestros objetivos, que, por otra parte, tampoco eran tan perversos ni tan inmorales, aunque he de reconocer que a Roberto se le fue un poco la mano con el acoso —dijo Carretero con sorna—. Pero, lamentablemente, Macarena, nunca podrás demostrarlo.

—No me obligues, Fernando. Para tu información, te diré que guardo a buen recaudo las grabaciones en las que Roberto reconoce todas sus fechorías, además de su complicidad contigo. Dadas las circunstancias, y por la cuenta que le tiene, no le ha quedado otro remedio que firmar un documento por el que se compromete a divorciarse y a desaparecer de mi vida. De otro modo, le denunciaré a la policía y haré públicas las grabaciones. Eso significaría, como tú bien sabes, enfrentarse a la justicia. Y puede que tú también.

—Y esta conversación también la has grabado, ¿no es así? —dijo Carretero gritando histérico, cayendo en la cuenta por fin de la jugada.

—Eso es. Roberto ha demostrado al final ser medianamente listo. Te aconsejo que sigas su ejemplo.

—¿Cómo has podido...? —se preguntó Carretero, presa de la indignación y el pánico.

—¿Que cómo dices? No me habéis dejado otra opción. Dispones de veinticuatro horas, Fernando. Convoca una rueda de prensa y dimite en directo, ante España entera. Y te aconsejo que insistas todo lo que haga falta en que tu retirada de la política se debe única y exclusivamente a motivos personales. No me obligues a intervenir —dijo Macarena, segura de sí misma como nunca—. Y siempre podrás volver a tu cátedra de Málaga...

Fernando Carretero se levantó lentamente de su escaño, con el rostro demudado. La ira y la impotencia se dibujaban en sus mandíbulas apretadas. Sin articular una sola palabra más, abandonó el hemiciclo, vencido por la moción de censura más implacable.

Macarena, atenazada por la tensión, no movió un músculo hasta comprobar que el diputado se había marchado definitivamente. Aún temblaba y no quería ni pensar en la posibilidad de encontrárselo en cualquier pasillo. Apagó la

grabadora del móvil y lo guardó en el bolsillo. De nuevo miró hacia arriba y se encontró con la magnífica bóveda de cincuenta metros de altura que cubre la sala, agujereada por una treintena de impactos de bala, consecuencia del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Cerró los ojos, respiró hondo y se puso de pie. Con el bolso colgado en el brazo escayolado, marcó con cierta dificultad el teléfono de Víctor.

—Muy bien, Maca. Has sido muy valiente

—Todavía no controlo la tiritera de mis piernas —dijo Macarena sin acertar a secarse la frente por falta de manos.

—Ya. Pero la pesadilla acabó, diputada. Ahora a centrarte en el final de la campaña. Con Carretero fuera de la circulación, serás la estrella —afirmó Víctor entusiasmado.

—Nada de todo esto me produce satisfacción, Víctor.

—Ya lo supongo. Pero tú no lo has buscado.

—Por favor, no quiero que faltes a la rueda de prensa de Fernando. Imagino que la convocatoria será inminente. Yo... no creo que pueda soportarlo. Ahora debo dejarte, Víctor. He de ver a alguien.

—De acuerdo. Nos vemos esta noche en Segovia.

Macarena se dirigió resuelta al grupo parlamentario liberal, en busca de Alicia Virumbrales. La diputada no se encontraba allí, pero una de las secretarias le aseguró que la localizaría en el edificio de las comisiones parlamentarias.

Efectivamente, la diputada charlaba animadamente con algunos de sus correligionarios, entre los que se encontraba Jorge Espinosa que, en cuanto vio llegar a Macarena, abandonó el grupo y se dirigió a su encuentro. Ambos compañeros se saludaron efusivamente y todos los presentes se interesaron por el brazo lastimado de la diputada moderada.

—Escucha, Alicia, ¿tienes un minuto?

—Pues claro. Para ti, siempre —dijo la veterana diputada, mientras se dirigían hacia una pequeña sala de proyecciones. Alicia Virumbrales cerró la puerta tras ellas—. Eso te lo ha hecho él, ¿verdad?

—Sí. Pero ya todo acabó, Alicia. No volverá a hacerme daño.

—¿Estás segura? Sabes bien que son cientos los casos en los que los maltratadores no desisten, ni siquiera con una orden de alejamiento.

—Sinceramente, creo que Roberto ha aprendido la lección. Al verse acorralado, firmó un documento comprometiéndose a abandonar la casa familiar y a divorciarnos en tres meses.

—¿O...? —interrogó la Virumbrales.

—O haré públicas las grabaciones en las que Roberto confiesa ser el responsable de todo lo sucedido, incluso de la violencia como método disuasorio

—explicó Macarena, enarbolando la escayola—. ¿Y sabes, Alicia, quién era su cómplice? Ni más ni menos que Fernando Carretero, que se apuntó al carro para quitarse de encima a la competidora que, según él, amenazaba su poltrona.

—¿Cómo...? Espera que procese la información. ¿Y dices que lo grabaste todo?

—Afirmativo. Ahora, grabaciones, fotos y el material completo descansa en la caja de seguridad de un banco que solo conozco yo.

—¡Chapó! —La diputada liberal acompañó la exclamación con un discreto aplauso—. ¿Y ahora qué pasará con tu jefe?

—Acabo de hablar con él. Dimitirá alegando motivos personales. Dispone de un plazo de veinticuatro horas.

—¡Con un par...! Eres mi heroína.

—No tengo ni que decirte, Alicia, que cuento con tu discreción. Podía no haberte contado la segunda parte del culebrón, pero te lo debía. Me has sido de gran ayuda y nunca olvidaré tu apoyo en momentos tan complicados.

—Puedes estar tranquila. Jamás traiciono la confianza de los que me hacen merecedora de ella. Lo único que lamento es que hayas tenido que pasar por esta pesadilla.

—Afortunadamente, ya es pasado. Ahora debo marcharme. Aún he de pasar por el despacho y viajo a Segovia esta tarde.

—Y yo a Valladolid —dijo la diputada liberal—. ¿Sabes? No debería decirte esto, pero la verdad es que te deseo suerte. Os auguro a los moderados unos muy buenos resultados y espero que la dimisión de Carretero no os reste votos.

—En fin, son los ciudadanos los que tienen la última palabra. Si los sondeos dan en la diana, puede abrirse una vía de colaboración para que España tenga un Gobierno cuanto antes —manifestó Macarena esperanzada.

—No puedo estar más de acuerdo. Lo sabremos muy pronto. Dame un abrazo y sigue adelante; recuerda que ya has hecho lo más difícil.

Alicia Virumbrales regresó a su corrillo y Macarena salió a la calle. Pasaban unos minutos del mediodía y aquel sol de junio invitaba a buscar la sombra. En la puerta del hotel Palace tomó un taxi que la trasladaría a Aravaca. Por el momento, no le iba a ser posible conducir. Durante el recorrido contempló ensimismada las calles y sus gentes, forasteros y autóctonos las abarrotaban en un incesante ir y venir por el Madrid más cosmopolita. Echaba de menos su Sevilla natal, pero se sentía madrileña de adopción, y sus hijos lo eran por nacimiento.

El vehículo alcanzó la plaza de Colón, subió la calle Génova para incorporarse al tráfico de los bulevares hasta desembocar en la calle de la Princesa, dirigiéndose acto seguido al Arco de la Victoria de Madrid. Después, bordeando

la Ciudad Universitaria y el palacio de la Moncloa, arribó a su destino. El taxista no le había quitado ojo a la pasajera por el espejo retrovisor durante todo el camino y, una vez abonada la carrera, le habló con aplomo:

—Señora, mi familia y yo la votaremos a usted y a su partido. La gente humilde nos las vemos y nos las deseamos para hacer compatible la vida laboral y familiar. Mi mujer es peluquera y yo paso al volante doce horas diarias. Tenemos dos hijas de seis y ocho años y, si no fuera por mi suegra, mi esposa habría tenido que dejar su trabajo. Pero, con mi sueldo, le garantizo que difícilmente llegaríamos a fin de mes. Usted dice poder ayudarnos. Por favor, no nos defraude.

—Puedo asegurarle que, por mi parte, haré cuanto esté en mi mano para aliviar estas situaciones que son un quebradero de cabeza para tantas familias españolas, entre las que me incluyo. Muchas gracias y buena suerte. —Macarena estrechó, con la suya escayolada, la mano de aquel hombre sencillo, cuya reivindicación compartían tantos ciudadanos.

Una vez en el despacho, Macarena se sirvió un vaso de agua, respiró profundamente y marcó el teléfono de Alejandro. Hacía días que apenas habían cruzado algún que otro mensaje, breve pero afectuoso. El embajador descolgó inmediatamente. Macarena le contó a grandes rasgos cuanto le había sucedido en las últimas horas. Aunque en su fuero interno sintiera una honda satisfacción por la ruptura de su matrimonio, el diplomático procuró disimular sus sentimientos, lamentando la difícil tesitura en la que Macarena se encontraba.

—De un plumazo te has liberado, probablemente, de los dos hombres más determinantes de tu vida en estos momentos y eso lleva tiempo digerirlo. El mazazo moral ha sido de antología y es normal que ahora estés desorientada respecto al rumbo que debes seguir en el futuro. Tómate tu tiempo, Macarena. Céntrate ahora en tus hijos y en las elecciones del próximo domingo, en las que los españoles tanto nos jugamos —le recomendó Rimbau intentando serenarla.

—Gracias, querido. Eres tan comprensivo. Aunque me encuentro más o menos bien, sé que todo esto me pasará factura. Aún no soy capaz de discernir el alcance de cuanto me ha sucedido —se desahogó Macarena.

—Claro. En breve, te enfrentarás a la nueva situación de tu partido y a la responsabilidad que habrás de asumir en cuanto la renuncia de Carretero se haga pública. Y, después, vendrá el divorcio, que nunca es fácil, a pesar de tener clara la decisión.

—Espero tenerte a mi lado...

—No tienes ni que decirlo. Te amo, Macarena. No puedo estar más seguro de lo que pienso y de lo que digo. Después de enviudar, jamás imaginé que volvería a sentir por otra mujer lo que siento por ti. Te has convertido en la razón por la

que respiro cada día y ni la política internacional, ni la diplomacia, ni el mundo entero tendrían sentido si tú desaparecieras de mi vida.

—Alejandro, yo...

—No digas nada, Macarena. Entiendo tu desconcierto. No tienes que manifestar lo que no sientes ni explicar tus sentimientos. Yo solo quiero que conozcas los míos, la admiración y la pasión que me inspiras y mi deseo de estar contigo siempre que lo necesites.

—Dame un poco de tiempo, Alejandro. He de poner mi vida en orden antes de pensar en nada más. No quiero que nada empañe una relación tan especial como la nuestra, aunque aún desconozcamos adónde nos llevará. Por eso, debo dar carpetazo a mi pasado, por mí y por ti. No me perdonaría, por nada del mundo, que la precipitación malograra algo tan bello. Aún no sé si lo que experimento se llama amor, pero lo que sí sé con absoluta certeza es que ocupas mi mente cada minuto del día y que en este momento deseo tanto estar contigo que la separación se me hace insoportable.

—Pues quedémonos con eso y afrontemos la vida según vaya viniendo. Nada de planes, cero proyectos, ni propósitos ni objetivos, solo presente, hoy y ahora, *carpe diem* y el tiempo dirá.

—Me gustaría tanto que estuvieras a mi lado. Los próximos días van a ser determinantes...

—Estoy seguro de que volveremos a vernos muy pronto. Confía, Macarena.

—Gracias, querido. Eres tan importante para mí.

—Lo sé. Hasta muy pronto, cielo.

Macarena recogió su bolso y su carpeta y se recompuso el traje y el peinado utilizando su única mano útil. Tras la conversación con Alejandro, su semblante y su tono mejoraron milagrosamente.

—¿Estamos listas, chicas? Pues comámonos el mundo. Está ahí fuera, esperándonos.

Macarena, Nuria y Ángela cargaron en el coche del partido el utillaje habitual e iniciaron el viaje hacia la ciudad del acueducto. Julia se quedaría en la retaguardia, consciente de que era imprescindible, pero chafada por no poder acompañarlas. Al día siguiente, el fin de fiesta sería en Madrid, la cita definitiva, el último cartucho para recoger en forma de votos el fruto de tanto trabajo y tantas ilusiones. La veterana y eficiente Julia, que llevaba unos cuantos comicios a las espaldas, conocía muy bien las mieles y las hieles de las citas electorales. Pero esta vez tenía un palpito que superaba con creces las encuestas más optimistas. Y por si esto no fuera suficiente, Julia guardaba en exclusiva y en el más absoluto secreto, la noticia de una sorpresa de tal magnitud que haría levitar a la candidata sobre la tarima de los oradores, y la intervención de Macarena

Barrios sería recordada por el público congregado en la emblemática Caja Mágica de Madrid, como uno de los mejores mítines de la campaña.

... El reloj electoral iniciaba la cuenta atrás de las últimas y decisivas veinticuatro horas, las mismas que le quedaban a Fernando Carretero para abandonar el ruedo por la puerta de atrás, la de los cobardes y deshonestos, aquellos que no deberían ostentar jamás la representación del pueblo.

Lo que les falta aprender a las mujeres es que nadie otorga el poder; hay que tomarlo.

EMILY DICKINSON

Para la ciudadanía, la vida parecía haberse convertido en una eterna campaña electoral, pero comenzaba a vislumbrarse la luz al final del túnel. Independientemente de los resultados, y a pesar de los palos en las ruedas que el destino le había puesto durante los últimos meses, Macarena Barrios percibía como sobradamente cumplida su misión. Aquel había sido su debut en los ruedos políticos con responsabilidad de peso y la experiencia no podía haber resultado más apasionante. Por tanto, el balance de sumas y saldos no dejaba margen al error. La política, como el arte de lo posible, sería su campo de trabajo en el próximo futuro si así lo disponían los votantes.

Cuando Macarena llegó a Aravaca, tras una visita a la Federación de Asociaciones de Mujeres Separadas y Divorciadas, su equipo no tenía manos suficientes para atender los enloquecidos teléfonos. El estupor y la ignorancia ante lo que estaba ocurriendo llevaron a las tres ayudantes a tomar la decisión de no entrar al trapo sobre la tormenta que se había desatado, no solo en el seno del partido, sino en el panorama político nacional. Visto lo visto, se limitarían a una cantinela repetitiva que informara exclusivamente de la ausencia del despacho de la número dos del partido, así como del total desconocimiento respecto a los extremos relacionados con la dimisión de Fernando Carretero y el anuncio de su retirada definitiva de la política, que acababa de producirse en rueda de prensa.

Las tres miraron inquisitivamente a su jefa nada más hacer su entrada.

—Redirigid a todo el mundo a la oficina de Carretero. Nosotros no disponemos de más información que la que él mismo ha facilitado a través de los medios —explicó la diputada, apoyada en el quicio de su puerta—. Y no me miréis así. El que juega con fuego se acaba quemando y él solito se lo ha buscado.

—¿Y ahora qué va a pasar, Maca? —preguntó Julia, erigiéndose en portavoz—. Dinos que serás tú la secretaria general.

—Sabes muy bien, compañera, que la elección habrá de decidirse en un congreso extraordinario. De momento, nos centraremos en el final de la campaña y en conseguir los mejores resultados de nuestra historia.

—Las encuestas, últimas en publicarse, nos colocan en segundo lugar, por delante de los socialistas —dijo Ángela, la experta en sondeos.

—Bueno, pues vamos a trabajar hasta el último minuto para pulverizar nuestro propio récord. ¿Ok? —exclamó Macarena automotivándose.

—¡Ok! —respondieron las tres.

—Julia, ponme con Ricardo Casas y con Carmen Castillo. Creo que es preciso coordinar al comité federal en lo que se refiere a actuaciones y declaraciones, dadas las extraordinarias circunstancias.

De repente, la frenética actividad correspondiente al final de una campaña ya de por sí especial, teniendo en cuenta que se trataba de la segunda vuelta de unos comicios generales por primera vez en la historia de España, se veía incrementada en la sede del partido moderado por el desenlace de unos acontecimientos imprevistos que iban a poner a prueba la capacidad estratégica y logística de toda la organización. Como consecuencia de las conversaciones y correos mantenidos con los miembros del comité, por vía de urgencia, Macarena Barrios asumió la dirección de la formación política hasta la cita con las urnas del fin de semana. A partir del día después, el órgano colegiado se reuniría para analizar los resultados y tomar las decisiones que habían de derivarse del inesperado descabezamiento del partido.

Macarena Barrios preparó a sus hijos con esmero. Vestidos igual, con sus vaqueros negros y sus camisas a rayas. Bien peinados y perfumados, parecían dos hombrecitos. Su madre los miraba embelesada y, mientras les explicaba la importancia de lo que iba a suceder esa noche, Carlos y Lucas, muy atentos, parecían tomar conciencia de que aquella sería una fecha especial para todos. La buena de Mariana tampoco quería perderse el discurso de la señora Macarena. Lista y compuesta antes que ninguno, se había acicalado como si fuera la madrina de una boda.

Nuria y Víctor llegaron en su coche con cierta anticipación. Después cambiarían su vehículo por el monovolumen de Macarena, con el fin de llegar todos juntos al estadio.

La candidata lucía vestido y zapatos rojos y una original chaqueta estampada. Ante la dificultad para manejarse, había pasado por la peluquería y su melena cobriza lucía esplendorosa.

—Estás espectacular, Macarena. Te vas a llevar a la audiencia de calle —exclamó Víctor impresionado.

—¡Anda, adulador!

—Es cierto, Maca. Estás maravillosa y estoy segura de que será una noche memorable —ratificó Nuria—. Y vosotros también estáis guapísimos. Hoy vamos a aplaudir a mamá más que nunca. ¿Sí?

Carlos y Lucas asintieron con una tímida sonrisa, mientras chocaban las manos con las de la joven.

—¡Ufff! Confieso que estoy algo nerviosa. Nos jugamos mucho —declaró Macarena mientras preguntaba, por última vez, si a nadie se le olvidaba cosa alguna antes de cerrar definitivamente la puerta.

El estadio era un clamor, cientos de banderas ondeando, aplausos, vítores y pancartas con los lemas más expresivos y ocurrentes para apoyar a la candidata accidental número uno por Madrid, cabeza visible del partido moderado y la primera española en liderar una formación política. *A priori*, nadie parecía echar en falta a Fernando Carretero, a pesar de haber sido su dirigente indiscutible, poniendo de manifiesto la oportunidad del proverbio español que asegura que «A rey muerto, rey puesto». Cuando la candidata hizo su entrada, acompañada por sus hijos y rodeada de sus colaboradores, comenzó a sonar el himno del partido. Las gradas bramaban, centenares de personas de pie aplaudían a su candidata. Cientos de manos la tocaban, la palmeaban, la besaban. Algunos le acercaban a sus hijos pequeños para que se fotografiase con ellos. Toda aquella liturgia electoral, de sobra conocida, se multiplicó aquella noche.

Durante el recorrido, la candidata no dejó de saludar con los brazos en alto, a pesar de la escayola, sonriendo y lanzando besos en todas direcciones. Al llegar a la breve escalinata para subir al entarimado e incorporarse al grupo de oradores que ya esperaba en sus posiciones, Macarena se quedó clavada, petrificada. Su corazón le dio un vuelco y, sin poder contener la emoción, se lanzó en brazos de sus padres, que se encontraban situados en la primera fila junto a toda la familia, recién llegados de Sevilla. Durante un par de minutos, besó a sus hermanos, a su cuñada y a sus progenitores, sin parar de decirles lo mucho que les quería y lo importante que era vivir junto a ellos aquellos momentos. Discretamente y en un segundo plano, Alejandro Rimbau esperaba su turno para abrazar a aquella mujer que, por momentos, pareciéndole tan perfecta, se le revelaba como un ser irreal. El objeto de su amor y su deseo y el eje de su existencia. Orgulloso y nervioso él y conmovida ella, se fundieron en un íntimo abrazo, mientras Alejandro le confesaba lo mucho que la quería y ella le aseguraba que jamás podría olvidar el regalo de su presencia en aquella noche mágica. Por último, y antes de subir al estrado, Macarena abrazó a su amiga, la pelirroja Julia Martínez, artífice de la sorpresa.

Todos los oradores, en algún momento de sus discursos, aludieron a Fernando Carretero con un aséptico recuerdo, pero reconociendo, como es de bien nacidos, su inestimable labor al frente del partido durante aquellos años. Macarena intervino en último lugar y comenzó su discurso con serenidad, pero con entusiasmo, anticipando que no haría ni una sola descalificación de sus

opponentes. Fuera por delante que ella trabajaba para construir y no para destruir. A pesar de la intensidad de las emociones que la visión cercana de sus hijos, de su familia y de Alejandro le deparaba, la candidata se centró en cuanto pronunció las primeras frases.

Habló de la lucha secular de las mujeres por conquistar la igualdad, reivindicación que no solo era justa, sino económicamente rentable, como lo demostraban datos y estadísticas, dado que el talento no está asociado a ningún sexo. Se centró en la brecha salarial que aún separaba a los hombres de las mujeres en pleno siglo XXI y en la necesidad de conquistar la conciliación de la vida familiar y laboral, para que dejara de verse como cosa de mujeres.

Profundizando en el tema, Macarena aludió a la necesidad de una nueva reorganización de los horarios laborales, revelándose la cuestión como uno de los pilares básicos de la conciliación. España seguía siendo *different* en esta materia, formando parte del club de los países europeos donde las jornadas son más largas y los sueldos, más cortos. Citando recientes informes, aludió a un demostrado aumento de la productividad en las empresas que concilian vida familiar y laboral, porque los trabajadores se sienten más implicados.

Macarena abogó por una política de «luces apagadas» cuando la jornada se hallara vencida, y desgranó el compromiso de su partido para acometer una serie de iniciativas legislativas que recogieran las reivindicaciones de los colectivos con los que la diputada se había entrevistado durante las últimas semanas, porque la conciliación no solo era posible y deseable, sino rentable.

Como no podía ser de otra forma, con la voz entrecortada y consciente de la vulnerabilidad de su ánimo, abordó, por último, la lacra abominable que supone la violencia de género, uno de los problemas de consecuencias más dramáticas que soportan las sociedades del siglo XXI. La diputada lo definió como un cáncer que se extiende a todos los ámbitos sociales, independientemente del nivel económico o cultural, teniendo en cuenta que se trata de una violencia que afecta a las mujeres por el mero hecho de serlo. Macarena aseguró con rotundidad que lo que experimentan las víctimas de violencia de género no es temor, sino terror.

Presa de la emoción, la diputada se detuvo unos instantes y bebió agua, impaciente por deshacer el nudo que atenazaba su garganta y que, más pronto que tarde, le impediría seguir hablando. El público había interrumpido con sus aplausos la alocución de la candidata en incontables ocasiones, pero en aquel instante, como en ningún otro, la audiencia percibió su sincero estremecimiento al abordar tan espinosa cuestión y comenzó a corear su nombre, añadiéndole después el apelativo «presidenta».

Macarena, no sin esfuerzo, logró recuperar el discurso para finalizar su arenga, poniendo en valor su compromiso de trabajar sin tregua hasta conseguir

los objetivos fijados, no solo desde la actividad parlamentaria y la iniciativa legislativa, sino como trabajadora, como mujer y como madre, e invitó a todos los presentes a apoyar el programa del partido moderado como la vía más eficaz para luchar contra la violencia machista, conseguir la igualdad laboral y la conciliación familiar.

El estadio se vino abajo y los candidatos arriba, en una suerte de euforia colectiva. Macarena abrazó a sus compañeros bajo una lluvia de serpentinas y entregó a su madre el enorme ramo de flores que acababa de recibir. Alejandro seguía todos sus movimientos fascinado. La buena de Mariana parecía una plañidera y Nuria subió a los niños al estrado. Los dos llevaban una fotografía de su madre pegada en la pechera y lucían unos simpáticos sombreros con los colores del partido. Los pequeños, por empatía, también saludaban a los asistentes. La música era ensordecedora y Macarena no paraba de hacerse fotografías y de firmar camisetas, banderas y todo tipo de objetos. Poco a poco, la Caja Mágica iba perdiendo su encantamiento y el silencio fue ganando terreno a la barahúnda.

Julia, más lista que el hambre, se había anticipado reservando un apartotel en Argüelles para que se instalara la familia Barrios al completo durante el fin de semana, incluidos Carlos y Lucas. De esta forma, Alejandro y Macarena dispondrían al menos de un par de noches para ellos solos. Tenían tan pocas ocasiones...

Efectivamente, después de una cena alegre y distendida, con visos de celebración, en la que, por fin, algunos de los presentes iban a conocerse personalmente, entre ellos Alejandro y Víctor, cada mochuelo se retiró a su olivo. La candidata se despidió de su familia y de sus hijos, que estaban entusiasmados con la idea de dormir en un hotel. Al día siguiente, previo a la cita con las urnas y jornada de reflexión, almorzarían juntos en la casa de Pozuelo. Mariana se despidió organizando mentalmente la compra para preparar una gran barbacoa con sabor a triunfo y a reencuentro. Víctor se encargaría del traslado masivo de los Barrios.

Un taxi llevó a Alejandro y a Macarena al hotel Palace, donde el embajador se alojaba siempre que visitaba Madrid. La diputada no había contemplado ni por un momento, la opción de pasar la noche en su propia casa. El recuerdo de lo sucedido en aquel escenario hacía pocos días bloquearía su legítimo deseo de disfrutar de una noche íntima con Alejandro, regalo del destino.

Manos que hablaban, piernas entrelazadas, miradas que no veían de pura cercanía, bocas que se buscaban y se adherían al cuerpo del otro como los moluscos a las rocas marinas. Alejandro perdió la conciencia de todo lo que no fuera sentir. Susurraba palabras que Macarena no entendía, pero su ternura y su

delicadeza bastaron para que ella experimentara el amor carnal como un acto de sublimación incomparable. Y se sintió redimida, inmune a la vileza, deseada hasta el delirio y, según ambos avanzaban en la fusión de sus cuerpos y la comunión de sus almas, ella fue interiorizando, sutil y lentamente, la liberación de sus miedos, la superación de sus traumas y la recuperación de su dignidad profanada. Aquella pesada carga se fue aligerando de forma gradual hasta quedar, finalmente, desintegrada y esparcida por la habitación, junto a sus ropas y vestimentas, como la naturaleza muerta de un bodegón.

... Solo el destino, versátil y caprichoso, conocía lo que la vida les depararía en el futuro. A ellos, suspendidos en aquel nirvana, poco les importaba.

Ser mujer es fascinante, constituye una aventura que requiere considerable valentía, un desafío que nunca llega a aburrir.

ORIANA FALLACI

Y, por fin, llegó el día. Macarena había previsto aterrizar en el colegio electoral alrededor de las doce, tras despedir a su familia que debía regresar a Sevilla con tiempo suficiente para votar. Alejandro había ejercido su derecho por correo desde los servicios consulares, con lo cual solo restaba que la candidata recogiera a los niños para trasladarse todos juntos a Pozuelo y cumplir con el sufragio universal y directo, pilar sobre el que descansa la democracia.

Como manda la tradición, una nube de fotógrafos esperaba a las puertas del colegio para inmortalizar el momento en el que Macarena Barrios presentaría sus credenciales e introduciría su voto en las urnas. Del mismo modo, el paso del tiempo había institucionalizado, como parte del protocolo de obligado cumplimiento, que los candidatos respondieran a las preguntas de los periodistas que aguardaban pacientemente desde la hora temprana en que se abrían los colegios. Macarena manifestó su confianza en los buenos resultados de su partido y animó a la ciudadanía a votar masivamente, con el fin de conseguir la formación de un Gobierno estable al segundo intento.

Macarena, Alejandro y los niños almorzaron en Pozuelo y descansaron buena parte de la tarde, previendo una noche de escrutinio larga pero apasionante, en la que, como no podía ser de otra manera, todos los focos se concentrarían en la diputada Barrios, líder del partido moderado en funciones.

Las tres colaboradoras estaban en permanente contacto con su jefa desde la sede de Aravaca, para informarle sobre cualquier eventualidad que pudiera tener lugar. A través de WhatsApp, Macarena recibió un vídeo con las declaraciones de Fernando Carretero, al que los reporteros habían abordado a la salida de su colegio. Visiblemente desmejorado, el exlíder aparecía junto a su mujer y sus hijos cumpliendo con el ritual democrático y, a requerimiento de la prensa, confirmaba su inminente traslado a la ciudad cuna de Picasso para reincorporarse a su cátedra de derecho constitucional.

—Nada de todo esto debería haber pasado —se lamentaba Macarena con tristeza.

—La naturaleza humana es frágil y proclive a todo tipo de tentaciones, y el poder y el dinero forman parte de la categoría de las irresistibles —dijo Alejandro, rodeándola con sus brazos—. No eres la primera ni serás la última en ser traicionada por los suyos. La historia está llena de ejemplos.

—Lo sé, pero no me consuelan los males de muchos.

—¿Has sabido algo de Roberto? —preguntó por fin Alejandro, que llevaba tiempo dándole vueltas a la manera de plantear la cuestión sin levantar ampollas.

—Ha llamado varias veces para hablar con los niños, pero, como imaginarás, no me he puesto al teléfono. Él tampoco ha insistido. En cualquier caso, cuando todo esto pase, tendremos que sentarnos para hablar del divorcio. Te aseguro, Alejandro, que se trata de un marrón al que prefiero enfrentarme cuanto antes.

—Bueno, ahora has de centrarte en tu responsabilidad al frente del partido y en jugar bien tus cartas en función de los resultados de esta noche.

—Lo tengo todo bastante pensado y, salvo que el escrutinio nos depare sorpresas desagradables, mañana expondré al comité federal un plan de actuación integral que se convertirá en nuestra hoja de ruta de aquí a la investidura presidencial. Si contamos con el número de escaños suficientes para convertirnos en la muleta de los liberales de cara a la investidura, negociaremos unos pactos de amplio espectro y arrancaremos a los conservadores compromisos de interés para la ciudadanía que, de otro modo, no habrían estado sobre la mesa ni en sueños.

—Los españoles sabrán valorar el esfuerzo generoso y la altura de miras de los políticos que lo demuestren con hechos. Tengo la certeza de que tú misma te vas a sorprender —presagió el embajador convencido.

—Gracias, Alejandro. No sabes lo que valoro que creas en mí y que me trates de igual a igual. No solo deseo tu cariño, sino que necesito también tu respeto, sentir tu orgullo y tu consideración en el terreno profesional. Es algo que nunca he tenido.

—Macarena, me faltan las palabras para explicarte lo que siento. Eres la mujer con la que cualquier hombre sueña alguna vez. Vivo el momento y es tan intenso que no hay sitio para nada más. Cuando estamos juntos, el resto del mundo no existe porque solo te veo a ti, estoy enamorado de ti hasta el tuétano, completamente loco por ti. ¿Sabes? A veces tengo la sensación de encogerme a tu lado, me encanta escucharte, me embobo contemplándote cuando entras en acción y compruebo tus dotes para conectar con la gente, tu generosidad y tu entrega a las causas justas. No sé qué más puedo decir. Macarena, mi respeto por ti no tiene límites.

—Es mucho más de lo que esperaba oír. Y ahora dame un beso y un abrazo, porque estamos agotando los últimos minutos de este encuentro inolvidable —

reconoció Macarena, comprobando la hora.

—Lo sé. Pero habrá más. Muchos más. Si tú quieres. Regreso a Turquía con las cosas muy claras, Macarena.

—¿Y entiendes bien, querido, por qué debemos separarnos ahora? No quiero dar que hablar. Después de todo lo que ha pasado, tu presencia a mi lado esta noche levantaría una polvareda mediática que ni a ti ni a mí nos beneficiaría en absoluto. Una cosa son los mítines y los actos electorales, en los que familiares, parientes y amigos tienen cabida sin recelos ni sospechas, y otra muy distinta la aparición pública en un acontecimiento como el que tendrá lugar esta noche. Mañana seríamos la comidilla de todos los periódicos.

—Claro que lo entiendo, Macarena. Y no quiero perjudicarte por nada del mundo. Bastante has soportado ya. Estaré en el hotel, pendiente de cuanto ocurra y, aunque sé que no te será fácil, te ruego que intentes contactar conmigo en algún momento. Estoy superorgulloso de ti, pase lo que pase y obtengas los resultados que obtengas, aunque... Creo que... Nada, nada, son cosas mías.

—Empiezo a estar nerviosa. ¿A qué hora sale mañana tu avión?

—Muy temprano. En cuanto llegue a Ankara, te llamaré. Las noticias de última hora hablan de nuevas revueltas y conatos de insurgencia reprimidos con dureza.

—La situación en Turquía todavía no está resuelta.

—Desde luego que no, y me temo que las aguas tardarán en volver a su cauce —explicó el embajador con preocupación—. No debería decir esto, porque aún es pronto para hacer planes y hemos de dar tiempo al tiempo, pero tengo claro que no quiero seguir estando demasiado lejos de ti. Muy pronto terminará mi misión en Turquía y estoy considerando que, en cuanto el nuevo Gobierno tome posesión y comience a rodar, solicitaré nuevo destino en Europa. Tal vez París, o Roma, o Bruselas... ¿Qué opinas?

—Alejandro, yo... no quiero que modifiques tu vida por mí. Estoy en una difícil encrucijada y aún no sé por dónde voy a tirar. Tengo por delante un futuro incierto. Fíjate que, por un momento, esta mañana incluso pensaba en que debería vender esta casa. Es que no sé si quiero seguir viviendo en ella o empezar una etapa nueva en otro sitio. En este momento, mi única certeza sólida y real son mis hijos.

—Lo sé y lo entiendo.

—Te necesito, pero no puedo prometerte nada. En este momento, ya ves a lo que me enfrento y no quiero que tú tomes decisiones determinantes en tu vida en función del caos que es ahora la mía.

—Créeme, no lo haré. Deberías empezar a prepararte. Los colegios cerrarán en poco más de treinta minutos.

—Sí. Es la hora de la verdad. En cuanto Mariana llegue, nos iremos —dijo la candidata, rodeando el cuello de Alejandro con el brazo escayolado—. La pobre ayer estaba agotada. ¿Sabes lo que haré? Antes de las vacaciones de verano, yo misma le compraré los billetes para que viaje a Rumanía a visitar a su familia. Hace más de dos años que no ve a sus hijos. Se lo ha ganado con creces.

—Emigrar es una de las coyunturas más duras a las que se ve abocado un ser humano. Ya ves que siempre hay motivos para sentirnos afortunados.

En todas las sedes políticas, la noche fue una sinfonía de nervios, incertidumbres, momentos de euforia y crisis de abatimiento. Los votos y los escaños, como una montaña rusa, subieron y bajaron durante horas, pero la experiencia demostraba que hasta el final del escrutinio nadie podía cantar victoria ni tampoco darse por vencido. En Aravaca reinaba un optimismo tan moderado como el partido, pero según avanzaba la noche y el recuento, las noticias no podían ser más halagüeñas. Macarena Barrios y su campaña por la igualdad y la conciliación habían conseguido arrancar un buen número de escaños, tanto al partido liberal por la derecha como a los socialistas por la izquierda. Con posterioridad, el análisis de los resultados arrojaría una conclusión que de puro obvia parecía una perogrullada. La sociedad demandaba soluciones concretas a sus problemas reales y todo lo que no fuera tener los pies en la tierra suponía un brindis al sol. Sin lugar a dudas, Macarena Barrios había sabido conectar con la gente corriente.

Los liberales ganaron las elecciones por una mayoría *borderline*. La formación moderada superó en nueve escaños las previsiones más optimistas, consolidándose como la segunda fuerza política y ocupando por derecho ese espacio central tan difuso, porque, aunque algunos no quieran reconocerlo, el centro, como tal, no es una ideología, sino más bien una estrategia.

Se descorchó el champán y se brindó por el éxito de los candidatos. Julia, Ángela y Nuria no pararon de celebrar y, entre el agotamiento y la euforia, acabaron achispadas. Macarena también se mostraba exultante, y cuando llamó a casa para que Mariana le confirmara que los niños ya estaban acostados, estos le arrancaron el teléfono para mandarle a su madre docenas de besos y entonar el *Cumpleaños feliz*, porque no sabían qué otra cosa cantarle.

Antes de su comparecencia para realizar el tradicional primer análisis de los resultados, Macarena llamó al líder liberal y presidente del Gobierno en funciones para felicitarle por la victoria. Este le devolvió la llamada a los pocos minutos.

—¿Sí? Señora Barrios. Vaya por anticipado mi sincera enhorabuena por los excelentes resultados de su partido que, no cabe ninguna duda, se deben a la magnífica campaña que usted, y sobre todo usted, ha llevado a cabo.

—Gracias, señor presidente, pero soy yo la que debe felicitarle. Aunque en un segundo nivel de análisis, el número de escaños obtenido por su partido sea ligeramente inferior a la primera ronda, es indiscutible que los liberales han ganado de nuevo las elecciones y eso les coloca en la *pole position* para liderar una estrategia dirigida a formar Gobierno. De nuevo, mi felicitación.

—Como usted comprenderá y aunque no es posible formalizar extremo alguno hasta que las Cortes estén constituidas, sí que encontraría muy provechosa una primera toma de contacto. Imagino que no se le habrá escapado, y permítame la coloquial expresión, que le estoy tirando los tejos de cara al trámite de mi investidura como presidente del Gobierno. Le seré muy sincero, señora Barrios, creo que una vía de franca colaboración entre ambas formaciones no solo puede ser definitiva para que España abandone, de una vez por todas, esta situación de coma que tantos problemas nos está causando, sino que puede ser muy conveniente para su partido y para usted. No sé si me estoy explicando con claridad...

—Meridiana, señor presidente.

—Pues si no tiene usted objeción, la emplazo para una primera toma de contacto, que podría tener lugar a mi regreso de la cumbre de Bratislava, dentro de un par de semanas. Mi gabinete se pondrá al habla para concretar los extremos de la entrevista.

—De acuerdo. Pero permítame, señor presidente, que utilice nuestra buena sintonía para «sonsacarle». ¿Hablará usted con las demás formaciones en los mismos términos que con los moderados?

—Señora Barrios, no quiera usted saber más que yo. Pero si a buen entendedor le es suficiente con un número escueto de palabras, concéntrese en la aritmética, esa que dice que la suma de los catetos, o sea, nosotros, es igual a la hipotenusa, es decir, un Gobierno de coalición. Y ahora me va a perdonar, pero he de salir al balcón. Me esperan los ciudadanos que han votado al partido liberal y me debo a ellos.

—En eso tiene usted toda la razón. Nosotros no somos nada sin los ciudadanos, sin embargo, ellos podrían vivir perfectamente sin nosotros. Con demasiada frecuencia olvidamos que ellos son nuestro *leitmotiv* y no al revés, y no solo el día de las elecciones, sino cada uno de los siguientes mil cuatrocientos sesenta en que seremos sus representantes soberanos. En fin, le reitero mi sincera enhorabuena y espero sus noticias.

La fiesta del partido moderado se celebró en un hotel céntrico, donde se hallaba concentrada la militancia y la prensa. Nada más entrar, Macarena reconoció a Víctor que sobresalía entre los reporteros como un jugador de baloncesto. Él le guiñó un ojo tras sus gafas y se golpeó suavemente el corazón

con el puño de canto. Ella le lanzó un beso. Macarena, más relajada, agradeció a todos su apoyo y expresó su convencimiento de que el partido moderado jugaría un papel determinante en la política nacional durante los siguientes cuatro años, teniendo en cuenta que la formación liberal, ganadora indiscutible de la segunda ronda electoral, iba a precisar apoyos sólidos y duraderos no solo para investir a su candidato como presidente del Gobierno, sino para sacar adelante la legislatura. Macarena pidió su compromiso a cada militante, simpatizante y votante moderado, para institucionalizar un estilo nuevo de hacer política. Después, la fiesta y la alegría se prolongarían hasta la madrugada.

A la mañana siguiente, Julia, azorada, le anunció a Macarena una llamada de Zarzuela. A pesar de no haber conseguido la victoria, el rey deseaba transmitir a la líder moderada su felicitación por los magníficos resultados cosechados y apelar a su responsabilidad en forma de generosa contribución para que España tuviera lo antes posible un Gobierno estable. Aquella llamada singular no podía tener más que una lectura.

En el transcurso de las siguientes semanas y una vez cumplimentados los trámites de constitución de las Cámaras, la actividad de los grupos negociadores entró en su punto álgido. Como estaba previsto, Macarena se entrevistó con el presidente en funciones, quien llegó a reconocer, incluso ante la prensa, que la empatía era infinitamente más fluida con la diputada Barrios que con su antecesor. Las conversaciones no tardaron en materializarse en la firma de unos acuerdos de legislatura que incorporarían un buen número de iniciativas y propuestas contenidas en el programa electoral moderado. El desbloqueo nunca había estado tan cerca y la euforia se apoderó de los equipos negociadores. El último punto de la hoja de ruta se refería a la eventual titularidad moderada de algunas carteras en el futuro Gobierno de la nación.

Desde el primer momento, Macarena Barrios se mostró partidaria de no entrar a formar parte del Ejecutivo que se constituyera tras la investidura, basando su criterio en el convencimiento de que la ciudadanía podía percibir la maniobra como una malversación de los ideales pertinazmente defendidos por el partido moderado a lo largo de su corta existencia. El presidente en funciones, por el contrario, intentó convencer a la diputada de que la implicación de su partido sería apreciada por los españoles como una manifestación de auténtico compromiso en la gestión, y por Bruselas como la prueba inequívoca de que por fin España iba a tener un Gobierno fuerte y un plan de acción de amplio espectro.

Macarena Barrios estaba hecha un lío. No acababa de ver las cosas claras y los miembros de su comité federal se hallaban divididos. La llamada de Alicia Virumbrales arrojó la luz que precisaba para tomar la decisión.

—Alicia, siempre es un placer oírte.

—Imagino que habrás intuido el motivo de mi llamada.

—Algo sospecho.

—Seré muy directa, Macarena. No podéis quedaros fuera del Gobierno. No nos hemos pasado siete meses en rehabilitación para ahora no querer andar. Tenéis que implicaros. La imagen de unidad que la derecha y el centro podemos dar a nivel internacional es de vital importancia para recuperar la credibilidad en la economía española y la confianza de los inversores. Juntos podemos hacer muchas más cosas que separados —explicó con vehemencia.

—Pero nosotros no hemos llegado hasta aquí reclamando poltronas ni cuotas de poder. Alicia, no voy a caer en los mismos pecados que en los demás condeno —replicó Macarena, cargada de razón.

—¡Pero qué pecados ni pecados! ¿No eres tú la que está empeñada en sacar adelante un ambicioso programa de medidas que propicien la igualdad y la conciliación, la regularización de los horarios laborales y la recuperación de la dignidad de los trabajadores, desterrando su condición de seudoesclavos? —preguntó Alicia Virumbrales un tanto desesperada—. Querida, llevo escuchándote esta cantinela desde hace semanas y, ahora que lo tienes al alcance de la mano, ¿vas a dar un paso atrás? Perdona, chica, pero no te entiendo.

—Es que esto no entraba en mis planes. —Fue la única respuesta que se le ocurrió.

—Ni en los míos ser la futura vicepresidenta del Gobierno y... ¡Ya ves!

—¡Vaya! Enhorabuena, Alicia. El presidente no podía haber elegido mejor. —Macarena se alegró sinceramente.

—Pues es en mi calidad de segunda en el escalafón que te lo estoy pidiendo. Llegados a este punto, la investidura se vislumbra como un puro trámite, así que, tanto el presidente como yo te pedimos que asumas la cartera de Sanidad, Asuntos Sociales e Igualdad —disparó la diputada liberal sin contemplaciones—. ¿No estás empeñada en hacer la revolución social y laboral de este país? Pues hazla, pero desde dentro. Es la manera más eficaz. Además, nos gustaría contar con otros dos valiosos fichajes de tu equipo. Ricardo Casas en Industria y Turismo y Carmen Castillo en Educación, Cultura y Deporte, sin perjuicio de que el presidente esté sopesando la incorporación de un independiente para la cartera de Asuntos Exteriores. Nuestro embajador en Turquía, Alejandro Rimbau. Me consta que lo conoces.

Macarena tardó unos segundos en reaccionar. Demasiada información de alto voltaje y demasiados sobresaltos en una sola conversación.

—Sí. Lo conozco —afirmó Macarena un tanto violenta—. Está bien. Llamaré personalmente al presidente para comunicarle mi decisión, pero puedes ir

adelantándole nuestra lealtad y buena disposición ante su ofrecimiento. El partido moderado hará historia formando parte del Gobierno en la presente legislatura.

Macarena colgó el teléfono y las lágrimas se desbordaron sin control. Su partido, sus reivindicaciones y sus propuestas iban a tener el protagonismo que merecían. Ya más calmada, se secó los ojos y se refrescó la cara. De repente, una oleada de temor y de sentido de la responsabilidad la invadió por completo. Pero no estaría sola en esta aventura. Sus compañeros y colaboradores habían respondido ante su liderazgo con entusiasmo, conscientes de que nadie mejor que ella simbolizaba la ideología moderada, porque incluso la imagen de Macarena, paradigma de la prudencia y la mesura, se identificaba como la idónea para dirigir un proyecto de centro.

En otro orden, la noticia del posible nombramiento de Alejandro le causaba cierta zozobra. ¿Y si a la tercera iba la vencida? Conociendo al diplomático y teniendo en cuenta las circunstancias, estaba convencida de que no aceptaría la propuesta y, como Pedro negara tres veces a Jesucristo, otras tantas Alejandro Rimbau declinaría el ofrecimiento. De ahí que, haciendo un esfuerzo por salvaguardar el secreto confiado, pero empeñada en que Alejandro leyera entre líneas, escribió:

... «Si no es Madrid, por favor, no más lejos de Lisboa. Yo también te quiero. Macarena».

EPÍLOGO

Soy mujer y escribo. Soy plebeya y sé leer. Nací sierva y soy libre. He visto en mi vida cosas maravillosas. He hecho en mi vida cosas maravillosas.

ROSA MONTERO

La premonición de Nuria Peñalba se había cumplido. Macarena Barrios Cazorla regresaba a la Presidencia del Gobierno convertida en ministra.

El coche oficial se detuvo ante la escalinata del palacete e inmediatamente el ujier abrió la puerta trasera para que la ministra se apeara del vehículo. Los cristales tintados impedían distinguir a los ocupantes hasta que no se encontraban en el exterior, por lo que los miembros de la prensa permanecían en alerta según iban atravesando la verja los flamantes miembros del Gobierno, que asistirían a su primera reunión del Consejo de Ministros. Desembarazada, hacía pocos días, de la molesta escayola, Macarena levantó con determinación la característica cartera negra que acredita, desde tiempos inmemoriales, a los integrantes del Ejecutivo. Docenas de cámaras se disparaban al unísono con cada llegada y algunos reporteros llamaban la atención de los protagonistas para que se dieran la vuelta y posaran unos segundos antes de penetrar en el interior del edificio. Dentro, en un salón contiguo a la sala del consejo, se encontraban departiendo distendidamente la vicepresidenta del Gobierno, Alicia Virumbrales, y algunos ministros llegados con anterioridad, entre ellos, Jorge Espinosa, el nuevo titular de Interior, con quien Macarena se fundió en un emotivo abrazo.

La recién nombrada ministra de Sanidad, Macarena Barrios, vestida con un impecable traje gris perla y el cabello semirrecogido, sonreía y saludaba a la tribuna de la prensa, en la que siempre le era tan fácil distinguir a Víctor Cañizares, quien recientemente se había sumado al equipo gráfico de la Agencia Efe. Aunque tendría que viajar con frecuencia, la mejora significativa en sus retribuciones le permitiría sobrellevar con cierto desahogo los gastos del internamiento de su padre, cuyo estado de salud, cada vez más precario, no presagiaba nada bueno.

Macarena Barrios, al igual que el resto de los ministros, había jurado previamente, y ante el rey, su cargo en el palacio de la Zarzuela, para, posteriormente, tomar posesión del mismo en la sede de su ministerio, en el paseo del Prado. Durante el traspaso de poderes, la ministra entrante había

estado acompañada por la que sería, a partir de aquel momento, su jefa de gabinete, Nuria Peñalba, aparte de sus más estrechas colaboradoras, Julia Martínez y Ángela Olivares, que pasarían a ocuparse de su secretaría más cercana. Los que las conocían hablaban de un equipo de cuatro mujeres en el que la complicidad no dejaba resquicio a la jerarquía.

Una vez cumplimentados los trámites, Macarena ya era la titular de la cartera de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad con todos los parabienes. A partir del día siguiente, comenzaría a poner en marcha los distintos proyectos que conformaban su programa electoral.

Un enorme ramo de rosas blancas presidía la mesa de reuniones de su despacho. El empleado de una conocida floristería lo había traído a primera hora de la mañana con una tarjeta de Alejandro Rimbau que decía: «No puedo dejar de pensar en lo tonto que soy. Me voy a perder voluntariamente el sentarme en el Consejo de Ministros, durante los próximos cuatro años, junto a la ministra más bella y competente de la historia de España. ¡Que tiemble el presidente del Gobierno! Felicidades y todo mi amor. Alejandro». Macarena sonrió con cierta tristeza y guardó la nota en su bolso.

Sin explicación aparente, se sentía algo melancólica. Cerró la puerta y se dirigió hacia su mesa. Sacó de la cartera negra algunos documentos, además de un dibujo de Lucas en el que ella aparecía ungida por una corona de gran tamaño, como si fuera una reina, con dos niños de la mano, uno a cada lado, y sendos perros, con tamaño de caballos, cada uno junto a uno de los pequeños. Realmente, esa era ahora su familia. De nuevo, la ocurrencia de su hijo le hizo sonreír.

Abrió el balcón y se asomó al paseo. Era casi la hora de almorzar y el sol calentaba con fuerza en aquellos días de finales de julio. Como si se tratara de algún tipo de drogadicción, necesitaba imbuirse del espíritu urbano y escuchar el tráfico y los estridentes sonidos de una ciudad como Madrid, bullebulle, alegre, vital. Aspiró profundamente aquel aire contaminado y miró un poco más lejos, al otro lado de la alameda. El Museo del Prado se erigía majestuoso bajo la protección de las esculturas de los pintores españoles, que prestaban su nombre y su imagen a las distintas puertas de la gran galería. Durante unos instantes, recordó aquel polémico paseo nocturno del brazo de Alejandro, preludio de una relación que cada día se hacía más fuerte. Parecía que hubieran pasado siglos, pero tan solo se trataba de unos pocos meses.

Viandantes de todo tipo y condición se mezclaban con el atasco circulatorio en el que se encuentra sumida permanentemente una de las arterias principales de la metrópolis que nunca duerme. De repente, recordó a aquel taxista que, con palabras sencillas, le contó su historia, una historia que viven miles de familias

cada día. Por primera vez, tres generaciones de españoles involucradas en un intento por superar las dificultades cotidianas de quienes no disponen de recursos para hacer frente a una conciliación laboral y familiar convertida en misión poco menos que imposible. Los españoles no podían seguir esperando un milagro. En sus manos, la oportunidad irrenunciable de mejorar sus vidas y, en su corazón, el juramento que acababa de pronunciar tan solo unas horas antes, cuya fórmula solemnizaba la lealtad al rey, la salvaguarda de la Constitución y el secreto de las deliberaciones del Consejo de Ministros. Pero, para Macarena, el propósito esencial de aquella promesa pronunciada en voz alta no era otro que el compromiso con ella misma de asumir, hasta sus últimas consecuencias, el cumplimiento de las obligaciones derivadas de su cargo de ministra, cuyo significado, etimológicamente, se refiere a la persona que sirve a otros. La hora de la verdad había llegado. Era su turno. No había tiempo que perder y mucho trabajo que hacer.

Respiró profundamente y meditó unos segundos. Pensó en su madre, en sus hijos, en Alejandro, en la segunda oportunidad que la vida le ofrecía. Descolgó el teléfono, apretó una de sus teclas y habló con voz profunda:

—Julia, ponme con el presidente del Gobierno.

CONCLUSIÓN Y AGRADECIMIENTOS

«... Entonces el Señor Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida, y resultó del hombre un ser viviente. Dijo luego el Señor: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada”. Entonces el Señor Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces este exclamó: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada”» (Génesis 2:7-23).

Visto así, la verdad es que esto no podía salir bien. O sea que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y a la mujer a partir del hombre, es decir, que la creación del sexo femenino descendió a un segundo nivel. Por lo tanto, si lo analizamos, el planteamiento del Creador parece viciado desde el minuto uno, en que varón y hembra toman posesión del paraíso como reyes indiscutibles de la Creación... Bueno, uno el rey, y la otra, como mucho, su lugarteniente.

Siglos después, la Declaración Universal de los Derechos Humanos y los principios fundacionales de todos los organismos creados para su protección y salvaguarda, la Carta de las Naciones Unidas, la Carta fundacional de la Organización Internacional del Trabajo y las Constituciones de todos los países democráticos y modernos recogen la igualdad de los géneros no solo como un derecho humano fundamental, sino como la base insoslayable para conseguir un mundo pacífico, próspero y sostenible. Entonces, ¿por qué las mujeres siguen sufriendo discriminación y violencia en todos los confines del planeta? Como en tantas ocasiones, una cosa es la legalidad y otra muy distinta, la realidad. Milenios después de la génesis de la humanidad, la brecha salarial entre trabajadores de ambos géneros, la discriminación por razón de sexo, la violencia de género o la utopía inalcanzable que supone la conciliación de la vida familiar y laboral para las madres trabajadoras son solo la punta del iceberg de un problema de desigualdad de género que se manifiesta machaconamente irresoluble...

La historia de Macarena Barrios podría ser perfectamente la de cualquier

mujer que, a día de hoy y en una sociedad desarrollada y democrática como la española, sigue sufriendo la discriminación y la segregación social que ejercen los «fuertes» sobre los «débiles» desde que el mundo es mundo. Si seguimos el hilo del razonamiento, entenderán entonces que mi objetivo al escribir esta novela no ha sido otro que incidir, una vez más, en los obstáculos y restricciones con los que, en pleno siglo XXI, el género femenino sigue viviendo su propia identidad y condición. Pero, a mi modo ver, aún más chocante resulta el contrasentido que se desprende de la respuesta por la que opta la práctica totalidad de los hombres cuando se les interroga al respecto. Ni uno solo perderá la oportunidad de convertirse públicamente en un vengador justiciero contra la violencia de género o en abanderado de la igualdad y la justicia social. Algo falla entonces...

Presuponiendo como alcanzado el objetivo de aportar mi granito de arena a la denuncia de una situación de flagrante y eterno desafuero, de bien nacidos es agradecer su inaccesibilidad al desaliento de todos los que, a lo largo de la historia de la humanidad, han luchado, incluso a riesgo de su propia vida, por la conquista de unos derechos que las mujeres nunca debimos perder, dado que son intrínsecos a todos los seres humanos. Ingente es aún la tarea pendiente, pero no por ello vamos a rendirnos.

Y en esta hora en la que los autores sucumbimos a la tentación del balance emocional, quiero mostrar mi agradecimiento, en primer lugar, a Miryam Galaz y a Espasa Libros por confiar en mí para llevar a cabo este proyecto, que, como un traje a la medida, me permitió desde la primera línea disfrutar tanto como espero lo hagan todos los lectores que se asomen a estas páginas y se vean reflejados en los problemas cotidianos que nuestra aguerrida protagonista se empeña en solucionar, y compartan con ella esas convicciones que con tanta honestidad defiende, a pesar de las adversas circunstancias que se le van presentando a lo largo de la trama.

Gracias de corazón a mis compañeros, amigos y vecinos por su apoyo incondicional durante estos seis meses de trabajo, en los que el panorama político nacional y la singular coyuntura por la que iba atravesando España, lejos de irse aclarando, se complicaban según transcurría el tiempo, lo que irremediablemente me obligó a abandonar el camino paralelo y a alejarme de la realidad para poner el punto final a esta historia que continúa sin desenlace mientras escribo estos últimos párrafos.

Finalmente, y de manera muy especial, un millón de gracias a mi hijo Luis, que durante algunas semanas me acogió en su casa neoyorquina de Manhattan. La distancia y la magia de la metrópolis norteamericana españolizaron mi inspiración de manera determinante, haciéndome sentir como una auténtica

«novelista en Nueva York».

Va siendo hora de terminar, pero no de despedirse. Se trata solo de un «hasta pronto», un *impasse* en el que espero tener el privilegio de crear nuevos personajes y apasionantes historias con las que transmitir a los lectores mi preocupación por los conflictos, coyunturas e injusticias de este convulso mundo en el que nos ha tocado vivir. Que así sea...

Muchas gracias y hasta pronto.

La diputada
M^a Ángeles López de Celis

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: masgrafica.com, 2017

© M^a Ángeles López de Celis, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-670-4951-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

M^A ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS

LA DIPUTADA

¿HASTA QUÉ PUNTO SOMOS CAPACES DE SACRIFICARNOS
POR NUESTROS IDEALES?



ESPASA